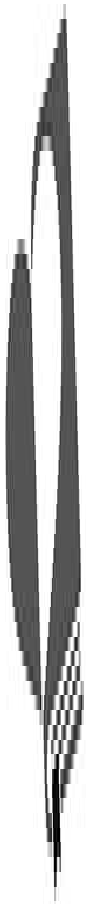
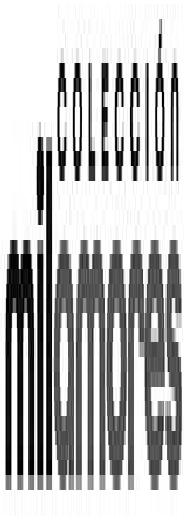
LUZ EN LA OSCURIDAD:
ÁNGEL BLANCO

MJ PERALTA

Luz en la oscuridad: Ángel Blanco

MJ Peralta




COLECCIÓN
MONOGRAFÍAS

Luz en la oscuridad: Ángel Blanco

ISBN: 9788418962202
ISBN ebook: 9788418962707

Derechos reservados © 2022, por:

© del texto: MJ Peralta
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicado al amor de mi vida
y a la luz de mis días.

«¡Ah, Julieta, querida! ¿Por qué eres aún tan bella? ¿Habré de creer que el fantasma incorpóreo de la muerte se ha prendado en ti y que ese aborrecido monstruo descarnado te guarda en esas tinieblas, reservándote para manceba suya? Así lo temo, y por ello permaneceré siempre a tu lado…».

Romeo y Julieta
William Shakespeare

1
Marco

Veo nevar y admiro la extraordinaria estampa desde la ventana. Pese a los copos que caen con intensidad, varios niños juegan divertidos a lanzarse bolas de nieve. Recuerdo una gran nevada en Barcelona donde construimos un gran muñeco de nieve, y mi madre gritaba disgustada que entrásemos en casa porque íbamos a pillar una pulmonía.

El paisaje que observo ante mis ojos hace que vuelva a pensar en ella. Echo de menos su luz, el calor de su cuerpo, el sosiego que me transmitía con su aliento, a la vez que absorbía la pureza de su alma. No puedo olvidar la imagen de cómo movía emocionada la bola de cristal que le regalé. Lo hacía de un lado a otro, para ver caer los copos de nieve sobre el pequeño ángel blanco que reposaba en la figura.

Eso es lo que tengo de ella, recuerdos, porque ya nada ha vuelto a ser lo mismo desde que se fue. A mi alrededor la vida sigue. El operativo continúa su curso. Observo a los colegas, alegres, abrazarse unos a otros, a la vez que se felicitan las fiestas navideñas. A Julia se le ilumina la cara cada vez que me mira. Un Javier preocupado por mí me recuerda que mi mejor aliado es el tiempo, sin embargo, yo…, yo estoy roto por dentro desde que ya no está en mi vida.

Alessandro nos ha concentrado a todos en la parte alta de la comisaría para el *briefing*. Es una gran sala en la que reúne a todo el equipo para dar novedades importantes cuando hay algún operativo. Todos los asientos están ocupados. Yo he decidido sentarme al final, al lado de uno de los grandes ventanales que iluminan el espacio con luz natural. Conocen bien mi humor y hoy, el último día del año, saben que es mejor no acercarse a mí. Ni en fin de año ni en cada uno de los jodidos días que he pasado sin verla. Ni una llamada ni un mensaje, ni siquiera he conseguido saber nada de ella por parte de sus amigas. Me pierdo de nuevo a través de la ventana. La echo tanto de menos que

me convenzo a mí mismo de que el color esperanza se vuelva blanco.

Oigo carraspear a mi fiel amigo para que atienda lo que se está hablando. Está a mi lado y sabe que me importa una mierda la fiesta de esta noche. El jefe se ha dado cuenta de mi indiferencia y mira constantemente hacia nosotros para que le prestemos atención.

—Compañeros, ha sido un año duro. Hemos trabajado y sacrificado nuestro tiempo para dar lo mejor en esta misión, que, estoy convencido, va a ser un éxito. Sois un gran equipo. Sé que estáis cansados y muchos estaréis deseando volver a vuestro hogar. Estamos cerca. Solo falta un poco más. Disfrutad de estos días que quedan en familia antes de volver a dar el cien por cien de nosotros mismos. Por cierto, nos vemos esta noche en el Hotel Magenta para celebrar juntos el fin de año. Agradecer a Cándida el aperitivo que nos ha preparado. ¡No seáis buitres y dejadme algo!

Se muestra orgulloso frente a todos los agentes hasta clavar sus ojos en mí. Se acerca a mi asiento y tuerce el labio por mi apariencia. Hace días que no nos vemos, aunque hemos hablado por teléfono. Mi rutina en Navidad ha sido correr, boxeo, comer, dormir y poco más. Me tomé en serio su consejo y, sorprendido, da fe de que le he hecho caso.

—*Amico,* te pedí un cambio. —Ríe burlón—. Te lo has tomado al pie de la letra. Solo te falta el hacha y la camisa a cuadros. ¡Pareces el terrible hombre de las nieves! —bromea y segundos después recapacita y pregunta por mi estado—: ¿Cómo estás? ¿Sabes algo de ella? He interrogado a Lara. Hablamos casi a diario. De todas formas, cada vez que le saco el tema de Lucía se hace la loca o me dice que no quiere hablar de eso.

—Nada. No coge el teléfono. Incluso sus amigas me han dado largas. Tampoco quiere hablar con Javi. Cándida creo que ha contactado con ella, pero se niega a decírmelo. Me pide paciencia —le cuento abrumado.

No saber de ella, y pensar en el estado en el que se fue aquel maldito día, me desespera. Cómo me arrepiento de esa condenada noche en la que la vi desaparecer bajo la intensa lluvia. No fui capaz de ir tras ella. Por un instante llegué a entender su rechazo, que no quisiera estar con alguien tan oscuro como yo, y el pánico me paralizó por completo. «Se merece algo mejor», reflexioné. Al recapacitar me negué a pensar en una vida sin ella. Cuando quise reaccionar, ya se había ido. Ni siquiera pude explicarle que no tenía ni idea de la incorporación de Julia.

—Lo siento. Si averiguo algo, te lo cuento enseguida. —Carraspea —. Lo de tu relación con Julia lo desconocía. Me asombró cuando llamó a mi despacho para reforzar el equipo en el momento que tuviste el accidente. Desde la Comisaría General de Investigación Criminal de Barcelona recomendaron su incorporación por la formación experimentada que tiene sobre la mafia. Necesitábamos agentes que conocieran el operativo a fondo, y ella se ofreció —comenta agobiado.

Es muy profesional en su trabajo, pero también es mi amigo y la incorporación de mi ex sabe que ha provocado cierta confusión. Así, tan de repente y con tanta insistencia.

—Está bien, tío. El problema es que esa mañana, sin yo saber nada, Lucía se presentó en mi apartamento para traerme un regalo. No quiero ni pensar qué le pasó por la cabeza al ver a Julia para ni tan siquiera dármelo ella en persona. Le había hablado de mi ex, así que pudo reconocerla con certeza —le cuento angustiado.

Doy por hecho que ese encuentro ha sido el causante de que no quiera volver a saber nada de mí. ¿Qué debe de estar pasando por su mente para que me haya censurado de este modo? Solo hay una persona que se me pasa por la cabeza que haya tenido ese interés en que mi ex esté aquí.

Me aprieta el hombro dándome ánimos e insiste en verme esta noche en la fiesta. Ojalá pueda escaquearme. No me apetece ir, sin embargo, Cándida, que acaba de acercarse a nosotros, insiste en que sea su acompañante. A Alessandro puedo decirle que no, pero a esta maravillosa mujer me es imposible. Si le insisto puede que esta noche me cuente algo de ella.

Salgo de la sala sin despedirme de nadie. El rubiales, que me conoce bien, sabe que cuando estoy así es mejor no perder el tiempo conmigo. Julia, al ver que me marcho, viene deprisa hacia mí e insiste en acompañarme, pero hasta mi moto rechaza cualquier cuerpo que no sea el de Lucía. Su presencia me provoca cierta irritabilidad. Ella no tiene la culpa de lo sucedido, aunque sí creo que ha sido el detonante y mis mentiras también. Con tanta tensión muscular, me quejo de las costillas. Se acerca preocupada para asistirme, pero me alejo con educación sin hacerla sentir mal y con un gesto me despido de ella.

Las cosas han cambiado y necesito que entienda que estoy enamorado de otra mujer. Aún no ha superado lo nuestro y lo sé por

el modo que tiene de tratarme. Es una gran persona y por eso siempre he sido amable con ella. Por estar a mi lado en un momento difícil de mi existencia, aunque yo ya no soy el mismo desde que apareció un ángel blanco en mi vida.

Camino sin mirar atrás. Probablemente se haya quedado apenada, aún percibo su mirada cargada de esperanza. En otro momento me hubiese sabido mal, pero ahora el que da pena soy yo y no haber sido sincero con las mujeres me está saliendo caro.

Ni el frío ni la nieve pueden con toda la adrenalina que corre por mi cuerpo subido a la moto. En cuanto llego al apartamento me pongo un chándal y voy directo al cuarto donde cuelga el saco de boxeo. Necesito descargar esa rabia contenida por mi cobardía. Por no responder a esas jodidas preguntas que me hizo aquella tormentosa noche. Hubiese sido suficiente para ganarme su confianza y su corazón el resto de nuestras vidas. Me coloco los guantes. Le doy con furia y en el primer *crochet* vuelvo a quejarme de las costillas, que siguen resentidas. Poco reposo he hecho estos días. En el ejercicio encontré esa vitalidad que concibo cuando estoy con ella. De todas formas, nada es comparado con el desgarro que noto en mi interior cada día que paso sin verla. Vuelvo a darle con fuerza varias veces y al fin consigo que hasta mis fantasmas huyan de mí mismo.

Javier me sorprende entrando por la puerta y me saca de mi estado de furia. Me recrimina que, a pocas horas de la fiesta, ya debería de estar arreglándome y afeitándome esta barba espesa de días. No pienso hacerlo. Se burla cuando me recuerda que tengo una cita con una gran mujer y que no la haga esperar. Típico en mí. Me quito uno de los guantes para lanzárselo. Es más rápido y golpea en la puerta, al mismo tiempo que mi amigo desaparece por el pasillo. Agotado por haber llevado mi cuerpo al límite, caigo rendido al suelo. Mientras me refresco la boca me miro de reojo en el espejo y hasta yo mismo me sorprendo de mi aspecto.

Empecé a dejarme crecer el pelo y la barba cuando Alessandro me aconsejó un cambio para pasar desapercibido e intentar que los Bianco no me reconociesen. El ejercicio ha hecho que se me ensanche más la espalda, mi figura está más robusta y mi cara…, en ella se reflejan las duras noches que paso sin tener su cálido cuerpo fundido al mío.

Curvo los labios hacia arriba al mirarme. No puedo evitar pensar en las ocurrencias de mi pecosa al compararme con el legendario Kratos: la fuerza y el poder en persona. Eso es en lo que me estoy

convirtiendo; en un hombre aún más hábil y temible para vengarme por todo lo que me están haciendo pasar. Oír el nombre de Lucía, a la vez que me golpeaban una y otra vez con fuerza, hizo que mi ira aumentase y jurase venganza. Me es indiferente si tengo que pasar más tiempo ardiendo en el infierno, estaré hasta que pueda ver a esa familia encerrada entre rejas, o muerta, a estas alturas ya me da igual.

Aquella noche en la que el Range Rover me arrolló con la moto no pude apenas defenderme. La caída me dejó herido, y los tres matones corpulentos que bajaron del auto me golpearon hasta la saciedad. Aún tengo que agradecerles que me dejaran con vida para seguir con mi revancha. Recibí puñetazos sobre un cuerpo que ya estaba fracturado y, aun así, intenté defenderme con todas mis fuerzas. Me fue imposible salir de esa situación yo solo, y me dejaron tirado como a un perro, semiinconsciente, sangrando por la nariz, sin fuerzas para poder levantarme ni voz para pedir ayuda. Allí solo, en mitad del asfalto, su imagen me dio aliento y mi sed de venganza fue en aumento para seguir cuidando de ella.

En mi vida he renacido en varias ocasiones y en mi profesión decimos: «Lo que no te mata te hace más fuerte». El odio que siento por dentro es la viva imagen de mí mismo en estos momentos.

¿Cómo podía prometerle amor y confianza aquella noche cuando el veneno corría por mis venas en exceso? Sé que no le va a gustar en lo que me he convertido, aun así, debo seguir fuerte y temible para poder protegerla. Debo seguir vivo para cuando acabe todo esto pedirle que pase el resto de sus días conmigo. ¡Sí, joder! ¡Quiero hacerlo! ¿Por qué no? Es ella, siempre va a serlo. Mantengo la esperanza de poder hablar con Lucía algún día.

Salgo de la habitación que tenemos para entrenar, sudado, sin saber bien qué hora es. Todos se apresuran en arreglarse para «la gran noche». Me burlo. Sigo sin tener prisa. ¡Joder, sí, Cándida! Ya no me acordaba y no quiero llegar tarde, como siempre. Tengo que arreglarme con rapidez. Hemos tenido que remodelar horarios y programar la convivencia para poder llevarla lo mejor posible. Los cuatro en casa y con esta tensión se hace difícil. Julia intenta hablar conmigo en referencia a mi actitud. Insiste en que está aquí por trabajo. No lo dudo. De todos modos, yo no estoy preparado para hablar con ella. No tiene la culpa de mi mal humor, ¿o sí? Hay muchas cosas que rondan por mi cabeza.

A Raquel se la ve soberbia. Se muestra satisfecha de tenerla en el

equipo. Su sonrisa petulante cada vez que pasa por mi lado me reconcome. Ellas duermen juntas en el mismo cuarto. Su carácter agrio ha cambiado y sé que es porque ha conseguido su propósito; que acabara mi relación con Lucía. Cada día tengo más claro que fue ella la que recomendó a Julia para reforzar el operativo cuando yo estaba convaleciente. Javier no tenía ni idea de sus intenciones. Mi fiel amigo solo estaba pendiente de mí y de sustituirme en la misión hasta que sanaran las heridas físicas. Él también está decepcionado y desconcertado por todo lo sucedido con Lucía. Hay muchos compañeros de Barcelona que harían cualquier cosa por estar aquí. Saben que es un operativo que puede mejorar su expediente. Casualmente, la han trasladado a ella.

Salgo de la ducha y mientras me visto en mi dormitorio observo el cuadro que pintó para mí. Aquella mañana en la que dormía profundamente, por el efecto de los analgésicos para combatir el inmenso dolor que tenía por todo el cuerpo, no me enteré de la llegada de mi ex. Tampoco de que Lucía había llamado a la puerta. Quedé en estado de *shock* cuando vi ambas cosas juntas. A la vez que me entregaba el regalo supe que ella había sido la principal causa de que ya no quisiera saber nada de mí. Hablaré con Cándida en serio. Todo ha sido una confusión. *Cazzo,* ¡Cándida me espera!

Javi ha ido con las chicas en el otro coche que nos facilita la Dirección General de la Policía. Yo he preferido ir solo, recojo a mi maravillosa acompañante que se alegra al verme y agradece que al final me haya animado a venir. Tarde, pero, he llegado. Entramos en el Hotel Magenta, muy elegantes los dos, y observamos cómo todo está adornado con mucha elegancia. Poco me gustan estas fechas, aunque he de reconocer que está decorado con mucho gusto. A Lucía le encantaría ver cómo brilla el lugar y no sería consciente de que es ella la que iluminaría todo con su espléndida luz. Cándida está orgullosa de mí al ver que estoy aquí, pese a mis pocas ganas de celebraciones. Erguida, se coge con firmeza de mi brazo al entrar en el *hall* y guiñándome un ojo me dice que va a ser una gran noche. Lo dudo, sin embargo, esta mujer es medio brujilla y prefiero no llevarle la contraria.

El gran salón del hotel está repleto de compañeros de la policía de Milán. Cada uno con sus respectivas familias. Mi acompañante no me suelta. Sabe que es duro para mí no poder estar rodeado de mi gente ni de… ella. Nos dirigimos al lugar donde se encuentran: Javier,

Alessandro, la *mamma*, Salvatore, Fabrizio y las chicas. A Julia se le ilumina la cara en cuanto me ve y hace el gesto de apartarse para que me siente a su lado. Cándida, que se da cuenta de ello, se sienta primero, y yo, a continuación. Se lo agradezco. Tengo a Javier en el otro lado. Los observo feliz a ambos porque tengo a algunas de las personas más importantes de mi vida. Me falta una.

Tanto mi amigo como Cándida sabían de la relación que tuve con Julia y lo que ha podido llegar a perjudicar en la mente confundida de Lucía. Ellos me lo advirtieron. La falta de confianza hizo mella en nuestros desorbitados sentimientos. No decaigo. La fe que tengo en recuperarla es más grande, aunque cargar con su corazón destrozado es una responsabilidad muy grande.

Saludamos a todos en cuanto nos sentamos en la mesa. El macho alfa de la comisaría se levanta de su asiento y me rodea con sus fuertes brazos en cuanto me ve. Fabrizio es muy grande por fuera y por dentro. Todos van con sus mejores galas. Me fijo en Alessandro, en cómo lleva su pelo engominado, de lo más elegante, con su traje Armani. Se atreve a decirme que arreglado parece que doy menos miedo. De todas formas, me abronca por no haberme afeitado. Le hago memoria de que fue él el que quería que cambiara mi aspecto. Se acerca a mí y con un gran abrazo me agradece que esté aquí esta noche. Me recuerda al oído que no tengo rival y que sigo siendo «el terror de las nenas». Hasta la *mamma* se muestra encantada con mi presencia. Su madre es un encanto de mujer y me tiene muy bien considerado. No sé qué tengo, que las señoras están encantadas conmigo, y las jóvenes me odian.

En primer lugar, degustaremos un menú especial que han elaborado para nosotros. Después retirarán las mesas para celebrar por todo lo alto el final y el principio de un año incierto. Lo mejor de la cena, y creo que de la noche, es el plato de lentejas que me voy a comer. Una tradición italiana que simboliza una sana y larga vida.

A mi alrededor el ambiente es festivo. Todos ríen y se divierten. No puedo decir lo mismo de mí, aunque Javier y Cándida están continuamente pendientes. Intento cambiar mi actitud porque no quiero ser el centro de atención. Más bien quiero pasar desapercibido, acabar la noche y contar que queda un día menos para volver a verla. Acabamos de cenar y, cuando van a presentar los postres, mi fiel amigo hace una mueca cuando ve al camarero aparecer a mi espalda. Deja sobre la mesa un adornado *panettone*. Él también la echa de

menos. Sonreímos cómplices al recordar su preciosa cara mientras lo comía con gusto. Pruebo un trozo para que una parte de ella se alegre de volver a saborearlo. Sigue muy presente en mi vida: «Cuida de mi corazón porque ya no me pertenece», esas fueron sus últimas palabras.

Me levanto de la mesa, agobiado por tanta fiesta. Necesito respirar el aire fresco del gélido invierno y fumarme un cigarro. Mi acompañante se incorpora enseguida para venir conmigo. Nos dirigimos a uno de los balcones con grandes ventanales abiertos de par en par y me lo enciendo. Cándida me cuenta la costumbre que tienen los italianos de dejar puertas y ventanas abiertas esta noche para alejar los malos espíritus. Alzo una ceja con media sonrisa, y ella me regaña por tomármelo a guasa. Sabe lo poco que creo en estas cosas. Se hace el silencio y se me escapa un suspiro cuando admiramos la ciudad. Es asombroso ver la noche estrellada después de haber nevado casi todo el día. Los edificios y las calles están más iluminados de lo normal y al fondo se ve una gran noria. Pasados unos segundos me armo de valor y le pregunto por ella.

—Cándida, me pediste paciencia, pero la necesito. Estoy consumiéndome por dentro. Sé que sabes algo. —Clavo mi oscura mirada en sus ojos esperando que ella la vuelva a iluminar.

—Está muy confundida. Tu falta de confianza, y el ver a tu ex allí aquella mañana en la que iba a tu apartamento para decirte que la esperaras —dice al mismo tiempo que yo noto resquebrajarse aún más mi corazón—, ha apagado ese brillo con el que alumbra todo lo que la rodea. Por eso te pido paciencia. Está muy dolida. Empieza a cambiar tu actitud, sé sincero con todo lo que te rodea, deja tu obsesión por protegerla porque ella siente que no forma parte de tu vida de ese modo. Soy muy directa contigo, cariño, para que abras los ojos de una vez. Va a querer estar contigo seas como seas, seas quien seas…

No tengo palabras. Me he quedado paralizado. Lo único que hace que me remueva es el fuerte estruendo de los fuegos artificiales que veo a través del balcón. Ni siquiera he oído marchar a Cándida. Necesitaba un «guantazo», literalmente, como el que me acaba de dar con sus sinceras palabras. Reacciono y cojo el móvil. Lo primero que hago es buscar su contacto. Quitar la opción de número oculto y exponer mi teléfono para que vea que quiero empezar a mostrarme tal y como soy. Con mis fantasmas incluidos. Ella me ayudará a espantarlos.

Le envío un mensaje. Sé que si la llamo no va a querer hablar

conmigo. Me tiembla el pulso al escribir. Es un texto corto, pero sabrá interpretarlo:

Feliz año nuevo, pase lo que pase…
Te Amo. Marco.

Soy directo. Ya no me ando con rodeos. Quiero que sepa todo lo que siento por ella.

Le doy a la tecla de enviar. Cierro los ojos anhelando que me conteste y cuando los abro una estrella fugaz aparece ante mí. Esta es la mía. Voy a hacer caso a esa brujilla que tengo como amiga y voy a pedir un deseo.

—Deseo… —suspiro—. A ella, con toda mi alma.

2
Lucía

—Deseo… —Inhalo—. Sé lo que deseo, pero lo voy a dejar en manos del universo.

Pedir deseos cuando veo una estrella fugaz ha sido algo que he hecho desde niña. Cerraba los ojos en cuanto la veía pasar por el cielo estrellado. Juntaba mis manos con fuerza y a esperar a que se hiciera la magia. Hoy es la primera vez en mi vida que veo brillar una y no tengo fuerzas para pedirle nada. Dejo que el destino decida por mí.

Me abrazo a mi chaqueta al sentir un escalofrío. La suya la dejé en Milán. He salido fuera de la galería de arte para fumarme un cigarro. Qué asco de vicio que he cogido cuando pienso en él. Dentro se oye el jaleo de las personas felices por el nuevo año que acaba de empezar. El móvil me vibra constantemente. Debo de tener la bandeja llena de felicitaciones navideñas.

Necesito estar sola en estos momentos. He conseguido escapar sin que mi madre se dé cuenta. Se ha convertido en mi sombra desde que me vio en el aeropuerto con la cara desencajada. Sabe que algo me pasa y cada vez que intenta hablar conmigo me escabullo para no hacerla sufrir aún más. La opresión que noto en la garganta me impide expresar todo lo que me ahoga por dentro. En este instante, lo que menos me apetece es besar o abrazar a todos los asistentes y amigos de mis padres. Los únicos besos y abrazos que desearía aquí y ahora son los de Marco. Me regaño por pensar en él, cosa que hago desde que llegué a Barcelona. ¿A quién se le ocurre darle mi corazón? La conexión entre ambos sigue siendo muy latente. ¡Lo odio! Odio sus mentiras, su falta de confianza, cuando recuerdo sus palabras sobre Julia: «Es todo lo contrario a ti…». No fui capaz de preguntarle qué significaba eso.

Las comparaciones suelen ser odiosas y cuando la vi aquella mañana lo supe. Entendí a qué se refería. Esa clase y delicadeza que tiene ella no la tengo yo. Yo soy más salvaje, más sencilla. Lleno mis

pulmones de oxígeno al recordar la viva y espléndida imagen de ella en su apartamento. La confianza que deposité en él sin pedir nada a cambio, el nada de preguntas… se ha convertido en rencor y frustración de querer odiarlo con todas mis fuerzas. Y no lo consigo porque el amor que siento por él es más fuerte.

Me animo a sacar el móvil, antes de volver a entrar, y ver quién me ha escrito. Tengo mensajes de Lara, Elena, Macarena… De Antonella, cómo la echo de menos. Mi gran amigo Javier, tengo que hablar con él. No se merece mi silencio. Incluso me ha escrito Alessandro.

Con Cándida es con la única que he hablado. Sus sabias palabras me han reconfortado estos días. La adoro porque dice las cosas tal y como son, aunque duelan. Es lo que necesito, alguien que no me diga que todo está bien. Nada está bien en estos momentos, joder. Positiva sí, pero realista también. Me permito estar mal para después recomponerme con más fuerza. Acepto la situación y razono que mi relación con Marco puede resultar tóxica.

No obstante, sigue apostando por nosotros. Lo primero que me dijo fue que no creyese en lo que vieron mis ojos. «Escucha más a esa vocecita interior que grita desesperada para darte sosiego. No le cierres las puertas y deja que te dé una explicación», me dijo. Mis celos y la falta de confianza me han atormentado todos estos días.

Los dientes me castañean, aun así, reviso los mensajes antes de entrar y me sorprende ver un número desconocido. Un temblor recorre mi cuerpo y no es del frío especialmente. De repente, una ola de calor me invade de arriba abajo. Tengo presente que todos los mensajes de Javier o cada una de las llamadas que me ha hecho son de él. Los he borrado para no continuar con la agonía. Saber de él duele. Lo que me asombra es que esta vez muestre su número. Sé que es él por lo que me hace sentir. «¿Qué hago?», pregunto a esa vocecilla que chilla eufórica en mi interior. «¡Hazlo!», me indica. Le hago caso, escribo, borro, escribo, vuelvo a borrar…

Lucía:
Gracias. Deseo que en este año tus sueños se hagan realidad.

—Mierda, está en línea.

Marco:

Acaban de cumplirse. Te echo mucho de menos, preciosa.
Necesito hablar contigo.

Escribo, borro, escribo, vuelvo a borrar… Dejo de estar en línea porque sus palabras me confunden, y las mariposas, que llevaban tiempo sin volar, lo hacen de un modo tan salvaje que siento latigazos en mi estómago. Guardo el móvil en mi chaqueta. Entro en la galería con la intención de despedirme de mis padres y del resto de invitados. Me apetece estar sola en casa, cobijada bajo mi edredón, y pensar en cómo voy a afrontar la… ¿esperada?... ¿deseada?... ¿temida?... llegada a Milán.

Me dirijo a la sala principal donde se ha servido la cena y luego han hecho el cotillón, antes me paro frente a uno de los cuadros que ha pintado mi padre para la ocasión. Es un precioso paisaje nevado. Observo cómo ha plasmado a la perfección los copos de nieve caer sobre el añorado pueblo donde se crio en su niñez. Me teletransporto a ese momento y me siento como el pequeño ángel blanco de la bonita bola que me regaló Marco. Aparece mi padre, se coloca a mi lado y en silencio ve mi cara descompuesta. Él es muy prudente a la hora de compartir emociones y sabe que estos días no han sido buenos para mí.

—Hija, lo que sea que te está pasando acéptalo como un aprendizaje. No te resistas a lo que te atormenta o acabarás sufriendo aún más. Deja de suspirar por el pasado. No hagas caso de un futuro incierto. Céntrate en lo que tienes y sobre todo en lo que quieres —me aconseja mientras contempla emocionado la pintura de su pueblo con cariño—. Cuántas veces añoré ese olor tan característico de sus calles cuando estaba aquí, en Barcelona. La nostalgia me consumía por los recuerdos de un pasado que ya se había producido. Dejé de hacerlo cuando acepté que mi vida está aquí, con vosotras. Sois lo más importante de mi existencia y es lo que quiero para el resto de mis días.

Las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas. Las palabras sabias de mi padre han calado hondo en el hueco donde palpitaba antes mi corazón. Él nunca ha sido muy afectuoso, así que sincerarse de ese modo ha hecho que se me escame toda la piel. Lo abrazo para sentir la calidez de mi progenitor y sollozo en su hombro. Lo hago con la misma intensidad que la primera vez que me caí cuando monté en

bicicleta hecha una chiquilla. Él estuvo ahí para limpiarme las lágrimas y curar mis rodillas sangradas. Aquí y ahora se encuentra a mi lado, abrazándome, y en días es la primera vez que no me siento sola.

—Gracias, papá. Te quiero mucho. Tranquiliza a mamá, que se pondrá hecha una furia en cuanto vea que me he ido a casa, pero es que necesito irme. —Le hago un mohín—. Despídete de los invitados.

—No te preocupes. Yo me encargo de ella. —Me aprieta la mano antes de dejarme ir—. Vete.

—Por cierto, creo que es una de las mejores colecciones que has pintado. Soy tu fan número uno, ya lo sabes. —Me muestro satisfecha.

—Gracias, hija. Es lo que tiene estar presente. Yo soy el tuyo desde que vi tu pequeñita cara por primera vez. Estoy orgulloso de ver la mujer en la que te has convertido. Expresa lo que sientes pintando, creando y aliviarás todo lo que te tortura por dentro —dice con serenidad.

Me despido de él y salgo de la galería erguida por sus motivadoras palabras.

Después de año nuevo, y antes de marcharnos a Italia, nos juntamos Las tres Marías en el piso que compartimos para hacer limpieza y empezar a preparar las maletas. Abro la puerta y aún no han llegado. Lara se ha reunido con toda su familia en una masía que tienen en la montaña. Cada año en Navidades se congrega con alrededor de una treintena de familiares. Estaba loca por ver a sus sobrinas. Es la tita preferida porque acaba siendo una niña igual que ellas. Elena y Pablo, como una pareja consolidada, se han repartido las vacaciones entre la casa de sus suegros y la de sus padres. Las han pasado algo más tranquilos al ser una familia reducida. Ambos son hijos únicos.

Tengo unas ganas tremendas de volver a verlas. Hemos hablado a diario por teléfono. Han estado muy pendientes de mí, ya que no olvidan el estado lamentable en el que me monté en el avión aquella desdichada mañana cuando vi a su ex en la puerta de su vivienda. Las pobres ya no sabían cómo darme consuelo. Maldijeron a Marco durante todo el trayecto. Les dije que dejaran de hacerlo porque esas palabras acababan doliéndome a mí. Ellas no saben que se quedó con mi acongojado corazón.

—¡Hola, bella, qué ganas tenía de verte! —alza la voz Lara en cuanto abre la puerta y me encuentra pasando la aspiradora por el

salón. Nos abrazamos con efusividad. Ilusionadas de volver a vernos. En ese instante entra mi otra mitad y con la euforia acabamos tiradas por el suelo, aunque felices por volver a encontrarnos.

Pasamos el día poniéndonos al corriente de todo lo acontecido. Coincidimos en la hinchazón que notamos en el estómago por la cantidad de comida que hemos engullido. Acabamos de recoger el piso y organizamos nuestras pertenencias antes de volver a Milán. Esta noche, como todos los viernes, comemos *pizzas* y saboreamos un buen vino tinto para acompañar la cena. No sé si son una o dos botellas las que nos bebemos, pero hace que la sensibilidad aflore en nuestra ansiada conversación.

—Chicas, ¿sabéis lo primero que voy a hacer en cuanto llegue a Milán? —pregunta Lara sugerente.

—¡No entres en detalles, que ya lo sabemos! Tiene que ver con Alessandro, ¿verdad? —comenta Elena resoplando.

—El Satisfyer ya me aburre. Necesito carne fresca. —Se retuerce de la risa en el sofá y la acompañamos en su locura.

—¿Qué tal con Pablo? —pregunto a Elena.

—Muy absorbente. Dice que me ha echado mucho de menos. La separación ha sido dura de nuevo. Me ha encerrado en su piso. He intentado contraatacar, pero ya conocéis su habilidad con las artes marciales. —Sonríe recordando la situación—. Se negaba a dejarme ir. Ha llegado a esconder las llaves y me ha dicho que hasta que no las encontrase no iba a salir por la puerta. Al final he tenido que seducirlo y utilizar mis artimañas para poder venir hasta aquí.

Se hace el silencio y las dos me observan esperando novedades de mi complicada situación sentimental. La descarada de Lara se atreve a hablar:

—¿Sabes algo de ese malnacido? —pregunta mosqueada.

—¡Ostras! No lo llames así. Yo sola acepté estar con alguien enigmático. Él no tiene toda la culpa de que yo esté ahora así. —«¿O sí?», pienso.

Me abrí en canal a él sin pedírmelo. No puedo culparlo. Siempre me dejó claro lo que había.

—¿Qué hacía su ex en el apartamento después de haber terminado con lo vuestro? Se lo dejaste bien claro: «Se acabó». Y él acude a ella. ¿A qué fue? ¿A consolarlo para que no se sintiese solo? —comenta Elena con sorna. Menos mal que con el mareo del vino la conciencia es menos tangible porque eso ha dolido mucho—. No lo defiendas. No

tiene perdón.

Con sus duras palabras hacia él solo quieren ayudarme. Sin embargo, no se dan cuenta de que actúan como lo hace Marco. Protegiéndome de ese modo provocan que con lo cabezona que soy aún quiera saber más…, estar más con él. Marco y yo tenemos una charla pendiente, pero todavía no.

—Me ha enviado un mensaje con su número. Se ha mostrado y me ha dicho que me echa de menos. —Lo de «te amo» lo reservo para que dentro de mí no se apague la pequeñita llama que alumbra en mi interior.

—Será caradura. Echando más leña al fuego. ¡Qué rabia! A la rubia decolorada y al Machito los voy a pillar por los pelos y van a tener que ir a Turquía para implantárselo —grita enfadada Lara.

No sé si es el vino, pero no puedo parar de reír cuando lo llama «Machito». ¡Diosss! En mi mente aparece su musculosa espalda, con ese tatuaje que tanto me excita, y no puedo evitar sonrojarme. Efectivamente, creo que es el vino.

Acabamos las tres borrachas. Tiradas en el sofá, muertas de risa. Celebrando que volvemos a estar juntas. Brindamos por la vida y nuestro regreso a Milán. Este último brindis me ha provocado cierto cosquilleo.

Tumbada en la cama, me es imposible dormir después de remover durante la cena tantas cosas vividas estos últimos meses. Ya nada volverá a ser lo mismo. Nuestros primeros encuentros no son nada en comparación a la situación en la que nos encontramos ahora. Recordar que podrían haberlo matado por mi culpa aún me pone el vello de punta. Volver a ver a Lucca me produce escalofríos. Al saber que Raquel estará ahí para hacerme sentir la culpable de sus problemas aún me siento peor y, para colmo, regresa su ex.

No me quito el mensaje de la cabeza. ¿Qué sentido tiene que me diga que me ama estando ella a su lado? Quizás haya llegado la ocasión de hablar con Javier. Al fin el sueño me vence. Lo busco entre la oscuridad, sin embargo, desde que apareció en mi vida dejé de soñar con él.

3
Lucía

Casi estamos listas para volver a Milán. El piso que compartimos ya lo hemos dejado recogido. Las maletas están preparadas en la puerta y acabo de dar alguna vuelta más por si me olvido de algo. Sonrío al ver a Elena mover las piernas de un lado a otro. Está histérica esperando a que Lara deje el baño libre. Vaya par de dos. La explosiva sale divina y me hago una idea de quién viene a buscarnos al aeropuerto en cuanto lleguemos. Entretanto discuten, para variar, me armo de valor y llamo a Javier. Antes de que mis padres vengan para llevarnos al aeropuerto. No se merece mi silencio, aunque hablar con él me produce cierta inquietud. Es lo más cerca que tengo de saber sobre Marco. En el segundo tono me coge el teléfono.

—Javi. Hola. Yo… lo siento —murmuro con cautela.

—Lucía, ¡qué alegría saber de ti! A veces necesitamos alejarnos para volver a encontrarnos. No pasa nada. Te entiendo.

Me siento aliviada al oír su alegre voz, aportándome bienestar, como hace siempre. Mi gran consejero. ¿Cómo he podido huir de compartir esas conversaciones con él, con el alborozo que me aporta? La respuesta es clara: miedo a saber de su mejor amigo.

—¿No estás enfadado conmigo?

—Bueno…—Silencio—. Un poco, aunque eso podemos solucionarlo si me invitas a desayunar. Aunque eso podemos solucionarlo si me invitas a desayunar. —Ríe, y yo suspiro aliviada.

—Hoy partimos a Milán. Si quieres mañana podemos quedar. Te debo una explicación.

—Mañana no estaremos allí. —Cambia el tono de voz por uno más serio—. Tenemos que irnos dos semanas fuera por trabajo. En cuanto venga, quedamos, te lo prometo. —Efectivamente, esa tonalidad hace que mis entrañas se retuerzan. El «no estaremos» incluye a Marco, lo sé. No sé si volveremos a estar juntos. No obstante, necesitaba volver a verlo para oír mi corazón latir. Dos semanas más. Silencio—. Lucía,

¿estás ahí?

—Sí, perdona —digo con un suspiro que en ningún momento di permiso para salir. Él lo percibe.

—Marco también viene. Tenéis que hablar, cielo. Se lo advertí. Sabía que su obsesiva preocupación por protegerte os traería problemas. Le aconsejé que confiara más en ti, pero es muy cabezón. Ya has podido comprobarlo, sin embargo, te quiere muchísimo. No te puedes ni imaginar cómo lo ha pasado. Cómo te ha echado de menos. Ni él ni yo sabíamos nada de lo de su ex.

Me habla con mucha delicadeza porque sabe que me duele. Su alma sigue enquistada a la mía y me es imposible no sentir ese daño por duplicado. Las lágrimas salen a borbotones de mis ojos y percibe mi agitada respiración.

—Me mintió. No fue capaz de sincerarse conmigo, aun dándole un ultimátum, ni con esas reaccionó. ¿Cómo sé que no me engaña con ella? Apenas sé nada de él. —Lloro con rabia.

—Para protegerte, Lucía. Él no haría eso. Te puedo asegurar que eres la única que le aporta luz a su vida. No dejes que se apague. Es un gran tipo, te lo aseguro. Está en el cuarto boxeando. ¿Quieres hablar con él? —pregunta esperanzado.

Deseo hacerlo, pero no es el momento y menos por teléfono.

—No. Es mejor que hablemos cara a cara. Que nuestros ojos sean los que juzguen si debemos seguir con lo nuestro. Quiero que sea sincero conmigo. No quiero volver a pasar por lo mismo. Ha sido muy doloroso. Sabes lo que siento por él, ¿verdad?

—Lo sé. Y sí, sois dos almas gemelas que están aprendiendo a convivir juntas después de un tiempo perdidas.

—¿Con quién hablas, Javi? —Oigo su voz de fondo, y las mariposas revolotean locas por mi estómago.

—Con una amiga, Marco. —Carraspea.

—Gracias, si te parece bien, hablamos otro día. Llámame a la vuelta. Un abrazo muy fuerte y dile que…, es igual, Javi, adiós. —«Que le echo de menos», susurro cuando ya ha colgado.

Suena el timbre y no soy capaz de ir a ver quién llama. Estoy completamente paralizada por la conversación mantenida con mi amigo. Mi otra mitad me zarandea para que reaccione. Me recalca que son mis padres, que bajemos ya, que hay mucho tráfico y debemos estar puntuales si queremos embarcar a tiempo. La que consigue sacarme de mi estado de *shock* es Lara. Va perfumada hasta las

pestañas de Coco Chanel. Seguro que cuando llegue al aeropuerto de Milán sigue oliendo igual.

Bajamos cargadas con las maletas hasta llegar al coche de mi padre. Como buen previsor, ya tiene el maletero abierto; en cambio, mi madre me observa preocupada por la palidez de mi piel. No se pierde ni una esta mujer. Suspiro. Durante el trayecto observa mi cara y mira repetidas veces por el retrovisor frunciendo el ceño.

—¡Ostras! Cómo apestas. Me está doliendo hasta la cabeza con ese olor tan fuerte —se queja Elena.

—¡Anda, exagerada! —protesta Lara.

—¡Creo que voy a vomitar!

¡En qué momento dije eso, por Dios!

—¡Lo sabía! ¡Estás embarazada! —Mi madre gira la cabeza igual que la niña del exorcista. Mi padre frena de golpe, sin saber bien cómo reaccionar a eso, y mis amigas me miran con los ojos como platos—. Los cambios de humor de estos días, tu palidez y ahora tienes ganas de vomitar —comenta mi madre arrugando la frente.

¡No me lo puedo creer! Sabe de sobra que llevo el DIU. Mi mejor respuesta es no parar de reír en todo el camino. Rememoro cada una de sus caras, lo hago tanto que me duele el estómago y todo.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos despedimos de mis apenados padres, luego subimos al avión, de nuevo, nerviosas como la primera vez. Mis amigas pasan la mayor parte del viaje durmiendo. En cambio, yo me entretengo viendo cómo se mueve mi pierna de arriba abajo de los nervios. Hago una mueca recordando mi supuesto embarazo. A mi madre le he jurado y perjurado que será la primera en enterarse cuando sea abuela, y a mi pobre padre me ha tocado bajarle la tensión del susto diciéndole que no era cierto. Han sido un gran apoyo para mí estos días, aunque no sepan lo que ocurre en mi interior siempre están ahí. Algún día espero poder hablarles del chico al que entregué mi corazón.

Respiro varias veces en cuanto toco con los pies en tierras italianas. Siento cierto cosquilleo. Mi cuerpo se recochinea y se apuesta con mi mente a que no podrá resistirse a sus encantos, traicionero. Confío en que el universo sepa guiarme. Pese a esa inquietud, una sonrisa de oreja a oreja se muestra en mi boca. Tengo la sensación de haber vuelto a casa, curioso.

Me prometo que, pase lo que pase, seré fuerte. Solo espero poder cogerlo de la mano y sacarlo de esa oscuridad en la que se encuentra,

aunque lo nuestro no funcione y sea solo como amigo. Contemplo la idea, a pesar de que dudo de nuestra amistad porque me atrae demasiado. No sé si soportaría estar a su lado sintiendo el calor de su ardiente cuerpo.

Mi otra mitad me da un manotazo en la espalda. Se burla de mis escapadas y hace que regrese a la tierra. Se está muriendo de la risa y me indica que mire el tórrido espectáculo que están dando Lara y Alessandro en la puerta de salida del aeropuerto. Se ha puesto un vestido tan corto que a horcajadas sobre él, a la vez que se comen la boca, no se ha dado cuenta de que se le ha subido hasta la cintura. Me tapo la cara, abochornada, ya que las personas que caminan a nuestro alrededor observan sorprendidas el encuentro íntimo que presencian sus ojos. Lo que yo digo, pillada pillada. La que no iba en serio.

Nos acercamos lentamente hasta ellos. Con disimulo tosemos en varias ocasiones para que se den cuenta de que estamos en un aeropuerto y no en un *swinger* donde pueden exhibirse con lujuria delante de tanta gente. El italiano, con todos los morros llenos de pintalabios rojo, nos mira exhausto. Otra vez vuelven las risas. Con cierta mirada asesina por parte de Lara, conseguimos separarlos.

A medida que nos acercamos al aparcamiento las luces de un Maserati de color azul eléctrico parpadean. Lo muestra con orgullo y alucinamos del excelente coche que tiene. En el interior todo está impecable, como va él siempre, y el olor a nuevo de la tapicería aún se aprecia. Lo admiramos embobadas, y reparo en Lara, con los pelos alborotados, cómo cada vez se ensancha más. El galán tiene todo el *pack* completo para que mi amiga sucumba a sus encantos.

—¿Qué tal, Lucía? ¿Todo bien? —pregunta dubitativo.

Intenta romper el hielo porque sabe que aquella noche hubo más que una tormenta con su compañero. Mientras conduce se rasca la nuca, nervioso, sin saber bien cuál va a ser la respuesta.

—Pues… —me pronuncio, sin embargo, Lara no me deja continuar y habla a la defensiva.

—Estupendamente —alza la voz con la seguridad que yo no tengo. Más que nada porque no sé cómo reaccionaré cuando lo tenga delante —. Ya le puedes decir al machito de tu amigo que la deje en paz. Ah, y que está mucho mejor sin él.

«La madre que la parió», pienso. La explosividad de ella no es la mía. Mis emociones son más pausadas y confusas. No obstante, lo de «machito» vuelve a sacarme una sonrisa.

—¿Machito? ¿De dónde has sacado eso, Lara? —Arruga la frente, divertido.

—No le hagas caso. Estoy bien —le digo lo más convincente que puedo a la vez que Elena no para de darme codazos en la costilla aún muerta de risa por el calificativo.

—Me alegro —responde y me observa por el retrovisor. Supongo que a la espera de alguna reacción o de si voy a añadir algo más. Él conoce las reglas del juego, yo, sin embargo, no sé qué ficha mover.

Cualquier información va a ser remitida a su compañero, así que me mantengo en silencio, lo más erguida posible, en el asiento trasero. Intento disimular la incertidumbre y el nerviosismo que me rodea al estar al lado de Marco. Cuando oigo rugir el motor del Maserati me recuerdo que la hostia puede ser más fuerte.

4
Marco

Sentado en la cama de mi dormitorio observo la pintura una y otra vez. Estaré días sin poder hacerlo. No he hecho otra cosa desde que Julia aquella mañana me entregó el regalo envuelto de parte de una Lucía, probablemente muy confundida. Es increíble ver cómo ha sabido captar la imagen que nos define.

Con el lienzo entre mis manos puedo rememorar este instante: ella se ha retratado con su larga melena salvaje, lleva un vestido de tirantes, de color blanco, y me mira con esos preciosos ojos azul cielo. A mí me ha pintado con el torso desnudo y uno de mis brazos está levantado acariciando con mi mano sus adorables pecas. Parece que en cualquier momento nuestras miradas van a cobrar vida. Mis párpados bajan con la esperanza de volver a sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Lo tienes todo preparado? —pregunta Javi sacándome del trance. Me levanto de la cama y dejo el cuadro en el mismo sitio donde lo puse cuando llegó a mí la primera vez—. Mirándolo no vas a conseguir materializar a Lucía —me reprocha.

—Ni siquiera sé cuándo viene. No sé nada de ella desde año nuevo. Me muero de ganas por hablar con ella para darle mi versión. En breve nos iremos a Palermo y estaré unas semanas más sin aclarar las cosas —hablo frustrado caminando de un lado para otro sin mirarlo a la cara.

—Ella va camino de su apartamento. —Mis piernas frenan en seco —. Me lo acaba de decir Alessandro, que ha ido a recogerlas al aeropuerto. —Está aquí. El pulso doblemente se me acelera—. Hablé con ella por teléfono. —Ahora sí, lo observo, entretanto la mirada se me oscurece—. Le dije que estaríamos unos días fuera por trabajo. Quiere hablar contigo, cara a cara.

—¡Joder, Javi! ¿Cuándo pensabas decírmelo? Sabes que he contado cada jodido día para volver a verla. ¡*Cazzo*! —Cierro los puños con

fuerza porque me siento traicionado.

—¡Vete a la mierda! Le pregunté si quería hablar contigo y su respuesta fue: «¡No!». ¿Qué quieres? ¿Solucionar las cosas en un par de horas? Quieres recuperarla, decirle que ahora vives con tu ex y viajar a Palermo. ¡Estás loco! En una hora no vais a reconstruir lo que habéis destrozado a pedazos. Ella no se niega a hablar contigo. Pongo las manos en el fuego a que lo está deseando, pero ahora no es el momento. —Noto cómo el corazón se me va a salir del pecho. Vuelvo a sentarme en la cama, con la cabeza entre mis manos, cabreado conmigo mismo.

—Lo siento, amigo, tienes razón.

—En unos minutos llega a su apartamento —murmura.

Cierra la puerta y me deja allí sentado intentando dominar el impulso de ir a verla. Solo verla. Solo eso.

Cojo el casco y la chaqueta negra de cuero. Sin decir nada a nadie salgo por la puerta, bajo las escaleras de dos en dos y subo a mi moto de un salto. Doy gas y ruge como nunca. Ella también la ha echado de menos. Acelero para llegar a tiempo y poder verla antes de que suba a su casa.

Aparco cerca y me oculto detrás de unos arbustos. A los pocos minutos llega el Maserati de Alessandro. Bajan todos y por último, ella. Suspiro. Observo cómo, distraída, saca las bolsas del maletero. Los latidos martillean con fuerza dentro de mí. Me quito el casco con rapidez, ya que noto que me falta el aire. Una angustia recorre mi estómago al no poder abrazarla ni aspirar, como una droga, su dulce aroma a vainilla. Su corazón necesita regresar a casa porque la carga me está presionando el pecho.

Está tan preciosa como siempre pese a su palidez. Me regaño porque me siento culpable. Esa química indescriptible que nos une hace que juntos sea complicado, aunque separados es aún peor. Percibo una descarga eléctrica como la primera vez que la vi, a la vez que la observo cómo mira de un lado a otro. Sé que está notando mi presencia por la manera que tiene de moverse inquieta. No podemos obviar lo que nuestros cuerpos hablan sin decir palabra. Una última mirada antes de irme, sin embargo, algo me frena de hacerlo. Sus amigas le impiden que acuda a su verdugo. Me ha visto y viene hacia mí, abrazada a su cuerpo, frotándose los hombros. Alessandro se ha percatado también y desde su coche me saluda con la mano algo vacilante.

—Hola —susurra con la voz apagada.

—Preciosa —digo algo ronco con un nudo en la garganta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta exhausta con los ojos humedecidos.

—Necesito hablar contigo. —El vello se me eriza al notar cómo la sangre borbotea por su acercamiento. Me fijo en las bolsas de sus ojos, cómo está encorvada y agotada, con los hombros caídos. Deseo restablecer su alma… y la mía—. Te amo, pequeña. —Me acerco a ella para acariciar sus adorables pecas y el rechazo es inminente, como si esas dos palabras la hubiesen envenenado.

—No te acerques. —Me frena con la mano, resentida—. No has sido sincero conmigo y mira cómo hemos terminado —me acusa con el dedo—. ¿Estás dispuesto a sacrificar por mí la farsa que te lleva a actuar así? ¿Vas a decirme quién eres realmente? Me niego a volver a pasar por lo mismo por alguien que apenas conozco. —Se yergue de repente y su tono suena duro.

Bajo la mirada porque no sé cómo responder a eso. Abrirme y exponerme con sinceridad implica descubrir y mostrar mi oscuridad. No hacerlo va a hacer que la pierda. Las palabras de mi fiel amigo resuenan en mi cabeza con fuerza: «En una hora no vais a reconstruir lo que habéis destrozado a pedazos».

—Necesito algo más de tiempo. Dame una oportunidad para poder explicártelo todo. No esperaba verte y aún no estoy preparado para hablar contigo.

—Lo siento, entonces yo no estoy preparada para volver contigo. —Se gira decepcionada para regresar con sus amigas.

—Lucía… —musito.

Si no me voy a mi apartamento perderé el avión. Vine a cumplir una misión, se lo debo a mi padre. Volveré a por ella. Estaba tan resentida conmigo que no ha sido consciente de cómo sus pupilas se han dilatado al verme, cómo se ha mordido el labio en varias ocasiones y cómo apretaba los muslos, enardecida. Cada día tengo más claro que estamos unidos con las mismas partículas que engendraron nuestras almas. La tensión entre nosotros es inevitable, le guste o no.

Acelero a fondo para intentar apagar con el aire fresco el fuego que me quema por dentro. Guardo la moto en el garaje y me despido, es mucho más fácil conciliar con ella. En cuanto abro la puerta del piso ya veo malas caras. Todos me esperan con las chaquetas puestas y mochilas colgadas. Recojo la mía y sin decir palabra nos dirigimos al

aeropuerto.

En una hora y media llegaremos a Palermo. Tengo a Javier a mi lado, roncando, y en los asientos de enfrente se sientan Julia y Raquel. Me centro en el operativo y repaso en el avión, antes de llegar, todo lo hablado con Alessandro. También memorizo los nombres de las personas claves de las que nos ha informado Cándida.

Los Bianco y el clan Bellini son una jerarquía unida de la que destacan los *cugini* Carlo y Mario, los «Don», los principales sospechosos de esta banda del crimen organizado. Para la mafia, los tres pilares básicos son: la familia, el honor y derramar sangre. Ambas se han unido para blindar Italia. Quieren hacerse con el contrabando de armas y de drogas frente a otras bandas que vienen pisando fuerte del este. Su pretensión es llegar a conquistar Europa. En el informe que nos han pasado los colegas de Sicilia se sospecha que los últimos asesinatos pueden haber sido obra de la Cosa Nostra. El rol siempre es el mismo: persona muerta tendida en mitad de la calzada con un tiro a bocajarro en la nuca. Lo más vomitivo es saber hasta qué punto son tan mezquinos. La traición puede llevar al homicidio e incluso a triturar su cuerpo y darlo de comer a los cerdos.

El objetivo de la misión aquí es llegar a averiguar dónde se va a hacer la entrega del mayor cargamento de droga de los últimos años. Los compañeros infiltrados Fabrizio y Salvatore han viajado junto a los Bianco a la gran reunión familiar que se organiza cada año nuevo para pasar novedades en la mansión de los Bellini.

Los compañeros nos han conseguido una furgoneta de incógnito con un equipo de grabación incorporado en donde se hará la escucha, el seguimiento de todos los teléfonos pinchados y de los diferentes micros colocados en puntos estratégicos de la mansión. Los cuatro ya hemos organizado los turnos para poder trabajar y no dejar la escucha en veinticuatro horas. Los agentes de investigación de Palermo estarán a nuestro lado en todo momento. Dan fe del daño que ha hecho la Cosa Nostra en sus tierras.

«Mafia es igual a muerte», decía mi progenitor. Me voy a dejar la piel en esta misión. Los voy a pillar *in fraganti* y al fin descansaré en paz. Voy a vengar la muerte de mi padre y renacer junto a ella, a pesar de que la incertidumbre sea lo que más sobresale en nuestra relación.

Cuando salimos del aeropuerto me impregno del ambiente gris de la mafia. En el sur de Italia da la sensación de que el tiempo se ha

detenido. Nada parece ser remodelado por el paso de los años. Hay soldados del ejército italiano por todas partes preparados con sus fusiles para actuar en cualquier revuelta. Todo está tranquilo y así debe seguir hasta que averigüemos qué traman.

Los camaradas italianos vienen a recogernos con dos BMW muy potentes. Asombrados nos explican que son vehículos incautados a la mafia en operaciones contra el narcotráfico y los utilizan las unidades de investigación. Después nos acompañan hasta la vivienda donde pasaremos estas dos semanas.

En cuanto llegamos al piso acomodo mis cosas en el dormitorio que comparto junto a mi fiel amigo. Julia dormirá con Raquel en la habitación contigua. El lugar es añejo, huele a rancio, imagino que del poco uso que ha tenido y el escaso mobiliario hace que no haya ni una pizca de calidez. Mientras ellos se quedan charlando en el salón, yo prefiero estirarme en la cama para acabar de gestionar el intenso encuentro.

Alcanzo con la mano el horario que tengo en la mesita y veo que coincido con Julia pocas veces. Tendré que pagarle al jefe unas cervezas por haber cuadrado los turnos pensando en mí. Tengo que hablar con Lucía seriamente y con mucha delicadeza explicarle que no siento nada por mi ex. No sé qué mierda le habrá contado Raquel para que cada vez que me mire se le ilumine la cara. Oigo a mi compañero entrar en el dormitorio. En el avión le he contado lo sucedido con Lucía. No pierdo la esperanza, y él me motiva a ello, aunque sea mentira.

—Javi…

—¿Qué?

—Quiero recuperarla —murmuro estirado sobre la colcha, con los brazos en la nuca, mirando al techo.

—Pues muéstrate cómo eres, dile quién eres…

—¿Y si no le gusta esa parte oscura de mí?

—Aún le vas a gustar más. —Me incorporo de golpe.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto emocionado a la vez que abre la boca.

—Simplemente lo sé. ¡Va! Déjame dormir. —Bosteza.

—Quiero pasar el resto de mi vida junto a ella. ¡Y tú serás testigo de ello!

—¿Qué tramas, mamonazo? —Me mira extrañado por mi convincente afirmación.

—Nada. Gracias, tío.

5
Marco

Dentro de la furgoneta de incógnito tenemos al clan vigilado, gracias a las escuchas y a nuestros confidentes. Tiene impreso en los laterales un logo de trabajos de jardinería y está aparcada cerca de una empresa que se dedica a ello. Es una urbanización próxima al centro de la ciudad que cuenta con bastantes zonas verdes, así todo está minuciosamente controlado para no levantar sospechas. El primer turno de doce horas lo hacemos Javier y yo. Raquel y Julia descansan en el piso.

Todos se hospedan en la gran mansión y deben contar con más de una treintena de personas reunidas. Nos han confirmado que entre ellos se encuentran Carlo y Lucca. Al nombrarlos a hecho que se me subiera la bilis por la garganta. También está Antonella, la amiga de Lucía. No me gusta que se mezcle con ella por todo lo que comporta estar cerca de esta escoria. Sin embargo, lo poco que la conozco me da indicios de que apenas sabe de los movimientos turbios de su familia.

Los días avanzan con lentitud. Menos mal que mis momentos libres los aprovecho para correr y hacer ejercicio porque estar tanto rato sentado, sin actividad, me martiriza. Pasan las horas y solo hablan de una gran fiesta de disfraces que organizarán en Milán en cuanto regresen. Reiteran, como si de una secta se tratasen, la gran familia unida que son. Veneran a sus capos y la importancia de que las mujeres del prójimo no se tocan. Mi padre me contaba que la mafia tiene un «Código de Honor» constituido por «diez mandamientos». A destacar: «Prohibido cualquier tipo de amistad con la policía y el respeto a las esposas del prójimo». Cualquier traición puede acabar de un modo siniestro, ya que la mafia no tiene miramientos en hacerte pedazos.

Mi turno con Julia tarde o temprano tenía que llegar. Salimos de la vivienda roñosa y con el vehículo de paisano nos dirigimos hasta la furgoneta para hacer el intercambio con los otros compañeros. Si las

jornadas de forma habitual se hacen largas, con ella se me va a hacer eterna. No hemos vuelto a estar tanto tiempo juntos y a solas desde que finalicé con nuestra relación.

Se ha ofrecido a preparar unos bocadillos cuando salí a correr. Es un encanto, siempre tan pendiente de mí. Se lo agradezco, y a ella se le ilumina la cara. Hoy está más contenta de lo habitual. Ella y yo a solas, la oportunidad que llevaba días esperando. Se lo dejé bien claro, que lo nuestro había terminado, no obstante, mi modo de tratarla con tanta delicadeza creo que la confunde. No me sale ser grosero con ella. Por todos los medios intento hablar exclusivamente de trabajo.

Saboreo mi bocata pendiente de las grabaciones y, en lo que mastico, suelta la temida confesión:

—Sabes que nunca he dejado de quererte. Tuvimos una gran crisis porque la situación familiar era delicada. Nuestros años juntos fueron maravillosos. Quiero que volvamos a intentarlo, cuidar de ti, como hice durante esos meses —se expresa como si en cualquier momento se fuese a romper.

¡Joder! El trozo de pan se me atasca en la garganta. Empiezo a toser como un descosido y hasta unas lágrimas caen de mis ojos del atragantamiento que consigo bajar con éxito. Julia empieza a palmear mi espalda. Ha sido tan directa que me he quedado algo perplejo.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, sí. —Carraspeo y, aun así, sigo tosiendo. Me ofrece una botella de agua y acabo de recomponerme. Es una persona importante que me apoyó en momentos duros de mi vida. La quiero, ya que ha formado parte de mi pasado, aunque no como ella espera—. Lo siento —le digo con suavidad—. Creo que te lo dejé claro la otra vez. Yo ya no soy el mismo… —Sus ojos se humedecen, decepcionada.

Intento explicarle con delicadeza mi presente y de repente Fabrizio, el compañero infiltrado en la casa de los Bellini, nos interrumpe por la emisora. Me sabe mal dejarla así, tan afectada, pero mi camarada repite con insistencia la palabra clave de que algo importante está sucediendo. La palabra clave es: «Romeo». Ella se rehace enseguida, sabe que no es momento para ponernos tiernos. Llamo con urgencia a Javier para que estén atentos y que entre los cuatro no se nos escape ningún detalle. Escuchamos con atención y nos sorprende una gran discusión por parte de la familia Bellini.

Habla un señor de avanzada edad algo ronco y fatigado. Debe de ser el padre de Mario Bellini. El tono de voz es severo y se muestra en

contra de los tortuosos movimientos de su hijo, además, de las sucias negociaciones con el clan Bianco. Le abronca, y ambos tienen una fuerte discusión. Oímos lloriquear a una mujer, seguro que es la madre. Intenta que recapacite y hacer lo que sea con tal de que su hijo recupere el honor de la familia. Puedo intuir la inocencia de Antonella, la amiga de Lucía. Probablemente desconozca la escabrosa vida de su hermano mayor.

Dejamos de oír voces, el silencio se hace en la sala y a través de los auriculares no oímos nada más. El «Don» se ha ido enfurecido. Alzo mi puño, victorioso, y, satisfecho, muestro mi mejor sonrisa. La familia empieza a resquebrajarse. Algo así hará debilitar y provocar la desconfianza de los negocios entre los clanes. En algún momento cometerán un error, y aquí estaré yo para oficiar su desgracia.

La investigación sigue su curso. Nada transcendental después de la discusión del clan Bellini. No se ha vuelto a escuchar nada importante ni a destacar sobre la entrega de la mercancía. Desde aquella noche mi ex y yo no hemos vuelto a hablar. Creo que esta vez le ha quedado claro. De todas formas la intervención de Fabrizio fue un «salvado por la campana», además, a los pocos minutos, los agentes de investigación de Palermo acudieron con rapidez a la furgoneta al oír la palabra clave para poder sacar conclusiones de lo ocurrido.

Pasan los días, las horas se hacen eternas y esta quietud en el operativo es la que menos me gusta. El sol ya se ha puesto y después de pasar tanto tiempo sentado en la furgoneta lo que más me apetece es salir a correr. En cuanto termino la jornada llegamos al piso. Voy deprisa a la habitación para ponerme un chándal, me calzo las deportivas y salgo trotando a una de las zonas verdes que me han recomendado los compañeros de allí antes de que oscurezca más.

Me siento más vivo después de varios kilómetros corriendo. Llego hasta ver el mar y la brisa con el olor a salitre me recuerda a mis días en Barcelona. En lo cerca que hemos estado Lucía y yo y nunca nos hemos cruzado. No dejo de pensar en ella y deseo confesarle de dónde soy.

No obstante me dolió que hablara con Javier antes que conmigo. Mis fantasmas me confundieron y sentí pelusilla al pensar en la confianza que tiene con él. El modo que tienen de actuar con tanta naturalidad cuando están juntos es especial. Y yo, sin embargo, ofreciéndole todo mi amor no parece ser suficiente para ella. Lo severa que es respecto a nuestra relación pese a que se lo advertí. Quiero a

mi fiel amigo y amo a Lucía. Confío en ellos, joder, pero soy humano y los celos me torturan.

Entro en el piso, agotado de tanto ejercicio, aun así, esta es la sensación que buscaba. En cuanto me acueste caeré rendido y podré dormir algunas horas seguidas. Saludo a Julia, que se encuentra en el salón leyendo un libro. Esta noche les toca hacer guardia a Javier y a Raquel.

Dejo la ropa de deporte en mi habitación y me voy directo a la ducha. Bajo el agua caliente no puedo evitar excitarme al recordar sus pequeños y redondos pechos. Una de las sensaciones que más echo de menos es notar la combustión de su piel cuando estamos cerca, muy cerca. Una mueca se acentúa en mi boca cuando rememoro su fogosidad. Me hizo mucha gracia cuando me advirtió que la tierna Lucía también tiene su lado salvaje. Un rugido se escapa por mi boca porque la imagen de sus garras clavándose en mi espalda me provoca una dosis de locura. Me recreo en la ducha, cierro los ojos y la imagino acariciándome esa parte de mi cuerpo que tanto la anhela. Me toco más rápido. Con la misma intensidad que lo haría ella. Estoy tan frenético que a punto de correrme visualizo su llameante mirada invitándome a subir a lo más alto. «¡Diosss!». Miro al cielo y gruño por la vibrante descarga que siento por el cuerpo.

Mucho más relajado salgo del cuarto de baño e informo a Julia de que me voy a dormir. La noto algo extraña. Me da las «Buenas noches» con un tono suave e insinuante. La forma en la que deja caer el camisón para dejar al descubierto su hombro, el modo de mirarme con lujuria a la vez que ladea la cabeza y la provocación que lleva a cabo cruzando sus piernas dicen más que esas dos palabras. Estoy de tan buen humor que hasta me parece divertida su actitud. No se rinde, de todas formas, creo que se lo dejé bien claro. Me giro para irme a mi habitación y la oigo resoplar cuando le doy la espalda.

Entre las sábanas consigo descansar satisfecho. Mis niveles de estrés han bajado y la tensión que sentía en el cuerpo se ha apaciguado. Entrada la noche me remuevo algo incómodo al sentir cierta frialdad. Noto cómo algo helado se acopla en mi cuerpo desnudo. El aroma a vainilla no inunda mi nariz y mi cuerpo sabe reconocer quién encaja a la perfección en él y no es ella. Desorientado por esa inesperada sensación, giro mi cabeza y… ¡mierda! Julia se ha metido en la cama casi desnuda. Me enderezo algo precipitado e incrédulo por la situación. Me refriego los ojos para enfrentarme a ella y de un modo

sugerente, con las pupilas dilatadas, acariciándose el cuello, me pide que le haga el amor como entonces.

Ya no soy aquel porque he cambiado. Al conocer a mi ángel blanco me he dado cuenta de que lo que sentía por Julia solo era cariño. He encontrado a mi otra mitad que no se quema, se funde a mi lado, ya que su cuerpo caliente arde como el mío. Sin embargo mi ex me atrae por la nuca con virulencia y me besa esperando una respuesta que no llega.

—Lo siento, pero será mejor que te vayas —digo con delicadeza para no hacerla sentir mal.

—Te deseo —susurra a la vez que me acaricia el pecho—. Quiero hacer el amor contigo para volver a rememorar lo que fuimos un día.

—No siento nada por ti, ya te lo dejé claro. Eres una gran mujer, puedes tener a cualquier hombre a tu lado.

—Solo te quiero a ti, tócame. —Me coge la mano para que acaricie su pecho. La retiro con sutileza—. Puedo satisfacerte para que olvides esos juicios que acechan en tu mente.

Se abalanza sobre mí e intenta besarme, de nuevo, en la boca. Tengo claro que los únicos labios que me transportan al paraíso son los de Lucía. Consigo apartarla con delicadeza e insisto en que es mejor que se marche.

—Es por esa chica, ¿verdad? —pregunta con el ego dañado.

—Sí —respondo contundente.

—Te sientes confundido, cariño. Estás sometido a mucho estrés y sigues culpándote por lo de tus padres. Estoy aquí para apoyarte, ayudarte a ordenar tus pensamientos, como siempre he hecho. Raquel me dijo que llevas unos meses desorientado. Necesitas estabilidad y sabes que yo puedo dártela. Desde que llegué a Milán te he visto muy tenso.

Está intentando convencerme de algo que en un tiempo atrás, solo quizás, hubiese dudado. Jamás me he sentido más vivo y seguro de mis sentimientos. Me duele que se aproveche de la vulnerabilidad y el desconcierto que dejó el pasado en mi interior. De todas maneras, sabía que Raquel había sido la responsable de que ella estuviese aquí. Solo para joder a Lucía, a mí y a lo especial que tenemos. No sé qué le habrá contado para que me diga esas cosas. Pienso hablar con ella y dejarle las cosas claras de una vez por todas.

—Estoy mejor que nunca. Por favor, vete —añado tajante.

Me siento decepcionado, también enfadado porque las dos han

confabulado de un modo mezquino. Aparto las sábanas para que salga de la cama. Se levanta resentida, coge el camisón de seda que había dejado con anterioridad en el suelo y se gira para mirarme con cara de cordero degollado. Esta vez no siento lástima por ella. Pobres ilusas, no saben que el amor que siento por esa pecosa es lo más grande que he sentido jamás por nadie.

Hubo un periodo de mi vida en el que acostarme con una mujer era para disfrute personal, pura diversión, follar y nada más. Creí ser un alma libre. Nunca me gustaron los compromisos y en el momento en que Julia me lo planteó salí corriendo. No engañé a ninguna mujer. Les dejaba claro por lo que estaba con ellas y, aun así, deseaban estar conmigo. Con mi ex duró demasiado. Se me fue de las manos e incluso me hacía sentir mal cuando intentaba dejarla. Tanta delicadeza me abrumaba y temía que si cortaba con ella fuese a romperse en pedazos. Su estado de pesadumbre me agobiaba, pero mi madre me hizo abrir los ojos.

Si el amor es respirar, retener lo que sientes y no dejarlo escapar aguantaré lo que haga falta. No obstante, que sea Lucía la que con su boca me facilite el oxígeno que necesito para seguir viviendo.

Después de lo ocurrido no hemos vuelto a hablar del tema. Seguimos centrados en la misión y esta vez confío en que le hayan quedado claros mis sentimientos. Ahora solo me queda hablar con la pelirroja rancia. Esta noche me toca guardia con Javier, es viernes y le he dicho que hay que seguir con la tradición impuesta por Lucía: cenar *pizza*. Se cachondea de mí, además de llamarme calzonazos. Las hemos recogido en uno de esos establecimientos para llevar antes de hacer guardia en la furgoneta. Mientras comemos le cuento lo sucedido con mi ex. Se queda estupefacto por mis palabras, asimismo, había notado cierta tirantez entre nosotros. Además de estar cada vez más desencantado con Raquel. También sospechaba que había sido ella la que la había recomendado al jefe. La muy pécora en ningún momento le informó de que era mi ex.

Golpean con brío en la puerta trasera de la furgoneta. Mi compañero casi se atraganta con la *pizza*. No esperamos a nadie. Lo primero que hago es municionar sigilosamente la pistola tirando para atrás de la corredera. A punto con firmeza hacia esa dirección y, entretanto, pregunto quién es. Es extraño que a medianoche se presente algún agente sin que antes nos hayan avisado. Oímos un murmuro. Es mi gran amigo Fabrizio, destenso la espalda, bajo la

pistola y abro.

—*Ciao*, camaradas. He podido escaparme ahora sin que nadie me vea. Siento no haber podido avisar, ha sido todo muy rápido. Vengo a informaros de que hemos puesto un geolocalizador en el Range Rover de Mario Bellini. Está previsto que salga a desayunar junto a Carlo antes de partir a Milán. Es muy sospechoso que hayan quedado ellos dos solos. No traman nada bueno, estoy seguro.

—Gracias. Menudo susto nos has dado —expone Javier sosteniendo un trozo de *pizza* en la mano. El macho alfa de la comisaría no le quita ojo a la crujiente y esponjosa masa.

—*Amico*, tranquilo. Mañana sin falta hacemos el seguimiento. Estaremos atentos a la señal GPS. Iremos con la furgoneta y nadie sospechará nada —le comento a la vez que palmeo su fornida espalda —. Tío, ¿qué pasa?, ¿te tienen a dieta? Te veo algo enclenque —me burlo. Se cuida mucho sus fornidos músculos.

—¡*Bastardo*! —recibo un gruñido por su parte—. Qué bien huele, *collega*. Hoy toca *pizza,* ¿eh? —pregunta olisqueando el delicioso aroma que ha quedado impregnado en el interior.

Hago una mueca al ver al macho alfa suplicar un trozo con la mirada. Le ofrezco y como un niño la saborea con gusto. Luego se despide rápido. Antes de que sospechen por su ausencia. Saciado y con la barriga llena, después de casi dejarnos sin cenar, quedamos en vernos en Milán.

Hay poco movimiento en las emisoras. No acaban de revelar nada importante, así que aprovechamos y nos turnamos para descansar. Justo al amanecer el geolocalizador se activa y se pone en movimiento. Zarandeo a mi compañero, que sigue profundamente dormido, y da un respingo, algo aturdido. Saltamos a los asientos de la parte delantera y observamos que se dirigen al puerto marítimo de Palermo. Los seguimos a una distancia prudente y durante la conducción mi compañero contempla con los prismáticos cómo el Range Rover de Mario aparca en uno de los restaurantes más lujosos del puerto. Aparco la furgoneta en el punto exacto donde podremos oír la conversación, gracias al micro que le ha puesto Fabrizio a Carlo Bianco en la chaqueta sin darse cuenta.

—*Cugino*, mi padre está acojonado por la presión policial de los últimos años y quiere desvincularse de los negocios que mantenemos juntos. Con la edad se está ablandando, y mi madre tampoco ayuda. Hemos tenido una gran discusión, aunque yo estoy dispuesto a seguir

hasta el final. En la fiesta de disfraces que organizaremos para toda la clase alta de Milán estarán los Falcone. Ahí hablaremos de dónde se llevará a cabo la entrega, de todas formas, antes pediremos diez de los grandes por adelantado, no me fío de nadie, Carlo. —Escuchamos con atención hablar a Mario Bellini.

Minutos después dejan la conversación, porque su vuelo hacia Milán sale en pocas horas. Respiramos y celebramos la información. Aún no sabemos el lugar de la entrega, sin embargo, tenemos el nombre del otro clan, el cual desconocíamos, que va a participar en la negociación. Alessandro estará contento por la nueva revelación. Además, Fabrizio nos conseguirá entradas para asistir a la fiesta del año. Ahí acabaremos de averiguar qué traman. Gracias a mi nuevo yo, descuidado, podré infiltrarme. Habrá mucha gente y será fácil pasar inadvertido con una máscara.

Desmontamos el operativo para volver a casa. Nuestra misión aquí ya ha acabado. Las familias viajan juntas en un vuelo privado hacia Milán, y nosotros lo haremos al día siguiente.

Al pensar en volver a estar cerca de su cuerpo percibo cómo los latidos de nuestros corazones galopan con intensidad. Pronto el suyo estará en el lugar que le pertenece. No va a ser fácil su perdón, el último día que la vi me lo dejó muy claro. No pienso rendirme. Pese a estar dos semanas sin saber de ella, me han servido para darme cuenta de que no quiero pasar ni un día más de mi vida sin verla.

6
Lucía

Ya han pasado dos semanas y con el mero hecho de saber que pronto volverá a Milán el cuerpo se me revoluciona por momentos. «Traidor», le regaño. Aún recuerdo el día que llegué de Barcelona. En cuanto subí al apartamento aquella tarde, después de la discusión con Marco y de oír a mis amigas: «Te lo advertimos», lo que quería era llamar a Cándida y decirle que lo odiaba, que seguía siendo un bocazas, cabezón y mentiroso. No es el italiano guapo que espera ser alumbrado con mi luz, ni de coña. Me contuve porque en ese instante, menos guapo, le hubiese dicho de todo. Decidí por mi bien emocional, y porque Cándida no tenía la culpa, hablar con ella al día siguiente, así que opté por llamar a mi añorada Antonella.

No se encontraba en Milán. Cada año se reunían las familias Bellini y Bianco tras año nuevo para hablar de los negocios que tienen en común y celebrar su fiesta navideña particular. Con cierta angustia le pregunté si su primo estaba allí. Su afirmación me hizo sentir náuseas, sin embargo, sus palabras de consuelo hicieron que chillara tan fuerte que hasta Lara y Elena se asustaron de mi berrido. Lucca no iba a volver a la universidad. La academia, uno de los lugares más prestigiosos de la ciudad, no quería alumnos con esa reputación. El director alegó no tener ningún tipo de respeto entre el profesorado y los alumnos, tráfico de drogas, mala gestión en sus obligaciones, varios acosos sexuales a su nombre. Parece ser que no fui la única de la que intentó abusar. Mi amiga me relató una vez que en su familia el respeto a la mujer era fundamental. Ofrecieron alternativas para sus estudios y aceptaron que se fuese de la ciudad hasta que limpiaran su nombre.

Con la popularidad que tiene el clan Bianco entre la alta sociedad, se sienten avergonzados por el comportamiento y su modo de actuar. De todas formas, no acabo de fiarme de él. Su conducta lasciva el día que intentó abusar de mí y la mirada ensangrentada antes de irse

corriendo por la puerta del baño me indicaron que clamaría venganza tarde o temprano.

Antonella regresa al día siguiente a clase. Por teléfono me dice que está deseando verme, darme un achuchón y con urgencia ha destacado que tenemos que ir de compras. Ha comentado no sé qué de una fiesta, que hay que disfrazarse, el problema es que hablaba tan rápido e ilusionada que apenas la entendía. Quedamos en comentarlo con más calma en la academia.

Está aquí. Puedo sentirlo. Han regresado de lo que hayan ido a hacer. No me preguntes cómo lo sé, pero así lo experimento. El vacío que había en mi interior durante estas semanas ha vuelto a llenarse. La chispa se enciende de nuevo y el cosquilleo que me produce en cada recorrido me recuerda que la explosión puede ser muy fuerte. La batalla cuerpo *versus* mente se desata una vez más. No fui sincera con él aquella tarde que volví a verlo. Tampoco iba a confesárselo. Me mintió, joder. Sí, estaba muy cabreada y también muy excitada, al ver al hombre que con solo una mirada me funde por dentro. Su aspecto más varonil, con el cabello más largo, la barba más crecida y su fornido cuerpo, me puso a mil.

Mientras debato conmigo misma lo cabreada que estoy con él, suena un mensaje en mi móvil. La señal que me confirma que ya están aquí. Es Javier, quiere quedar mañana después de clase. Quedar con él es hablar de Marco. Me coloco un cojín en la cara para taparme la boca, ya que lo único que quiero es gritar para sacar toda la angustia contenida durante estas semanas. No sé si es que ha resonado demasiado que me encuentro a mis amigas cruzadas de brazos en la puerta esperando respuesta a mi chillido. Mejor no les cuento mi debate interior. Han vetado su nombre en esta casa.

—Solo grito para dejar ir toda la tensión que llevo dentro. Es una buena terapia antiestrés —les aconsejo. Ambas arquean una ceja.

A primera hora, antes de ir a la academia, nos paramos en la cafetería, como cada mañana. El olor dulce del *panettone* me recuerda que hoy he quedado con Javier. Le llevo el café con leche a Cándida. Me da mi abrazo reconfortante para pasar el día con buenas vibraciones y en cuanto veo a Antonella por el pasillo salgo corriendo. Cándida intenta decirme algo, pero estoy demasiado lejos para escucharla, le hago una señal con la mano para hablar luego. Nos fundimos en un abrazo y me doy cuenta de lo importante que se ha convertido en mi vida. Cómo la he añorado. Insiste en que tiene que

decirnos algo muy importante, así que quedamos en la cafetería después de clase. Antes vamos a crear volúmenes y a armonizar espacios con fango.

Lara, como la gran escultora que es, se recrea modelando una figura de la antigua Grecia. La muy insensata se atreve a decirnos que le encantaría embadurnar y a amasar a Alessandro con la pasta marrón por toda su piel. Nos viene a la memoria la bonita película de *Ghost*: un *film* muy romanticón de los noventa. El tema es que su versión no tiene nada de romántico. Lo que pretende es hacer la interpretación porno ajustando una de las partes de su cuerpo. Le pedimos que no siga, que al visualizar la situación, se hace desagradable pensar en cuando eso se seque. El profesor nos mira arrugando la frente y nos regaña por nuestras carcajadas.

En cuanto escuchamos el timbre de la última clase, salimos deprisa para ir a la cafetería donde Antonella nos espera para contarnos eso que nos tiene intrigadas. Macarena ya está sentada a su lado. Cómo me gusta la melena morena, cargada de rizos, y el salero que desprende esta chica. Siempre quise tener más volumen en el cabello, aunque, como dice mi madre: «Siempre deseamos lo que no tenemos». Mierda. ¿Por qué aparece Marco en mi mente? Me sacudo, nos sentamos a su lado y la escuchamos con atención.

—Mis *bellas ragazze.* Cada año, por estas fechas, mi familia organiza una gran fiesta de disfraces. Se acerca el carnaval y, como ya sabéis, en Italia es una de las celebraciones que se festejan con mucho entusiasmo. Es popular por ser uno de los reclamos de la alta sociedad y por lo ostentosa que es. Mi familia no escatima en gastos y viene gente muy importante de todas partes. Siempre la hemos hecho en Palermo, sin embargo, este año mi hermano ha decidido hacerla aquí. ¡Quiero que vengáis todas! —añade con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué pintamos allí? Seamos realistas, no tenemos tanto glamur. Nosotras somos más sencillas —dice Elena algo aturdida por tanto lujo.

—¡¡¡Oyeee!!! Habla por ti, que yo me desenvuelvo muy bien en esas fiestas —la regaña Lara como si de una diva se tratase.

—¿Y de qué se supone que tenemos que ir disfrazadas? ¿Hay temática? Los ricos ya se sabe cómo son de caprichosos —pregunta tan graciosa Macarena—. Que no lo digo por ti, chiquilla, que tú eres la excepción a la regla.

—Gracias, Maca. —Se carcajea—. Sois mis amigas. Es suficiente.

Me haría mucha ilusión que vinieseis. Solo es un simple acontecimiento. Indiferentemente de la clase de personas que vengan. Y sí, hay que ir disfrazado, de un modo elegante y sofisticado. No obstante, os llevaré a una tienda donde se pueden alquilar disfraces por un precio muy económico.

—Yo me apunto —afirma Lara levantando la mano.

—Lucía, estás muy callada. ¿Tú que dices? —me pregunta Antonella.

—Esto…, sí…, por supuesto. —Algo extraño se ha removido en mi interior mientras la escuchaba.

Quedamos en ir un día de esta semana, después de clase, para encontrar la vestimenta adecuada en esa espectacular tienda de la que nos habla. Nos mostramos radiantes porque suena divertido, aunque mi otra mitad no acaba de sentirse bien. Lo que desconocen de Elena es que odia enfundarse en un disfraz. Siempre se ha visto muy ridícula.

Más tarde camino ligera hacia la cafetería donde he quedado con Javier. Voy con un poco de retraso. Me va a matar, ya que no soporta que lleguen tarde. Ya lo veo. Está sentado en una de las mesas, apoyado en el cristal. Muestro mi mejor sonrisa. Qué alegría volver a verlo, y él, en cuanto se percata de mi presencia, parece que se entusiasma al verme también. Espero que no mire la hora, lo ha hecho. En cuanto entro por la puerta junto mis manos para pedirle disculpas por mi retraso y luego lo abrazo con cariño. Durante unos segundos, con ese gesto, sentimos todo lo que ha ocurrido estas semanas. Nos sentamos uno enfrente del otro y conversamos unos minutos de mi llegada a Milán, de la vuelta a las clases… Hablo todo lo que puedo. Con rapidez, para evitar lo evidente: no mentar a su amigo ni la discusión de nuestro último encuentro, no quiero saber nada de ese idiota. Me es imposible, suspiro y entonces lo averiguo indirectamente.

—¿Ha ido bien el trabajo de estas semanas?

—¿Desde cuándo me preguntas tú por el trabajo, granuja? —Las mejillas me arden por mi pregunta encubierta. Pillada.

—Esto… Me dijiste que os marchabais fuera. Deduje que era por trabajo ¿Habéis estado muy lejos? —Intento bajar el sofoco que siento en mi cara.

—Mi respuesta es sí, en Sicilia. No obstante, sigo pensando que te interesa saber más sobre él.

—¡Noooo! —Levanto los brazos con exageración, y él hace una mueca.

—Sois tal para cual. Y lo que resulta más gracioso es que no podéis pasar el uno sin el otro. ¡Cabezones!

—En nuestra última conversación se lo dejé bien claro. Si no se sincera conmigo, no quiero saber nada más de él. —A punto estoy de comerme la piel de los dedos porque uñas ya no me quedan.

—Marco está descolocado porque sigue sin saber cómo actuar ante ti. Quiere mostrarte su mejor versión para que no lo rechaces. Por eso no se atreve todavía a destapar esos sentimientos que le atormentan porque en cuanto se abra a ti no podrá parar. No quiere intoxicarte con sus problemas, es muy exigente y quiere protegerte a toca costa. Yo no estoy de acuerdo con su modo de actuar, ya lo sabes. Se engaña a sí mismo. Su actitud ha cambiado estos días. Aún es más duro y frío desde que te fuiste. Necesitáis aclarar lo vuestro, no podéis seguir disimulando el amor que sentís el uno por el otro. —Me tapo la cara con las manos no sé si avergonzada, desconcertada, apenada…, para que no vea mi mirada humedecida.

En ese instante aparece la bonita camarera. Lleva una melenita corta, negra, que estiliza mucho más su cuello. Observo cómo clava fijamente sus ojos negros, rasgados, que brillan al volver a ver a Javier. Tengo que quitarme el nudo que tengo en la garganta y ¿qué mejor manera de hacerlo que aprovechándome de esta agraciada situación? Me van a matar, pero no puedo evitar percibir cierta conexión entre ellos.

—Hola, ¿qué vais a tomar? —pregunta ruborizada.

—¿Cómo te llamas? —Sonrío. La cara de ella es un poema. No se lo esperaba, y los ojos de mi acompañante se abren como platos.

—Me llamo Daniela —pronuncia balbuceante en español.

Sorprendida, me levanto, le planto dos besos y me presento. Ahora viene el mejor momento de la tarde. Le indico a Javier que haga lo mismo. Con la mirada quiere asesinarme con claridad.

Contemplo cómo se miran antes de que sus mejillas se rocen. Me fijo en cómo él aprecia por un instante sus perfectos labios rosados, bien perfilados, y ella ha vuelto a ruborizarse. Me emociono porque está claro que ha habido una chispa que seguro han debido de notar.

—Javier —añade susurrando. Vuelve a sentarse, y ella mordisquea el bolígrafo algo nerviosa.

—¿Eres de aquí? —le pregunto al notar su acento algo mezclado.

—Vivo con mi madre en Milán, pero mi padre es español. Domino bien los dos idiomas.

Desde la barra la reclaman para poder atender otras mesas. Nos mira apenada con ganas de seguir charlando, pero no le quitan el ojo de encima.

—Es un placer conoceros. Tengo que tomaros nota. El deber me llama —comenta gesticulando con la cabeza y levantando las cejas, muy graciosa, hacia su jefe.

Le pedimos «lo de siempre», y se acuerda a la perfección anotándolo en el bloc. Su mirada antes de marcharse es para el rubiales que tengo enfrente.

—¿Qué ha sido eso? —me reprocha con desazón mi descarada actitud.

—No me digas que no es guapísima, simpática y le gustas.

Avergonzado, hace una bola con una de las servilletas de papel y me la tira a la cara. Ni confirma ni desmiente. Daniela nos trae lo que hemos pedido y las miradas que se cruzan entre ellos ya son más cómplices. Aplaudo mentalmente porque hacerlo de verdad implicaría que no quisiera venir más conmigo a este lugar tan especial.

—Sigamos hablando de ti. Y no te andes por las ramas.

—Otro como Marco, no queriendo revelar su identidad. Pensaba que eras diferente. —Resoplo.

—Cielo, se me hace difícil abrirme a ti cuando él aún no lo ha hecho. Estamos muy ligados, ya que nuestras vidas son paralelas. Es como un hermano para mí. ¿Lo comprendes? —declara apenado.

—Sí, por supuesto. —Le hago una mueca para que vea que lo entiendo, aunque me provoque frustración.

Hablar de la rubia delicada me produce náuseas, de todos modos, reconozco que enfrentarme a ella es lo más lógico que puedo hacer para que deje de martirizarme el ego.

—¿Julia está aquí con vosotros? ¿En el piso? Aquella mañana, cuando la vi, sabía que era ella. ¿Tan pronto me ha sustituido? —pregunto dolida.

—Escúchame y mírame a la cara. —Aparto la vista porque los ojos se me humedecen y no quiero mostrarle lo que aún provoca en mí su mejor amigo.

—Ella está aquí por trabajo, nada más. Sabe que el no sincerarse contigo sobre su pasado te ha provocado cierto recelo. Hasta que no os quitéis esa espinita que tenéis clavada en vuestro corazón y dejéis

claro qué es lo que buscáis, nada va a fluir en vuestra relación.

—Primero, Raquel; ahora, Julia. Apenas sé nada de él. Sus mentiras. Toda esta situación me provoca mucha desconfianza —afirmo agobiada.

—Para eso estoy yo aquí. Confía en mí y, aunque ahora no lo hagas en él, con el tiempo verás las cosas más claras. Poco a poco se va abriendo más a ti. Incluso ha dejado de pedirme el móvil. —Ríe a la vez que me hace un guiño.

—No sé si estoy preparada para hablar con él —le confieso.

—Está esperando tu señal. Lo he visto coger una y mil veces el teléfono para llamarte. Quiere que seas tú la que decida cómo y cuándo. No quiere presionarte para que podáis hablar sin rencores.

—Gracias. Eres muy importante para mí. —Trago saliva—. No sé cuándo lo llamaré. Aún duele.

—Lo sé, cielo. Creo que Marco se está empezando a dar cuenta del dolor que os está causando a los dos con su actitud.

Nos despedimos de Daniela con una gran sonrisa. Esta vez no es ella la que viene a traernos la cuenta y escucho cómo Javier pronuncia un «hasta luego» en vez de decir adiós. Eso me ha gustado. Con un gran abrazo quedamos en vernos muy pronto y vuelve a pedirme paciencia con su amigo. Camino a través de esa oscuridad hasta llegar a mi apartamento.

¿Más? La paciencia estalló en mil pedazos la noche que no me confesó quién era. Alguien quería matarlo. Joder. ¿Por qué quiere cuidar de mí cuando debería protegerse a sí mismo? ¿Tan poco valora su vida? Encima aparece su ex. ¿Por qué me sigue martirizando en mi cabeza su comparación? «Ella no tiene nada que ver contigo». Tengo muchas dudas, estoy confundida y dolorida.

Cuando lo tuve delante la última vez la tensión entre nosotros me quemaba. El yin y yang se formó en esa corta distancia que nos separaba en mitad de la calle. Éramos dos fuerzas opuestas que necesitaban complementarse para sentirse plenas.

Me abrazo con fuerza porque el frío se apodera de mí. «Así no —me quejo—, así no puedo hablar con él por mucho que necesite el fuego».

7
Marco

Me encuentro apoyado en el marco de la puerta de la entrada del piso. Cruzado de brazos, a la espera de que un Javier muy sigiloso me cuente algo de Lucía. Sé que ha estado con ella. Huele a ella. Ese olor dulce a vainilla es inconfundible. La tuve muy cerca, casi rocé su alma, si no lo he hecho ya. Sé cómo huele, cómo siente y la humildad que tiene en su corazón. Doy fe de ello.

Estoy a la defensiva, ya que siento una pizca de celos de que haya quedado con él y no quiera hacerlo conmigo. No quiere saber nada de mí, joder. Mi fiel amigo percibe esa frialdad y cierta oscuridad en mi mirada.

—Relájate, colega. Quita esa cara de viejo hosco que se te está poniendo —me recrimina a la vez que se acerca a mí para darme un abrazo.

El muy cabrón ha visto cómo lo olisqueaba en cuanto ha aparecido por la puerta. Hago el amago de darle un puñetazo en el estómago. Regresa a mí su aroma a vainilla y, con la guardia baja, me hace una llave que me tira al suelo. Vuelve a recordarme que soy un gruñón. Finalmente me ofrece la mano para ayudarme a levantar, aquí aprovecho para dejarle claro que mi lado oscuro tiene ciertas ventajas. Lo reduzco en el suelo y pregunto por ella.

—¿Cómo está? —musito.

—¡Deja ya de olfatearme, mamón! Si no me sueltas no pienso contarte nada.

Mi debilidad, ella. Hago lo que me pide, se levanta y se dirige a su cuarto. Julia y Raquel se encuentran en el salón, no es sitio para hablar del tema. Han presenciado nuestra simulada pelea y no nos quitan ojo.

Me siento en su cama, a la espera de novedades, y mientras me toco el pelo algo crecido. Hace más de un mes que no acaricio esas mejillas llenas de pecas. Segundos después se ríe de mi ofuscación.

—Pensabas que con esa coraza de espartano ibas a ser invencible. Todos somos humanos, y hasta ellos sufrían en pie de guerra. Pensabas que podías evadir todas esas emociones. ¡Serás gilipollas! Mira cómo estás por no ser sincero. —Mis pupilas lo acribillan.

—¡Vete a la mierda! Te he preguntado por ella. No por mí —respondo alterado.

—Aún está confundida —suspiro frustrado—. Demasiadas preguntas que no sabe si estás dispuesto a responder.

—¡Sí, joder! Quiero recuperarla como sea —afirmo lo más convencido que he estado en mi vida.

—Dale unos días. Has vuelto como un huracán en su plácida vida de estudiante. Sabe que Julia está viviendo aquí, con nosotros. Eso le crea cierta desconfianza. Recuerda que poco sabe de ti. El porqué de que tu ex esté aquí, la víbora de Raquel la atacó duro aquella noche, y tu sobreprotección hacia ella la ha dañado mucho.

Aprieto los puños con rabia por no darme una colleja bien merecida. Saco el móvil de mi pantalón, pero mi amigo me frena.

—No lo hagas, dale algo más de tiempo. Quiere gestionar bien lo sucedido. Es una chica sensible y emocional. Sabe que si regresa volverá a entregarse plenamente a ti y aún no se fía de lo que sientes. No quiere volver a sufrir de nuevo por lo mismo. ¡Hazme caso de una puñetera vez! —Lo guardo frustrado. Esperaré.

Salgo de su cuarto, acelerado, y en mi habitación me visto para desprenderme de todo lo que me reconcome por dentro. Doy pequeños saltos para calentar mi musculatura, me sacudo en varias ocasiones y delante del saco de boxeo le atizo con fuerza. En ese momento suena *In The End,* de Linkin Park. Tras varios golpes directos la sangre en mis nudillos no me impide seguir sacando toda la furia que siento por dentro. No me he puesto las vendas para proteger mis manos, así el dolor y las heridas me mantienen presente.

Reflexiono sobre la conversación mantenida hace unos minutos. Está bien, acepto al tiempo como aliado y no como contrincante porque si no acabará volviéndose en mi contra. Llaman a la puerta, aunque no hago ni caso. Insisten y, al comprobar que no contesto, Raquel entra por ella. La miro con resentimiento a la vez que sigo pegándole al saco, ignorándola, con la misma fuerza con la que lo hace el cantante de *Linkin Park* en sus canciones. Para el reproductor, y freno en seco.

—El jefe acaba de llamar. Quiere reunirnos a todos por la mañana

en comisaría. Me ha pedido que te diga que seas puntual. Es importante.

Espera varios segundos sosteniendo la manilla de la puerta para ver si contesto. Está intimidada, supongo que por mi estado de agitación. Ahora es la oportunidad. Estoy agotado de la misma historia de siempre, de todos modos, ya nos odiamos mutuamente. Me dirijo con un tono amenazador porque ya no me sale de otro modo.

—Déjate de entrometerte de una puta vez en mi vida. Sé que fuiste tú la que recomendaste a mi ex en el operativo. La que le dijiste a Lucía que estaba herido por su culpa. Eres muy cruel. Esa noche os supliqué que no la involucrarais en esto. Pese a toda la mierda que estás metiendo, abandona la idea de que lo nuestro se acabe. Pienso seguir luchando, ríndete, te guste o no, va a ser ella, siempre. Si no me dejas en paz, haré todo lo posible para que Alessandro te aparte del caso. He tenido mucha paciencia contigo.

No sé si es el estado en el que me encuentro: con los nudillos ensangrentados, la musculatura rígida, sudado, que mis duras palabras surgen efecto al ver cómo se desinfla con mi advertencia. Bajo los párpados, cansado con tanto conflicto, y ella lo percibe. Silencio, esa es su mejor respuesta, y yo lo agradezco. Se va por donde ha venido, cabizbaja. Me estiro en el suelo, aliviado al haberlo soltado, y así poder aflojar mi cuerpo tenso.

Por la mañana, como me había informado mi compañera, voy a comisaría. Llego tarde, como siempre. Ni Cándida me recibe esta vez. La reunión debe de ser importante para que no haya compañeros merodeando por aquí. Entro sin decir nada en la sala del *briefing* y me siento con cierta arrogancia en la última silla.

—El rebelde sin causa acaba de entrar por la puerta. Muy bien. Aquí estamos todos esperando por ti —alza la voz y aplaude de un modo falso. Entre tanto, los compañeros, intimidados, examinan al jefe por sus palabras. Yo me mantengo erguido. Sabe que no me asusta su amonestación. Cándida me guiña un ojo cuando gira la cabeza y ve que acabo de llegar. A ella y a Lucía son a las únicas que les gusta mi chulería—. Ahora que estamos todos, al fin, continúo. El clan Bellini ha organizado en esta ocasión la glamurosa fiesta de disfraces de cada año aquí, en la ciudad. Es uno de los eventos más significativos de la zona donde se reúnen personas muy sofisticadas de Italia. No todos conocen los turbios negocios de esta supuesta familia honrada entre la alta sociedad. Desfilará gente muy importante en esa mansión. A mí

me han invitado sabiendo que soy el jefe de la comisaría. Señal de que no saben nada de lo que se trama o lo hacen para aparentar normalidad. Fabrizio, continúa, por favor.

—Gracias al seguimiento que se llevó a cabo en Palermo, sabemos que el hogar está fracturado. Los padres, de avanzada edad, quieren desvincularse de esos entresijos, sin embargo, el hijo mayor ha tomado el mando y quiere arrasar con el poder del tráfico de drogas de la zona junto a los Bianco. Mis fuentes me han confirmado la asistencia de los Falcone, que vienen desde Sicilia. Probablemente durante la celebración, mientras están los asistentes ajetreados con sus mejores galas y borrachos, se hable del lugar donde se va a llevar a cabo la entrega.

—Gracias, compañero. Vamos a organizar un macroperativo para la fiesta. Nuestro infiltrado nos ha facilitado invitaciones. Supuestamente seréis modelos, emparejados, de lo más cotizado dentro del mundo de Milano Moda. Actuaremos por separado y a la vez estaremos conectados con las máscaras que os repartiremos. Llevan un micro justo en la tira, a la altura de la oreja, transparente, para no levantar sospechas. Os quiero dándolo todo, cualquier movimiento, sospecha, comentario puede ser clave en la investigación. ¿Alguna duda? —pregunta nervioso por la responsabilidad que conlleva el operativo.

El macho alfa de la comisaría acaba matizando un detalle:

—Una última cosa que no podemos pasar por alto. Debemos prestar atención al clan Falcone. La Cosa Nostra son unos de los contrabandistas más importantes de armas de Europa. A pesar de ser una banda joven, no tienen escrúpulos para organizar crímenes grandes. Ya cuentan con unos cuatro mil miembros y sus métodos de iniciación siguen siendo los tradicionales: matar a alguien a bocajarro para demostrar su honor. Por lo tanto, sospechamos que la mercancía de intercambio no se trate de dinero sino de armas. Protegeos porque esta gentuza no duda a la hora de pegarte un tiro en la cabeza. Id con cuidado, *collegas*. Yo estaré muy pendiente de Carlo Bianco, vosotros estad atentos de los demás. Nos vemos en la fiesta.

En cuanto oigo ese nombre tenso la espalda. Lo que ha explicado es muy interesante y voy a utilizar todos mis sentidos para seguir avanzando en la investigación. Mi camarada se despide de todos. Me busca con la mirada antes de colocar sus gafas para ocultar los ojos. Me apunta con el dedo, el muy cabrón, y se va con la discreción que le caracteriza.

Alessandro habla con Cándida para que empiece a repartir los antifaces con sus respectivos micros ya incorporados y las invitaciones. En cuanto me proporciona la mía no doy crédito a lo que veo escrito. No me lo puedo creer. Molesto, espero a que salgan todos para quejarme al jefe.

—Me niego a ir con Raquel. Esta tarde he cruzado con ella unas palabras no muy agradables. ¡Me tiene hasta los cojones! Sabes que no la soporto, más bien no nos soportamos —protesto cabreado.

—No me jodas. ¿Qué prefieres? ¿Que te ponga con Julia? —pregunta enfadado también. «Hostia, si es que de Guatemala a Guatepeor», pienso—. Tienes que poner de tu parte, bastante te consiento y siempre acabas haciendo lo que te da la gana.

—Está bien. Me debes una, mamón. —Palmeo su hombro para que se relaje y agradecerle que haya pensado en mí. Tiene razón, y yo ya venía escamado de casa. Desde que regresé de Palermo apenas nos hemos visto, él no tiene la culpa de toda la nube tóxica que me envuelve últimamente. Prefiero ir con Raquel, total, no vamos a mediar palabra en toda la noche.

—¿Que yo te debo una, *bastardo*! —Resopla—. ¿Cómo va todo? —añade más tranquilo.

—Nada. Si es a lo que te refieres. Por el trabajo no te preocupes, sabes que estoy a tope. —En el trabajo y en el saco de boxeo es donde he invertido más horas estas últimas semanas.

—Lo sé, *amico*. Sé que puedo confiar en ti, pese a tu rebeldía, eres de lo mejor que tengo en la comisaría y por eso voy a premiarte.

—¿En serio? ¡¿Me vas a regalar tu Maserati, tío?! —pregunto bromeando, pero su cara me indica algo que es mucho, muchísimo mejor que eso.

—Prométeme que vas a comportarte. —Asiento—. Lucía va asistir a esa fiesta. —El vello se me eriza—. Lara me ha contado que Antonella las ha invitado a todas. A ella le he pedido que sea mi pareja y está encantada. Su amiga irá con el resto. Se te presentan dos frentes importantes esa noche. Sé que tienes muchas ganas de arreglar lo vuestro, no obstante, sabes que no es el mejor sitio ni el más adecuado para hacerlo. Nos jugamos mucho esa noche.

—Gracias, tío, no voy a defraudarte.

Me despido con una sonrisa de oreja a oreja. De todas maneras, antes de desaparecer me recuerda que con esas pintas de leñador nórdico y la máscara puede que ni me reconozca, lo dudo, nuestro

físico no es el que ansía volver a verse sino nuestras almas. Salgo de su despacho, eufórico. El simple hecho de volver a verla, de tenerla en mis ojos unos instantes, es suficiente. La llama vuelve a encenderse y ya siento la cálida sensación de regresar a casa. Sé que me odia, aun así, no me importa, del odio al amor hay un paso. «Creo que era al revés», reflexiono con una mueca de satisfacción.

8
Marco

Llega el día de la gran fiesta y no puedo evitar sentirme nervioso. Esta noche cada detalle es de suma importancia, de todas formas, no es el operativo lo que me altera por dentro. Solo quiero verla, nada más…

Nos adentramos por los jardines de la gran mansión. Un hombre nos indica dónde aparcar y a continuación el camino de piedra por donde entraremos a la fiesta. Javier y Julia ya hace rato que están dentro. Ellos han llegado después de Alessandro y su chica. Vamos apareciendo de forma escalonada, así, entre tanta gente, pasamos inadvertidos, aunque varias mujeres se giran al verme. Reconozco que me he esmerado en arreglarme, aun así, solo hay una a la que quiero impresionar.

Me he engominado el pelo hacia atrás y recortado la barba. Voy de esmoquin todo de color negro. Los primeros botones de la camisa los he dejado sin abrochar porque paso de pajarita. Creo que me he propasado con el perfume, pero quiero que aspire mi aroma en cuanto ponga un pie en la casa. Lo que peor llevo es tener puesta la máscara veneciana. Me pica la piel con el encaje que le rodea, soportaré estar unas horas así, ya que forma parte del trabajo y es mi escudo para que no descubran mi identidad.

Raquel va a juego con el color de mi traje. Se ha puesto un vestido largo muy elegante. Ha recogido su melena rojiza con un moño de *ballet* y pese a la tirantez de nuestra relación tengo que reconocer que está muy guapa. Pocas palabras hemos intercambiado durante el trayecto en coche hasta llegar aquí. Lo agradezco. Cada vez me arrepiento menos de que vayamos de pareja. Con Julia hubiese sido un sinvivir. Solo de pensar en que Lucía podría habernos visto y volver a confundirla se me hace un nudo en la garganta. Trago saliva y me convenzo de que todo va a ir bien.

Una vez dentro agito y enderezo el torso dispuesto a no perder detalle de esos mafiosos. Es increíble el dineral que se habrán gastado

en esta fiesta. Cada rincón de la mansión está adornado de un modo que te transporta a los carnavales de Venecia. Nada más entrar en el *hall* dos chicas rubias, altas, con vestidos dorados y antifaz a juego nos reciben con serpentinas para darnos la bienvenida. A dos pasos, después de sacudirme todo el confeti, un hombre nos espera para comprobar la invitación. La máscara que lleva puesta puedo reconocerla. Le hago una mueca, y él me corresponde. Recoge la chaqueta de mi acompañante y nos indica la entrada a la sala donde se celebra la extravagante fiesta. Antes de entrar, con disimulo, aprieto con el dedo el micro para recolocarlo. Comprobamos entre todos que funcionan bien. Observo que estamos situados en lugares estratégicos como nos ha ordenado el jefe.

El salón es inmenso, está lleno de gente que apesta a dinero, muy elegante y de momento se comportan de un modo correcto. Del techo cuelgan varias lámparas que brillan de la cantidad de cristales de Swarovski que llevan incorporados. La poca luz que hay es más bien cálida. Una orquesta anima la fiesta con un tipo de música ochentero. Hay varias personas bailando en medio de una pista improvisada y por los alrededores han puesto mesas con los mejores manjares de la zona. Advierto que hay grandes puertas de cristal para poder salir a fumar al jardín. Le comento a Raquel que voy fuera, asiente y se queda tomando uno de esos cócteles sin alcohol en uno de los carros *vintage* que hay de bebidas.

Por el micro no habla nadie, así que puedo permitirme el lujo de fumarme un cigarro con tranquilidad y ver si la pecosa se encuentra en la fiesta. Me lo enciendo, a la vez que escucho cómo varias mujeres cuchichean sobre mí a pocos pasos. Una de ellas se acerca contoneando las caderas para pedirme fuego. Se lo ofrezco, mientras se arrima aprovecha para aspirar mi perfume. Sabía que me había puesto demasiado. Aletea sus pestañas, insinuante, y con un: «Tus amigas te llaman», me deshago de su compañía para que perciba que no es a ella a la que busco esta noche. No alargo más las fantasías de esta mujer, acabo de echar humo y entro para buscar a mi acompañante.

Agarrada a mi brazo, como supuesta pareja de modelos de alta costura que somos, damos varias vueltas por el lugar. Divisamos a Alessandro con Lara. Nos alejamos de ellos para que su chica no nos reconozca y puedan sospechar del vínculo que hay entre nosotros. Es cierto que gracias al antifaz podemos pasar más inadvertidos. Apenas

reconocemos las caras de la gente. De todos modos, lo importante aquí no es lo físico, sino lo que se comunique. Comentamos lo extraño de que ninguno de los que han organizado esta fiesta se encuentren en ella. Vuelvo a comprobar el micro, es raro que aún no hayan transmitido nada. En ese instante la palabra clave resuena en mi oído: «Romeo», pronuncia Fabrizio con voz rasposa. Aguardamos atentos, contemplo a mi fiel amigo, que se encuentra cerca de nosotros. Arruga la frente cuando advierte que lo estoy mirando para indicarme que también la ha escuchado. Después de varias interferencias se manifiesta primero Carlo Bianco. Entabla conversación con el primo y algún miembro de los Falcone. La escucha no es buena, se oye algo distorsionada, sin embargo, lo más importante podemos oírlo:

—Gracias al pacto entre clanes hemos conseguido formar una gran familia. Unidos somos más poderosos y nos haremos con el control de toda Europa. Hay que dejar claro a los rusos quién manda aquí. El lugar para el intercambio de mercancía se hará en «La última cena». Acordaremos el día en cuanto nos avisen que la narcolancha haya desembarcado la droga en el puerto de Génova. Hermanos… —Se escucha cómo carraspea—. Están llegando a mis oídos rumores de espionaje. No sé si de la mafia roja o de la propia policía. Esos cabrones… Actuaremos con discreción sin desvelar más detalles. Solo nosotros, los reunidos aquí, sabremos la fecha y la hora de la entrega. —Dejan de hablar y se sienten pasos dando por finalizada la reunión.

¿En «La última cena»? ¿Eso no es un cuadro de Leonardo Da Vinci? En cuanto la comunicación se corta, nuestras miradas se encuentran extrañadas por el lugar donde se va a llevar a cabo el intercambio de la mercancía. Ahora viene cuando tenemos que averiguar dónde se encuentra ese lugar. El jefe levanta el dedo pulgar con disimulo indicando su satisfacción por lo acontecido. Contentos por la confesión, aunque algo aturdidos, sin bajar la guardia, nos relajamos y podemos disfrutar algo más de la fiesta.

La pelirroja se queda hablando con uno de los camareros, que también está infiltrado. Mi rebeldía hace que me separe de mi acompañante y camine lentamente entre la gente, vigilando, por si una de esas caras tapadas es ella. Paso por el lado del rubiales, bromeando, y lo golpeo con suavidad en las costillas, Julia a su vez, que no se separa de su lado, no deja de mirarme. Lo hace con tanto deseo que me alejo con rapidez de su lado.

Al fin dan la cara y los diferentes clanes se encuentran atendiendo a

sus invitados. La música ha cambiado, ahora toca un *DJ*. Suena música algo más comercial y la pista está a rebosar, sigo visualizando el lugar y ni rastro de ella. Salgo de nuevo a fumarme un cigarro al jardín, es medianoche y el frío hiela hasta la hierba. Aquí fuera me reconforta el silencio, apenas hay nadie.

Le doy la última calada y me sorprendo al notar cómo bombea mi pecho. Incluso me pongo la mano a esa altura para tranquilizarlo, al segundo me doy cuenta de que no es el mío el que late con fuerza, sino el de Lucía. Giro la cabeza hacia la sala y a través del cristal la veo. No sé si soportaré cómo laten desbocados al verla, Dios…, va disfrazada de Ángel Blanco, no va…, es un ángel y es hermosa.

Todo el vello del cuerpo se me eriza. El calor me sofoca porque la llama flamea con más intensidad. Está preciosa con la melena llena de ondas desechas. En sus ojos ha colocado un antifaz de encaje blanco, tiene incrustado algún brillante, que hace que se le ilumine la mirada, y plumas. Se ha puesto un vestido de seda del mismo color, vaporoso, y unas pequeñas alas blancas cuelgan de su espalda. Me tiene hechizado. Va vestida igual que en mis sueños.

Llevaba demasiado tiempo sin sentir vida dentro de mi cuerpo. Han pasado muchos días. Necesito olerla, rozarla…, aunque sea un minuto. En cuanto veo que sus amigas se apartan aprovecho para acercarme, solo será un momento, solo uno…

9
Lucía

Percibo su aliento en el cuello, a continuación una llamarada me recorre la columna vertebral al rozar su dedo en mi espalda desnuda. Me dejo seducir. Entre tanta gente sé que es el hombre que se quedó con mi corazón. Su aroma a cuero y canela, el calor de su cuerpo y el temblor del mío al notarlo tan cerca es inconfundible. No debo sucumbir a sus encantos, lo sé, pero es algo superior a mí. Sigo enfadada, cabreada, furiosa… con él. Sin embargo, mi cuerpo no opina lo mismo. Traidor.

—Estás preciosa —susurra a mi oído con ese tono grave y sugerente que tanto me excita—. Siempre supe que eras un ángel blanco muy hermoso.

Me quedo paralizada por lo que acaba de decirme, a la vez que desciendo los párpados. La respiración se me agiliza cuando su boca se posa en la fina piel de mi cuello y los dedos no dejan de acariciar mi espalda. Ya he probado el fruto prohibido y la tensión sexual entre nosotros se hace insoportable. Mi interior se calienta hasta el punto de que saldré ardiendo como siga rozando sus labios de la manera que lo está haciendo. No quiero girarme, no puedo volver a ver esos penetrantes ojos cuando me mira con deseo.

Cuando me decido a hacerlo ya no está. Como el mismísimo diablo que engatusa a su presa desaparece para dejarme aquí hiperventilando por él. Mi corazón volvió a unirse, el pecho dejó de doler y ahí entendí que ni contigo ni sin ti.

Necesito con urgencia beber lo que sea. Una copa o una botella de algo fresco que apague lo que siento en estos momentos. Busco a mis amigas. Las encuentro en una de las mesas en las que hay todo tipo de canapés exquisitos y elaborados con mucha finura. Están coqueteando con uno de los camareros encargados de los carros de licores. Les sirve una a una con mucha elegancia el champán. Me acerco desesperada hacia ellas. Las aparto bruscamente y le pido que me sirva una de esas

copas para bebérmela de golpe. Me regañan por colarme, lo peor es cuando Antonella me recrimina que por lo menos lo saboree, es un Krug Blanc de Blancs, comenta que cada botella vale alrededor de mil euros. Le pido que me sirva otra y, de golpe, vuelvo a bebérmela. Estas no saben cómo estoy yo por dentro.

—¡Estás loca! ¿Sabes cómo te va subir eso? —pregunta Antonella muerta de risa al ver el modo en el que me lo he tragado.

—Tenía mucha sed —respondo sofocada abanicándome con la mano.

—A saber quién te ha provocado esa calentura —murmura mi otra mitad, que me conoce bien. Me hago la loca por su comentario, si ni siquiera lo he visto.

Cuando Lara me contó que su galán la había invitado, no sé por qué intuí que él podía estar aquí. Han sido muchos días sin verlo. Centrándome en mis estudios. He llegado a pensar que mi cuerpo estaba carente de emociones. Una calma incómoda recorría dentro de mí. Quise interpretarlo como algo sano, sin tensiones, sin miedos… hasta que su cuerpo se acercó al mío y he vuelto a sentir la vibración.

Le pido otra copa al camarero, les digo a mis amigas que voy fuera a tomar el fresco y enseguida vengo. Los efectos del alcohol empiezan a notarse, así que camino hacia los jardines con lentitud, mirando por todas partes por si lo veo. Hay demasiada gente. Con el rostro tapado puede ser cualquiera. Me corrijo, no es cualquiera, es el que hace que me estremezca en cuanto lo tengo cerca.

De mi pequeño bolso saco un cigarro. No debería fumar, he vuelto a caer, pero ahora mismo es lo que más me apetece. Hace bastante frío en el jardín, la hierba está húmeda, sin embargo, la llama que me atraviesa de arriba abajo sigue estando presente. A eso le añadimos las tres copas de champán, así estoy que me subo por las paredes. Noto cómo el teléfono vibra. Deben de ser mis amigas intentando saber si aún me mantengo en pie.

Es un mensaje de Marco echándome la bronca:

> Marco:
> ¡No deberías fumar! ¿Se puede saber qué haces sin chaqueta?
> Vas a pillar una pulmonía. ☹

No me lo puedo creer, será capullo. Con él es una de cal y otra de

arena. Primero hace que toque el cielo y luego me empuja al precipicio. Giro la cabeza para examinar el interior y poder localizarlo. Me incorporo a la fiesta porque no consigo verlo. Espero en un rincón, apartada, para contestarle. ¿Qué se ha pensado?, ni que fuera mi padre.

Lucía:
¿Y a ti qué te importa?

Aprieto la tecla de enviar con firmeza.

Marco:
Me importas mucho… y lo sabes.

Encantador de serpientes. Gruño.

Lucía:
¿Dónde estás?

Quiero verlo porque no sé si es el alcohol o quizás él, que hace que todas las burbujas se concentren en la parte interna de mis muslos.

Marco:
Me muero de ganas por abrazarte, pequeña, pero esta noche no puedo estar cerca de ti, estoy trabajando.
Tenemos que hablar, te debo una explicación.

Lucía:
Está bien. Solo quiero verte y saber que no ha sido otro el que me ha manoseado la espalda.

¿Trabajando? Me sorprende su sinceridad.

Marco:
No lo hubiese permitido. ☹
Delante de ti.

No he acabado de leer la última palabra cuando levanto la cabeza para buscarlo. Se me seca la boca en cuanto lo veo esperando a ser correspondido con mis llameantes ojos. Me quito de la cabeza volver a

beberme otra copa de ese carísimo champán, ya que me hace desinhibirme y romper las normas que me he impuesto.

La número uno es: hablar con él antes de cualquier barbaridad.

La segunda es: no sucumbir a sus encantos. Esa ya la he infringido.

La tercera es: odiarlo hasta la saciedad. Imposible.

El espartano Kratos se ha materializado y está a unos cuantos metros de mí. Se ha dejado crecer el pelo. Lleva la barba más espesa y lo aprecio más varonil. Su cuerpo está más vigoroso y hace que piense en cómo se deben de marcar los músculos de su torso desnudo hasta su fuerte espalda. La misma que tantas veces he acariciado y tanto placer me ha provocado al reseguir sus alas tatuadas.

Le aparto la mirada, ya que el radar de lagartas se ha activado. Los celos me invaden al ver cómo las mujeres de su alrededor no le quitan los ojos de encima. No me extraña. Es lo más morboso que he visto jamás. El diablo en persona cubriendo su cara, vestido de negro, ha venido a recordarme que arderé con él en el infierno. Mi móvil vuelve a vibrar y salgo de mi burbuja.

Marco:
¿Te gusta lo que ves? ☺

Lucía:
Idiota. ☹

Le escribo observando de reojo cómo tuerce la boca, provocándome.

Marco:
Solo hay que ver cómo aprietas los muslos debajo de ese vestido que me está volviendo loco, cómo te acaricias el cuello mientras te escribo.
Ahora mismo tu olor debe de ser embriagador…

Estoy tan excitada que, entre tantas personas, solo puedo verlo a él. Sabe cómo reacciona mi cuerpo con su presencia, aunque también sé cómo actúa el suyo. Cuando se remueve intranquilo, con una de las manos en el bolsillo, es porque algo oculta. Dice que no puede estar a mi lado. No obstante, no deja de contemplarme, así que voy a ser mala, como ha sido él conmigo hace un rato. Empieza el espectáculo.

En ese momento suena *Fire Meet Gasoline*. ¡Cómo me encanta Sia!

Sacudo mi pelo para que lo vea en movimiento, como a él le gusta, salvaje. Se queda inmóvil con la boca entreabierta. Con gusto desciendo lentamente las manos por mi cuello. Una de ellas acaricia mi escote y mis pezones se endurecen en cuanto mi mirada se clava en la suya. Lo está pasando mal porque el pelo que llevaba engominado está revuelto, su nuez crece con cada paso de saliva que baja por su garganta. Me siento poderosa y se lo hago saber con un gesto que lo pone frenético. Mis brazos bajan por el vestido, con mis dedos acaricio el vientre y paro en mi palpitante sexo. Aquí es donde dejo de jugar. El efecto del alcohol mezclado con Marco se está convirtiendo en una bomba de relojería. Vuelve a vibrar el móvil.

Marco:
Para, joder.

Escribiendo…

Y deja de morderte el labio.

Lucía:
Y, si no, ¿qué?

Curvo mis labios hacía arriba, satisfecha por mi venganza.

Marco:
Me echarán del trabajo…

Sus piernas en movimiento constante, además del brillo de su frente, me indican que no siga. Lo desea tanto como yo. Soy consciente de que no es el momento ni el sitio adecuado, aunque nuestros cuerpos opinen lo contrario. El calentón que tengo en estos instantes puede más que las normas impuestas por mi yo cabezona. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero lo necesito aquí y ahora.

Voy a cometer una barbaridad. Su facción de espanto lo dice todo cuando me dirijo resuelta hacia él. El bullicio de su alrededor está pendiente de seguir emborrachándose con ese champán de mil euros. Yo me conformo con poco. A un paso de su ardiente cuerpo, lo rodeo sin tocarlo. Me suplica horrorizado con la mirada que no me acerque. No puedo evitarlo. Me coloco detrás de él, se tensa y aspiro su

añorado aroma, transportándome a esos momentos íntimos que tuvimos juntos. Aprieto mi cuerpo contra el suyo, mis pezones erguidos acarician sus alas y con diplomacia abro las piernas. Le cojo la mano con decisión. ¡Por Dios! ¡Qué estoy haciendo!

Derrotado, y muerto de ganas por tocarme, me acompaña en mi propósito. Acaricia con fervor, sobre el vestido de seda, mi clítoris hinchado. El suave cosquilleo que aprecio entre mis muslos va elevándose y me noto completamente húmeda. Apoyo la frente en su espalda, le aprieto la mano con fuerza para que me acaricie más rápido y a los pocos segundos me muerdo el labio para que el grito de placer no acabe con la fiesta. A continuación, extasiada, gimo en su oído consiguiendo remitir ese tortuoso fuego que me consumía por dentro. No me atrevo ni a mirarlo a la cara. Avergonzada, le suelto la mano y acaricio unos segundos su espalda. Cómo lo he echado de menos. Apenas podemos hablar, ya que la respiración continúa siendo entrecortada.

Me rodea para que no me vaya, a la vez que observa por todas partes, inquieto, sin embargo, debo hacerlo. Ha sido increíble, pero empezar la casa por el tejado no es lo correcto. En ese preciso instante me busca con la mirada para susurrarme:

—Te amo.

Deslizo la máscara hacia abajo, mis ojos azul cielo proyectan todo el amor que siento por él y me despido emocionada. La realidad sigue siendo la misma porque nada ha cambiado entre nosotros: sigo sin saber quién es. Tenemos tantas cosas de las que hablar. He bajado la guardia. Esto no es lo que pacté con mi traicionero cuerpo. Me regaño por ello, pese al momento tan morboso que acabo de vivir y al placer tan inmenso que percibo todavía. ¿Cómo vamos a solucionar lo nuestro si en cuanto estamos cerca nuestras almas se revolucionan?

10
Marco

Su dulce aroma ha quedado impregnado en mí. Estoy tan frenético, sin poder creerme lo que acaba de suceder, que tengo a Javier delante zarandeándome y no soy capaz de responder.

—Reacciona. ¿Qué te ocurre? Tenemos que irnos. Esto empieza a vaciarse, y ya tenemos lo que queremos —murmura preocupado por la mirada perdida que ve en mis ojos. No es para menos. La pecosa me ha enloquecido después de lo que acaba de pasar entre nosotros. Ese descaro, esa frescura… ha sido increíble.

Lo veo alzar la mano. No se atreverá a darme un guantazo, ya te digo que sí. Lo freno en seco agarrándolo por la muñeca.

—Ni se te ocurra —lo amenazo.

—Espabila. No sé qué habrá pasado entre vosotros. He visto a Lucía a tu lado. ¿No habrás vuelto a discutir con ella? —pregunta mosqueado. Lo que ha ocurrido queda entre ella y yo.

—¡No, joder! Va, vamos. ¿Dónde está el resto?

—Están fuera. Hemos ido saliendo escalonadamente para que no sospechen. Tú y yo aquí, ahora mismo, somos un blanco fácil, así que espabila. ¡Quita ya esa cara de capullo! —expresa mirando de un lado a otro.

El rubiales y yo salimos para separarnos en los jardines. Él se va con mi ex, y yo, con Raquel, que está fuera esperándome. A Alessandro no lo diviso por ninguna parte. Nos dirigimos al aparcamiento en busca del coche, advierto cómo ya quedan pocos. No he vuelto a verla ni a ninguna de sus amigas, puede que se hayan marchado antes de la fiesta. Durante el camino se hace el silencio, aunque aprecio cómo mi compañera lleva rato intentando decirme algo.

—He visto a Lucía en la fiesta —añade con cautela.

—¿Y? ¿Algún problema? —pregunto algo sombrío. Debo estar preparado para lo que pueda soltar.

—No. Yo... Marco… Nada. —¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Solo eso?

Conduciendo, desvío la mirada hacia ella, asombrado por su respuesta. Esperando la coletilla, que no llega, para volver a recriminarme mi relación con ella. La prudencia nos acompaña durante el trayecto. Prefiero no hablar más del tema, ya que no me acabo de fiar.

Estoy deseando llegar al apartamento y tumbarme en la cama. Demasiadas emociones en pocas horas me han dejado exhausto. En cuanto abro la puerta advierto a Julia algo mosqueada. Ni me mira. Mi fiel amigo está con el pijama puesto y bostezando. La pelirroja saluda y se va a su habitación quejándose de los tacones. Vuelvo a mirar a mi ex y me queda claro que su mosqueo probablemente sea porque haya reconocido al Ángel Blanco.

—¿Qué le ocurre? —murmuro al rubiales mientras me sirvo un vaso de agua en la cocina.

—Ostras, qué poco conoces a las mujeres. Ha reconocido a tu bella Julieta. Me ha preguntado si era ella en cuanto la ha visto aparecer. Era el único ángel blanco de la fiesta. Por cierto, estaba preciosa. —Con pelusilla le doy una colleja—. La tontura que te ha entrado al verla ha acabado de confirmarlo. —Ríe.

—No quiero ni pensar qué habrán despotricado las dos arpías de ella. No la soportan y no acabo de entenderlo.

—Te equivocas. Raquel ha estado con el camarero infiltrado. No han hablado en toda la noche, Julia no se ha separado de mí —confirma convencido.

—Qué raro… Buenas noches, tío. Necesito descansar. Mañana tenemos que ir a la comisaría a ver si Alessandro ha averiguado algo sobre la entrega en «La última cena».

—Todo lo que han hablado es muy extraño. Además, la conversación deja claro que desconfían de alguien. Tenemos que ir con cuidado. Que no hayan desvelado el lugar es raro…, muy raro. Te habrás portado bien con Lucía, ¿no? —me amenaza como si de un hermano mayor se tratase.

—¡Que sí!

«La mala ha sido ella», me digo a mí mismo. Me inquieto pensando en ello.

Estirado en la calma consigo relajar toda la musculatura contraída por ese encuentro. La calentura en mi cuerpo sigue estando presente.

Lo tengo decidido, mañana la llamaré por teléfono. Javier me dijo que esperara a que lo hiciese ella, pero la anhelo tanto… Después de lo de esta noche la deseo a rabiar. Necesito volver a respirar con normalidad. Consigo dormir dejando que entre aire fresco por la ventana.

Desciendo por el agujero negro, que cada vez me horroriza más, sin tocar fondo. El sueño se repite en bucle y vuelvo a aparecer siempre en el mismo punto. Su mano me agarra con fuerza hasta que vuelvo a caer en la más absoluta oscuridad, a la vez que mi Ángel Blanco grita desconsolada.

Me despierto sobresaltado y con las manos retiro el sudor de la frente. Sé que mis pesadillas intentan decirme algo, aunque no acabo de descifrarlo. Podría hablar con la brujilla de mi amiga. Ella sabrá explicarme qué significado tiene.

La luz de un día gris entra por la ventana aún abierta. No he sentido el frío en toda la noche. El olor a lluvia y humedad me transporta a aquel maldito día. Si hubiese ido tras ella ahora no estaríamos así. He cambiado y no pienso cometer los mismos errores del pasado. Pese a lo que ocurrió, son mis favoritos, así que hoy puede ser el reencuentro. Voy a llamarla para quedar, quiero hablar con ella, contárselo todo…, bueno, casi todo.

Como un *flash* me viene a la mente que la pecosa odia estos días. Sin embargo, lo que ocurrió ayer entre nosotros fue maravilloso. Nuestras almas volvieron a unirse, su corazón latió de nuevo en su pecho. Pude oírlo cuando apoyaba su cabeza en mi hombro. Cojo, adormilado, el móvil y la llamo. Un tono, dos, tres…

—Buenos días, preciosa —me adelanto entusiasmado.

—Marco —susurra mi nombre algo seria.

—Lo de ayer fue especial. No puedes negar la atracción que sentimos el uno por el otro. Nos necesitamos para seguir respirando con naturalidad. Estar separados solo nos consume por dentro.

—Sí…, lo fue…, pero… —duda. No me gusta nada su tono de voz. Hoy llueve, debe de ser eso.

—¿Qué pasa, pequeña? Necesito tocarte, abrazarte, besarte… Llevábamos tiempo buscándonos para que ahora lo estropeemos por una tontería.

—¿Una tontería? —se altera—. Me mentiste. Pese al angustioso momento en el que nos encontrábamos, no me quisiste decir la verdad. No sé quién eres todavía y para colmo…

La corto porque no quiero escucharla en ese estado:

—Aún no me has dado la oportunidad de explicarme. —Intento mantener la calma, frustrado por el recuerdo de aquella noche.

—¡Y para colmo me encuentro a tu ex abriéndome la puerta de tu apartamento! ¿Te sigue pareciendo una tontería? A mí no —niega con rotundidad.

Aprecio literalmente un mazazo en el estómago. Oigo llover con más intensidad. Al segundo me arrepiento de la dichosa hora que he elegido para llamarla.

—Te juro que lo de Julia no lo sabía. Tenemos que hablar. Puedo explicártelo todo.

—Aún no estoy preparada para hablar contigo. —Noto resquebrajarse algo dentro de mí.

—¿Por qué? Necesito que nos veamos. —Empiezo a alterarme porque no logro entenderla.

—Lo siento ———su voz suena apagada. ———Soy débil cuando te tengo cerca. He sufrido mucho con esta situación. Han sido las peores Navidades de mi vida y no quiero volver a pasar por lo mismo.

—Joder —murmuro. Su confesión me atormenta y aún me siento más culpable.

—Voy a volverme loca. Mi cuerpo te reclama continuamente. Necesito tus besos, que acaricies cada parte de mi ser, parece que voy a arder en cualquier momento si no me tocas o me acabas haciendo el amor, y así… no podemos hablar. Tenemos que hacerlo para saber si lo nuestro puede funcionar. Nuestra tensión sexual es más que evidente, pero solo de eso no trata una pareja. —Su reflexión me conmueve. Siento exactamente lo mismo por ella.

—Déjame intentarlo y demostrarte que he cambiado. Solo hablar, te lo prometo —miento. No sé si sería capaz de cumplir mi promesa. Mi amor por ella es más que una conversación—. Lo nuestro va a funcionar porque llevo siglos buscándote. Te reconocí desde el primer instante en que te vi.

—Ahora soy yo la que no está preparada para estar contigo. El día que soltaste mi mano aún duele. —Sí que lo hace, y mucho, porque ahora es ella la que está soltando la mía y deja que me caiga en lo más profundo de ese agujero negro.

—Aunque hablemos solo serán palabras, porque lo que sentimos es más que eso. No podemos dejar a un lado la conexión desorbitada que nos une. Es algo más que palabras, no lo niegues.

—Necesito tiempo, Marco. Lo siento. —Reconozco esa respiración agitada, su habla entrecortada. Llueve sobre mojado y los días de lluvia acaban de convertirse en un mal fario para nosotros.

—No cuelgues. Te amo, pase lo que pase.

Ya no se oye nada al otro lado. Sigo con la oreja puesta en el teléfono esperando a que en cualquier momento me diga que es una jodida broma de mal gusto. El destino me está poniendo a prueba y está pagándome con la misma moneda. Mis demonios insinúan que sigo en la miseria, aunque cuando oigo el fuerte estruendo de un trueno recuerdo que soy Kratos. No voy a rendirme, lucharé como un espartano por ella.

Doy un brinco de la cama para vestirme con un chándal. En cuanto salgo del cuarto, Julia pasa por delante de mi habitación misteriosamente. Fijo que ha escuchado la conversación, ya que he alzado la voz, alterado, más de la cuenta. Se ha delatado en cuanto me ha preguntado si está todo bien. Intento ser todo lo correcto que puedo con ella. No obstante, hoy no es buen día para mantener otra intensa conversación.

Me pongo un chubasquero y le indico que salgo a correr. La tormenta no va a hacer que me amedrante. Necesito que acaben todos los juicios que se celebran en mi interior. El tiempo seguirá siendo mi mejor aliado para que Lucía pueda darse cuenta de que no podemos volver a separarnos. Me duele saber que llora por mi culpa. El cielo también lo hace hoy y le pido clemencia mientras caen las frías gotas sobre mi cara.

Una vez llego al apartamento, subo las escaleras de dos en dos, y cuando abro la puerta me encuentro a Javier apoyado en la mesa del comedor con una taza de café en la mano.

—Ha llamado Alessandro. Ha dicho que no viene, que ya nos veremos en comisaría. El muy mamón fijo que está con Lara y con el día que hace le ha entrado la pereza.

—Vale —digo áspero.

Con mi fiel amigo no me sale ser falso. Enseguida nota que me pasa algo. Le doy la espalda para ir a mi habitación a quitarme la ropa que traigo mojada y advierto que viene detrás de mí. Se sienta en el borde de la cama con la taza de café y su bata a cuadros de franela. Ya le he dicho mil veces que parece un viejecillo con esas pintas, sin embargo, hoy no tengo ganas ni de meterme con él.

—Desembucha —añade convencido al ver mi frente arrugada, a la

vez que sopla el café humeante que sale de su taza. Ojalá me tomara las cosas con más sosiego como hace él.

—La he llamado esta mañana y… —Me rasco la nuca esperando la bronca del siglo. Deja la bebida en la mesita para levantarse de golpe.

—¡Mira que te lo dije! Deja que te llame ella cuando esté preparada. ¡Ni puto caso! ¿Qué ha pasado?

—No lo entiendo, tío. Anoche cuando nos vimos estuvimos bien. Apenas mediamos palabra, pero nuestros actos fueron suficientes para confirmar lo que sentimos el uno por el otro —le explico algo alterado sin comprender.

—Ya te lo dije, está muy confundida. Hacía semanas que no os veíais. Volver a encontraros os ha provocado esos sentimientos añorados, aunque sabes que la realidad es otra. Tienes que darle tiempo. —Lo veo hablar con tanta serenidad que me autoconvenzo de que debo hacerle caso de una puñetera vez. Esta vena rebelde que tengo habrá que empezar a domarla.

—Lo haré, justo es eso lo que me ha pedido, puedo hacerlo y quiero hacerlo —comento algo más motivado. Hace una mueca risueña y no sé si es por la satisfacción de que haya entrado en razones o porque al final sabe que voy a hacer lo que me dé la gana—. Ahora lárgate de mi habitación y quita de mi vista esa bata *vintage* —bromeo más relajado.

—Cuando solucionéis lo vuestro la convenceré para que te compre una igual y no te puedas negar a ponértela, ¡*enchochao*! —Recoge la taza, le da un sorbo y se va hacia la puerta sin parar de reír. Seguro que me está imaginando con la bata puesta, el muy cabrón.

—Javi… —Se gira—. Ojalá. Gracias, hermano. —Me apunta con el dedo y me amenaza para que no vuelva a cagarla.

Me dirijo corriendo a la ducha para entrar en calor. La conversación me ha dejado helado después de seguir con la misma ropa puesta. En lo que me enjabono el cabello pienso en Cándida. Ya que no viene Alessandro, la llamaré y aprovecharé para explicarle mi sueño. Ella sabrá interpretarlo, hasta quizás pueda ayudarme a llevar la situación lo mejor posible.

Salgo del garaje con el coche. Hoy no es un buen día para coger la moto. Aparte, ya le he dicho que pasaría a recogerla por su casa. Le doy al limpiaparabrisas para tener visibilidad, aún llueve. Hago una mueca mientras conduzco al ver cómo esas gotas dejan algo de escarcha en cuanto caen en el cristal. Es aguanieve. Con un poco de

suerte podremos volver a ver nevar.

Cándida ya está esperándome en el portal de su casa. Me recrimino la puntualidad, a saber en qué estado está la mujer después de hacerla esperar ya un rato. Cojo el paraguas del maletero y voy en su busca para acompañarla hasta el coche. Si fuese Javier ya me hubiese echado la bronca, sin embargo, solo agradece el detalle y encima me da un beso en la mejilla. Es un encanto.

Conduzco hasta llegar a la Trattoria Ciao. Se come bien, aparte de ser un buen lugar para hablar con tranquilidad. Aparco lo más cerca que puedo de la entrada, cojo el paraguas de nuevo y la acompaño hasta la puerta. Se agarra a mi brazo, con ternura y con una gran sonrisa, ya me inspira la confianza que hace rato se disipó en mí.

Nos sentamos en el mismo sitio de siempre, decorado con el mantel a cuadros rojo y blanco. Con esa calidez que desprende me coge de la mano por encima de la mesa para transmitirme serenidad. Sabe que algo no va bien. Me la aprieta con sentimiento y me anima a que suelte lo que me atormenta por dentro.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —pregunta como si de una madre se tratase.

—Hecho una mierda —respondo sombrío porque así lo siento.

—Los ojos son el reflejo del alma. Tu mirada desde que se fue a Barcelona está más apagada. No sois conscientes del daño que os hacéis cuando estáis separados. Aun así, debes respetar su espacio. Volveréis a estar juntos, te lo aseguro. —Levanto la vista y noto cómo mi corazón da un vuelco—. Pero así no. Como hasta ahora no os ha funcionado. Debes aprender de esto, reflexionar y pasar a la acción en cuanto esté preparada. Aprovecha este espacio que te brinda para que interiorices qué ocurre aquí dentro. —Señala con el dedo índice justo donde está el corazón—. Explícame el sueño que me has comentado que se te repite continuamente. Puede que nos dé la respuesta para que lo vuestro arranque y no se quede atascado en el tiempo:

—Camino hacia ninguna parte. La carga que llevo en la espalda es pesada y la atmósfera sombría me acompaña allá donde voy. Al fondo distingo una luz blanca muy aguda, eso hace que me tape con el brazo porque los destellos son demasiado intensos para mis ojos oscuros, aun así, avanzo queriendo descubrir qué es eso que acaba llamándome la atención. Entonces, la veo con claridad y me acerco hasta ella: es mi Ángel Blanco. Lleva la melena suelta revoloteando por su preciosa cara, mirándome con sus ojos azul cielo, a la vez que observo mi

reflejo en ellos. Curiosamente, ya me espera con una gran sonrisa, dándome seguridad a la hora de coger mi mano con firmeza. Caminamos con calma por un sendero luminoso. No puedo ser más dichoso a su lado. Al segundo aparece, de repente, un agujero negro e interrumpe nuestro apacible paseo. Me absorbe, y ella grita acongojada porque es incapaz de sostenerme con su mano. Desciendo sin encontrar fondo, solo hay oscuridad y lo único que me angustia es ver su rostro horrorizado cuando caigo.

—Hermoso —susurra conmovida por mi relato.

—No acabo de caer, Cándida. Hermoso no. Es frustrante. El sueño se repite y vuelvo a aparecer siempre en el mismo punto del principio. —Arruga la nariz, hace una mueca y me mira con ternura, conociendo de sobra su significado.

—Es profundo y doloroso al mismo tiempo, de todas formas, el sueño revela con claridad por lo que has pasado y estás viviendo. La incorporación de ella en tu vida, en tu sueño, no deja de ser el amor, la luz al final de tu empedrado camino, sin embargo, vuelves a caer una y otra vez como en el sueño. —Cándida tiene un don. Sabe cómo hacer que se me erice la piel en cuanto ve cómo me froto con la mano. Está hurgando muy adentro y aún duele.

El camarero llega con nuestros platos repletos de espaguetis a la carbonara. La pasta aquí está deliciosa, así que le pido a Cándida que los degustemos con tranquilidad. Doy por hecho que lo que me va a decir no me va a gustar, creo que con el estómago lleno podré digerirlo mejor. Ríe por mi comentario, bromeo con mi aspecto físico y señalo a mi cuerpo serrano que necesita alimentarse. Es incapaz de acabar con la barbaridad de comida que nos han puesto, me la ofrece, risueña, y lo acepto encantado. Esta tarde delante del saco de boxeo quemaré con energía todos los carbohidratos engullidos.

—Analicemos ese sueño, cariño. Simbológicamente, el agujero negro es tu parte más profunda y oscura. Caes para sumergirte en el abismo más temible de miedos, angustias y, sobre todo, de responsabilidades, de las que te he repetido continuamente que no te pertenecen. Aún no has acabado de superarlo, por eso, al entrar dentro de ese hoyo, debes enfrentarte a tus emociones. El hecho de que vuelvas a salir es porque no acabas de afrontar ni aceptar el pasado. El sentimiento de culpabilidad de lo ocurrido a tu familia no te deja vivir. ¡Acéptalo de una vez, tú no tienes la culpa! Esa chica maravillosa, sin ser consciente, ha venido a salvarte. Deja que sea ella

la que te proteja. Está aquí por eso. Es su misión. —Pese a sus conmovedoras palabras de apoyo no puedo evitar irritarme.

Alzo la voz, confundido:

—¿Quién protege a Lucía? Ella no merece cargar y estar pendiente de mis problemas. No puedo aceptar lo que me estás pidiendo, lo siento.

Escondo la cabeza entre mis manos. Sé que me aconseja de buena fe y quiere lo mejor para nosotros, sin embargo, no me convence su teoría.

—Es su misión, te guste o no. Es un ángel, ya está protegida, no obstante, con tu rebeldía estás dañando su objetivo: salvarte. Su cara de horror cuando caes es porque no cumple con su cometido, quiere que toques fondo para que ardas y puedas salir victorioso, como un ave fénix, de ese profundo agujero negro que ella acabará iluminando con sus bonitos ojos azul cielo. Deja de resistirte, de culparte… —Niega con la cabeza, impotente, y vuelve a cogerme de la mano con afecto. Sabe que no estoy digiriendo bien todo lo que acaba de contarme.

Salimos del restaurante, y Cándida va cogida de mi brazo, apoyándome en todo momento mientras nos dirigimos al coche. No mediamos palabra. El silencio en estos minutos es la mejor opción. Aparco cerca de su casa, ha dejado de nevar, aun así, la acompaño hasta el portal con el paraguas.

—¿Puedes pasar por la academia mañana? —pregunta abriendo la puerta—. Necesito que le lleves un informe al jefe. Estaré todo el día en secretaría. Yo no puedo llevárselo, es información sobre Lucca y es importante.

—¿Estás segura? No sé si es buena idea.

Deduce en quién estoy pensando.

—Tranquilo, estará en clase. Pasa a partir de las once. Tiene dos horas de Pintura Artística, así que no se moverá del aula.

La beso en la mejilla agradeciendo su tiempo y quedamos en vernos mañana. No estoy convencido de aparecer por allí, pero después de lo que hace esta mujer por mí no puedo negarme. Lo mejor para los dos es que no nos veamos. No es lo que deseo, me muero de ganas por volver a verla. Sin embargo, ella no quiere estar conmigo, y yo no quiero que sea mi salvadora. Me niego.

11
Lucía

Sermoneo a mis amigas, ya que no paran de reírse en cuanto me ven delante del espejo que hay en la entradita del apartamento, colocándome mi bonito gorro de lana, con el pompón más grande jamás visto, según Javier y… Marco. Lo pienso y no puedo evitar sentir una angustia en mi estómago al recordar la conversación que tuvimos por teléfono.

Lara me saca de mi estado emotivo en cuanto mueve mi pompón con efusividad. La manía que tiene todo el mundo de achucharlo. La regaño y me lo vuelvo a colocar de nuevo. Mi otra mitad nos advierte de la hora que es. Caen pequeños copos de nieve y tenemos que ir andando a la academia. Salimos del portal bien abrigadas, una vez en la calle, agradezco el gorro.

Miro al cielo, ilusionada, al notar cómo se humedecen mis mejillas cortadas por el frío. La única parte de mi cuerpo que se mantiene al aire. En Barcelona pocas veces lo hace, por eso estoy tan entusiasmada. Es la primera vez que veo nevar en Milán y me parece una estampa preciosa. Todo cubierto por un fino manto blanco hace que recuerde los cuadros que pintó mi padre en Navidad.

Llegamos congeladas a la cafetería, ya que por el camino hemos disfrutado tirándonos bolas de nieve. Lara, enfurruñada porque su pelo se ha encrespado por la humedad, ha intentado quitarme el gorro para proteger sus cabellos. Un bolazo blanco se ha llevado por su intento. Elena está encantada, como yo, con la experiencia. Dentro bebemos nuestro café con leche bien calentito. Cojo uno para llevar y, antes de entrar en clase, paso por secretaría para dejárselo a Cándida. En cuanto me ve, ya me recibe con una gran sonrisa.

—Gracias, *bella.* Eres encantadora. Hoy apetece especialmente. —Le da un sorbo y agradece con las manos el calor del vaso—. Vais a tener un día movidito. —Tuerce el labio y señala con la barbilla al despacho del director Filippo.

No doy crédito a lo que veo en cuanto giro la cabeza. Hay como diez niños de unos seis años merodeando, chillando y tocando todo lo que tienen a su alrededor. Me hace gracia ver al director algo desesperado, de un lado a otro, colocando las cosas de su escritorio, mientras, la que debe de ser la maestra de los diablillos habla con Mariano.

—¿Y eso? —pregunto divertida al ver el panorama desmadrarse.

—Aquí, en Italia, la cultura y el arte están muy presentes, ya lo sabes, los colegios de primaria organizan excursiones a la Pinacoteca para acercar a los niños a las obras maestras y poder introducirlos en el arte desde una temprana edad.

—Qué monadas. —Se me cae la baba al ver sus travesuras—. La idea me parece muy acertada.

Los que me conocen bien opinan que el sexto sentido lo tengo demasiado desarrollado. Ser madre sería muy especial para mí. Debe de ser un amor tan puro que recreo la imagen con mi bebé acunado entre mis brazos, Marco a mi lado mirándolo con adoración… ¡¡¡Ay, madre!!! ¿Qué estoy pensando? Se me ha ido la cabeza. Regreso de nuevo a la tierra, pero tengo al profesor Rossi enfrente mirándome con curiosidad.

—*Buongiorno,* señorita ¿Qué hace que no está ya en clase?

—*Buongiorno.* ¡Uy, qué tarde! —Miro el reloj, abrumada—. *Mi dispiace molto*, enseguida voy. —Me giro agitada. Mirando embobada a los niños no me he dado cuenta de la hora que es.

—Un momento. —Paro en seco—. Cándida, avise en clase al profesor que me sustituye hoy de que Lucía nos acompañará a la Pinacoteca con el grupo de primaria. Así podrá reforzar la vigilancia e incluso puede aportar alguna explicación sobre nuestras obras de arte expuestas.

Con picardía sonríe, no me pasa desapercibida su mueca, y se dirige al aula para avisar al profesor. Mis amigas van a alucinar en cuanto se enteren. Esto me pasa por bocazas. El gorro, la chaqueta y toda la ropa que llevo puesta empiezan a sobrarme. No puede hacerme esto, vale que me gusten los niños, pero no sé si estoy preparada para soportar a diez diablillos tirando de mi larga melena, entusiasmados para que los acompañe a ver el museo.

—Esto…, vale… —Trago saliva.

Revolotean a mi alrededor, alegres, en cambio, uno de ellos agarra con su minúscula mano la mía y no me la suelta. En cuanto veo su

enternecedora cara, con unas redonditas gafas y unos ricillos cubriéndole su pequeñita frente, me sale la vena sensible. Al final no puedo resistirme a la idea de acompañarlos.

—*Ciao,* Lucía, soy la tutora, me llamo Francesca. Encantada de que pases la mañana con nosotros. —Nos damos un apretón de manos, aunque la otra sigue sin soltármela el pequeño—. Se llama Rafael. Es el más chiquitín de la clase. Es algo introvertido y el más tranquilo de todos ellos. —Señala al corrillo que han formado a mi alrededor, locos de contentos, a la vez que pronuncian mi nombre—. Te adoran y acaban de conocerte —dice sorprendida la maestra. Me muestro agradecida por ello.

—Ya pueden ir a la Pinacoteca. Acabamos de abrir las puertas, y el profesor Rossi ya les espera allí —comenta el director estresado señalando con sus manos la salida, deseando que salgamos lo antes posible de allí.

Francesca se lo agradece y se despide de él. Llega el momento en que se pone más seria para ordenar que se hagan parejas para ir fuera. Estallan eufóricos al saber que vamos a cruzar el patio y van a volver a ver los copos de nieve caer. Salimos en fila india por parejas, yo incluida, con sumo cuidado cruzamos para no resbalar. La tutora pide silencio a los peques para que dejen de gritar. Todos los de la academia ya están en clase, pero le es imposible conseguir su propósito. Si hasta yo estoy tan feliz que me uniría a ellos si pudiese.

El profesor Rossi ya nos espera en la entrada. Observo que se tapa la boca con la mano para no revelar la carcajada que sale de ella. Resulta gracioso verlos a todos con un dedo en los labios imitando a la maestra. Al final lo ha conseguido, se hace el silencio, y en cuanto entran al museo quedan maravillados de las pinturas colgadas en las paredes.

Son muy inocentes, aunque se nota que los han introducido en el arte desde pequeños por el respeto que muestran aquí dentro. El pequeño Rafael no me suelta la mano ni un instante, observo cómo él y todos los niños miran fascinados las explicaciones de Francesca, que va a la cabeza del grupo junto al profesor, por si tiene que añadir algún detalle importante de la obra. Yo me mantengo al final para controlar que alguno no se desmadre, de todos modos, me tienen fascinada por la atención que ponen en cada cuadro y en cada palabra de la maestra.

Llegamos a la sala donde se expone uno de los cuadros del

Romanticismo más importantes de Italia. Aquí, en este mismo lugar, fue casualmente donde viví unos de los instantes más románticos de mi vida. Nuestros labios se acercaron con sutileza, lo que llegamos a sentir con ese roce bastó para saber que no se iba a quedar solo en eso. Acabábamos de traspasar esa fina línea que había estado oculta durante todo este tiempo. El vello se me eriza al recordarlo y un estremecimiento recorre mi cuerpo.

El niño se da cuenta de mi temblor, aprieta su manita para, supongo, darme la calma que necesito en estos minutos. Ensimismada, observando el cuadro, oigo cómo Mariano me nombra y salgo de golpe de mis pensamientos.

—¿Puedes aportar tus conocimientos de uno de los cuadros más importantes de la galería? —¿En serio? Podría haber dado la explicación de cualquier obra, pero ¿de esta? Esta es especial. No sé si voy a conseguir exponerla sin el temblor en mi voz. Rafael me acompaña, como si de un talismán se tratase, hasta ponerme frente a los niños, que esperan entusiasmados mi descripción.

—*El Beso*. —Carraspeo. Lo presento con el brazo que me queda libre de arriba abajo. Inhalo, exhalo y sigo con el argumento—. Es un óleo sobre lienzo del pintor italiano Francesco Hayez.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —exclaman varios chiquillos al mismo tiempo.

No puedo evitar reír, pese a ver lo responsables que son y lo bien que se están portando no dejan de ser niños.

—Silencio, dejad que siga con la explicación —pronuncia la maestra intentando calmar el revuelo que se ha formado. Una preciosa niña con tirabuzones rubios y unos ojos del mismo color que los míos levanta el brazo pidiendo permiso para hablar—. Adelante, Bianca ¿Qué quieres aportar?

—Maestra, me parece un dibujo muy bonito. Mi madre dice que los que se dan besos así, de ese modo, es porque se quieren mucho. —En ese momento creo que acabo de dejar en el suelo un charco de baba, qué bonita, por favor, el razonamiento que hace tan hermoso.

—Muchas gracias Bianca, muy interesante lo que nos has contado. —La niña emocionada se muestra orgullosa ante sus compañeros, y todos la aplauden apoyando su versión. Hasta Rafael me suelta para acompañar al resto—. Ya puedes continuar.

—Este artista tan reconocido, aquí, en la academia y en toda Italia, lo pintó en 1859. Trabajaba aquí y pintaba sus cuadros para luego exponerlos justo en el lugar donde nos encontramos hoy. —Todos

abren la boca, asombrados, al ver cómo señalo el lugar. Muero de amor—. *El Beso* es considerado uno de los más importantes manifiestos del arte romántico italiano, ambientado en la edad media, donde abundaban los reyes, las princesas y los caballeros. —Les pido silencio, y todos atienden con expectación—. Se dice que estos dos chicos escondían un amor secreto como el de Romeo y Julieta. ¿Alguien los conoce?

—¡Yo, yo! —La niña de rizos dorados levanta la mano de nuevo—. Mi mamá me contó que eran novios, pero sus papás no quería que lo fueran. Se pusieron muy tristes y murieron. —Todos los niños se muestran asombrados.

—¡Oooooh! —Se oye por toda la sala. He quedado helada de lo clara y concisa que ha sido en su respuesta.

—Preciosa, veo que tu mamá te cuenta cosas muy interesantes. Eso es muy importante para tu educación. ¿De qué trabaja? —pregunto interesada.

—Mi mamá es escritora. Ha escrito muchos libros y todas las noches leemos juntas antes de ir a dormir.

—No cambies, sigue así, aportando cosas bonitas al mundo. —Se sonrojan sus blancas mejillas y me agradece el comentario con una sonrisa.

El profesor se coloca a mi izquierda y da por finalizada la visita. La maestra vuelve a informar a los pequeños que se coloquen de nuevo en fila india para salir de la sala. Nos situamos del mismo modo en el que hemos entrado y salimos. De nuevo se alborotan al ver la nieve. Mariano, antes de marcharse a clase, le indica a Francesca que se pueden quedar un rato jugando con la nieve en el patio. Me informa que tengo la mañana libre, agradeciéndome la colaboración, para así poder disfrutar algo más de estos pequeñajos.

Entre las dos les ayudamos a colocar chaquetas, poner guantes y gorros, antes de lanzarse con desesperación a jugar con la nieve. Rafael juguetea con mi pompón, mientras, yo estoy a su altura agachada intentando abrocharle la cremallera, hasta que me toca en el hombro con su manita dando varios golpecillos.

—¡Lusssía! Allí hay un hombre mirándote. —Levanto la vista hacia el pequeño. Examino el patio y veo al resto de niños gritando entusiasmados jugueteando—. ¡Allí, Lusssía! —Con su dedito me indica el lugar exacto donde se encuentra… ¡Tierra, trágame!

Marco está apoyado en una de las columnas con las manos metidas

en los bolsillos. Está mirándome divertido, con una mueca en los labios, por la escena que hay liada en el patio central. Su cambio físico me lleva por el camino de la amargura. Si mi cuerpo ya lo reclamaba, ahora desea ir tras él con anhelo. Recuerdo el suyo siempre cálido y se me suben los colores al instante. Va vestido con su chaqueta de cuero negra, una sudadera básica con capucha y un tejano rasgado que hace que esté tremendamente sexi.

Mi corazón bombea con intensidad, por lo tanto, no acabo de atinar con la cremallera, un sudor caliente recorre todo mi cuerpo hasta llegar a la palma de mis manos. El pequeño pronuncia mi nombre y consigo salir de mi atontamiento. Se la subo, al fin, con torpeza, y coge mi mano para arrastrarme donde está mi verdugo: el mismo que intento evitar para poder aclararme y me encuentro por todas partes. Nos indica con la mano que nos acerquemos hasta la entrada de la academia. ¿Cómo le explico a un niño que soy incapaz de estar al lado de él sin salir ardiendo?

Cruzamos el patio lentamente para no resbalar. Las piernas me flaquean y puede que ocurra. No sería la primera vez que casi me caigo delante de él. Llegamos victoriosos hasta donde está, esperándonos con una gran sonrisa, y observa con ternura a Rafael, que ha sido mi salvador, esta vez, de que no cayese al suelo cubierto por la nieve. Como si de una atracción se tratase, todos los niños se han reunido a nuestro alrededor, curiosos por saber quién es ese chico tan guapo que una vez cuidó de mi corazón.

—Hola, Lucía —susurra contemplándome con sus penetrantes ojos oscuros. Conozco esa mirada.

—Hola, Marco —respondo avergonzada.

De reojo observo a todos los niños mover la cabeza de un lado a otro como si de un partido de tenis se tratase.

—Ahora entiendo que me hayas cambiado por alguien más guapo que yo. —Ríe con dulzura alborotando los caracoles al pequeño Rafael.

Se agacha frente a él, le pregunta su nombre y al oírlo advierto cómo Marco palidece y se levanta al segundo, algo aturdido. Lo miro preocupada por su reacción. A continuación me tranquiliza con una sonrisa, aunque sigo extrañada por esa arruga que le ha quedado entre ceja y ceja.

La preciosa Bianca se acerca hasta donde nos encontramos los tres. Ya la temo. Y así es, la pregunta del millón hace que mis pecas salten

como palomitas de maíz sobre mis mejillas.

—¿Sois novios? —pregunta con curiosidad.

¡En qué momento animé a esta chiquilla a que no se callase! ¡Qué vergüenza! Los diez niños giran la cabeza de un lado a otro a ver quién de los dos contesta. Clavo la mirada en Marco y espero a que responda. El muy canalla está haciéndose el loco, con una mueca, entretanto se rasca la cabeza.

—Somos amigos, bonita —respondo a la pequeña. A él le arrugo el morro por dejarme en un compromiso.

—¡Ahhh! ¡Chiss! —Bianca pide silencio con su dedito en los labios —. Es un amor secreto como el de Romeo y Julieta —susurra emocionada. Poco después todos los niños nos rodean, entusiasmados por lo que están presenciando.

—¿Por qué dices eso, Bianca? —le digo horrorizada intentando mantener la calma.

Mis mejillas están a punto de explotar y pido ayuda a Francesca para que me eche un cable. La muy granuja se lava las manos carcajeándose por el momentazo que están viviendo a mi costa. A Marco le parece muy divertida la situación. El pobre Rafael tiene que tener la mano frita por mis apretones.

—Porque mi mamá dice… —comienza a explicar. Oh, no, cierro los ojos— que, cuando te pones muy colorada por un chico, es porque te gusta mucho. —Ahora sí, me quiero morir.

—Tu mamá es una mujer muy inteligente —afirma burlón Marco. Lo enveneno con la mirada.

La pequeña se incorpora al círculo y anima a que sus compañeros la sigan para gritar y aplaudir contentos:

—¡Que se besen! ¡Que se besen! ¡Que se besen! —exclaman todos a la vez, incluso Rafael se suelta de mi mano para unirse al resto. Miro cómo aplaude, él también es un angelito muy traidor.

Marco da pequeños pasos acercándose a un centímetro de mi cara. Le pido clemencia con la mirada, sabe el efecto que provoca en mí, hay once pares de ojos observándonos con entusiasmo. Levanta la mano para acariciar mi ardiente mejilla, dudo que mis pecas sigan en su sitio. Se hace el silencio en el patio, solo se oyen nuestras respiraciones entrecortadas, diría que las del resto están contenidas. Su aroma traspasa mis fosas nasales y mis células se alteran con cada inhalación. Cierro los ojos, aparta la mano y da paso a sus cálidos labios rozando con mimo mi moflete.

Los abro para mirarlo y agradecer el momento tan tierno que acabo de vivir. Su frente reposa en la mía, oigo su corazón acelerado y su boca clama con desesperación algo más. Ese beso que ansiamos hace semanas, los dos sabemos que ese gesto sería una locura. A nuestra burbuja se unen los diez niños, nos rodean y nos abrazan con cariño festejando lo ocurrido. No recuerdo otro momento más bonito y con tanto amor como el vivido hoy aquí en este preciso instante.

El despedirme de estos maravillosos niños y de la gran humanidad de Francesca hace que me quede un nudo en el estómago. Estos diablillos me confirman que ser madre es algo primordial y muy importante para mí. No me importaría serlo joven, pero reconozco que aún debo finalizar una etapa de mi vida: mi carrera y encontrar trabajo. El nudo se retuerce, aún más, en cuanto me despido de Marco, pienso en él como padre y en la incertidumbre de no saber en qué momento estaré preparada para hablar con él.

Los acompaño hasta el autobús, que ya los espera a la salida de la academia. El pequeño Rafael se despide abrazándome con tristeza. Mientras siento sus finos brazos rodear mi cuello, Marco nos observa a lo lejos, serio, percibo nostalgia en su mirada y se da la vuelta para entrar en la academia con los hombros caídos.

Me emociono muchísimo al ver cómo me dice adiós con su manita a través del cristal. El resto grita mi nombre, y Bianca los dirige como si de una orquesta se tratase. Esta muñeca llegará lejos, muy lejos. Francesca, una vez ha acomodado a todos los niños dentro, se acerca para darme un abrazo, agradecer el haberme conocido y al oído me susurra que apuesta por mi amor secreto. Me guiña un ojo y se va. Me quedo estupefacta, sin reaccionar, ni siquiera veo desaparecer el autobús. Mi cuerpo me pide que lo espere, sin embargo, mi lado racional me ordena huir. Ahora soy yo la cobarde.

12
Marco

Cabizbajo, con la sensación de no estar completo, me dirijo a secretaría. Ha sido maravilloso estar a su lado rodeado de tantos niños. Nunca tuve esa inquietud por ser padre hasta que la conocí a ella. Le explico a Cándida lo que acabo de vivir, por supuesto, la regaño por la encerrona que me ha preparado, aunque me asegura con rotundidad que ella no ha tenido nada que ver. Cojo el informe de Lucca que me tenía preparado, me despido de ella, ajetreado, y le comento que puede que aún esté ahí fuera, esperando a que salga. Me anima a que me vaya, haciendo palmas.

Agilizo el paso por el pasillo, que se encuentra vacío, ya que los alumnos siguen en clase. A lo mejor ya está preparada para hablar conmigo, sin embargo, una vez fuera diviso que ya se ha marchado. He llegado a pensar que quizás, después de nuestro tierno encuentro, podríamos…

El niño que no soltaba de la mano a Lucía me ha dejado descolocado. Me he percatado de cómo la adoraba y cuidaba de ella tan pequeño. Nombrarlo es recordar que la cicatriz aún no ha curado. Su nombre me persigue últimamente: las cartas, los sueños, ahora él… Se ha abierto la caja de Pandora y no logro descifrar qué quiere decirme.

Camino de comisaría el limpiaparabrisas del coche se acciona continuamente, ya que no han parado de caer copos de nieve desde esta mañana. El equipo me espera allí. Estoy deseando saber si Alessandro ha podido averiguar algo sobre el lugar con el que tanto misterio hablaron ambos clanes la noche de la fiesta de disfraces. Suena el móvil. Seguro que es Javier, es tarde, me he retrasado mucho, pero es que no esperaba encontrarme a la pecosa con su gracioso gorro, que tan buenos recuerdos me ha traído cuando la he visto con él puesto.

Aparco en la zona habilitada para nosotros. Cojo el informe del

asiento y aligero el paso, en cuanto pongo un pie en la comisaría, de repente se hace el silencio. Qué extraño, con el jaleo que hay siempre aquí dentro. Oigo al jefe mandar callar a alguien. Entro en su despacho, sin disculparme, disimulando un agobio que no siento. Es sorprendente, ni siquiera están mosqueados por mi tardanza. Esto me huele muy mal, algo traman.

—*Amico*… —Carraspea—. Ya padecíamos por ti. —Alzo una ceja, extrañado por su actitud. Le entrego los documentos que me ha dado Cándida.

—Lara te está ablandando, tío. ¿Desde cuándo sufres tú por mí? ¿Hoy no hay malas caras ni me vas a echar la bronca? Javi, me has llamado tú, ¿verdad? —pregunto ceñudo y observo con detenimiento la cara de cada uno de mis compañeros. Julia, incluso, aparta la suya y creo escuchar una pequeña risa.

—*Collega*, eres mi mejor oponente con las dominadas, es normal que me preocupe por ti —responde y se gira para enganchar con una chincheta el informe en el panel donde se encuentra toda la investigación llevada a cabo estos últimos meses.

—Te he llamado para ver cuándo ibas a venir —comenta mi fiel amigo.

Asiento mosqueado. Su cara, el modo en el que me habla, ningún reproche por mi retraso… Aquí está pasando algo y no me gusta ni un pelo. Hasta Raquel hace una mueca divertida.

Me siento en una de las sillas intentando mantener la calma para no mandarlos a la mierda. A continuación, el italiano, más serio, se dirige a nosotros. Lo primero que hace es comentar el informe que me ha entregado Cándida. Nada que no supiese. Me da que esta mujer se ha compinchado con estos canallas. Ya sabía que Lucca seguía en Palermo, recluido con los Bellini, hasta que su familia pudiese limpiar su nombre en la ciudad. En cuanto venga me ocuparé de él, no pienso permitir que se vuelva a acercar a mi pequeña.

—Ahora, vamos a lo que de verdad importa. Después de oír por el micro lo de «La última cena», yo también quedé en estado de *shock*. Sin duda, todos sabemos que es una de las obras más importantes que pintó Leonardo Da Vinci. Lo jodido es averiguar qué tiene que ver el gran maestro con los mafiosos más peligrosos de Italia. —Camina de un lado para otro, delante del panel, nervioso. Más que un operativo parece un acertijo.

—El nombre está claro que lo utilizan en clave para referirse a la

última entrega. Ya sabemos todos que será una de las más considerables de los últimos años —añade Javier.

—También es significativa porque se reúnen tres clanes: Los Bianco, los Bellini y los Falcone. En la obra los apóstoles están repartidos en tres grupos, ya que el cuarto, donde está Judas, no forma parte de la triada, indicando con claridad una ruptura por su traición.

—Muy interesante, Raquel —expresa el jefe orgulloso porque poco a poco vamos encajando las piezas de este rompecabezas.

—En *La última cena* aparecen doce apóstoles más Jesús…

Reflexiono sobre lo que dice mi ex. Fijo la vista en el panel donde se encuentran las fotos de las personas investigadas y lo veo claro.

—Los mismos que estamos rastreando, jefe —digo impulsivo al haber encajado otra pieza del puzle. Gira la cabeza para observar el panel y se vuelve para mirarme extrañado.

—Hay once, que son los verdaderos líderes en el caso. El resto son solo sus secuaces.

—Te olvidas de que Fabrizio y Salvatore forman parte del círculo. Ahí tenemos a los trece. Casualidad o no, coincide. —Miro a Julia agradeciendo su comentario. La cara de Alessandro se suaviza y, aunque no hayamos averiguado el lugar todavía, no deja de ser una pista que pueda servirnos en un futuro.

—Pues sí. —Me observa sorprendido—. Lo conseguiremos, compañeros. Estad atentos a cualquier señal. Llamaré a Fabrizio a ver si se ha enterado de algo en las últimas horas. De momento, para ir avanzando, tú y Javier iréis al convento dominicano de Santa María de las Gracias. La auténtica obra se encuentra en el refectorio del mismo lugar. He hablado con las monjas. Ya están informadas de que iréis a hacer unas preguntas para la investigación, además, se han mostrado encantadas de colaborar con nosotros.

—¿Crees que la entrega podría hacerse en un convento? —pregunto desconcertado.

—No, sin embargo, en estos instantes, *amico*, todos son sospechosos hasta que no se demuestre lo contario. Vosotras os quedareis conmigo repasando el panel de investigación. En cuanto vengáis, quedamos todos en el Panino y compartimos lo que habéis averiguado.

—¿Otra vez en el Panino? —se queja Javier.

—Sí, ya sabéis que los bocadillos de mortadela son mi perdición.

—Pensaba que tu chica superaba las expectativas de un simple

bocadillo de mortadela. —Sé de sobra lo que disfruta, como buen italiano, con uno de esos.

—¡Que os den! ¡Largaos de una puñetera vez!

Mientras conduzco el coche para ir al convento, mi acompañante busca la ubicación del lugar en el móvil. Han dejado de caer copos, aun así, ha quedado una fina capa de nieve blanca que cubre la ciudad. Con esta bonita estampa no puedo evitar pensar en ella. Su tez blanca es la viva imagen de lo que estoy viendo ahora mismo. Mi fiel amigo se da cuenta de que ando perdido en mis pensamientos. No he abierto la boca en todo el camino y sabe que en ellos habita ella.

Me abronca por pensar demasiado. Volver al pasado no va a resolver nuestro presente, este que tenemos lleno de incertidumbre, pero que ni siquiera un futuro va a poder solucionar. Le explico lo sucedido en la academia con esos traviesos chiquillos. Se muestra divertido al contarle el bochornoso momento del beso que nos han hecho pasar, aunque a mí me ha parecido algo muy tierno. También le cuento la frustración que he sentido en cuanto he salido, después de recoger el informe a Cándida y ya no estaba. Su cara me lo dice todo, prefiere no hablar, sé de sobra su opinión.

A continuación cambio de tema, para ponerme de más mal humor todavía, pienso y le pregunto qué traman. Se hace el loco, quizás se creen que no me he dado cuenta de lo sucedido esta mañana, qué poco me conocen entonces. Lo miro de reojo y veo cómo tuerce el labio. Me tranquiliza asegurándome que mi integridad física está a salvo, yo le gruño enfadado. Se carcajea desmesurado, sabe que no me gustan las sorpresas y menos, ser yo el protagonista.

A pocos kilómetros llegamos al convento de Santa María de las Gracias. Aparco irritado por su mutismo y con mi mal humor vamos a la puerta principal donde nos esperan para interrogar a las monjas que habitan aquí. Hay un guía esperando delante del lugar, le informamos de nuestra presencia policial y enseguida nos indica otro sitio más discreto por el que acceder. Por la de delante entran los miles de turistas que vienen cada año para admirar la magnífica obra de Leonardo Da Vinci. Nos acercamos por donde nos ha indicado y toco con energía. Por la mirilla nos atiende una señora.

—¿Quién osa llamar a nuestros aposentos? —pregunta con unos ojos fruncidos por su avanzada edad y una voz algo agria.

Le pongo la placa en la cara y le informo de que somos policías. Oímos el chirriar de las bisagras al abrir la puerta, debe de tener

cientos de años. Ante nosotros aparece una monjita con su hábito puesto, es menuda, tiene la cara arrugada y su mirada desgastada por el paso de los años. Salta, desconfiada, de uno a otro.

—Somos agentes de policía. Estamos aquí para la investigación de un caso importante. Exigimos su colaboración. —Mi voz suena áspera, además, mi mal humor sigue sin disiparse. Javier me da un codazo en las costillas, pidiéndome que suavice mis modales. Al instante me quejo del golpe dejando entrever la funda de la pistola.

—Estoy informada de todo. Esta mañana me llamó el comisario. Una persona muy agradable, por cierto —recalca y arruga la frente en cuanto pone sus ojos en mí—. Estamos dispuestas a colaborar, pero con eso —indica con el tembleque de su mano mi costado— no pueden entrar. ¡Esas armas las carga el diablo! —se lamenta a la vez que se santigua continuamente.

—Me niego, señora. Es como si yo ahora le digo que se quite el hábito —contesto rudo.

El rubiales, resoplando, me aparta para que me ponga detrás de él. La cosa se está poniendo fea. A la monjita se le ilumina la cara en cuanto alguien, con menos oscuridad que yo, le habla de un modo más refinado y compasivo. Increíble, hasta con las viejecillas tiene ese magnetismo.

—Mi compañero está algo tenso. Perdónele, no ha tenido un buen día. Por favor, tiene que entender que no podemos dejar nuestra arma en cualquier lado. Imagínese que la coge alguien y, curioseando, dispara. Piense en la gravedad del asunto, que ocurra algo así en un convento tan respetado como el de ustedes —le habla con tanta delicadeza que me están dando ganas de darle una colleja.

—Está bien. Pueden pasar. ¿Cómo se llama, señor agente? —le pregunta al mismo tiempo que mueve las pocas pestañas que le quedan. Cierro los ojos, desconcertado, con la facilidad que ha tenido para convencer a la monja.

—Javier, señora —añade.

Ni se molesta en preguntarme el mío, aunque sí tiene palabras para mí, le coge del brazo a mi amigo y le susurra al oído:

—Con la fachada de su compañero y la poca educación que tiene parece que lo ha moldeado el mismísimo diablo. —Será posible la desfachatez de esta mujer. Lo peor es verlo girarse y burlarse a mi costa.

Nos adentramos por los oscuros pasillos del convento. La poca

iluminación que hay es de los candiles que alumbran en cada esquina. Caminamos lentamente observando el lugar, además de que el silencio resulta enigmático. La monjita nos conduce hasta el refectorio donde se encuentra la pintura de *La última cena*. Nos invita a sentarnos en uno de los muchos bancos que hay junto a largas mesas, accedemos. Poco después desaparece por una puerta y nos deja allí sentados con la boca abierta admirando, maravillados, la dimensión de la gran obra.

Oímos chirriar la puerta de lo que debe de ser la cocina. Salimos del estado contemplativo en el que aún nos encontramos y la vemos traer entre sus manos una bandeja con tres tazas y una tetera. Antes de acercarse a nosotros, Javier aprovecha para recriminarme la actitud, que me comporte y suavice el tono de voz. Le hago una peineta y con guasa le digo que para eso está él. Cuando va a defenderse, con cara de frustración por no poder devolvérmela, la monja deja encima de la mesa lo que nos ha preparado. Cómo no, se sienta al lado del rubiales.

—Les he traído una manzanilla, los noto muy estresados. —Tose y vuelve a mirarme otra vez con el ceño fruncido—. Las plantas medicinales las utilizamos para cualquier tipo de dolencia física o psíquica —dice a la vez que se levanta para servirme en la taza.

—Señora, le agradezco el detalle, pero… —Gruño por la patada que acaba de darme el muy cabrón bajo la mesa. Lo miro ceñudo para protestar por su arrebato, encima pasa su dedo pulgar por el cuello, joder, sabe que no me gustan las hierbas—. Esto…, es usted muy amable.

Me observa extrañada por el comentario, y el otro mira hacia un lado para no delatarse por su risa. A continuación sirve la taza de él y por último se sirve ella.

Tomamos la infusión hirviendo, muy a mi pesar, hasta creo que me va a salir una ampolla en la lengua de lo rápido que le he dado el trago, aún mosqueado, la monjita nos cuenta curiosidades de la obra. Activamos todos nuestros sentidos por si hay algún detalle que pueda servirnos para la investigación. Nos relata que Leonardo Da Vinci tardó tres años en pintar el mural. Nos asombramos por cómo la pintura ha sobrevivido desde 1498 hasta nuestros días. También llama la atención el momento que escogió el maestro para pintar su obra. Sobre todo, nos fijamos en cómo retrató a cada personaje, con el rostro confundido, en cuanto Jesús les desvela que uno de sus

apóstoles le traicionará. Con toda la información, gestionándola en mi mente, vuelvo a encajar otra pieza.

—Entonces, ¿la escena está representada en Pascua? —pregunto confirmando mis sospechas.

Mi compañero hace una mueca satisfecho. Puede que no tengamos el lugar, pero sí la fecha de la entrega.

—Así es, agente. Y Judas es el traidor, por si no lo sabían.

Poco sé de religión. En casa no hemos sido practicantes, excepto mi madre, que me obligó a hacer catequesis en contra de mi voluntad. Su nombre me suena de ahí y de las veces que le he dicho a mi amigo «Judas» por no contarme cosas de Lucía.

—Señora, ¿ha visto, oído, notado algo extraño últimamente por el convento?

—No. —Le hace ojitos—. Me encargo personalmente de que este convento funcione a la perfección. —Vuelve a santiguarse. Debe de tener el brazo muy ágil porque no para de hacerlo.

—¿Cree que puede haber alguien de aquí involucrado en algún negocio oscuro? —le pregunto sin contemplaciones.

Repite el gesto, me parece muy gracioso abrumarla de ese modo, solo que si me río puede que Javier vuelva a darme otra patada.

—¡Nooo! Somos una gran familia, todos nos conocemos y actuamos con transparencia —responde alterada.

—Está bien. Tenemos todo lo que necesitamos. Ha sido muy amable respondiéndonos a todas las preguntas. —Javier da por finalizado el interrogatorio.

La monjita lo mira agradecida. De todas formas, mi sexto sentido me dice que este no es lugar que andamos buscando.

—Una última pregunta: ¿hay algún otro cuadro que represente *La última cena* en Milán? —digo esperanzado.

—No, en forma de cuadro no hay ninguno.

Le agradezco la respuesta algo frustrado.

Nos levantamos para irnos de este misterioso lugar. Lo observo por última vez. Pienso en traer a Lucía a admirar la obra, seguro que le encanta. Antes de salir me fijo en un pequeño detalle del mural.

Caminamos hacia la salida de igual modo que hemos entrado, en el más absoluto silencio. Llegamos a la puerta de salida, mi amigo se despide, de nuevo agradeciéndole su colaboración. Ella, encantada, se ofrece a informarnos si ve algún movimiento extraño. Cuando se gira para despedirse de mí, me sorprenden sus palabras. Todos parecen

conocerme menos yo.

—Debajo de esa oscura fachada hay luz en tu interior. No seas tozudo y deja que te ayude a sanar tu alma —manifiesta convencida mientras cierra la puerta.

Sin palabras me ha dejado para responder, pero, sobre todo, para preguntar: «¿Quién?».

13
Marco

Conduzco pensativo de camino al centro de la ciudad. Javier llama a Alessandro para decirle que vamos hacia la bocatería. Ya es tarde y se presenta una noche fría de invierno. Ha sido un día intenso, lo que más me apetece es llegar a casa, poder darme una ducha y soñar con ella. Es el único modo de sentirla cerca.

Ya hemos quedado, así que, sin poder remediarlo aparco delante del bar. Ellos se encuentran dentro esperándonos. En cuanto entramos enseguida los vemos. Están sentados en la primera mesa. No me queda más remedio que acomodarme al lado de Julia. No es que me moleste, sin embargo, cuando nota mi presencia se acerca aún más a mi lado, manteniendo el contacto físico todo el rato. Eso mismo es lo que intento evitar, le dejé bien claro mis intenciones, todavía no se da por vencida.

Javier se sienta al lado de Alessandro y Raquel. El muy canalla, divertido, por lo sucedido en el convento, les cuenta, tronchándose, la bochornosa situación que hemos vivido con la monjita y el momento manzanilla. Saco la lengua quejándome e indicando la ampolla que me ha salido, y todos ríen. Mi ex me coge de la barbilla, hace que gire la cabeza y a escasos centímetros de mi cara la examina, además de aprovechar para mirar mi boca con deseo.

Solo son dos segundos los que tardo en apartar esa mirada de Julia de mi cara, suficientes para que una voz que resuena con fuerza en mi corazón vea el gesto no íntimo que acababa de producirse. El rubiales se levanta contento al verla, la abraza, y ella le corresponde con cariño. Saluda junto a Antonella y un chico al resto de la mesa. En cambio, conmigo ni siquiera cruza una mirada. No aparta la vista de la mano de mi ex, que tiene apoyada en mi hombro, ni yo, del tío que está a su lado agarrándola por la cintura. Antes de girarse para ir a su mesa, clava sus penetrantes ojos sobre mí a modo de saludo. La tensión es palpable.

Me remuevo incómodo en el asiento en cuanto se van. Me pone de los nervios comprobar que ese capullo no deja de sobarla, hasta me enderezo cuando le da un beso en el cuello, antes de sentarse en la mesa. Gruño enfurecido. Julia se muestra triunfal con su gesto, con su acompañante y con el humor de ambos. Sabe de sobras que le ha molestado y que el ambiente está crispado.

Me muero de ganas por saber quién cojones es ese tío. La incomodidad se hace en la mesa y los celos me torturan. Mi fiel amigo lo percibe y me guiña un ojo para que me relaje. Eso es difícil teniéndola a unas cuantas mesas de la nuestra, buscarla con la mirada y girarme la cara. Javier rompe el hielo contando todo lo que hemos averiguado y las conclusiones a las que hemos llegado con la explicación que nos ha dado la monja sobre la fascinante pintura. Me cede la palabra, sin embargo, prefiero que sea él el que siga con la explicación. No estoy de humor, él lo intuye y continúa.

El único momento en el que se me escapa la risa es cuando veo al italiano frente a mí degustar su bocadillo de mortadela. Me resulta muy gracioso cómo cierra los ojos con cada bocado, en ese instante, con una facción más suave, vuelvo a mirarla. Ella casualmente ríe con sus amigos, dejamos que nuestros ojos se encuentren con timidez, esta vez no me gira la cara.

Me retira de su vista al verse sorprendida por un abrazo del tío ese, que la recoge entre sus brazos para besarla en la mejilla durante varios segundos. Los he contado y todo. Si ahora mismo me encienden la mecha, la explosión alcanzaría parte de Europa. La amiga está atendiendo una llamada con su móvil, y ambos se enfrascan en una alegre conversación en la que no paran de tocarse. ¡¡¡*Cazzo*!!!

Ahora es ella la que me busca, mirándome de reojo, a la vez que se enrolla un mechón de pelo entre sus dedos, satisfecha por su venganza. Sabe que me está molestando lo que estoy viendo. Sin mediar palabra, tenemos un cruce de celos que puede acabar mal si no lo aclaramos. Ella ha presenciado algo que no es lo que parece, sin embargo, el afecto que le muestra ese pringado es más que evidente.

Se acerca a su oído para susurrarle algo, se levanta y se dirige al baño, a continuación lo hago yo. Mi instinto primitivo se activa y voy tras ella para demostrarle que soy el único hombre que con solo rozarla puedo hacerla estallar de placer. Mi fiel amigo, que no ha perdido detalle de nuestra conversación a distancia, niega con la cabeza: El «ya te lo advertí» se hace presente. Cierro los ojos

suplicándole que me perdone, no puedo evitarlo, es superior a mí. Tengo que aclarar esta escabrosa situación, si no, acabaré por salir ardiendo.

Advierto cómo está apoyada en la pared del pasillo esperando su turno. Es estrecho y bastante oscuro, además de estar algo apartado del comedor. Sus párpados cerrados, y el movimiento constante de su mano pasear por el cuello, me indica que intenta relajarse de su evidente tensión.

Me acerco hasta ella, no abre los ojos, sabe que soy yo el que acaricia con la punta de la nariz el hueco de su cuello. Suspira. Aspiro el aroma a vainilla que tan buenos recuerdos me aporta y huelo su excitación. Aprieta sus muslos en cuanto apoyo mi brazo en la pared y aferro mi cuerpo ardiente contra el suyo.

—¿Cuándo vas a dejar que te demuestre que eres lo más importante para mí? —susurro a su oído con voz ronca. Abre los ojos para mirarme fijamente.

—¿Así me lo demuestras? Con tu ex a punto de comerte la boca —responde con sarcasmo.

—¿Acaso estás celosa? —Tuerzo el labio.

—¿Y tú? —Un sonido gutural sale por mi garganta.

—Mucho. No soporto ver cómo ese gilipollas te toca, te besa… Joder, me pongo enfermo. Siempre vas a ser tú, pequeña. —Rozo con deseo sus labios con mi dedo—. Que te quede claro. —Mi voz suena ruda.

Necesito que entienda que por Julia ni por ninguna otra mujer he experimentado el amor tan especial que siento por ella.

Sus ojos brillan con una intensidad que consigue deslumbrar mis pupilas dilatadas. Le aguanto la mirada porque sé que es ella la que va a sacarme de esa oscuridad. Mi boca está a un milímetro de la suya, su pecho sube y baja agitado de modo que nuestras respiraciones acaban acompasándose. Acaricio con delicadeza su vientre desnudo y con apremio entrelaza su mano con la mía. La oprime para que note el fervor que desprende esa parte de su cuerpo que anhela que toque. Me incita a adentrarme en su calidez abriendo las piernas con descaro. Cómo me apasiona el modo que tiene de provocarme solo con un gesto. ¡Joder, cómo la deseo!

Introduzco con sutileza la mano por dentro del pantalón, aparto la tira de su braguita, hasta rozar con suavidad su clítoris. Noto la humedad que se prepara para recibirme. Es insoportable, debo

controlarme y no sé cómo hacerlo. Quería hablar primero conmigo. Esto no es lo que ella pretendía, bueno, ahora mismo sí, solo hay que ver cómo cierra los ojos, rendida, y se estremece con cada caricia. Ya no lucha con sus sentimientos, solo pide a gritos que la toque, que penetre mis dedos en su sexo mojado.

Me declaro cómplice de algo que desea sin dudarlo, también culpable de que luego pueda arrepentirse. El «te lo advertí» aparece en mi mente. El que juega con fuego se quema, sin embargo, ya es demasiado tarde. Estamos ardiendo juntos y el placer que siento haciéndola gozar es insuperable. Muevo mis dedos con deleite, disfrutando de sus gemidos, a la vez que murmura que vaya más rápido. Su respiración agitada, la tortura de ver cómo se muerde el labio y un estremecimiento me indican que ha llegado al orgasmo.

Mi atrevimiento me puede salir caro, de todas maneras, el placer que he sentido junto a ella hará que piense que valió la pena. Mi mano se niega a salir de su pantalón. Mi cuerpo sigue aferrado al suyo porque no quiere volver a pasar ni un minuto más de su física vida sin ella y mi alma llora porque aún no se ha pronunciado. En cualquier instante puede volver a huir como ha hecho hasta ahora. Nos miramos para acabar de respirar juntos el cálido encuentro. Pongo la frente sobre la suya y le recuerdo que, pase lo que pase, la amo.

Lo que daría por devorar sus carnosos labios, aunque creo que lo más correcto es irme. Ese beso solo nos haría más daño y en estos momentos la calentura que tengo puede resultar escandalosa entre la clientela de la bocatería. Nos hemos dejado llevar, conscientes de esa tensión que existe entre nosotros. Lucía necesita una conversación que yo considero innecesaria porque mi amor por ella es más que palabras. La respeto y confío en que el destino vuelva a juntar nuestras almas.

Sus ojos brillantes me indican que es hora de marcharme. Deseo que me pida que me quede, en cambio, solo me acaricia la mejilla y poco después se adentra en el baño. El mismo que minutos antes estaba ocupado. Caminar solo por el pasillo se me hace eterno. Incluso llego a girarme varias veces con la esperanza de que venga detrás, nada. Necesito salir de aquí, ya.

Pongo el dinero encima de la mesa, recojo mi cazadora del asiento y me despido de ellos. Todos me miran extrañados por mi actitud y la ausencia de hace unos minutos. Mi fiel amigo arruga la frente en cuanto ve mis ojos más negros de lo normal. Lo que no sabe es que la oscuridad es debida a la cercanía de su cuerpo. Tenerla entre los

brazos, no poder poseerla en este instante es una tortura. Necesito una ducha bien fría, porque su dulce olor en mis dedos y el recuerdo del suave gemido me están quemando por dentro.

14
Lucía

Me refresco el cuello dentro del baño y con la cara aún humedecida delante del espejo lo maldigo, maldigo su mano, la voz ronca con la que me susurra bonitas palabras al oído, el aroma de su perfume y las pintas de vikingo que se ha dejado. Me es imposible mantener una conversación seria con él. Sé que me ama con sinceridad, que todo tiene una explicación, pero no quiero seguir como hasta ahora. Así no. El problema es que en cuanto lo tengo cerca mi cuerpo florece, estalla la primavera y ya no puedo evitar dejarme llevar.

Intento recomponerme, me arreglo la ropa, me retiro el pelo de la cara y advierto a mis mejillas, antes de salir, que vuelvan a su estado natural. Va a ser difícil, se me pasa por la cabeza que, mientras estábamos enzarzados en nuestro escandaloso encuentro, había alguien en el baño. Solo espero que esa persona disimule ante mi presencia de lo que pueda haber visto. Además, ¿a ver qué le cuento yo ahora a Luigi?

Vuelvo a la mesa con una sonrisa nerviosa, les pido disculpas por mi tardanza antes de sentarme. Como buen radar que tengo incorporado en el cuerpo, noto que él ya no está aquí y mi acompañante me lo confirma. Entretanto, Antonella sigue hablando por teléfono.

—Cariño, si las miradas matasen, yo ya estaría muerto y sepultado —murmura abanicándose con la mano.

Luigi es un morenazo, de ojos verdes, metro noventa y megacariñoso. Ha participado en la semana de la moda de Milán y desfilado con grandes modistos. Entre ellos Dolce & Gabbana, aunque su verdadera pasión es el arte. Vamos juntos a la academia. Hemos estrechado bastante nuestra amistad estas últimas semanas, al percatarse, preocupado, de cómo la alegría que irradiaba cada día en clase se ha apagado desde que lo he dejado con Marco. Es un amor, además de tener un gran corazón. Una de las mañanas que acabamos

antes un examen me acompañó a la cafetería y me preguntó por las ojeras que ensombrecían mis ojos. Al segundo se me humedecieron, me abrazó y me animó a que llorara hasta quedarme seca. Conoce toda mi historia con él.

Nada más entrar en el bar, mi amigo ha notado cómo me he tensado. Ya sabía que estaba dentro. Lo que no esperaba era encontrarme a su ex, que, por cierto, en cuanto me ha visto le ha cogido de la barbilla para que la mirase. Claro que me ha envenenado verlos así, pero el modo de actuar de ella, con tanta malicia, no me ha pasado desapercibido. De todas maneras, me da que la sorpresa no ha sido verme a mí, sino encontrarse con el guapísimo chico que me agarraba por la cintura.

El muy travieso ha bajado la mano hasta mi cadera cuando nos dirigíamos a la mesa y me ha susurrado al oído que iba a ser un poco canalla. He aceptado el juego, he sido mala y no me arrepiento, ya que lo ha hecho reaccionar. Quiero ver si es verdad que está dispuesto a cambiar, ya no solo por mí, sino por él mismo.

—Eres muy exagerado —le digo entre risas.

—Ese Machito…

Le corto:

—¡Tú también! Dejad de llamarlo así. —Resoplo irritada.

—Me ha fulminado, cariño. Por cierto, ¿habéis podido hablar? —Avergonzada, me tapo la cara, con una sonora carcajada me las retira para que confiese mi pecado. Mis mofletes acaban de delatarme: menos hablar hemos hecho de todo.

En ese instante, Antonella, con cara de preocupación, ajena a todo lo que ha sucedido entre nosotros, deja a un lado el móvil, suspirando. Ha estado hablando con sus padres. Los echa mucho de menos, siempre recalca lo buenos que son con ella. En cambio, a su hermano Mario no lo soporta, por todo el daño que está causando a la familia con sus negocios sucios. Nunca ha acabado de explicarme a qué se refiere con eso, tampoco le he preguntado, no sé si quiero saberlo, creo que no es nada bueno. Pude deducirlo por el lujo y derroche que había por todas partes en la fiesta de disfraces que se celebró en su casa. Está fracturando la unión familiar, y eso le preocupa.

—Estoy bien, mis padres también, así que dejemos de hablar de él porque me pone muy nerviosa. —Se sacude. A continuación, más alegre, comentan lo que han venido a organizar—. Luigi, como presidente de la asociación Arcigay Milano tienes que ponerte las

pilas. ¿Cómo ha ido la reunión en el ayuntamiento? El día veintiocho de junio se aproxima y tenemos que alcanzar las más de cien mil personas que acudieron el año pasado.

La admiro por la forma que tiene de implicarse con cualquier causa, sea hombre, mujer, animales, medio ambiente… En la universidad es la encargada de dirigir cualquier evento o manifiesto junto a Luigi. Son los primeros en luchar contra la discriminación y promover la igualdad entre personas. Ambos tienen un corazón enorme y, sin dudarlo, he aceptado venir a cenar con ellos para apoyar y dar ideas. Es una pena que en esas fechas esté en Barcelona. Me hubiese encantado estar en primera fila para apoyar a LGBT.

—La manifestación y las diferentes actividades de ese día las he acordado, junto al alcalde, a partir de las cuatro de la tarde. Contamos con su patrocinio y me ha prometido, muy entusiasmado, estar en primera fila. Un cotilleo, queridas… —Baja la voz—. Me da que su mujer no le calienta el lecho últimamente, eso de un clavo saca a otro clavo no es correcto. Yo diría más bien un rabo… —Doy un salto para taparle la boca, muerta de risa y abochornada por su descaro. La sonora carcajada de los tres resuena por todo el comedor. Después de reír sin vergüenza, prosigue—: Solo nos falta un pequeño detalle, no menos importante.

—La pancarta. Luigi, ¿se lo dices tú? —Los dos me observan con una sonrisa de oreja a oreja.

—Querida, sabemos que tu sensibilidad irradiará, con tus palabras, toda esa luz que transmites a todas esas personas que aún sufren y, confundidas, se avergüenzan de su situación, así que… eres la encargada de poner nombre a la marcha.

Los miro asombrada, recapitulando lo que han dicho, una y otra vez. Pasados varios segundos, un cosquilleo me recorre todo el cuerpo, se pronuncia en mi nariz y a partir de ahí mis ojos se inundan de lágrimas, emocionada por lo que acaban de mencionar. Después de lo de Marco y esto el corazón se me ablanda. Pienso que la vida es maravillosa y no debe cultivarse el odio ni el rencor. La frase de la pancarta me aparece de repente.

—¿Qué os parece? —digo llorando y feliz a la vez—: «Todos somos maravillosos tal y como somos». —Sus abrazos me confirman que así es y que es perfecta.

Acabamos de matizar los detalles de ese gran día. Aun sabiendo que no podré estar junto a ellos, me hacen partícipe de cualquier

actividad, aportando ideas o colaborando hasta que me vaya a Barcelona. De vez en cuando, de reojo, para no encontrarme con los ojos acusatorios de su ex, miro a Javi. Capta mi incertidumbre y con un guiño me saluda al ver que elevo los hombros para preguntar por su ausencia. Parece desconocer los motivos que lo han llevado a irse de ese modo. El chico rebelde es así, sin más desaparece sin decir nada a nadie. De todos modos, sé que su ego varonil se ha visto dañado y su yo primitivo le ha hecho actuar de ese modo.

Me declaro culpable por no cumplir el decreto que me había impuesto. He provocado esta locura de la cual no me arrepiento. Solo espero que él no tenga remordimientos de la situación tan morbosa que acabamos de vivir, fui dura en nuestra conversación telefónica y soy la primera en no cumplir con el acuerdo.

Quedan muchas actividades por organizar, no obstante, es tarde y mañana hay clase. Nos levantamos para pagar en la barra. Javi enseguida se percata y se acerca a nuestra mesa para despedirse. Lo abrazo buscando el apoyo fraternal que nunca tuve y me achucha fuerte. Su gesto me reconforta. Le presento al guapísimo modelo y me sonríe con picardía.

—Sois como niños pequeños. Me da que esta noche nada es lo que parece. —Hago una mueca—. No tardaré en irme yo tampoco, tengo ganas de ver cómo está la fiera.

Me besa en la mejilla y, cuando vuelve a su asiento, advierto que Alessandro y Raquel se despiden con la mano, sin embargo, la refinada y delicada Julia no es capaz ni de gesticular para decir adiós. Ni falta que hace. Qué razón tiene Marco cuando dice que no nos parecemos en nada, no tiene ni educación.

***

Han pasado varios días y no sé nada de él. Está haciendo justo lo que le dije, que no me llame ni me hable ni me toque… y, la verdad, no sé si es lo que quiero. De camino a la academia, junto a mis amigas, me entretengo embobada observando los grandes corazones rojos que decoran todos los escaparates del centro comercial.

San Valentín nunca lo consideré un día especial, siempre he pensado que el amor debe celebrarse cada segundo de tu experiencia humana. Ese sentimiento que hace que sientas la llama más viva que nunca, que te entregues en canal por lo que más deseas, es la conexión

más placentera que puede existir entre dos personas, que te inspira, aunque… también te hace sufrir.

Romeo y Julieta eran adoración en estado puro. Se entregaron en cuerpo y alma por el vínculo que existía entre ellos. Mucha pasión, sí, y ¿lo que llegaron a sufrir? ¿Valió la pena? Suspiro.

Estoy sufriendo, mucho y, aun así, daría marcha atrás para volver a experimentar los momentos vividos con Marco. Lo nuestro es un barco a la deriva en mitad del océano, sin saber si llegará a buen puerto. De todos modos, no puedo ignorar lo que resurge en mis entrañas cuando lo tengo cerca: fuegos artificiales, mariposas en el estómago, un volcán en erupción, una explosión estelar…, son algunos de los ejemplos que pueden materializar lo que siento por él. Me da igual que le persigan las sombras, que mire sus ojos y vea al mismísimo diablo en persona.

Este día insignificante ahora es un día especial. Es su cumpleaños y no tengo ni puñetera idea de qué hacer. ¿Llamarlo? ¿Enviarle un mensaje? ¿Quedar con él? ¿Comprarle un regalo? Resoplo.

—Baja de las nubes, que no llegamos —se queja Lara a unos pasos por delante de mí.

—¿Qué te ocurre? Llevas días algo distanciada, demasiado movimiento en esa cabezota. —Mi otra mitad me da un pequeño toque para que lo que sea que me atormente se acabe marchando.

—Mañana… es su cumpleaños y… no sé qué hacer… —dudo. La uña que me quedaba por morder acaba por desaparecer.

—¿En serio? ¿En San Valentín? —Me mira incrédula—. Vaya con el Machito, que día más romántico para cumplir años.

—Es Marco. ¡Dejad de llamarlo así! —Acelero el paso, enfurruñada, y con los nervios a flor de piel.

—Vale, vale, espera. Perdona, llevas días muy seria, apenas sonríes y ya no aguantas ni una broma.

—Lo siento, tienes razón… —respondo apesadumbrada.

—Llámalo, queda con él y echa el polvo de tu vida. ¡A tomar por saco con todo! —grita eufórica sorprendiéndome con su consejo.

—¿Qué hablas tú de echar un polvo? —pregunta Lara, que en ese momento frena en seco por la euforia de Elena en mitad de la calle.

—Mírala. ¿Qué ha cambiado en su cara?

—Sus ojos brillan, se le han sonrojado las mejillas y ya no tiene la arruguita que llevaba días aposentada en su entrecejo. —Me toco justo donde indica Lara, mis mofletes arden, y mis ojos echan chispas porque al hablar de él todo en mí se ilumina.

Dentro de la academia me sobresalto a la que suena el timbre en clase. Aprovecho la hora del descanso para ir a ver a Cándida. Se encuentra en su mesa, enfrascada con unos papeles. En cuanto me ve, se levanta y sus brazos me aportan sosiego.

—*Bella*, estás muy pálida. ¿Estás bien? —pregunta tocándome la sien con su cálida mano.

—Sí. Solo es agotamiento, estoy muy volcada en la carrera, apenas duermo y… —Bajo la mirada.

—Las cosas entre tú y Marco siguen igual, ¿verdad? —habla con ternura.

—Lo vi hace unos días, pero… no he vuelto a saber nada más de él. Mañana es su cumpleaños y… no sé qué hacer —explico buscando consuelo.

—Una de las cosas que debes saber sobre Marco es que, después de las Navidades, lo que menos le gusta es celebrar su cumpleaños. No es un buen día para él, no obstante, estoy segura y confío en que tú podrás hacer que este día sea especial para él.

Me despido más animada y agradecida, se me acaba de ocurrir algo. Planeando mi idea, la mañana se me hace más amena y, en cuanto acaban las clases, le comento a mis amigas que no me esperen para comer, se quejan por ello. Las tranquilizo diciéndoles que luego iré a merendar a la cafetería donde trabaja Daniela.

Camino con rapidez, antes de que oscurezca, hasta llegar a Los Giardini di Villa Reale. Voy al templo donde Cupido nos advirtió de que podía ser doloroso. Tomamos al dios del amor por loco y, a pesar de su advertencia, seguimos con nuestra locura. Este romántico lugar es de gran inspiración para mí y para cualquiera que pasee por estos senderos rodeados de vegetación. Cruzo el pequeño puente que hay por encima del estanque por donde nadan los patos, incluso veo a lo lejos algún elegante cisne.

Me siento en uno de los escalones del templo. Saco los lápices del estuche y dejo volar mi imaginación. Esta vez decido dedicarle unas bonitas palabras que Julieta le dice a Romeo en su loco intento por estar juntos.

> ¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa, aún con cualquier otro nombre, mantendría el perfume; igual que Romeo. Aunque Romeo nunca se llamase, conservaría la misma perfección que tiene sin ese título…

Recojo todo lo que he esparcido por las escaleras. Ilusionada e impaciente de que le guste el detalle, decido llevárselo ahora. Quiero que a partir de hoy, como en Navidades, recuerde el día de su cumpleaños de un modo distinto.

Delante de la entrada del bloque de pisos, aprieto el timbre. No contesta nadie. La puerta se encuentra abierta. «Mal fario —presiento —. No tiene por qué volver a pasar lo mismo», me animo a mí misma. Subo las escaleras, algo insegura. Antes de tocar le pido al universo que me eche un cable. No puede ser, otra vez Julia. Abre con una toalla envuelta en el cuerpo y otra en la cabeza. Arde Troya dentro de mí, la rabia me consume al pensar en cómo debe pavonearse delante de él con esa minúscula toalla.

—Fíjate, qué casualidad. Volvemos a encontrarnos —dice con una sonrisa fingida—. ¿A qué se debe esta agradable visita? —Se mira de arriba abajo—. Tranquila, Marco no está. —Por sus palabras, y lo expresiva que estoy siendo en estos momentos, sabe que el vaho que sale de mi piel es de la quema que se está produciendo en mi interior. No pienso darle el regalo a ella, así que decido dar media vuelta y largarme de ahí. Justo cuando voy a hacerlo, aparece Raquel por la puerta. ¿Mi salvadora o villana?

—Hola, Lucía, está trabajando. Volverá tarde. —Su tono de voz es suave y cordial. Su actitud me sorprende. Cuando le pedí ayuda al universo para nada me imaginé esta situación. Caprichoso destino—. ¿Quieres que le diga o le dé algo? —Baja la vista al pergamino que tengo en la mano.

—¿Le puedes dar esto, por favor? —Aparta a Julia para cogerlo, que no ha dejado de escrutarme en toda la conversación.

—Sí, por supuesto. —Alzo la mano, dudosa de que no sea una artimaña de la pelirroja. Ella se percata de mi tensión—. Tranquila, se lo daré en cuanto llegue. —Se lo agradezco, y la ex desaparece de mi vista, caminando con superioridad, de un modo camaleónico hacia el interior. En el tiempo que me giro para irme, me coge por la muñeca —. Espera. Mañana le hacemos una fiesta sorpresa por su cumpleaños. Llevamos días organizándolo. Hoy hemos acabado de concretar el lugar. Estoy segura de que le haría mucha ilusión verte allí.

—No sé si es buena idea, aun así, gracias por pensar en mí. Es

extraña esta situación contigo —le confieso—. No voy a culparte de la ruptura con él, pero en cierto modo tus crueles consejos hicieron mella en mí. Estoy atónita con tu comportamiento. Unas semanas atrás me odiabas y hoy no consigo descifrar tu actitud. ¿Qué pretendes? —pronuncio muy seria.

—Yo… no… —balbucea.

¿Es posible que vea arrepentimiento en su mirada? De todos modos no me amedranto y dejo las cosas claras.

—Ya has conseguido lo que querías. Si tú y ella os aliáis para hacernos más daño, ten en cuenta que lo que más quiero ya lo he perdido, así que ya no temo llevarme lo que haga falta por delante. —La oscuridad de mis ojos creo que llega a provocarle cierta inquietud.

—Eso no va a ocurrir. Yo no pretendía… —Se hace el silencio.

—Adiós.

Bajo las escaleras erguida, más segura de mí misma, también satisfecha de haber dejado las cosas claras. En su día me hicieron daño, no voy a volver a darles el gusto de que interfieran en una relación que sigue sin estar definida. Si lo nuestro no funciona, que no sea por ellas. Igualmente sigo sorprendida por su actitud y la invitación para que asista a su cumpleaños.

15
Lucía

Antes de ir a mi apartamento decido pasar por la cafetería. Caminando reflexiono sobre la conversación de hace unos minutos. Espero que le dé el mensaje a Julia, ya que ella no ha estado presente en mi amenaza. La dulce Lucía está preparada para pasar al ataque si hace falta.

En cuanto entro todos mis sentidos se activan, el olor del horno me invade, incluso oigo rugir las tripas y mi boca se hace agua. Miro por todas partes para ver si está la agradable camarera. No consigo localizarla. Me siento en una de las mesas libres que hay al lado de la ventana, entonces se acerca su jefe para atenderme. No sé cómo lo soporta. Es un hombre desabrido, todavía más con ella. Le acabo pidiendo lo de siempre.

Aprieto con las palmas de mis manos la taza bien caliente, doy un sorbo al café con leche y, cuando alzo la vista, aparece Daniela por casualidad. Se acerca con una gran sonrisa hasta mi mesa.

—¿Qué haces aquí tan sola? ¿No te acompaña nadie?

—No, he preferido estar sola. Hoy no soy una buena compañía. —Me tapo la cara, frustrada.

—Perdona, entonces me voy.

—¡No! Quédate, por favor. Me irá bien hablar con alguien que no sea de mi entorno —digo algo aturdida.

—Tengo el día libre. Si te apetece podemos charlar un rato. —Se sienta frente a mí. Le pide un chocolate caliente a su jefe, el muy desagradable no es capaz de mediar ni media palabra con ella.

—No sé cómo lo soportas. —Resoplo molesta por cómo la trata.

—La situación familiar económicamente no es favorable. Vivo aquí, en Milán, con mi madre y mis dos hermanos más pequeños que yo. Desde que se separaron mis padres no ha levantado cabeza. Soy yo la que se encarga de ellos y de los gastos de la casa. No me queda otra opción.

—Vaya —añado apenada—. ¿Dónde está tu padre?

—Vive en Barcelona. Estoy ahorrando dinero para poder ir con mis hermanos a vivir con él. Lo está deseando, aunque también está pasando por un mal momento económico y no puede ayudarnos. —La escucho empatizando con su difícil situación—. Mi madre está con un hombre que nos trata muy mal, al igual que ella. Nos culpa de su separación, aparte de ser un estorbo en casa.

—No puedo creer lo que me estás contando. ¿Os responsabiliza de una ruptura que concierne a dos adultos? —comento indignada.

—Desde que está con este impresentable sus reproches son continuos. En cuanto tenga los ahorros nos iremos con mi padre. Lo echamos mucho de menos, al igual que él a nosotros. ¿Sabes? —Se le ilumina la cara—. Quiero estudiar allí. Me gustaría ser policía.

—Estoy segura de que lo vas a lograr —la motivo para que no abandone su propósito.

—El día que nos vayamos, mi madre volverá a ser feliz, si algún día lo fue, y nosotros, al fin, también. —Le aprieto con cariño las manos dándole esperanzas—. Dejemos de hablar de mí. Cuéntame qué es lo que te preocupa y no intentes disimular porque la alegría que desprendes siempre que vienes la tienes encubierta. —Finjo una sonrisa porque ni con ella deja de ser evidente mi malestar.

—Ojalá hubiese venido Javier para que os conocierais más. He visto cómo lo miras con disimulo. —Le guiño un ojo. Noto que se sonroja y sonríe con timidez.

—¡No te hagas la loca! —contraataca avergonzada—. Suelta lo que te preocupa. Puedes confiar en mí.

—Estoy locamente enamorada de Marco —confieso así, sin más.

Le cuento quién es, todo lo que siento por él, también le hablo de la conexión que tenemos tan especial. Recalco con un guiño la estrecha relación de amistad que tiene con Javi. El dolor de cabeza que me produce su compañera de piso y ahora su ex. Y, con resentimiento, enumero las mentiras que según él me oculta para protegerme. He vomitado literalmente toda la tensión que tengo por dentro.

—Debe de ser importante para que te oculte parte de su vida. Cuando habéis venido he visto cómo te miraba con adoración. Está loco por ti, te lo aseguro. —Me sonrojo.

—Intuyo que es policía secreta —murmuro—. Está metido en algo gordo, lo sé. —Me tapo la cara por delatar su identidad—. Necesitaba hablar con alguien de esto, por favor, no digas nada.

—Tranquila. Te lo prometo.

Me hace mucha gracia cómo entrelaza el dedo meñique con el mío, a continuación, aprieta mis manos para darme su muestra de confianza.

—No he hablado de esto con nadie para protegerlo. Me pidió tiempo, sin embargo, este parece ser mi mayor enemigo. Cuanto más claro tengo mis sentimientos por él, mayores desgracias nos ocurren —le digo desconsolada—. Lo que siento es tan intenso que, a veces, duele muchísimo. He intentado olvidarlo, pero…

—No puedes. —Asiento.

Sonríe con ternura, y me viene a la mente Cándida, ya que pone la misma expresión de saber de sobra qué se cuece en mi interior. Va a ponerle palabras a todo lo que siento:

—Sois «llamas gemelas». —La miro sorprendida.

Conozco qué son las almas gemelas, pero esto no.

Me relata que su amiga Zaphira le habló de esta increíble conexión con una experiencia similar en unos conocidos:

Me cuenta que las «llamas gemelas» se atraen como un imán. Es un flechazo que en el momento del reconocimiento una inigualable sensación conmueve a ambos. En mi mente aparece el día que nos vimos por primera vez. Existe una atracción intensa y única entre esas dos personas. El reencuentro es algo especial, divino y mágico. Es como volver a casa. Me conmueve cuando relata que un trocito de tu alma le pertenece y viceversa.

—Suelen encontrarse cuando ha habido un largo proceso de intenso dolor.

—Es hermoso, pero dudo de que yo sea lo que me has descrito. Mi vida ha sido plena, alegre y llena de cariño.

—¡Lucía! —Se altera—. La otra llama aparece para ayudarlo a liberar las barreras que no lo dejan avanzar. Os habéis encontrado justo cuando más os necesitáis. Solo espero que vuestros peores momentos hayan sido estos que me has explicado.

—Sin palabras he quedado. Es increíble esa conexión, no obstante, ¿a qué precio avanzará nuestra relación?

—Eso tendrás que averiguarlo tú si sigues adelante. —Se crean unos segundos de silencio para respirar este tenso momento.

—Gracias —añado susurrando—. Al menos he conseguido sacar la pesadumbre que me acompañaba desde hace días. Por cierto, ¿algún chico que te haya pellizcado el alma? —Ríe a carcajadas y con

disimulo coge el móvil. Es su hermano, la reclama para acompañarlo al fútbol.

A la hora de despedirnos, nos abrazamos y le agradezco la encantadora tarde que he pasado a su lado. Intercambiamos nuestros números de teléfono y quedamos en volver a vernos otro día.

Salgo de la cafetería, y camino disfrutando del paseo hasta llegar al apartamento. Subo por las escaleras lentamente, reflexionando sobre la conversación de minutos antes. En cuanto abro la puerta, sorprendida, encuentro a Lara venir enseguida hacia mí. La encuentro alterada intentando decirme algo. Elena, espachurrada en el sofá, ríe porque ya conoce el bochorno de ella.

—¡A ver cómo te lo digo! —Pone los brazos en jarra.

—¡Canta! Y deja de moverte de un lado a otro.

—Alessandro me ha dicho que mañana celebran el cumpleaños del Machito. Quiere que lo acompañe, también que vengáis vosotras. —Me coge de los hombros—. Si no te apetece no pasa nada. Eres libre de escoger si quieres estar allí. Piénsalo, porque, si vamos, ¡podremos arrancarle los ojos entre las tres a esas lagartas! Les tengo unas ganas… ¿Qué dices? —No puedo evitar desternillarme junto a Elena.

—Tú acompaña a tu galán y, sobre todo, pásatelo bien. —Aprieto su mano para reconfortarla—. No sé si es buena idea que esté en esa fiesta. De todos modos, estoy agotada para decidir qué hacer, así que me voy a la cama y lo consultaré con la almohada, ¿vale?

Les guiño un ojo para que no se preocupen, estaré bien o eso creo, aun así, las animo a que vayan ellas. Mi otra mitad no quiere ir sin mí, Lara niega con la cabeza confirmando su no asistencia si yo no voy.

—Somos Las tres Marías, o todas o ninguna, además, si me presento allí, no tendré quién me detenga cuando empiece a tirarle de los pelos a esas brujas.

La regaño por sus impulsos, no vale la pena, aunque me emociona cómo me defiende. Yo haría lo mismo por ellas.

—Alessandro desea que vayas con él. No seas tonta.

—A él lo conozco desde hace unos meses, tú eres mi mejor amiga, sé por lo que estás pasando, aunque no nos lo digas, puedo intuir que mañana será un día duro para ti. Eres todo amor, Lucía, mañana es tu día, mañana es su día…

Los ojos se me humedecen, es muy emotivo lo que acaba de decirme. Tiene razón, ¿para qué nos vamos a engañar?, será un día duro. Después de un gran abrazo colectivo, y agradecerles que hayan

aparecido en mi vida, les doy las buenas noches antes de ir a mi habitación. Cojo con anhelo su camiseta para dormir y me la vuelvo a poner. No lo había hecho aún desde que vine de Barcelona. Hablar con Daniela ha sido liberador, también ha hecho que mi vena sensible aflore. Con ella ya puesta me acuesto en la cama, acabo de formar una acogedora cueva con el edredón cuando suena el móvil.

—¿Cómo estás, cielo?

—Bien, Javi. He estado hoy en vuestro piso.

—Sí, me lo ha dicho Raquel. Acabamos de llegar de trabajar y te llamo para decirte que…

—Mañana le hacéis una sorpresa a Marco. —Hoy se han puesto todos de acuerdo para que sí o sí vaya al evento—. No sé si es buena idea —suspiro.

—Tienes que venir, por favor. Te aseguro que vas a ser su única alegría en esa fiesta. Odia celebrarlo —me pide suplicando, también me cuenta lo que le han preparado a lo largo del día.

—¿Por qué le hacéis esa putada? —bromeo.

—Es un gran tipo y compañero. Queremos agradecérselo, sobre todo, que vea que no está solo. —Un nudo se forma en mi garganta—. Este año va a ser especial, además, no lo verá de ese modo si estás tú.

—Suena a chantaje. —Se ríe—. De todos modos… —Silencio—. Ya no estamos juntos.

—Sigues siendo su amiga y la mía, ¿no? —dice convencido.

—Sí. Lo pensaré.

Con pesadumbre me despido. Dejo el móvil en la mesita para después estirarme de golpe en la cama, confundida, acabo cubriendo todo el cuerpo hasta la cabeza con el nórdico. Estoy hecha un lío porque me encantaría estar a su lado, pero ya nada es lo mismo, su ex y Raquel estarán allí. El último día que estuvimos juntos se fue aturdido, además, no hemos vuelto a hablar desde entonces. Suena el teléfono de nuevo. Me gustaría estamparlo contra la pared, quiero dormirme ya y dejar de pensar en todo lo que me angustia. No obstante, me sorprendo cuando aprecio que el que llama es el anfitrión de la fiesta. Me destapo enseguida y me siento en la cama abanicándome con la mano por el subidón de su llamada.

—Hola —susurra con ese tono de voz que me vuelve loca.

—Hola.

—Gracias por el regalo que me has hecho, es precioso… —Silencio —. Como tú. —Aprieto el estómago con el brazo que tengo libre por el

vuelco que acaba de darme—. Quiero disculparme por lo que pasó la otra noche. —«No lo hagas», pienso—. Sé que no quieres que me acerque a ti, lo siento, no puedo evitarlo, es superior a mí. Verte con otro tío, joder. —Puedo oír cómo resopla.

—Yo… no lo siento —acabo confesándole a la vez que me muerdo el labio.

—¿No? —pregunta más animado—. Mañana es mi cumpleaños. Mi único deseo es pasarlo contigo. Podríamos quedar para hablar —recalca la última palabra.

¿Cómo lo hago para decirle que no puedo y que no se sienta rechazado? Sus amigos le han organizado una sorpresa.

—Esto… —tartamudeo—. No puedo. He quedado. —Son las primeras palabras que se me ocurren.

Cierro los ojos, presiento que no le ha sentado bien y así es.

—¡Joder, Lucía! ¿Cuándo vas a perdonarme? ¡Te lo advertí! Te dije que no iba a ser fácil, nunca te mentí.

—Lo siento. —Prefiero ser cauta con mis palabras. No puedo estropear lo que le han preparado, sin embargo, cada vez está más alterado.

—¿Tanto rencor me guardas? No ha pasado nada con mi ex. ¿Cuándo vas a creerme? Quiero explicártelo todo de una jodida vez, y no me lo estás poniendo nada fácil. —Levanta la voz, cabreado. Me siento fatal, pero no puedo decirle la verdad.

—No es eso, Marco, yo…

—¡Vale, lo pillo! Primero me calientas y luego te vas. Es para lo único que me quieres, ¿verdad? —Su lado oscuro aparece para darme un mazazo. La respiración se le acelera.

—Eso ha sido muy cruel —contesto decepcionada, también lo más suave que puedo para no enzarzarnos en una batalla—. Creo que es mejor que cuelgue. No quiero discutir contigo. —Al notar mi voz apagada, reacciona.

—Pequeña… ¡Joder! No quería decir eso. La situación me supera. Perdóname, estoy cansado de estar así, te necesito. —Suena acongojado. Sus disculpas llegan tarde, ya estoy dolida.

—Tú te lo has buscado por tu falta de sinceridad. Ya hablaremos cuando estés más tranquilo. Disfruta de tu día.

—¡Espera, no cuelgues, por favor!

Lo hago. Pese al dolor que me han provocado sus crueles palabras, no puedo evitar sentirme mal por no haberle dicho que me hubiese

encantado pasar el día de su cumpleaños junto a él.

16
Marco

—¡Lucía! —Soy un capullo. Ha colgado y con razón.

El humor no me acompaña desde que lo dejamos. Para colmo, se junta San Valentín y el día de mi cumpleaños. Dichoso el momento que decidieron mis padres procrear. Salgo de mi cuarto, malhumorado, para ir a fumar a la terraza. El ambiente está tranquilo, ya que todos están en sus respectivas habitaciones. Lo agradezco porque no me apetece hablar con nadie. Después de apagar el cigarro voy a la cocina para prepararme una copa. Necesito que el alcohol pase por mi garganta para deshacer el nudo que me oprime. Me siento en el sofá, mientras contemplo el licor con hielo, escucho cómo se abre la puerta de la habitación de las chicas.

—¿Puedo acompañarte? —pregunta Julia vestida con el camisón y una bata de seda blanca, entreabierta, por encima.

—Eres libre de hacer lo que quieras. Estás en tu casa. —Se sirve otra copa y se sienta a mi lado.

—Mañana es tu cumpleaños —Asiento—. ¿Te acuerdas cuando nos fuimos un día como hoy a París? Fue un fin de semana muy romántico.

—Sí, me acuerdo. Ver la ciudad desde lo más alto de la Torre Eiffel fue espectacular. —Rellena mi vaso con la botella de *whisky* y hace lo mismo con el suyo.

—Después de probar las crepes de jamón dulce y queso de todas las creperías del centro, me suplicaste que aprendiera a hacerlos para desayunar y así recordarte cada día el maravilloso fin de semana que pasamos juntos. —Se remueve para ir acercándose cada vez más a mí.

—Estaban deliciosos, aunque los primeros días me engañabas poniéndolos por la otra cara para que no viese que se te habían quemado.

Nos desternillamos recordando el momento y compartimos las anécdotas de aquel viaje. Aprecio cómo el alcohol le empieza a hacer

efecto, acalorada se abre aún más la bata, dejando el escote al descubierto. Yo estoy acostumbrado a beber y no me afecta tanto, sin embargo, ella, por el modo de comportarse y de reírse, hace rato que va algo achispada. El acercamiento cada vez es más próximo, observo cómo de un modo sugerente se sube el bajo del camisón con los dedos disimuladamente. Es guapísima, tiene un atractivo espectacular, cualquier hombre desearía poseerla en estos momentos.

Quiere servirse otra copa, esta vez no la dejo, ya que mañana tendrá una resaca impresionante. En el intento de quitarle la botella tontea conmigo y se pone a horcajadas sobre mí. Me coge de la cara con sus manos y con su boca intenta abrir mis labios. Frustrada, acaba dándome un sonoro beso porque no consigue que le corresponda. Se aparta para ver mi reacción, mi respuesta es quedarme frío sin decir palabra. No quiero herirla, no obstante, cuando lo intenta de nuevo ya la freno. Su facción cambia por otra más dolida.

—Creo que te dejé bien claro lo que siento por ella.

—He padecido contigo en cada uno de los momentos cruciales de tu vida. Vine a Milán para cuidar de ti, como he hecho siempre. Aunque no estuviésemos juntos he estado a tu lado —comenta resentida. El alcohol que corre por sus venas empieza a pasarle factura con el rechazo.

—Y te lo agradezco, pero asume que lo nuestro acabó —expreso lo más delicado que puedo.

—No he dejado de quererte. Me amaste una vez, haré que vuelvas a hacerlo. —Me agarra de la nuca, exaltada.

—Borracho, enfadado, jodido… Siempre será ella. —Le retiro con sutileza las manos de mi cuello.

Escuchamos cómo Javier abre la puerta. Seguro que ha oído la voz alterada de mi ex. En cuanto la ve, con los hombros desnudos y en la misma posición, me mira serio reprendiendo lo que sea que está sucediendo. Nada. Arquea una ceja y, sin decir palabra, se dirige al baño.

Por un segundo vuelve a mirarme, por si he cambiado de opinión. Ofendida, se aparta de mis piernas y coge la botella, el vaso de encima de la mesa y erguida se va hacia su habitación.

¡Hoy es un día cojonudo! Estoy consiguiendo que todas la mujeres de mi alrededor me odien. Salgo de nuevo a la terraza para fumarme otro cigarro. Miro al cielo pensando, asombrado, en cómo mi cuerpo rechaza otro que no sea el de ella. De pronto, percibo a mi fiel amigo

detrás de mí:

—El que juega con fuego se quema —habla con tono áspero.

Cuando me giro para defenderme va camino de su habitación sin ni siquiera mirarme.

—No es lo que parece —suelto convencido.

Creo que es mejor que me vaya a la cama. Después de ver cómo me están yendo las conversaciones, no insisto, hablaré con él mañana.

Estoy profundamente dormido, aunque empiezo a notar cómo varias manos me zarandean. Entreabro los ojos, apenas se ve luz desde mi ventana, aún no ha amanecido y tengo a mis amigos sacándome de la cama.

—Despierta, dormilón. Nos vamos de cumpleaños —dice el rubiales animado.

—Dejadme en paz. ¡Iros a la mierda! —los recrimino, saben de sobra que no me gustan las celebraciones. Me ignoran e insisten en que me levante de una puñetera vez—. Son las seis de la mañana, quiero dormir más. —Bostezo.

—El madrugón va a valer la pena. Te lo aseguro, pero tenemos que irnos ya. Puedes seguir durmiendo en mi flamante coche —contesta Alessandro recochineándose. Sabe cómo me gusta oír el rugido de su Maserati.

Mientras me visto refunfuñando, se burlan de mi cara hinchada y el cabello alborotado que llevo recién levantado. Me peino con las manos hacia atrás y lo único que me dejan es ir al baño para lavarme la cara.

Salimos del piso, bajando por las escaleras intento quitarle las llaves al italiano para que me deje su coche. Ni de coña me permite conducirlo. Insisto en que me digan a dónde vamos, lo único que me responden es que me acomode y que aproveche para ir engrasando la máquina. El destino está a tres horas aproximadamente, así que acomodo la cabeza en el respaldo del asiento delantero y cierro los ojos intentando averiguar dónde me llevan estos canallas.

En el tiempo que abro los ojos, dejo de oír el alucinante sonido del motor del auto. En menos de tres horas nos hemos plantado en Florencia. Estamos en el Circuito de Mugello. No doy crédito a lo que veo desde el cristal y mi sonrisa se ensancha hasta el punto de salirse de la cara. ¡Son increíbles! Me han regalado unas tandas libres con una pedazo Ducati para correr a toda velocidad, como si fuese un auténtico piloto de Moto GP.

Salgo del coche, eufórico para abrazarlos, agradeciéndoles el regalo. A veces, cuando los fantasmas aparecen, se me olvida que tengo a las mejores personas del mundo a mi lado. Cómo saben lo que voy a disfrutar subido en ella, sin límites. Nos adentramos en el recinto, una vez en el interior, nos atiende un señor muy amable y me indica dónde ir a cambiarme para vestirme con la equipación adecuada. Me informa de que cuando esté listo me espera en la parrilla de salida donde la moto estará preparada.

Una sensación de plenitud me invade: la chispa de la vida. Por un tiempo disfruto del presente. La cara de fascinación que tengo cuando me ven equipado, ir hacia la parrilla de salida, a punto de ponerme el casco para subir a la Ducati, les llena de orgullo al verme tan ilusionado. Levanto el dedo pulgar y caliento el motor para decirles que estoy preparado. Cuando me dan la salida aprieto el gas a fondo y salgo derrapando con un subidón colosal. Noto el mismo efecto que cuando la vi por primera vez en la discoteca Angelo, el mismo que cuando estoy con esa pecosa que me vuelve loco. Mi adrenalina se dispara, dejo que sea ella la que ponga los límites. Yo no pienso hacerlo.

Doy varias vueltas a una velocidad vertiginosa sintiéndome libre y fuerte, así que me olvido de mis fantasmas para afrontar cualquier situación que se me presente. Asumo el control porque, después de sentir el afecto de mis amigos, me motivo para seguir luchando por todo lo que deseo. Ella es mi mejor carrera y pienso ganarla.

En el viaje de vuelta se burlan de la cara que he puesto cuando he abierto los ojos, después de ir todo el viaje dormido, y he visto el lugar. Como siempre, me acusan de ser un temerario. En varias ocasiones han llegado a cerrar los ojos, asustados, al verme pasar a gran velocidad por delante de la parrilla. Qué poco me conocen. No pueden llegar a imaginar con la seguridad que la conducía.

Alessandro, con sorna, me recuerda que con esas pintas de leñador me hubiese quedado mejor una Harley Davidson. Le comento que la chaqueta de cuero ya la tengo, sin embargo, paso de paseos. Lo mío es conducir al límite.

Ya es de noche cuando llegamos al piso. El italiano se despide de nosotros hasta mañana y se va dándole gas, el muy canalla, al Maserati. No puedo dejar de agradecerle a mi fiel amigo, mientras subimos por la escalera, la experiencia. Lo pillo por el cuello y, a base de suaves puñetazos, lo acuso de lo bien que tenía guardada la

sorpresa. Al entrar por la puerta, muertos de risa, advierto que está todo en el más absoluto silencio. Extrañado de que no estén por aquí las compañeras, me dirijo a la habitación para ponerme cómodo, sin embargo, Javi me grita dándome instrucciones.

—Tienes media hora para ducharte y arreglarte —dice desde la cocina.

—¡No, tío! ¡Estoy muerto! Paso de salir. —El cuerpo empieza a aflojar después del subidón.

—Vamos a tomar unas cervezas, va… —implora—. Como en los viejos tiempos. Aprovechamos que las chicas se han ido, así lo celebramos a lo grande, juntos. —Se desternilla recordando las borracheras que nos pillábamos, brindando por mi mierda de día.

—Pero solos tú y yo, ¡¿eh?!

No soporto ser el centro de atención, las celebraciones con tanta gente me abruman. Y él lo sabe. Convencido con el plan, me dirijo a la ducha. Bajo el agua reflexiono, creo que eso es mejor que quedarme en casa pensando en ella. Ni me ha llamado ni un mensaje, y todo por ser un bocazas.

17
Marco

—¡¡¡Sorpresa!!! —Se enciende la luz. Deslumbrado por el foco, solo escucho voces de mis amigos, compañeros, camareros, incluso del guitarrista que habla por el micro que está subido en el pequeño escenario del bar musical, entusiasmados.

En cuanto salgo de mi ensoñación, quiero matar a Javi y al italiano cuando los veo sonreír con picardía junto a Lara. Pero… me friego los ojos, más que matarlos quiero abrazarlos en cuanto veo a la chica más preciosa del universo frente a mí con las manos juntas en su pecho para que la perdone por las mentiras piadosas de ayer. Bajo los párpados, abochornado, menos mal que enseguida se da cuenta de mi arrepentimiento. Soy yo el que debería disculparme. Ahora entiendo que no quisiera quedar conmigo.

Javier me palmea el hombro, trae en su mano una cerveza para ofrecérmela, menos guapo le digo de todo, por supuesto. Uno a uno se aproximan para felicitarme. Cándida, la mujer a la que adoro con pasión, es la primera en abrazarme con cariño, su calidez me conmueve. Raquel, divertida, se atreve a bromear de lo raro que es que no los hubiese pillado con lo buen espía que soy. Las amigas de Lucía, con cierto desdén, se aproximan, rodeándome, haciendo que me sienta amenazado.

—Como vuelvas a hacerle daño a mi amiga te voy a pillar por los huevos, los voy a estrujar tanto que ni si siquiera te van a quedar fuerzas para gritar. —El tono de Elena es áspero—. ¡Felicidades, guapetón!

De repente, me da dos besos con una facción más alegre, en cambio, yo me quedo paralizado sin saber bien qué decir. A continuación, se acerca la chica del jefe con una sonrisa forzada a mi oído.

—Yo no voy a ser tan permisiva, ¡simplemente te los voy a arrancar de cuajo, Machito! —Estupefacto, no entiendo a qué viene que me

llame así.

Me felicita con el mismo *modus operandi* que la rubia. Alessandro, que se percata de la escena, levanta los hombros, algo aturdido por la manera que tienen de intimidarme.

Descolocado por lo vivido minutos antes, sin perder de vista a la pecosa, que habla con Cándida, van pasando todos los compañeros de comisaría para abrazarme y brindar por mi día. Mi ex se acerca de un modo posesivo, me coge por los hombros, sugerente, para rozar con delicadeza sus labios en mi mejilla y me susurra al oído: «Felicidades», acariciándome el cuello con sus dedos durante unos segundos. Es consciente de que la tiene detrás, la está provocando. Lucía aparta la vista y el momento se hace incómodo. Le agradezco su felicitación y le devuelvo el beso, poco después se gira, erguida, para mirarla con frialdad, ella también le corresponde con la misma mirada. Al fin llega nuestro acercamiento. Mi gran consejera me guiña un ojo y se va para dejarnos intimidad.

No puedo evitar ser descarado, la contemplo fascinado de arriba abajo. Está *bellissima* con un ajustado vestido rojo corto. Lleva el pelo suelto peinado con ondas desechas, como a mí me gusta, salvaje. La muy perspicaz sabe que con esa vestimenta solo voy a tener ojos para ella, también sabe cómo ponerme a mil solo con su presencia. Nuestras pupilas se agrandan y la tensión se dispara cuando se acerca para darme dos besos. Lo disfruto, aspiro su dulce aroma y rememoro el instante en que me dejó impregnado su olor a vainilla aquella noche en el bar. Ella, al igual que yo, ha notado el chispazo, ya que puedo ver sus mejillas sonrosadas cuando se aparta de mi cara.

—Estás preciosa —añado con voz ronca mientras jugueteo con el arito de su nariz.

—Gracias —susurra con esa inocencia que me pone tonto, a la vez que se muerde el labio inferior. Un sonido áspero sale de mi garganta —. ¿Qué te han dicho mis amigas? —pregunta con sorna.

—Pues…, que se alegran de verme. —Carraspeo y me rasco la nuca —. Siento muchísimo lo que te dije, para nada sentía mis palabras. Estaba frustrado, cabreado, no fue mi mejor día, y tú no tenías la culpa. —Me retiro el pelo de la frente, algo nervioso.

—Tranquilo, he sido cómplice de lo que te han preparado, no podía decirte nada. Hubiese sido magnifico pasar el día contigo, aunque seguro que has disfrutado de tu gran carrera. Ya me ha dicho Javi que no se explica cómo aún estás vivo.

—¡Ha sido alucinante! Ojalá hubieses estado allí para demostrarte que no debes tenerme miedo cuando vas subida en la moto conmigo —le digo entusiasmado.

—¡Lo dudo! Ojos que no ven corazón que no siente. —Se ríe. En cuanto ve que un compañero espera para felicitarme, se aparta. Me atrevo a rozar su mano.

—Estoy por aquí. —Se aleja, mirándome con un brillo en los ojos. Antes de atenderlo no puedo evitar suspirar por ella.

—¡Fabrizio! Me alegro de que estés aquí, *collega*. —Le doy un apretón agradeciendo su presencia.

—¡Cómo me iba a perder el peor día de tu vida, *amico*! —Nos desternillamos—. Estaré poco rato, ya que he dejado a Salvatore al mando. La situación está tranquila, he podido escaparme para tomar unas cervezas contigo. —Orgulloso de nuestra amistad, palmea mi espalda con la fuerza que lo caracteriza.

—Te agradezco que hayas venido, tío. ¿Se sabe algo de Lucca Bianco? Es como si hubiese desaparecido del mapa. Paso horas en la oficina intentando averiguar algo de él, pero nada. No tengo miedo por mí, pero a ella… —Gruño—. No quiero que vuelva a tocarla. —Aprieto el puño, encendido.

—Estoy en ello, camarada. No te preocupes, tarde o temprano saldrá. Últimamente están muy callados, como se acerca la hora de la entrega están nerviosos y sospechan que alguien los está traicionando. Incluso desconfían entre ellos mismos —murmura cerca de mí—. Voy a comentarle cuatro cosas al jefe, en breve me tendré que ir, de todas formas, cualquier cosa yo te aviso. Mientras tanto, disfruta de tu día y, sobre todo, de tu chica, que es muy *bella*.

Hago una mueca. No me apetece decirle que ya no lo es. Mantengo la esperanza de que vuelva a serlo. Se va, al segundo la busco, a ver dónde está la que me engatusa con esos bonitos ojos azul cielo.

En cuanto doy un paso para ir tras ella, alguien lo interrumpe para felicitarme. Nos buscamos continuamente. Aprecia mi frustración y, divertida, me corresponde con una mueca en cuanto alguien aparece y ve cómo me toco el pelo, desesperado. Me es difícil llegar hasta donde está y solo puedo disfrutar de su tímida mirada.

Mientras afirmo a todo lo que me dice Alessandro, me encanta ver cómo gesticula con sus amigas y mira de reojo con disimulo hacia mí. Sabe que lo estoy haciendo por cómo la observo con intensidad, con deseo, con pasión…

—Entonces, ¿dices que me vendes tu Yamaha? —me repite la pregunta.

—¡No! ¡Qué dices! —reacciono sorprendido. Mi moto no está en venta.

—Me estás diciendo a todo que sí. Deja de mirarla embobado y ve a por ella, Machito. —Se troncha en mi cara.

—¡Vete a la mierda, tío! ¿Qué os ha dado por llamarme así? Sus amigas me odian, han llegado a amenazarme y todo. —Se oprime el estómago muerto de risa. A mí no me parece divertido, solo de pensarlo me retuerzo de dolor.

—El *microbino mio* tiene mucho carácter. —Se refiere a su chica.

Vaya piropos más extraños que tienen por costumbre aquí. Sigue con la guasa, a la vez que va en busca de dos cervezas a la barra.

Espero a que regrese con la bebida y yo me paro a contemplar el bar musical. El lugar es muy yo. El ambiente no es nada ostentoso, además de estar lleno de gente que transmite buen rollo, con ganas de divertirse y escuchar buena música. Saben que me conformo con poco; cuanto más cutre, mejor. En las paredes cuelgan un montón de cuadros con símbolos y fotos de bandas *rockeras*. Alrededor de la tarima, donde se encuentra subido el cantante de avanzada edad con un sombrero vaquero, hay mesas y sillas de madera. Al fondo hay un billar donde veo a mi ex y a Raquel jugar con varios agentes italianos. El olor a rancio y a cerveza hace que me sienta a gusto y empiece a ser yo mismo.

Me trae la cerveza, pero vuelve a irse, uno de los compañeros lo reclama. Lucía sigue hablando con sus amigas y capto que, al igual que yo, tiene ganas de un acercamiento. Parece que lo va a hacer, hasta que Cándida se cruza en su camino. No las interrumpo, ya que disfrutan animadas de su conversación, me colma de satisfacción ver lo bien que se llevan ambas.

Recorro el garito con la cerveza en la mano y acabo embelesado mirando cómo toca la guitarra el *cowboy*. Me guiña un ojo y alza la suya para felicitarme. Le correspondo sonriente. Contemplar cómo mueve con los dedos las cuerdas hace que recuerde lo bien que me sentía cuando la tocaba. Hecho un chaval convencí a mis padres para que me apuntaran a clases de guitarra, en aquellos tiempos hacerlo calmaba mi hiperactividad. Ellos accedieron enseguida, muy sorprendidos.

He ido dejando de hacer todo lo que me motivaba para torturarme

y culparme por lo sucedido. Esto debe cambiar. Quiero recuperar mi esencia, y ella está haciendo que vuelva a ser aquel crío lleno de alegría con ganas de vivir la vida, con sus locuras. Escucho atento el sonido enriquecedor cuando noto cómo alguien me aprieta el hombro.

—¿Todo bien, amigo? Te veo muy pensativo —me dice Javi observando al vaquero. Él conoce bien mi afición y sabe que en estos momentos acabo de irme al pasado.

—No he estado mejor, hermano. —Regreso con una gran curvatura en los labios.

—Conozco esa sonrisa. ¿Qué pretendes? —Se cruza de brazos, suspicaz.

—Quiero que me hagas un favor.

—¡Me das miedo! Tú dirás.

—Ponte al lado de Lucía. No te separes de ella en todo momento. Va a querer matarme, aun así, quiero hacerlo.

Me remango la camisa tejana y sacudo el cuerpo dando pequeños saltos como si fuese a subir a un ring de boxeo.

—¿Qué vas a hacer, loco? —Me zarandea por los hombros.

—Eso, tío. ¡¡¡Una locura!!!

Voy hacia el escenario, decidido, doy un salto para llegar hasta el guitarrista enrollado. Le comento algo al oído, sin rechistar accede divertido. Se saca la guitarra por la cabeza y me la presta para que me la cuelgue por la espalda. Con ella entre mis manos vuelvo a sentir el subidón de esta mañana.

Doy golpecitos al micrófono para llamar la atención de todos, pero, sobre todo, de la preciosa chica que me está mirando con los ojos como platos mientras habla con Javier en la barra. Se tapa la boca con la mano y, asombrada, comparte risas con mi amigo al ver dónde me encuentro subido. Julia se ha puesto delante de ellos, también conoce mi afición y sorprendida, como todos los del lugar, me observa alucinada por mi intervención.

—Quiero agradeceros que estéis esta noche aquí celebrando mi cumpleaños conmigo, cosa que odio, ya lo sabéis. —Se oyen risas por todo el bar—. No soy fácil, ya conocéis bien mi carácter fuerte y rebelde, sin embargo, quiero que sepáis que tenéis un amigo para lo que os haga falta. —Se me quiebra algo la voz. El vaquero fricciona mi espalda con la mano para darme apoyo.

Todos levantan sus bebidas para brindar por mí, animados, esperan a ver con qué les sorprendo. Me observan entusiasmados, pero los

únicos ojos que me importan son esos en los que veo el cielo reflejado en ellos.

18
Lucía

El vello se me pone de punta cuando lo oigo cantar por primera vez. Su voz se hace más grave y no puedo evitar sentir un hormigueo por todo el cuerpo. Es increíble la pasión que pone tocando la guitarra y mientras lo hace, sin apartar la mirada de mis asombrados ojos, el cantante que ahora lo acompaña en el coro le coloca el gorro de vaquero, divertido. Javier ríe satisfecho, noto cómo coge mi mano y la aprieta con fuerza. Es extraño su gesto, pero en estos momentos llenos de emoción su contacto calma el revoltijo de mariposas que me azotan en el estómago.

Su ex se ha puesto delante de mí en cuanto él ha subido al escenario. Su melena dorada bien peinada, el traje de chaqueta Uterqüe que lleva puesto y el olor a Coco Chanel hacen que me sienta muy diferente y menos sofisticada. En absoluto quiero ser como ella, prefiero mis Converse blancas que los tacones de aguja que lleva puestos, entonces pienso: «¿Que habrá visto él en mí si no tenemos nada en común?». En varias ocasiones se gira porque Marco no deja de mirar hacia donde estamos nosotros. Clava su rencor en mí, arrugando la nariz, en cambio, yo no me achanto y le devuelvo la mirada con la misma rabia.

El bar entero está conmovido escuchándolo. Es catorce de febrero y su cumpleaños, no puedo negar que es puro amor. Pienso en lo maravillosos que debieron de ser sus padres, también en lo mucho que se amaron para concebir a alguien así.

Enseguida he reconocido el tema. Su excitante voz canta un clásico de los noventa del grupo Extreme, *More Than Words*. Pese a mis veintipocos años, siempre me han gustado las baladas de *rock*. Los gritos roncos y apasionados de los cantantes me parecen emocionantes cómo vibran porque transmiten más de lo que dice la canción. Su letra es un claro mensaje subliminal para mí. Me lo ha recordado en nuestras últimas conversaciones fallidas:

Decir te amo
no son las palabras que quiero oír de ti.
No es que yo quiera que no lo digas,
pero si solo supieras
cuán fácil sería mostrarme lo que sientes.
Más que palabras
es todo lo que tienes que hacer para hacerlo real.
Entonces no tendrías que decir que me amas
porque yo ya lo sabría.

Le hago una mueca socarrona al darme cuenta de su recado, él lo pilla enseguida porque me guiña un ojo.

Está guapísimo con ese aire rebelde a la vez que toca. El pelo más crecido, junto a la barba espesa, hace que parezca más maduro y varonil. Su musculatura está más fortalecida, se define en esa camisa vaquera sexi que se ha puesto hoy. Se me seca la boca, comienzo a notar cómo me arden las mejillas con todas las sensaciones excitantes que se están produciendo en mi interior.

Subidos los dos en el escenario, cantando, no son conscientes del momento tan mágico que nos están haciendo vivir, pero con su ex delante este instante hace que el ego me martirice haciendo creer que esa mirada tan especial cargada de amor no es para mí.

En todo el rato he estado al lado de Javi, que está sospechosamente muy pendiente de cada reacción que tengo, de cada movimiento. Es como si me estuviese escrutando esperando a que me manifieste en cualquier momento. Entretanto, me agarro fuerte a su brazo, coloco la cabeza en su hombro, para oír, embelesada, los últimos acordes de su penetrante voz. Con curiosidad le pregunto:

—¿Desde cuándo toca la guitarra?

—Desde su juventud. ¡Lo ha vuelto a hacer! Eso es un gran avance para él, cielo —responde eufórico.

—¿Por qué dejó de hacerlo? —añado apenada.

—Hay tantas cosas de él que no sabes. Hay una gran persona debajo de esas pintas de leñador que se ha dejado. —Ríe.

—Y no lo pongo en duda, pero le sigue costando confiar en la gente.

—Tú estás haciendo que cambie. Solo hay que ver lo que has conseguido esta noche.

—¿Yo? —Con las manos me señalo el pecho sin saber bien a qué se refiere.

Finaliza la balada, todo el mundo aplaude, efusivo, silbando y coreando su nombre por toda la sala. Feliz y lleno de orgullo, agradece el afecto. Me parece muy tierno ver cómo se quita el sombrero, le devuelve la guitarra al cantante para después fusionarse con él en un abrazo. El hombre, divertido, le comenta algo al oído, observo cómo se ríen los dos y la complicidad que han creado con solo una canción. Se acerca al micro para pronunciarse. El vaquero le da palmadas en la espalda para animarlo a hacer algo que me produce intriga. Le pregunto a mi amigo qué traman, con inocencia, su respuesta consta en taparse la cara con las manos, y yo me quedo paralizada cuando escucho su voz. Me giro, lentamente, para mirar de nuevo al escenario, sus ojos brillan con intensidad hacia nosotros, además, me percato de cómo Julia se adelanta abrazándose a sí misma.

—¡¡¡Cásate conmigo!!! —grita Marco convencido de sus palabras.

Sacudo la cabeza porque no sé si he oído bien. Mi soporte, al que en cualquier momento voy a arrancarle el brazo, me da un suave codazo para que reaccione.

—¡¡¡Lucía!!! ¿Te quieres casar conmigo? —Mi cuerpo, loco de contento, convulsiona para ir tras él, en cambio, mi mente está completamente bloqueada.

Un emotivo «¡Oooooh!» se oye por todo el bar, aparte de tener todos los ojos fijos en mí. Busco a mis amigas intentando averiguar si lo he oído bien, están igual de sorprendidas que yo. Aunque así ha sido porque la cara de odio que tiene en estos momentos la bruja de su ex, que está frente a mí, me confirma su pregunta.

—Se ha vuelto loco —murmuro a un divertido Javier que no para de reír.

—Sí ¡Loco por ti! —Ahora entiendo el escudriñamiento al que estaba sometida por su parte. Él sabía que no tramaba nada bueno—. Está esperando a que le contestes, cielo.

Vuelvo a mirarlo, está esperando una respuesta con el micro en la mano, advierto cómo se mueve inquieto y se toca el pelo muy seguido. Con su locura acaba de derribar los pocos cimientos que me quedaban. Asimismo, mi mente se está reseteando buscando respuesta a una pregunta que para nada se esperaba.

Ser madre es una de mis prioridades. Pero ¿casarme? El matrimonio me parece algo demasiado rebuscado como hacer un contrato y crear un frío vínculo legal ante la ley. El amor es más que

un papel firmado a boli. Es un sello grabado a fuego en el alma de una especial unión que se consolida con el paso de los años. Yo prefiero que el universo sea testigo y juez de ese enlace. Siempre me he imaginado una ceremonia sencilla tipo *handfasting* en mitad de la nada, de noche y admirando las estrellas. Este ritual es una bonita costumbre celta en la que el símbolo del infinito se forma con la unión de las manos. Una alianza sin papeles vacíos de por medio. Solos él y yo mirándonos a los ojos, y que sean estos los que decidan durante cuánto tiempo va a durar nuestro amor. Si el infinito de nuestro gesto perdura en el tiempo que así sea.

Marco da un salto para bajar del escenario, la sala permanece en el más absoluto silencio. Viene preocupado porque advierte la palidez de mi cara. Ladea a su ex porque no lo deja pasar para llegar a mí, creo que se ha quedado igual de paralizada que yo.

—Lucía —susurra arrugando la frente y frotándose las manos, conteniéndose para no tocarme.

—Te has vuelto loco. Apenas nos conocemos y no sé casi nada de ti —le digo sorprendida—. ¿Cómo sabes que soy esa mujer que va a estar a tu lado el resto de tu vida?

—Lo sé… Lo siento aquí dentro, en lo más profundo de mi corazón. —Aporrea con delicadeza su pecho.

Ante él, en silencio, reflexiono durante unos segundos y me compadezco porque ni siquiera conoce mis inquietudes ante la vida. Mi pecho sube y baja con rapidez, con urgencia, necesito respirar lo que acaba de suceder. Deshago los brazos de mi amigo, que me sostiene con cariño cuando ha notado cómo me estremecía y salgo aturdida por la puerta de entrada, entre el murmullo de la gente. Una vez en la calle agradezco el aire fresco, a la vez que una corriente chispeante me recorre el brazo.

—¡Espera, preciosa! No te vayas, por favor. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Su mano sigue en contacto con mi piel.

—No me puedo creer lo que acabas de pedirme. ¡¿Has perdido la cabeza?! —Me suelto de su gesto y hundo las manos entre el cabello para darme algo de sosiego.

—Nunca he estado tan seguro de algo. No vuelvas a dejarme, pequeña. Dime que no me amas y me iré. No volveré a acercarme a ti, pero no podemos evitar la conexión que nos une. Lo especial que es nuestro amor. La vibración que concibe mi cuerpo solo con tu presencia. ¿Tú no la sientes? Dime. —Claro que lo siento, pero el nudo

que tengo en la garganta no me deja que conteste—. Aún perdura el dolor que percibo dentro de mí cuando tu alma se alejó de la mía.

Angustiado, a un paso de mí, espera una respuesta. El frío y el silencio resultan cortantes en ese pequeño espacio que nos separa el uno del otro. ¿Cómo voy a pedirle que no se acerque a mí cuando mi cuerpo lo aclama descontroladamente? Cuando mi corazón late acelerado solo con una caricia suya y mi alma lo anhela cuando se aleja unos instantes. Así es mi amor por él: *Más que palabras*.

19
Lucía

Me adelanto tímidamente hacia él, ahora no quiero hablar de casarme ni de su ex ni mantener una conversación seria de lo que somos, ahora solo lo quiero a él. Doy otro paso, uno más y no habrá marcha atrás. Me abalanzo sobre él, subo a horcajadas en su tembloroso cuerpo y acaba cogiéndome con torpeza porque dudaba de mi reacción. El vestido corto y estrecho tampoco ayuda. Echo la cabeza hacia atrás para reír de felicidad, siento que fluyo de nuevo y, con mi locura, da vueltas conmigo a cuestas agarrándome firme por las nalgas. De repente, frena en seco para mirarme con intensidad, entonces dirijo mi lujuriosa mirada a su boca, resbalo hasta tener sus labios ante mí y los devoro después de tantas semanas sin hacerlo. Le hago saber lo mucho que lo deseo. Él, con un alto voltaje de calentura, adelanta su pelvis para frotarse con mi palpitante sexo. La ferocidad de nuestras lenguas hace que la libido se desate sin ver el momento de frenar el torbellino de sensaciones que se está produciendo entre nosotros.

Pedimos tiempo para poder respirar, entretanto nos miramos con travesura. Nuestras almas anhelan volver a rozarse, por eso lo necesito dentro ya. Al no poder evitar disimular nuestra fogosidad, en mitad de la calle, me lleva en volandas hasta el portal de un bloque de pisos cerca del bar musical para arrinconarme en la pared, a oscuras, y recorrer con sus manos cada una de las partes de mi cuerpo vibrando por él. Mucho se está conteniendo, porque lo oigo gruñir constantemente. Y yo…, yo siento que mi cuerpo es una olla a presión. No aguanto más.

—¡Te necesito dentro! Apagar esto que me quema por dentro. —Hace una mueca el muy canalla—. Estás muy seductor con tu cambio de imagen —digo con la respiración entrecortada, a la vez que le remuevo el pelo más crecido.

—Sé que te ponen las pintas que me he dejado. ¡Lo sabía, pequeña! Soy Kratos, ¿recuerdas? —pregunta dándome pequeños bocados por la

barbilla.

—¡Cómo iba a olvidarlo, espartano! —Lo agarro de la espalda para notar su fuerte musculatura.

—¿Qué pasa con nuestra conversación pendiente? —añade apurado sin poder parar de mordisquear el cuello.

—¿En serio me estás preguntando eso ahora? —Le apretujo de las mejillas para que me mire—. ¿Tú crees que estoy yo ahora para entablar un razonamiento serio? —Nos carcajeamos.

—Y… —duda. Su mirada se ensombrece poco después—, quieres sexo, pero ¿qué pasa con todo el amor que siento por dentro?

—Lo reservas para luego —suspiro, desesperada, al no dejar de hacerme preguntas—. Quiero más, Marco —le exijo, hundiendo los dedos entre su cabello. Adelanto mi cadera para aclamar su miembro endurecido.

—Joder, pequeña —gruñe—. No podemos hacerlo en un portal, enseguida vuelvo con las llaves del coche, que las tiene Javi.

Se despide con un suave beso en los labios y va corriendo al interior del bar. Me bajo el vestido que llevaba subido hasta la cintura, noto cómo se enfría el cuerpo, el muy puñetero ya lo reclama y hace un segundo que acaba de irse.

Sentada en el escalón del portal, reflexiono sobre lo que acaba de ocurrir, me cobijo entre las piernas apoyando la cabeza en mis rodillas y no puedo más que sentirme pletórica. Rozo los labios con la yema de mis dedos para volver a rememorar su aliento en ellos. Tendremos esa conversación, hablaremos con tranquilidad, sé que todo tiene una respuesta lógica. Lo de esta noche es una prueba de amor por todo lo alto, pero ¿hasta el punto de casarnos? Ha perdido la cabeza. ¡Madre mía! ¿Qué le digo yo a mi exagerada madre?

Ensimismada en mis pensamientos, aparece de repente, sin decir nada, para cogerme de la mano y llevarme al aparcamiento de arena que hay cerca del bloque de pisos. No hay farolas y la oscuridad acapara el lugar. El coche está aparcado entre otro y un escampado rodeado de árboles. La única luz, testigo de nuestro lujurioso encuentro, es la de la bonita luna llena que se refleja desde el cielo. Me empotra fuera del vehículo, justo en la puerta del acompañante. No aparta su ardiente mirada de mis ojos, mientras me sube el vestido, desesperado por comprobar con sus dedos la humedad de mi sexo. A continuación, un fuerte gemido se escapa de mi boca. Ni siquiera me besa, solo me observa, como una fiera que está a punto de poseer a su

presa. Hace que me gire para darle la espalda, así que apoyo las manos en la chapa y abro mis piernas, deseando sentirlo, al fin, dentro de mí.

Con fervor me baja las medias, el tanga y escucho cómo se desabrocha el cinturón para bajarse los pantalones.

—¿Esto es lo que quieres? —susurra con tono grave y sugerente a mi oído. Afirmo, su pregunta me hace enloquecer de placer.

Me inclina hacia adelante y abre mis nalgas con sus manos para penetrarme con fiereza. Una vez dentro, ruge, y yo grito, ya que no sé cómo expresar la corriente electrizante que recorre cada centímetro de mi piel. Me agarra del cuello con una mano para hacer fuerza y así empujar con ímpetu sus caderas, con la otra pellizca suavemente mis pezones. Nuestras respiraciones se unifican, el jadeo entre ambos es cada vez más sonoro y la explosión de placer se acerca. Lo oigo nombrar al cielo, que Dios me perdone, pero yo noto cómo desciendo a los infiernos. La descarga se produce a la vez que aprieto la mano que sujeta mi cuello.

—No sabes cómo me pone verte como una loba —dice dejando su aliento en mi cuello para después clavar sus dientes y liberar todas las increíbles sensaciones que se han cocido por dentro.

Nos mantenemos en la misma posición, respirando el intenso momento. Agotada por la liberación, dejo que mi frente se apoye en el cristal del coche. Él hace lo mismo en mi espalda, y así pasamos unos segundos. Más que palabras es lo que acabamos de vivir. Con delicadeza se retira para limpiarse, poco después se sube los pantalones y me coge de la cintura para girarme y poder contemplar mi rostro. Ve que sigo sin reaccionar. Estoy saboreando los últimos coletazos de placer. Con el interior de mis muslos mojados por su locura lo miro, aunque con las mejillas sonrosadas y algo avergonzada por mi actitud salvaje.

—Eres maravillosa —susurra con ternura, y observo cómo sus ojos brillan emocionados.

Sus dedos acarician mis labios, en voz baja me pide que me acomode en el asiento de atrás. La llama sigue aún flameante, por lo tanto, abre la puerta del coche y, hechizada, hago caso a lo que dice. Me estiro sin dejar de observarlo, trepa sobre mí para quitarme el vestido por la cabeza. Esta vez me rasga las medias, sin miramientos, y rompe la tira del tanga para dejarme completamente desnuda.

—Siempre haces lo mismo —le regaño divertida—. ¡Me los rompes

todos! Te voy a denunciar por daños y perjuicios —le recrimino riendo viendo cómo se desabrocha la camisa.

Mi vista va directa a sus costillas, todavía se aprecian sus heridas y se percata de mi mueca de dolor. Me retira la vista cogiéndome de la barbilla con sus dedos para que lo mire a los ojos con la intención de que este mágico instante no se estropee.

—¡Hazlo! Denúnciame —añade y tuerce el labio con burla.

Me observa de un modo perverso, así que se guarda el tanga en el bolsillo del pantalón y, una vez desnudo, se tumba con delicadeza sobre mí. Juntos notamos cómo se eriza el vello con el suave contacto de nuestra piel. Todo vuelve a vibrar, sin embargo, esta vez no hay lujuria en nuestras miradas, hay una conexión que nunca acabamos de descifrar en la que se respira un sosegado silencio cargado de amor. Bajo los párpados disfrutando de este mutismo, aun así, noto cómo no aparta la vista de mí.

—Mírame y escucha con atención lo que te voy a decir. —Abro los ojos, sobrecogida, al percibir cómo le tiembla la voz—. Ahora te voy a hacer el amor porque te adoro, eres amor en estado puro y quiero demostrarte que lo que siento por ti no tiene palabras. Te he echado demasiado de menos, no quiero volver a perderte nunca. ¿Me oyes? —se expresa emocionado y retira el mechón de pelo que le reposa en la frente.

Asiento a sus sentidas palabras, que acaban de calar hondo en mi corazón. Le niego la salida a mis lágrimas porque no quiero llorar y estropear este maravilloso momento. Sé que le duele verme así y en este preciso instante lo único que quiero es que me haga el amor.

—¡¡¡Te amo mucho!!! ¡¡¡Muchísimo!!! ¡¡¡Demasiado diría yo!!! —Le apretujo sus mejillas y lo beso con devoción.

Nuestras lenguas se entrelazan haciendo que la llama arda más que nunca. Puede que nuestras almas conversen de lo maravilloso que es volver a reencontrarse. Durante minutos saboreamos el calor de nuestro aliento, acariciamos dulcemente todas las partes de nuestro excitado cuerpo, a la vez que nos susurramos al oído bonitas palabras de amor.

—Pase lo que pase, pequeña —murmura. Asiento con una sonrisa. Con cariño me corresponde, entrelaza los dedos de su mano con los míos e introduce poco a poco su caliente y palpitante miembro dentro de mí. Vuelvo a notar el fuego correr por mis venas, enseguida le aparto la mirada, porque una lágrima brota de mi ojo por la

intensidad del momento—. Mírame, preciosa —añade con voz ronca.

Lo hago con los ojos humedecidos, al mismo tiempo que los suyos intentan transmitirme todo lo que ocurre en su interior.

Las embestidas se endurecen, el movimiento de su pelvis es cada vez más acelerado y sus ojos se oscurecen. El ceño fruncido indica que está viviendo una batalla en su interior: el miedo de volver a perderme y el hecho de que pueda pasarme algo lo está torturando por dentro. Sonrío para tranquilizarlo, a continuación le beso con ternura en los labios para que venga a mí. Consigo llamar su atención y, con el semblante más relajado, vuelve al suave vaivén de sus caderas.

Poco después intensifica el movimiento, con los gemidos la respiración se entrecorta y el corazón bombea con fuerza. Nuestros cuerpos suplican una liberación con desesperación y, con nuestras almas unidas desmembrándose por ser una y los dedos entrelazados, llegamos juntos a nuestra supernova particular.

Gruñe, dejando caer su cuerpo sobre el mío para abrazarme muy fuerte. Me incorporo para rodearlo con mis brazos y así transmitirle también lo que concibo por dentro. Ahora soy yo la que siente miedo de perderlo.

Poco después se sienta en el sillón para colocarme a horcajadas encima de él y no aplastarme con su musculatura. Dichoso, me estruja de las mejillas para darme pequeños besos por toda la cara. Sin poder evitarlo, prueba el sabor salado de mis lágrimas, mi reacción es esconderme en el hueco de su cuello para que no pueda verme.

—Sal de ahí —bromea intentando ponerle humor al intenso momento que estamos viviendo—. No te escondas, que sé que estás llorando hace rato. —Lo miro con toda la cara mojada y los ojos hinchados—. ¡Eres una llorona! —Sonríe con ternura y me limpia con sus dedos.

—¡Idiota! —Rio y lloro a la vez.

—¡Ya echaba de menos tus piropos! —Ríe—. Eres fascinante. No cambies nunca, ni siquiera por mí. ¿Me oyes? —Asiento. Conmovida, le susurro un profundo «te amo» al oído—. Entonces —añade con duda—, ¿quieres casarte conmigo?

—¡No! —Hace un puchero—. No creo en el matrimonio como tal. Creo en una ceremonia donde no haya papeles de por medio. Solos tú y yo mirándonos a los ojos, en la oscuridad de la noche, con velas alrededor formando un círculo. Descalzos, sintiendo la energía de la

tierra, con las estrellas como testigos de nuestro enlace y las manos, las invitadas de nuestro vínculo infinito.

—Está bien, veré qué puedo hacer —responde tan tranquilo—. Pero ¡te casarás conmigo! ¡Ya lo verás! —me amenaza y su postura me hace gracia.

—¡Me niego! —Le aporreo en sus espectaculares pectorales—. Apenas nos conocemos —admito más seria.

—Suficiente para saber que eres tú. —Acerca su mano para suavizar el calor de mis ardientes mejillas.

Si sigue engatusándome de este modo al final acabaré cediendo, aunque solo lo pienso, para nada le cuento el debate interno que hay en mi interior. Quiero ser fiel a mis ideas, de todas formas, imaginarme prometiéndome amor eterno con un precioso vestido blanco me provoca cierta inquietud.

Gracias a la melodía del teléfono salgo de esa locura de pensamiento. Hacemos caso omiso porque no queremos que nadie estropee nuestro maravilloso reencuentro, sin embargo, vuelve a sonar en mitad de un sabroso beso. Suspira, esta vez, quejándose, lo busca entre su ropa. Comprueba que en la pantalla aparece el nombre de Javi. Lo animo a que lo coja, puede ser algo importante.

—Seguro que quiere el coche —dice bromeando—. ¡Dime! Joder, qué oportuno eres, tío.

Se carcajea, pero de repente cambia su facción para ponerse muy serio. Arruga la frente, pone el dedo índice en mis labios para que no hable y pueda oír lo que sea que le está diciendo al otro lado.

Todavía encima de él noto cómo tensa los hombros y aprieta la mandíbula. Con la mano que no sostiene el teléfono, me estrecha con tensión el muslo, a la vez que escucha atento. No media palabra, y eso me pone muy nerviosa. No me gusta nada verlo en ese estado. Al cabo de unos minutos, exhalo cuando veo que cuelga. Consternado, deja el teléfono en el asiento y me mira con el ceño fruncido sin saber bien qué decir.

Al fin rompo el hielo:

—¿Qué pasa, amor? —pregunto preocupada. No quiere contestar, se nota que se está debatiendo con su nuevo yo, el mismo que ha prometido que va a cambiar—. Puedes confiar en mí, sabes que voy a estar bien. Volvemos a estar juntos, los dos podemos con todo. —Hago que reflexione para que salga del estado de pánico en el que ha entrado para protegerme. Lo beso con suavidad en la frente y acaricio

su torso desnudo para que se relaje—. ¿Qué ha pasado?

—Preciosa… —Duda—. Yo… —balbucea— soy… —Se toca el pelo continuamente—. Policía de Investigación Criminal —confiesa serio. Le está costando mucho abrirse—. Y acaban de pegarle un tiro en la cabeza a un compañero.

Cierro los ojos, abatida. Un nudo se me forma en la boca del estómago porque no quiero ver la realidad. Mis ganas de saber la verdad acaban de abofetearme. «¡Es lo que querías, pues ahí lo tienes!», me recuerda mi mente y me regaña por insistir sobre la verdad de su vida. Pone sus manos en mis hombros y me zarandea con delicadeza, preocupado ante mi más que evidente espasmo.

—¡¡Ves!! ¡Joder! Esa es la cara que quería evitar. ¡Mierda! No pretendía que te enteraras de este modo —espeta enfurecido consigo mismo. Me rodea entre sus brazos para darme calor en el cuerpo, que por primera vez se me ha quedado helado a su lado—. ¡Estás fría, ¡*cazzo*! ¿Estás bien, Lucía? —Me retira para ver mi cara descompuesta.

Pese a la crudeza de sus palabras tengo que ser fuerte si quiero que confíe en mí. Voy a ser valiente y demostrarle que no me importa lo que sea. Solo quiero estar con él. Debe ver en mí alguien en quien apoyarse y no alguien a quien proteger. Por mi culpa lo arroyaron de la moto. Me armo de valor y con seguridad le contesto:

—Sí, Marco. Solo estoy gestionando lo que acabas de decirme. Vamos a vestirnos. Seguro que te necesitan. —Quito mis piernas de las suyas, pero me frena en seco.

—Siento mezclarte en esta mierda —murmura abochornado.

—Estoy bien, en serio. —Le acaricio la mejilla—. Es tu trabajo. Ahora que sé la verdad te entiendo y por supuesto lo respeto. Deja de preocuparte por mí. Tus compañeros te aclaman. Yo estaré esperándote siempre, ¿vale? —Hago una mueca.

—Te amo, preciosa —susurra y me besa en la frente.

—Pase lo que pase, seas lo que seas —le confirmo con un sonoro beso en los labios.

Acabamos de vestirnos, algo afligidos, dentro del coche. Me bajo el vestido sin medias y sin ropa interior, y nos pasamos a los asientos delanteros. Enciende el motor para que se vaya calentando, también aprieta el botón para que se evapore el vaho de los cristales, que se encuentran empañados por el aliento jadeante de nuestros besos. En lo que esperamos, me aprieta de la mano y veo desolación en sus ojos. Acaba de perder a un compañero, debe de ser duro. Le sonrío para

darle consuelo y se acerca para proporcionarme un tierno beso en la mejilla, antes de ponerlo en marcha para ir donde se encuentran sus amigos.

Deja el coche mal aparcado delante del bar, a través del cristal nos percatamos de que varios policías de paisano caminan de un lado a otro. Unos hablan por teléfono gesticulando con exageración, y sus compañeros de piso esperan su llegada. Abre la guantera, saca una funda sobaquera con la pistola. La mirada se le oscurece y me observa aturdido por tener que cogerla delante de mí. En ese instante, con la sangre helada, empiezo a darme cuenta de lo que mis ojos no querían ver. Acaba de quitarme el tupido velo de la cara. ¿Cuántas veces ha entrado en mi dormitorio y lo he visto remover su ropa, en noches de pasión, para que no me percatara de lo evidente?

Salimos del coche, con rapidez se dirige hasta donde se encuentran Javier y Alessandro. Mis amigas están resguardadas en la entrada del local por el frío que hace y junto a ellas está Cándida. De repente, algo me fulmina la mente, al recordar el día en el que se rompió la bola de cristal. Ella se fue muy apurada de la cafetería después de la llamada telefónica, es policía. Todos lo son. Mis sospechas eran más que evidentes.

Lara y Elena deben de estar desconcertadas por el revuelo que se ha montado. Necesito ir a verlas porque sigo con el nudo en el estómago. Quiero averiguar algo más de lo sucedido, pero el cuerpo tenso de Julia y su fulminante mirada me frenan. Se planta frente a mí y, con desprecio, me mira de arriba abajo.

—Dos años estuve yo para que me pidiera matrimonio antes de dejarme —murmura furiosa cruzada de brazos—. Apareces de repente en su vida, te lo pide a ti, y lo dejas en evidencia delante de todo el mundo. Mírate. —Vuelve a escudriñarme—. Pareces una cualquiera con esas pintas —dice para humillarme.

Probablemente mis cabellos estén enmarañados después de nuestro ardiente encuentro, aun así, no me importa. Le hago una mueca de suficiencia.

—Es libre de estar con quien quiera, y yo, de hacer lo que me dé la gana con mi vida. —La aparto para que me deje pasar, al momento me coge del brazo clavándome sus uñas falsas de gel.

—Solo eres una niña que desconoce la seriedad de nuestro trabajo para que vengas a descontrolarlo, como me dijo Raquel. —Noto un mazazo en mi estómago, ya que sabía que de algún modo u otro iba a

vengarse de mí. Me acaba de confirmar que ella es la impulsora de la aparición de su ex—. Apártate de su lado —añade amenazante, aunque yo no me amedranto—. Arrastra un tormentoso pasado, y yo he estado siempre ahí para cuidar de él. ¿A qué te piensas que he venido? —Enojada, tensa sus dedos en mi piel.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño! —contesto enfurecida.

—No más del que me estás haciendo tú a mí, niñata. —Puedo notar su aliento desesperado en mi cara. Intento soltarme de sus garras y, cuando lo consigo, deja unas heridas en mi brazo.

Le doy la espalda caminando más erguida que nunca para demostrarle qué es lo que nos diferencia. De pronto aparece Cándida de la nada, viene corriendo hacia mí, parece ser que ha presenciado nuestro tenso encuentro.

—Cariño, ¿estás bien? —Ve cómo palidezco.

Me apoyo en su hombro al notar un pequeño mareo. Lo que me preocupa es que Marco haya sido testigo de nuestra dura conversación. Suspiro al comprobar que sigue hablando con sus compañeros, poco después llegan las dos brujas.

—Sufro de hipotensión, tranquila. Gracias por rescatarme. —Hago una mueca dolorida al tocarme el brazo.

—Déjame ver. —Sorprendida al ver lo que me ha hecho, su facción cambia por otra más seria—. ¡Voy a decirle cuatro cosas a esa *ragazza*! —Se gira para ir hacia ella.

—¡No, por favor! Te lo agradezco. Ahora no es el momento. Marco se ha sincerado conmigo, me ha contado todo lo que ha sucedido esta noche. No está bien, prefiero no preocuparlo con peleas de gatas. —Observo cómo reflexiona.

—No debes permitir que te haga daño con su rencor, cariño. Eres muy valiente, así que no tengas miedo de ella. Marco lleva esperándote toda su vida. —Me acaricia la mejilla—. He imaginado que algo te ha contado cuando os he visto llegar juntos y te ha dejado para hablar con ellos. Empieza a separar una cosa de la otra. Antes estaba pendiente e incómodo de que no te enteraras, ahora mismo se muestra tal y como es. Me gusta.

—No le temo a ella ni a Raquel —hablo segura de mí misma—. Lo que más me preocupa es él, ahora que soy consciente de lo que es, tengo miedo de que le pase algo.

—Ha llegado la hora de tener esa charla pendiente entre tú y yo, ¿recuerdas? —Me coge de las manos—. Ojalá te hubieses enterado de

otro modo. La protección a la que te tenía sometida no podía durar siempre. Javier y yo se lo advertimos.

Oímos cómo la llaman para que se acerque al corrillo de policías. Como siempre, encantadora, pese a la gravedad de la situación, con calma me comenta que me llamará mañana para hablar. Mientras tanto, caminamos juntas hasta llegar a ellos, Marco me mira turbado, su semblante es sombrío, sin embargo, yo le correspondo con una sonrisa para que no se sienta mal por mí. Giro en busca de mis amigas, a la vez que pienso en lo que daría por ir a abrazarlo y calmar esa ansiedad.

20
Marco

Exaltado por lo ocurrido, en mitad de la calle, Javier vuelve a detallarme cara a cara lo que me ha contado por teléfono. «¿Cómo es posible?», pienso. Fabrizio estaba tranquilo en la fiesta, sin ningún indicio preocupante. De todas formas, lo único que sabemos es lo que le ha dicho el infiltrado a Alessandro: «A Salvatore le han pegado un tiro en la cabeza», ha informado en voz baja a través del auricular.

Parece ser que, en cuanto se ha ido del bar para volver a ocupar su puesto, se ha encontrado con el percal. Imagino que no tiene que ser fácil ver a tu compañero asesinado, además de tener que actuar con sangre fría para que los mafiosos no sospechen de él.

El jefe nos distribuye por equipos. Él se va con las dos compañeras a comisaría para organizar la investigación desde ahí. Los de la científica ya están en la escena del crimen esperando a que venga el juez y Antonio, el peculiar médico forense de la zona, para el levantamiento del cadáver.

Los de investigación no podemos estar presentes por si algún chivato del clan puede delatarnos si nos ve husmeando por allí, por eso Cándida, el rubiales y yo iremos al Instituto Anatómico Forense, para que cuando traigan el cuerpo podamos averiguar con detalle alguna pista de lo sucedido.

Antes de subirnos al coche les digo que necesito ir a ver a mi chica y saber cómo va a regresar a casa con sus amigas. Lo entienden a la perfección e incluso Cándida me frota la espalda animándome a hacerlo. A la pecosa todo le debe de resultar muy confuso, quiero hablar con ella, la caja de Pandora se ha abierto y me siento liberado para hacerlo. Ha demostrado fortaleza y valoro la actitud que ha mostrado ante la desagradable situación.

De camino hacia ella, me cruzo con el italiano, que viene de tranquilizar a Lara. Se acerca para comentarme que ha llamado a un taxi para que venga a recogerlas. Se lo agradezco y muestro más

tranquilidad. Están muertas de frío, aprecio cómo castañean los dientes esperando en la entrada del bar musical, ella está de espaldas. Tiene que estar maldiciéndome por llevar las piernas al aire. Saludo a sus amigas alzando la mano, cuando la sorprendo oprimiéndola con adoración. Aspiro su dulce aroma, se gira con una curvatura en los labios para recibirme y le doy un casto beso.

—Estoy orgulloso de ti, has demostrado ser muy valiente. Has visto la complicada situación en la que me encuentro y no has salido corriendo al saber a qué me dedico —le comento con ternura, al mismo tiempo que jugueteo con el aro de su nariz.

—Sabes que soy rápida huyendo —se burla—. Puedes confiar en mí, amor, pero tenemos que hablar. Sabes que necesito una explicación, no puedes dejarme con este pesar —añade más seria abrazándome por la cintura.

—Lo sé. Te doy mi palabra, te lo explicaré todo en cuanto esto se tranquilice. —Le acaricio la mejilla.

—Vale —suspira—. Ahora vete, te están haciendo luces desde el coche. —Debo irme, pero antes quiero saber algo.

—Por cierto, te he visto hablar con Julia, ¿qué te ha dicho? —Arqueo una ceja. Debe de estar dolida por mi declaración, a ella nunca se lo pedí, ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerlo.

—Tranquilo, nada más me estaba felicitando por nuestro enlace —se burla sacándome la lengua.

—¿Sí? —pregunto entusiasmado.

—¡No! —me regaña.

Vuelvo a apretujarla con intensidad y con un beso en la frente me despido. Le susurro al oído lo mucho que la amo y prometo llamarla mañana. Sus amigas están más receptivas conmigo, las entiendo, yo hubiese actuado del mismo modo si se hubiesen portado mal con ella. Aun así, todavía sus amenazas me provocan cierto dolor.

Una vez dentro del coche me acomodo en el asiento del copiloto. A través del cristal la veo levantar el brazo para despedirse, apoyo la mano en él a modo de respuesta con un nudo en la garganta. Demasiadas emociones en una noche. Mi compañero arranca el coche para ir al Instituto, mientras Cándida habla por teléfono en el asiento de atrás con el médico forense.

El silencio en el interior es cortante, ya que nuestros pensamientos van a mil por hora. El que hayan descubierto al infiltrado nos pone en peligro y, si ha dado nombres, estamos todos muertos. Ahora que han

averiguado que los estamos vigilando muy de cerca y que hemos conseguido acceder a sus planes deben de estar muy furiosos. Pienso en Fabrizio, cómo estará aguantando el tipo para no ser descubierto. Es un camarada cojonudo y no deseo que le pase nada.

Salvatore era un gran policía, aunque temerario. Se pasó a investigación cuando en una redada conoció a una prostituta. Lo engatusó con sus palabras. Se enamoró y a escondidas mantuvieron una relación. Intentó sacarla del agujero en el que se encontraba, sin embargo, ella solo quería su dinero y papeles. Fue un duro golpe para él y se sintió engañado. Encontró consuelo en el trabajo y se dedicaba exclusivamente a él. No tenía familia. Era un profesional, no obstante, el engaño y trabajar de noche hicieron que empezara a tontear con la bebida. En cuanto montamos el operativo, hace ya más de seis meses, fue el primero en presentarse voluntario. Dudamos por su adicción, aunque insistió en que estaba limpio y necesitaba ese puesto para volver a sentirse realizado. El macho alfa de la comisaría no confiaba en él, al fin accedió por su brillante currículum policial, de todas maneras, en alguna ocasión nos advirtió de su falta de experiencia en este ámbito, hoy sentimos que así haya sido.

Llegamos del mismo modo en el que íbamos en el coche al Instituto, en silencio. A mi fiel amigo y a mí estos lugares nos parecen horrendos por la frialdad que sientes nada más entrar en el edificio, aunque totalmente necesarios para realizar nuestro trabajo con éxito. Cándida parece sentirse más cómoda entre los muertos.

Siento un escalofrío, se me eriza el vello y froto los brazos para darme calor en cuanto entramos por recepción. La misma reacción de siempre. No acabo de acostumbrarme a este lugar tan gélido que me transporta al pasado para volver a rememorar la imagen de mis seres queridos.

Accedemos los tres a una sala muy luminosa y amplia. Esperamos un buen rato hasta que nos avisan de que el médico forense ya ha venido junto con la funeraria, que trae el cuerpo de nuestro compañero. A continuación entramos en la sala de autopsias donde se encuentra el forense. El hedor y el fuerte olor a productos de desinfección me tiran para atrás. Javier, impresionado, parece copiar mis gestos en todo momento. Normalmente viene ella sola, hoy la gravedad del asunto requiere que estemos aquí para poder obtener toda la información posible.

Antonio, con su peculiar humor, viene entusiasmado a saludarnos

en cuanto nos ve entrar. Su exaltación se engrandece al ver a Cándida. Suspira por los encantos de esta mujer. Aprecio cómo se besan en la cara lentamente, y ella se pone tontorrona. Algo tienen que tener por el modo en el que se miran, aunque nunca me ha confesado nada. No logro entender qué ha visto en ese hombre que va teñido hasta las cejas.

Debe de tener unos sesenta y pocos años. Tiene el pelo negro, el bigote del mismo color y retorcido hacia arriba, como el gran pintor Dalí. No aparenta su edad, pero el centímetro de cana que se atisba por toda la cabeza lo delata. Es de Madrid, aunque lleva años trabajando en Milán. Como prestigioso médico que es, el Instituto Forense de aquí recomendó su incorporación. Le ofrecieron que se encargara del laboratorio por su interesante involucración y estudio que hizo sobre las bandas de crímenes organizado y su *modus operandi*. La mafia suele dejar señales en los cuerpos, depende del clan que actúa, y pueden dar pistas importantes en la investigación.

Lo miramos con atención cuando se coloca al lado del cuerpo para hablar:

—Lo siento mucho, dicho esto, estoy impresionado por el modo en el que lo hemos hallado. Un camionero ha dado el aviso antes de arroyarlo. Pensaba que era un animal muerto en mitad de la carretera. Ha frenado y lo ha encontrado estirado en el asfalto como el *Hombre de Vitrubio*. Esta gente no se anda con rodeos y la crueldad de sus actos los hace ser muy retorcidos —expone sorprendido y destapa la sábana del descarnado compañero.

Estupefactos, y atentos por lo que ha dicho, lo observamos desnudo en la camilla con sanguinarios signos de violencia. Me tenso de arriba abajo y cruzo los brazos para sentirme más protegido. Al imaginarme por lo que debe de haber pasado y el modo en el que lo han torturado se me revuelven las tripas. Javi reacciona igual, pero él se tapa la nariz por el hedor.

Cándida, con una calma sorprendente, se acerca al cadáver para observarlo minuciosamente, entretanto el peculiar hombre la mira maravillado. Se me hace inverosímil verlos cómo actúan con tanta serenidad, en cambio, mis piernas se remueven inquietas. Ambos se colocan los guantes para examinarlo con mucha atención.

—Primero lo castigaron sin piedad, a continuación le dispararon en la nuca a bocajarro. Fijaos que tiene los brazos amoratados. Es evidente que lo mataron siendo sujetado por varias personas. Han

derramado su sangre para hacerle pagar la traición —dice el médico mirándola con atención.

—¿Le has practicado una optografía? —pregunta Cándida, observando los ojos de la víctima con atención.

—¿Qué es eso? —pregunta mi compañero extrañado, al igual que yo, y Antonio afirma a la pregunta.

—Es una técnica de investigación en los casos de asesinato que a día de hoy se utiliza poco, por el proceso tan complejo y la poca credibilidad de la imagen. Se creía que la retina podía revelar la última figura de la víctima en un crimen. Se practicaba hace décadas, sin embargo, se quedó como una rareza oscura dentro del mundo de la ciencia. —Lo miramos absortos ante tal descubrimiento—. En una de las víctimas de Jack el Destripador, por el año 1888, se llevó a cabo una optografía con sus retinas. El procedimiento es complicado, y la ciencia no acaba de darle credibilidad, pero puede servirnos para confirmar, al menos, la silueta del asesino. En cuanto tenga el optograma te hago una llamada.

—Gracias —responde Cándida con un tono de voz suave—. La tortura fue atroz. —No pierdo de vista cómo le acaricia con cariño la sien. Perece transmitirle algo que no percibo—. Le han cosido la boca y es evidente que lo han descubierto por el nombre de Judas trazado en el pecho con algo punzante —comenta sin apartar los ojos de cada detalle.

—¡*Bastardi*! Con un cuchillo, seguro. En el cuadro de *La última cena* no se me pasó desapercibido cómo uno de los apóstoles sostenía un cuchillo en su mano. Parece que el misticismo de la obra envuelve todo el crimen e incluso la entrega de la mercancía —explico encolerizado a la vez que aprieto los puños.

—¡Cómo tuvo que sufrir el pobre! —exclama mi amigo indignado —. ¿Por qué le cosieron la boca?

—Lo hicieron porque no habló. Probablemente lo amenazaron con hacerlo si no cantaba. Él sabía que lo iban a matar de todas formas —confiesa ella.

Rodean el cuerpo con cuidado a ver si encuentran algo más. En cuanto acaban, el médico le cede unos minutos a solas para que haga algo que desconocemos mi compañero y yo. Antonio se acerca a nosotros a los pies de la camilla, y los tres, embelesados, la observamos paralizados.

—Cuando quieras —le indica con cariño.

Ella posa su mano con ternura en la frente, susurra su nombre y, tras cerrar los ojos, inspira y exhala en varias ocasiones. De repente, el termómetro parece bajar de un modo bárbaro. El vello se me pone de punta y me abrazo por el repelús que estoy sintiendo en este instante. Al forense no parece afectarle porque se muestra impasible.

Entretanto observo la cercanía y la gran sensibilidad de esta maravillosa mujer, recuerdo cuando llegué a Italia, el vínculo afectivo que se formó entre nosotros. En ella vi el cariño de una madre, y ella resultó tratarme como tal. En comisaría me hablaron de sus dones especiales y la gran intuición que tenía a la hora de investigar un homicidio. Poco me cuenta porque sabe que soy muy terrenal, en cambio, hoy, que soy testigo de su don, creo fielmente en sus capacidades. Nunca he asistido a un momento como este, al igual que Javier, que está erguido conteniendo la respiración.

Pasamos varios minutos en el más absoluto silencio, solo se oye el ruido del fluorescente a punto de fundirse. De repente, abre los párpados y advierto su mirada perdida.

—¿Estás bien? —Preocupado, quiero ir a ayudarla, ya que la veo algo pálida, sin embargo, Antonio me retiene con sus frías manos. Al cabo de unos minutos, se incorpora y se dirige a nosotros más lúcida.

—Ha soportado como un guerrero la crueldad con la que lo han tratado para protegernos a todos. El operativo sigue blindado. —Oigo suspirar a mi amigo, yo me remuevo inquieto por toda la sala.

No puedo evitar emocionarme y sentirme orgulloso por su coraje, al mismo tiempo el veneno me recorre todo el cuerpo porque la sed de venganza que siento va *in crescendo*.

—Honremos a este fiel compañero con unos minutos de silencio. Se merece descansar en paz. Visualicemos una gran luz blanca y animemos a su humilde alma a cruzarla. —El sosiego con el que nos habla queda impregnado en nuestros cuerpos tensos.

Durante unos segundos la rabia y esa gélida sensación desaparece, así que de un modo más sereno cerramos los ojos para poder darle nuestro último adiós.

El mutismo es impoluto, incluso mi mente se acalla y llego hasta a sentirme bien. Percibo cómo poco a poco la sala empieza a recobrar vida, en cambio, yo sigo disfrutando de esa harmonía. El ambiente que ha creado la brujilla de mi amiga es asombroso.

—¿Cariño? Tengo un mensaje para ti. —Nadie contesta. Al fin abro los párpados y deduzco que es para mí porque me observan

incrédulos. La forma con la que sus ojos me penetran me provoca cierta inquietud, prosigue—: Ellos están bien, son felices de ver tu evolución —dice con una dulce sonrisa, mientras siento cómo la sangre de mi cuerpo deja de circular por las venas.—. Pero… —añade y su facción se ensombrece— ten cuidado. —El nudo que apretaba en mi garganta lo hace con más intensidad.

El silencio de la sala durante unos minutos es desconcertante después de su última declaración. Me observan con temor ante mi reacción. El único momento en el que dejo de estar inmóvil es cuando el fluorescente se funde y salta el automático. Todo se oscurece durante unos segundos y, en lo que Antonio va hacia el cuadro eléctrico para subir el diferencial, aparecen esos intensos ojos azul cielo en mi mente.

Deseando desaparecer de este tétrico lugar, nos despedimos del peculiar hombre. Ella nos indica que se reunirá con nosotros en unos minutos. Mi fiel amigo y yo salimos por la puerta, descompuestos. Con urgencia necesito pisar la calle para que mis pulmones vuelvan a llenarse de oxígeno después de tenerlos contenidos y fumarme un cigarro.

—¿Qué ha sido eso, amigo? —Me frota el hombro.

—Aún estoy sin palabras. Lo que se ha respirado ahí dentro me ha dejado sin aliento. Necesito gestionarlo, creo que me voy a ir andando. —Empiezo a caminar cabizbajo.

—¡Estás loco! Son las tres de la madrugada. ¿Qué necesidad tienes de exponerte así después de lo que ha pasado y de lo que te ha dicho Cándida? —protesta frustrado.

—¿En serio crees en esas cosas? —le pregunto encolerizado.

—¡Sí! —grita enfadado—. Soy como tu hermano y me preocupo por ti. Déjate ayudar de una puñetera vez, no puedes ir siempre de salvador por el mundo.

—Iré con cuidado —añado con sarcasmo.

Me alejo dándole las últimas caladas al pitillo, y oigo cómo Javier patea la papelera que hay cerca de la entrada principal.

Después de todo lo vivido tengo el estómago revuelto. Necesito que afloje la soga que aprieta con fuerza mi cuello. Me duele haberle hablado así, pero él, más que nadie, sabe que en situaciones extremas prefiero estar solo. Para mí también es como un hermano y por eso mismo solo quiero protegerlo de mis momentos de oscuridad.

Camino lentamente disfrutando de la calma de las calles, mientras

todo el mundo duerme, y eso parece producir ese efecto en mí. Miro al cielo lleno de estrellas y pienso en mi familia. Si es cierto lo que ha dicho, me emociona saber que están bien.

Sin ser consciente, aparezco enfrente del apartamento de mi preciosa chica. Me urge estar cerca de ella para que la sangre vuelva a circular con normalidad, es muy tarde y no quiero despertarla, así que me apoyo en un árbol sin saber bien qué hacer. Saco el tabaco y fumo a la vez que me tapo con la capucha para protegerme del aire fresco que acaba de levantarse.

Noto cómo vibra el móvil en mi chaqueta. Aparto la pistola para poder cogerlo del bolsillo interno y deduzco que es mi amigo para ver si estoy bien. Ilumino la pantalla y cierro los ojos, agradecido, al ver que es ella. Me pongo en línea.

Lucía:
Solo quiero saber si estás bien. Con un sí me basta.
Te amo.

Marco:
Ahora sí estoy bien.
¿Se puede saber qué haces aún despierta?

La regaño.

Lucía:
No puedo dormir. ☹
¿Dónde estás?

Dudo en confesarle mi ubicación.

Marco:
Debajo de tu casa.

Lucía:
¿En serio?
¡¡¡SUBEEEEEE!!!

Marco:
No sé si es buena idea.
No quiero intoxicarte con mis mierdas.

Deja de estar en línea, al minuto la veo salir por la puerta con un moño desecho, el pijama de franela y unas botas peludas. Corre hacia mí, su alegría irradia como un sol gigante para volver a calentar cada una de las partes de mi cuerpo que se han quedado heladas. Se sube a horcajadas sobre mi cuerpo vibrante y mi sonrisa solo desaparece cuando introduce su deliciosa lengua en mi boca.

21
Lucía

En mitad de la calle lo beso hasta quedarme sin aliento. Le cojo de la mano para que venga a mi apartamento, me sorprende su tacto frío, él siempre está caliente. No quiere subir, pero me niego a dejarlo en este estado de vulnerabilidad.

Abro la puerta con cuidado para no despertar a mis amigas, vamos directos a mi habitación, y una vez dentro lo abrazo continuamente e intento que entre en calor. Está muy callado, me preocupa. Le desabrocho la chaqueta, en ese instante, aparta con delicadeza mis manos para hacerlo él. En cuanto se la quita me percato de que lleva la pistola puesta. No puedo evitar estremecerme, y él se da cuenta. Reacciono rápido para que no se sienta más culpable, entonces, con mi mejor sonrisa, le cojo por la nuca con mis manos para mostrarle que no me da miedo, lo apremio con un tierno beso que recibe con agradecimiento.

Dentro de mi cama, abro el nórdico y me estiro a un lado. Chasqueo los dedos para indicarle de un modo divertido que venga conmigo. Al fin lo veo reír y me quedo más tranquila. Se desabrocha la camisa vaquera y se deja los pantalones. Las deportivas las pone debajo de la silla y el arma la esconde entre la ropa. Se tumba a mi lado y lo oprimo fuerte entre mis brazos para que entre en calor. Me corresponde del mismo modo, a la vez que besa mi cabeza con sentimiento. Levanto la mirada para ver su hermoso rostro, y está con los ojos cerrados absorbiendo el olor de mi cabello.

—¿Estás un poco mejor? —susurro. Los abre para deleitarme con una sonrisa.

—Con tus abrazos ya estoy sanado. Cómo te he echado de menos, pequeña. Siento tanto todo lo que te estoy haciendo pasar. Yo… —duda— quiero contartelo todo para que confíes en mí —comenta. Arruga el entrecejo y su mirada se oscurece.

—Confío en ti, Marco. Sé el esfuerzo que estás haciendo para

explicarme esta faceta de tu vida que para ti es importante y supone una gran responsabilidad. Esta noche no lo hagas, no hace falta.

—Necesito decirte la verdad. No soportaría que volvieses a dejarme. —Se remueve inquieto.

—No voy a hacerlo. —Le miro fijamente a los ojos para que vea sinceridad en ellos. Suspira emocionado—. Solo te voy a pedir una cosa. —Me tapo con las manos mi cara, avergonzada, porque no sé cómo decírselo.

—¿Qué pasa? —Me las retira—. Pídeme lo que quieras, preciosa.

—Quiero que me cantes una canción. —Me muerdo el labio.

—¿Solo eso? —Ríe—. Las que tú quieras. ¿Alguna en concreto? —pregunta con un brillo especial en los ojos.

—Sorpréndeme —susurro.

Vuelvo acurrucarme entre sus brazos y su voz ronca me acaricia el alma. *I Dont´t Wanna Miss a Thing,* de Aerosmith, suena en mi oído.

Acostado cerca de ti, siento latir tu corazón.
Y me pregunto con qué estás soñando.
Me pregunto si será conmigo.
Luego, beso tus ojos y agradezco a Dios que estemos juntos.
Y solo quiero estar contigo.
En este momento para siempre, para siempre, siempre.
No quiero cerrar los ojos, no quiero quedarme dormido porque te extrañaría, nena,
y no quiero extrañar nada.
Porque aún si soñara contigo, el más dulce de los sueños no alcanzará.
Aun así te extrañaría, nena, y no quiero extrañar nada…

No sé en qué momento me quedé dormida escuchando su sensual voz. Sin saber bien la hora que es, me remuevo acalorada dentro del nórdico. Su gran cuerpo caliente me recoge. Ha dormido toda la noche en la misma postura sin soltarme. Hechizada, observo su suave respiración, le doy un tierno beso en los labios, que apenas aprecia, debe de estar agotado, así que paso por encima de sus piernas sin hacer ruido y voy al baño. Hoy no hay clase y podemos dormir hasta tarde.

Mi otra mitad está preparándose el desayuno en la cocina, en voz baja le digo que Marco está en mi habitación y le pido que no haga ruido para no despertarlo. Casi se atraganta con la cucharada de Cola Cao que se estaba metiendo en la boca provocando una nube de polvo marrón, se me escapa la risa, ella me regaña con la mano.

Anoche volvieron a recordarme que no lo diese todo, estuvimos hablando de lo sucedido y me pidieron calma, que fuese poco a poco y que esperara a tener una seria conversación con él. Mi respuesta fue clara: «Con él es todo o nada». Mencionaron lo mal que lo pasé estas Navidades, no se me olvida, aun así, apuesto por él. Dentro de esa fachada de tipo duro hay alguien esperando a ser liberado, quiero pensar que voy a lograr que cambie, aunque desconozco el precio, tampoco quiero saberlo.

A Lara no la veo por ningún lado, creo que lo de anoche la ha dejado algo abrumada, ya que ver a su galán tan agitado por el asesinato de un compañero le provocó cierta ansiedad. Menos mal que luego la llamó para tranquilizarla y decirle que todo estaba controlado. Para nosotras este tipo de situaciones son muy inverosímiles, venimos de familias donde hay harmonía en nuestro entorno y no vemos la cruda realidad de la calle.

En el interior del baño, frente al espejo, veo mi cara brillante y el cabello ondulado del sudor. Su cuerpo es como una estufa y con el pijama de franela tengo calor, así que decido cambiarlo por la camiseta que me regaló para dormir, de repente, Elena aporrea la puerta.

—¡Ya salgo, pesada! —Levanto la voz, entonces la abre de golpe.

—Es Marco. ¡Está gritando! —exclama despavorida.

Salgo del baño, en efecto, lo escucho chillar en mi habitación. Entro, de un salto subo rápido en la cama para intentar tranquilizarlo y le aprieto la mano para que perciba mi presencia. No quiero despertarlo bruscamente. Se eleva de golpe y, con la mirada perdida, respira irregular. Le aprieto las mejillas para que me mire, observo sus pupilas dilatadas, pronuncio su nombre y, cuando es consciente de que estoy frente a él, su ritmo cardiaco empieza a descender. Más lúcido, se da cuenta de que ha vivido una pesadilla, vuelve a tumbarse sudado y se refriega la cara, aturdido. Me estiro a su lado y lo abrazo para darle alivio.

—Solo ha sido un mal sueño, amor.

—Gracias, pequeña. Tus ojos son los que siempre me llevan a la luz. —Sus palabras me emocionan.

—¿Cómo puedo ayudarte? No es normal que las tengas tan a menudo. La de hoy es en la que más afectado te he visto.

—Lo de anoche hizo que volviese a rememorar la muerte de mis seres queridos. Disfruto en mi trabajo, pero cuando suceden este tipo

de situaciones no puedo evitar volver al pasado —comenta a la vez que roza sus labios en mi sien.

—Siento muchísimo lo de tus padres. —Lo achucho más fuerte.

Sin decir nada, durante unos minutos, mantenemos nuestros cuerpos apretados dándonos todo el consuelo del mundo. Poco después noto cómo su respiración se hace más rítmica, cuando empieza a acariciarme por dentro de la parte de arriba del pijama, la mía lo acompaña al no dejar de hacer pequeños círculos alrededor de mi ombligo, cerca de mi bajo vientre. Mi sexo empieza a palpitar y no puedo evitar apretar los muslos. Percibe la excitación y su aliento aumenta en milésimas de segundo. De repente, suena su teléfono, lo ignora para seguir con esos movimientos que hace con la yema de los dedos hasta meter su mano por debajo de mi pantalón. Las llamadas no cesan y, frustrada, le indico que lo coja:

—Creo que deberías contestar —digo sofocada.

—¿Estás segura? —pregunta con voz ronca. Niego haciendo una mueca.

—Puede ser algo importante. Seguro que reclaman tu presencia.

—Tú me necesitas ahora —responde socarrón.

—Puedo continuar yo sola, no me haces falta —bromeo.

—¡Eso no me lo pierdo! —Se inclina para incorporarse mirándome con lujuria.

—¡Cógelo de una puñetera vez! —Lo impulso para que se levante.

—Me gustabas más cuando no me recordabas que tengo responsabilidades —se queja y hace un gruñido en lo que va en busca del oportuno móvil.

El bulto de su pantalón reclama algo que en estos momentos va a tener que aplazarse. Tensa la musculatura, entretanto escucha lo que le dicen al otro lado. Creo que está hablando con Alessandro.

—¡*Cazzo*! Tengo que irme —se queja con el ceño fruncido. Se abalanza encima de mí, me coge de los brazos y me los pone sobre la cabeza—. Nunca te han cacheado, ¿verdad? —Niego con la cabeza y me muerdo el labio—. ¡Joder! Deja de decirme lo que tengo que hacer, pecosa, mira cómo voy a pasar el día de hoy. —Indica su miembro duro a punto de reventar.

Me retuerzo de la risa al verlo en ese estado. Con sus dientes muerde mi labio y se levanta, descosido. Mientras se viste comenta que lo esperan sin excusas, en cinco minutos tiene que estar en comisaría. Se asea rápido, coloca su pelo algo crecido con las manos y

se acerca sugerente hacia la cama para recordarme que tenemos muchísimas cosas pendientes.

Lo acompaño hasta la puerta, le doy un apasionado beso y me corresponde del mismo modo apretándose fuerte a mí. En cuanto la cierro voy en busca de mis amigas. Cojo a mi otra mitad del brazo y entramos en la habitación de Lara para tirarnos encima de su cama. Todavía duerme, pero en cuanto le hacemos cosquillas se levanta sobresaltada. Se inclina para olisquearme.

—Hueles a hombre —dice señalándome con el dedo acusador.

—Marco ha dormido conmigo esta noche. —Le saco la lengua. Arquea una ceja y, antes de que me suelte el discurso, le tapo la boca.

—¿No tienes miedo? ¿Cómo puedes estar tan tranquila después de lo que ha pasado?

Hacemos un círculo sobre la cama, cruzamos nuestras piernas como si fuésemos indios y nos cogemos de las manos como hemos hecho otras veces para confesar nuestras inquietudes.

—No —contesto con una sonrisa de oreja a oreja—. Me encuentro más viva que nunca. El miedo solo te paraliza, no te deja avanzar, y yo quiero más con él. El amor es el antídoto a ese pánico, lo que concibo por él es tan grande que duele y da placer al mismo tiempo. Cuando te han rozado el alma ya no hay marcha atrás. Estaba a buen recaudo en algún rinconcito de mi corazón, y él ha conseguido alcanzarla. El día que lo hizo fue tan doloroso que ni siquiera pude defenderme de su invasión. Una vez dentro siguió sumergiéndose cada vez más en mi interior hasta que ya fue demasiado tarde. Ese dolor se ha convertido en un gozo de placer tan intenso que con solo una caricia algo electrizante recorre mi piel. En ese instante eres consciente de que ya no va a volver a haber nadie que te haga sentir esa sensación. Una vez la han pellizcado, queda impregnado dentro de ti para el resto de tus días.

—Es como «la ecuación de Dirac» —murmura la más racional.

—En efecto. —Le sonrío—. No sé si lo nuestro va a funcionar o no. Va a seguir doliendo, lo sé, sin embargo, esa conexión entre nosotros ya difícilmente va a dejar de existir. Solo el universo tiene la última palabra.

—¿Qué pasa con su ex? Esa lagarta te amenazó, va a ir a por ti. —Lara refunfuña explosiva, como es ella, y salta sobre el colchón, alterada.

—A cada cerda le llega su San Martín. —Me guiña un ojo Elena.

—No me preocupa, aunque sí es cierto que me saca de mis casillas con su prepotencia. Soy un signo de fuego. No me rindo tan fácilmente. —Alzo el puño, victoriosa, y se unen a mí—. ¿Qué tal con tu apuesto italiano? —pregunto zanjando el tema de esa bruja malvada. Lo que no sabe esa rubia decolorada, con uñas postizas de gel, es que yo lo soy más que ella.

—Sigo conmovida, es verdad que su llamada me ha tranquilizado. Ahora estoy algo angustiada por culpa de su madre. La *mamma* —bufa — es como la matriarca de la comisaría. He visto una foto suya, es muy guapa, se parece a Sofía Loren. Dice que cuando va a verlo al despacho solo falta que le pongan la alfombra roja por la elegancia que emana al caminar.

—¿Cuál es el problema? Es normal que quiera conocerte después de unos meses juntos.

—Pues… —lloriquea— que todas las novias que han conocido a la *mamma* huyen despavoridas de allí. Quiere tener herederos a toda costa. Alessandro ya tiene treinta años, y ¡dice que ya va siendo hora de ser abuela!

Ella solloza desconsolada, y nosotras nos retorcemos en la cama, muertas de risa. Pobre mujer, no sabe que de las tres es la que menos planea tener hijos. Tiene muchos proyectos: recorrer el mundo entero, bailar salsa en el sambódromo de Río de Janeiro, llegar a ser una gran escultora reconocida… Lo de quedarse embarazada no entra en sus planes. El instinto no lo tiene tan desarrollado como yo. He querido ser madre joven desde que tengo uso de razón. Adoro a los niños. Siempre apunta que disfrutará de mis pequeñines, ya que el papel de tita le queda mejor. Al final, se une a nuestras risas y, estiradas en la cama, aprovechamos el día para formar nuestro pequeño aquelarre.

Espero que venga a dormir conmigo, pero la esperanza se disipa cuando lo único que recibo esa noche de él es un mensaje:

> Marco:
> Te echo de menos. Pase lo que pase… Te amo.

En una de nuestras conversaciones me ha dicho que estaremos algo distanciados estos días por lo sucedido, de todas formas, la desconfianza ya no acecha en mi mente como antes, ahora entiendo y respeto su trabajo. Aprovecharé para estudiar y seguir avanzando en mi carrera.

Después de un fin de semana intenso, una nueva semana empieza. Irradio felicidad porque volvemos a estar juntos, y Luigi, el guapo modelo, en cuanto me ve entrar por la academia, sabe que su plan ha surtido efecto. Verme en brazos de otro hombre lo puso frenético. Un día de estos tendré que hablarle a Marco de él. O no, hago una mueca perversa, mi amigo se da cuenta de que no pienso nada bueno.

—Eres una perra. Si pagas bien puedes volver a utilizarme. —Ríe a carcajadas.

—Fue idea tuya, aunque… no descarto la oferta. —Le guiño un ojo.

Antes de entrar en clase, me acerco a la mesa de Cándida. No la veo, ni siquiera está en el despacho del director Filippo. Pregunto por ella, me informa de que la secretaria ha dejado el puesto de trabajo por estrés. Disimulo la verdadera razón por la que probablemente se haya ido y le dejo el café. Me mira sorprendido, agradece el detalle, y yo me siento como una verdadera pelota. No cuesta nada ser amable por un día, ¿no?

A la hora del almuerzo salimos, nos juntamos en el patio central para aprovechar los rayos de sol que aparecen con timidez. Le doy un bocado al pan, y observo cómo Antonella, muy seria, no deja de mordisquearse las uñas. La noto algo inquieta últimamente, con cautela le pido que me acompañe al lavabo. Caminamos hacia el baño sin mediar palabra, y eso me preocupa aún más. Ella es muy habladora, alegre y tiene solución para todo. Parece no tenerla para lo que sea que la tortura por dentro.

—Cuéntame ahora mismo qué te pasa —la amenazo una vez dentro.

—Nada. Estoy bien —dice apenada a punto de devorarse el dedo.

—Después de la uña, viene el dedo, y eso te va a doler, así que, ¡suelta! —La miro fijamente.

—Mi familia no está pasando por un buen momento. Mi hermano Mario está envuelto en sus trapos sucios y parece que no le ha salido bien la jugada. Está agresivo. Destroza todo lo que encuentra a su paso y me ha faltado al respeto, incluso a mis padres, por teléfono. No sé en qué está metido, pero no pinta bien. No estoy a gusto en mi casa porque no paran de venir hombres con unas pintas muy extrañas.

—Lo siento. —La abrazo para hacer que se sienta reconfortada—. Quédate en casa, con nosotras, hasta que se tranquilice la cosa.

—Esta semana vienen mis padres de Palermo para intentar calmar la situación. No te preocupes, mi hermano es un obsesivo del control

y, cuando algo no le sale bien, se ofusca. No le tengo miedo, pero no me gusta verlo así. Podrías dormir en casa cuando se vayan, así podremos hablar con tranquilidad y disfrutar de un fin de semana juntas. ¿Qué dices? —pregunta algo más ilusionada.

—Perfecto. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme —le transmito toda mi confianza.

—Gracias. Lo sé. —Me coge de las manos y un brillo en los ojos hace que me estremezca. Lo debe de estar pasando muy mal.

Después de la última clase, me despido recordándole que me llame. Me regala una sonrisa y, algo más sosegada, se despide con un beso en la cara.

En cuanto salgo de la academia saco el móvil de la mochila para llamar a Cándida. Quiero preguntarle por el motivo de su baja y saber si le apetece tomar algo caliente en la cafetería donde trabaja Daniela. Enseguida me responde y con éxito nos vemos en media hora allí. Le comento a mis amigas que he quedado con ella y que nos vemos más tarde en el apartamento.

Entretanto, por el camino, pienso en el hermano de Antonella y el mal augurio que me provocó cuando comimos juntos en el restaurante. El gorila que llevaba a su lado vestido de negro y el parentesco con la familia de Lucca me producen cierto repelús.

Llego al lugar, desde el cristal ya veo la encantadora sonrisa de la mujer. Me saluda con la mano y, en cuanto entro a la cafetería, la apretujo muy fuerte. Su contacto me produce mucha paz. Poco después le recrimino que la academia ya no va ser la misma sin su presencia. Me siento frente a ella y busco por la cafetería a la bonita chica de pelo negro. Hoy debe de tener fiesta porque no la veo por ningún lado.

—Tu cara vuelve a resplandecer, *bella.* —Aprieta mis manos con las suyas por encima de la mesa con cariño—. Tenía muchas ganas de poder conversar contigo y hablar sin tener que ocultarte información. El día que le dieron la paliza a Marco, no te puedes imaginar lo mal que lo pasé, tu cara despavorida me quedó grabada en la retina. Supiste intuir que algo le había ocurrido. Eres especial, pero aún no lo sabes. —Me ruborizo por sus bonitas palabras, pese a que un nudo oprime mi estómago. Aún recuerdo ese maldito día—. Como un diablo nos amenazó a todos para protegerte.

—No te sientas culpable. Ahora lo veo todo con más claridad y entiendo que vuestro trabajo es muy serio. —Sonrío para mostrarle

sinceridad.

—Como habrás comprobado, también soy policía. Estoy en la comisaría con Alessandro, que es el jefe de la unidad de investigación. He tenido que dejar mi puesto en la academia, porque lo sucedido ha dificultado el operativo que llevamos a cabo. Hay un gran contrabando de droga en la zona y la universidad era uno de los puntos calientes en la pesquisa. Sin embargo, ahora me requieren para averiguar qué ha podido pasar y quién ha podido hacerle esa crueldad a nuestro compañero. —Asiento apenada y un temblor recorre mi cuerpo al pensar en que puedan hacerle lo mismo a mi llama gemela —. Hablaré de mí porque hace poco que al fin Marco se ha decidido a confesarte lo que tanto le agobiaba y no sé qué te ha contado.

—Solo eso. No nos ha dado tiempo de más. La noche de su cumpleaños quiso hablar conmigo, pero lo vi tan abatido que no lo dejé.

—Bien hecho, cariño. No me cansaré de repetirte que siente una infinita adoración por ti. Solo hay que ver la luz que desprendes. —Noto cómo mis mejillas vuelven a sonrojarse—. Es una gran persona, cariñoso y muy protector. En exceso contigo, lo reconozco. —Resopla, y reímos a la vez—. Tenéis que acabar de hablar para que lo vuestro siga avanzando.

—Sí. Está inquieto porque no lo ha hecho ya, cree que voy a volver a dejarlo. De todas formas, creo que es mejor hacerlo cuando esto se haya calmado y podamos entablar una conversación sin que nada ni nadie nos entorpezca.

El desagradable jefe de Daniela, con su peculiar humor, se acerca, y pedimos dos rooibos con canela. Toma nota y se va con su prominente barriga hacia la barra.

—Por su ex no te preocupes. Te lo digo muy en serio. Solo vino a cubrir la baja de él y se ha quedado porque necesitamos más efectivos. Un día la oí cómo le suplicaba al jefe en su despacho que la dejara dentro para poder mejorar su expediente. —Se acerca a mí y, con el entrecejo arrugado, me confiesa que es una arpía.

—¿Estás segura? —pregunto arqueando la ceja. Nos carcajeamos por la evidencia.

Tomamos nuestra infusión caliente, hablando como buenas amigas, y me comenta anécdotas de su trabajo. Habla animada sin censuras y me sorprende con sus dotes adivinatorias. Me deja sin aliento en algunas situaciones en las que se ha visto envuelta. Hasta puede llegar

a visualizar alguna imagen en el escenario de un crimen. Alucinada con cada palabra que expresa, recuerdo la primera vez que la vi.

—Entonces, me viste llegar, ¿cierto? —me burlo.

—Es evidente, cuando me habló por primera vez de ti, sabía que eras tú. Todavía recuerdo con mucha gracia lo confundido que estaba porque no sabía qué era lo que se estaba cociendo en su interior. —Hago una mueca y pienso en él con ternura. Doy un sorbo a la taza, ahora quiero compartir algo con ella que me inquieta.

—Me preocupan sus pesadillas. —Me muestro atosigada.

—Las tiene desde hace años. Habían remitido, en cambio, han vuelto a aparecer con más intensidad. He hablado con él de esto y sabe de sobra qué debe hacer. Es muy tozudo —se lamenta—. Incluso se había creado una coraza para dejar de sentir y noquear cualquier sentimiento o debilidad. De ahí su desconcierto cuando apareciste en su vida. No supo cómo frenarte. —Mis lágrimas piden permiso para salir.

—Entonces, ¿yo soy la culpable de que hayan vuelto?

—No, cariño. Tú eres su lección para amar de nuevo sin aversiones. Tiene que volver a querer a otro ser sin miedo a perderlo. Aceptar que lo que estáis viviendo es algo maravilloso sin pensar en el inmenso dolor que eso provoca. Le cuesta vivir el presente cuando su pasado vuelve para torturarlo continuamente. Has pasado a formar parte de su pequeño círculo amado de personas, y quiere protegerlas de tal modo que no se da cuenta de que se está consumiendo por dentro porque el futuro no puede controlarlo. Ha sido testigo de cada ser querido que ha perdido. En ese círculo solo le quedas tú, y eso le provoca ansiedad.

—Tú también estás dentro. ¡Te adora! —le digo hipando con la cara humedecida.

—Es diferente. Yo estoy de paso en su vida, pero vosotros estáis entrelazados por algo mágico que perdurará en el tiempo.

Arranco a llorar desconsolada porque no tengo ni idea de cómo hacer que aprenda esa lección que tanto insiste esta sabia mujer. Solo me queda esperar a que se abra a mí y ayudarlo a superar lo que le angustia.

Coge un pañuelo de su bolso y me lo ofrece. Durante unos minutos no veo modo de parar el cúmulo de lágrimas que caen por mis mejillas. Respiro asimilando el momento e intento gestionar cada una de las palabras, consejos y ánimos que me dice con una voz calmada.

Insiste en pagar ella. Se acerca a la barra mientras voy al baño para limpiarme los ojos ennegrecidos por el rímel. Más aliviada quizás por todo lo que me transmite, y sus continuos gestos de cariño, me acompaña hasta casa dando un paseo por el bohemio barrio de Brera. El sol ya se ha puesto y se nota la bajada de temperatura. De un modo gracioso insta a que me coja de su brazo, y yo, encantada, lo hago. Cerca de ella siento una calidez inmensa, sin embargo, esa sensación pasa a congelarse cuando en el giro de una de las calles veo aparecer a la misma vidente que se atrevió a intuir mi futuro. Lleva la misma falda larga, con un gran fular negro por los hombros donde esconde su larga melena canosa y parte de su cara demacrada por el paso de los años. Con disimulo, me escondo detrás de la espalda de mi acompañante para que no me vea. Cándida advierte extrañada mi gesto y, antes de descubrir qué me ocurre, la vidente se acerca a ella para saludarla.

—¡Zaphira! —la nombra y me aprieta la mano al notar mi temblor —. Te veo estupenda. ¿Qué es de tu vida? —pregunta con plena confianza.

—Los años no pasan en balde. He estado mejor —responde seca y frunce el ceño. Mueve la cabeza continuamente para intentar verme el rostro.

—¿De qué conoces a esta *ragazza*? —dice muy seria.

—Es una buena amiga que ha venido de Barcelona para estudiar aquí —añade orgullosa. Ella, en cambio, mantiene su fría actitud y se le acerca al oído para susurrarle algo que no logro descifrar. Inclino la cabeza, pero me es imposible captarlo bien por la bajeza de su voz.

—El ave fénix arderá en su propio infierno para resurgir de sus cenizas. Cuídala como la madre que nunca fuiste. Te necesitará. —Se coloca de nuevo el fular que le había resbalado de la cabeza y se despide de ella. Antes de girarse para ir al lugar donde tiene su mesa con diferentes tipos de cartas, clava sus tenebrosos ojos en mis pupilas.

—Cariño, ¿te has cruzado alguna vez con ella?

—Sí —le confieso algo aturdida.

—¿Qué te dijo? —pregunta forzando una sonrisa.

—Que mis manos se verán manchadas de sangre.

A buen recaudo entre sus brazos, caminamos acelerando el paso. Extrañada por su gesto, le pregunto si es algo grave. Algunas videntes trabajan falsamente para ganar dinero y engañar a los turistas que

pasean por esta enigmática zona. A saber de dónde sacan esas predicciones. Con una gran sonrisa, y de un modo muy tierno, me mira.

—No te preocupes, mi niña. Todo va a ir bien.

Llegamos con un silencio incómodo al apartamento y, antes de subir, me comenta que al final de semana se celebrará el entierro de Salvatore.

—No sé si es buena idea que aparezca por allí, es un momento delicado, además, Marco no me ha dicho nada.

—Ni te lo va a decir. Le cuesta compartir sus duros momentos con alguien. Te aseguro que le hará feliz verte allí.

Con cariño se despide, le agradezco la maravillosa tarde a su lado, y subo las escaleras con rapidez para llamarlo con la esperanza de que sea él el que me lo pida.

22
Marco

Salgo de la ducha corriendo en cuanto escucho el teléfono sonar en mi habitación, ojalá sea ella. Sí, lo es. Hemos hablado durante una hora, le he recordado lo mucho que la echo de menos y las ganas que tengo de morder sus carnosos labios. Ha pasado la tarde con Cándida, eso me hace muy feliz, es fascinante la complicidad que tienen ambas. Antes de colgar, me hubiese gustado decirle que me acompañara al funeral de mi compañero, al final no me he atrevido, no es el lugar adecuado para ella lleno de agentes con pistolas cargadas por si la cosa se complica y los secuaces de los capos aparecen por allí. La mafia suele mostrar respeto hacia este tipo de acontecimientos, aun así, mi prioridad sigue siendo protegerla.

Durante esta semana el objetivo principal es encontrar pruebas relevantes que nos lleven a los asesinos de Salvatore y el motivo de su muerte. Me estremezco al pensar en cuándo se enteraron que era de investigación. Una de las peores cosas que se le puede hacer a la mafia es traicionarla y que encima seas policía.

Lo que ha ocurrido es muy grave y complica el operativo. Tenemos que estar pendientes de cualquier noticia que aporte Fabrizio. Todo el equipo está cansado, están siendo duras jornadas de más de catorce horas de trabajo, las pocas que me quedan libres las utilizo para dormir. Se hace insoportable no estar a su lado, me muero de ganas por verla. Ella se siente igual, no obstante, ha insistido para tranquilizarme, que el hecho de no vernos lo entiende, así puede prepararse los exámenes que se aproximan del trimestre.

Después del entierro, el jefe nos dará unos días de descanso. Está orgulloso del modo en el que estamos llevando el servicio, de todas formas necesitamos desconectar para volver a ser productivos. Física y mentalmente estamos agotados. El otro turno de investigación ocupará nuestro lugar durante un par de días.

Estoy ilusionado por la sorpresa que le he preparado. Ella y yo

solos, viajaremos a un rincón de Italia donde podremos conversar con tranquilidad fuera de esta zona podrida por la mafia. La voy a llevar a un lugar especial que sé que le va a encantar. He hablado con sus amigas para que sean cómplices y le preparen una mochila con una muda. Han accedido a regañadientes. Me la tienen jurada desde entonces, siguen amenazándome con que como vuelva a destrozarle el corazón me cogerán por los... «Ya duele», me quejo. No pienso hacerlo, quiero cambiar por ella, por mí, por nosotros.

Amanece, hoy se celebra el funeral de Salvatore y el día apunta gris. Desde la ventana advierto cómo empieza a chispear. A un día de nuestro especial encuentro cruzo los dedos para que el del tiempo no se equivoque y el sol radiante del fin de semana que ha pronosticado sea cierto. Voy a cometer otra locura y quiero que forme parte de ella.

A media mañana salimos mis compañeros y yo del apartamento para dirigirnos juntos a comisaría antes de ir al cementerio. Nos hemos vestido con prendas oscuras, me sorprende la camisa blanca que se ha puesto mi ex. No soy quién para juzgar. Cada uno que lleve lo que le venga en gana, pero quizás no sea lo más correcto.

Aparco en el lugar de siempre, en silencio bajamos del coche, entristecidos, estamos de acuerdo en que los funerales no son agradables, además de que el día tampoco acompaña. Diviso a Cándida en la puerta de entrada hablando por teléfono, voy hasta ella para saludarla con un beso en la mejilla, y me recibe con una gran sonrisa.

—Cariño, entrad. Antonio me está dando el resultado de las pruebas de la autopsia. —Aprecio cierto brillo en sus ojos, habla tontorrona, como el otro día en el Instituto Médico Forense. Arqueo una ceja, y de una palmada en el hombro me echa para que no siga cotilleando.

Una vez dentro del despacho nos acomodamos en las diferentes sillas que ha puesto Alessandro. Antes de que venga a pasar las novedades observo a mi fiel amigo cómo se remueve inquieto, somos como la noche y el día, pero a ambos la muerte nos arrebató a personas que amábamos, y hoy más que nunca volvemos a recordarlos. Julia se lima las uñas con tranquilidad, no llegó a conocer a nuestro compañero fallecido, así que casi no le afecta, y Raquel me tiene confundido. La observo a la vez que teclea en su móvil y recuerdo cómo se alegraba la otra noche de la posibilidad de que Lucía y yo llegáramos a casarnos.

Pasados unos minutos, el italiano da paso a Cándida que viene con una carpeta en mano. Entra agitado, se aprecian unas bolsas oscuras en sus ojos y, después de saludar con tono áspero, al entrar, intuyo el estrés al que debe de estar sometido.

—Compañeros… —Carraspea—. La muerte fue en el acto provocada por un tiro a bocajarro en la nuca, se desangró y lo dejaron en mitad de la carretera hasta que lo encontró un camionero. Antes del disparo, para los que no estuvieron en el laboratorio, podéis observar cómo lo sometieron a torturas. —Deja sobre la mesa las diferentes fotos en las que aparece el cadáver.

Raquel las mira con interés, en cambio, mi ex lo hace horrorizada. El trabajo que desempaña en investigación es más de oficina, la veo tan afectada que le froto el hombro para tranquilizarla y le indico que, si es necesario, salga fuera a tomar el aire. Son imágenes muy duras.

Cándida prosigue:

—Le cosieron la boca por no hablar, además de marcarlo con un cuchillo el nombre de Judas en el pecho, por traición a la mafia. Ya disponemos de dos pistas que nos podrían ayudar para averiguar cuándo y dónde se puede llevar a cabo la entrega.

—Ambas tienen relación con el cuadro de Leonardo da Vinci. *La Última Cena* se representa en Semana Santa y el maldito lugar nos lleva por el camino de la amargura porque no hay manera de averiguarlo —dice el rubiales a la vez que se levanta de la silla, desesperado.

—¿El convento queda descartado definitivamente? —pregunta la pelirroja.

—Sí. He hablado con el Maestro General de la Orden de Predicadores, y se niega a seguir dando información del tema. Han llegado a ofenderse por pensar en esa barbaridad —comenta el italiano frustrado levantando los brazos.

—El optograma, que es la última imagen que ve la víctima antes de morir, extraído de su retina, ha confirmado mis sospechas. El perfil distorsionado que se ve en sus pupilas es el de Mario Bellini.

—¿Quién disparó a bocajarro, entonces? —pregunta Julia, sorprendida.

—Carlo Bianco —respondo y aprieto los puños—. El asesino de policías, el mismo cabrón que mató a mi padre. —Todos me miran angustiados porque saben lo repulsivo que es para mí nombrarlo.

—Así es, mi intuición me lleva hasta él —añade Cándida. Se acerca

para apretarme la mano—. Lo siento, cariño. Sé lo duro que es que vuelvas a rememorar esos instantes.

—¡Vamos a ir a por Carlo y a por todos los de su clan, *amico*! No pararemos hasta verlos entre rejas —alza la voz el jefe dándome ánimos—. Tenemos que irnos. Ya casi es la hora. Nos marcharemos en diferentes coches. Marco y Javier iréis en uno, allí dentro os espera, resguardado, Fabrizio para pasaros novedades. Vosotras coged el de paisano, y yo antes de ir allí tengo que recoger a mi *mamma*. Ha insistido en acompañarme. —Resopla.

Salimos a la calle para organizar los vehículos, y me percato de que la entrañable mujer se queda quieta mirando de un lado a otro.

—¿No vas con ellas? —le pregunto extrañado.

—Cariño, viene Antonio a buscarme. Lo conocía y desea estar también presente. —Arqueo la ceja.

—Pensé que era el único hombre de tu vida —bromeo.

—Y lo eres. Palabrita del niño Jesús. —Me pellizca de la mejilla sonriendo, al segundo, cambia su facción—. Te pedí que volvieses a conquistar a Lucía con tus bonitas palabras, pero ¿pedirle matrimonio? —me regaña.

—¿Te ha dicho algo? —Mantengo la esperanza. Niega con la cabeza—. No quiere casarse conmigo. —Le hago un puchero.

—Es muy joven, está confusa con todo lo sucedido y está centrada en su último año de carrera. ¿Qué esperabas? Eso no significa que no esté enamoradísima de ti, está loca por ti, cariño.

—Se casará conmigo. Ya lo verás. ———Le guiño un ojo antes de irme.

Javier conduce el coche hasta llegar al Cementerio Monumental. Una vez dentro, admiro la increíble cantidad de estatuas y esculturas que lucen en él. Más bien parece un museo al aire libre. Fabrizio nos ha dado la ubicación y caminamos hasta llegar a una de las áreas reservadas para personas no católicas, el rincón en el que destacan los judíos y familias que no profesaban el catolicismo. Pienso que todos tienen derecho a morir con dignidad.

Escondido entre los cipreses se encuentra mi camarada. Nos acercamos hasta él y, con afecto, lo abrazamos. Va vestido todo de negro con un abrigo largo hasta las rodillas. La solapa de la chaqueta la lleva levantada para tapar su cara demacrada y unas grandes gafas oscuras ocultan sus ojos.

—*Colleghi* —murmura con voz ronca—, el ambiente está muy tenso.

La entrega se acerca y con lo sucedido saben que la policía les está pisando los talones. Los clanes desconfían de todo el mundo. Ya le he comunicado al jefe que he tenido que deshacerme de todos los micrófonos. En la mansión, cada vez que entramos, nos registran de arriba abajo. Ser la mano derecha de Giuseppe Bianco tiene sus privilegios, sin embargo, ahora, ni yo me escapo del cacheo.

—¡*Cazzo*! —exclamo preocupado—. Ten cuidado, amigo. Sabes que en cuanto des la señal vamos a tu encuentro como haga falta.

—Estaré bien, *amico*, tienen plena confianza en mí. Vosotros sois los que tenéis que cubriros bien las espaldas. Te recuerdo, Marco, que con lo de Lucca te tienen fichado. No saben que eres policía, así que intenta pasar desapercibido todo lo que puedas. —Asiento.

—¿Qué se sabe del pequeño de los Bianco? —se adelanta el rubiales en preguntar.

—Nada. —Levanta los brazos—. Lo tienen repudiado en algún lugar del mundo. La mala organización con el tráfico de drogas y los abusos a chicas le han perjudicado notablemente en el entorno familiar. —En ese instante me viene ella a la mente y tenso la mandíbula al recordar sus asquerosas manos en su cuerpo.

Poco después nos despedimos con un fuerte abrazo, ya que recibo un mensaje de Alessandro avisándonos de que están esperándonos para dar sepultura. Aprecio mucho a este hombre y admiro la gran labor que está haciendo en el operativo. Él se queda escondido entre los arbustos para dar el último adiós al compañero, y nosotros nos dirigimos donde se encuentra gran parte de la comisaría. Me apena ver que no ha venido ningún familiar a despedirlo.

El sacerdote ya se encuentra en el lugar para oficiar la misa. Nos ponemos todos a su alrededor, y yo me sitúo frente a él, sin levantar la vista del ataúd. A un lado tengo a Cándida, que me aprieta de la mano para darme consuelo, y al otro se encuentra mi ex apoyada en mi hombro. Ambas saben lo poco que me gusta estar aquí. Les agradezco el apoyo, sin embargo, a la que desearía tener en estos instantes junto a mí es a mi preciosa chica.

Después de unas bonitas palabras en recuerdo a Salvatore, hacemos un minuto de silencio para despedirnos de él. Cierro los ojos recordando buenos momentos a su lado, a continuación, con un impoluto silencio en el lugar, los abro y a unos cuantos pasos de mí veo a un hermoso ángel.

23
Lucía

Frente a él, y pese a lo desagradable de la situación, no puedo evitar excitarme con su presencia. Trago saliva y mi cuerpo me advierte lo mucho que lo ha echado de menos. Verlo tan elegante, con esa gabardina negra y un jersey de cuello alto del mismo color, hace que se me dispare el pulso.

He suplicado a mis amigas que me acompañaran al cementerio porque quería estar, en estos duros momentos, a su lado, aunque fuese en la distancia, además de que Cándida me animó a ello. Elena no ha puesto resistencia a venir conmigo. En cuanto a Lara, me ha costado más convencerla. Alessandro no le ha dicho nada, ni Marco a mí tampoco. Entiendo que, como a mí, no nos han dado vela en este entierro, sin embargo, sentía que debía estar aquí. La cara de sorpresa que han puesto cuando nos han visto no acabo de saber si es de alegría o de enfado.

A su galán italiano lo acompaña su madre. Aún me duele el pellizco que me ha dado Lara en el cachete del culo echándome en cara que no tendría que haber venido, menudo lugar para conocer a la matriarca.

Mi otra mitad se me acerca al oído para cuchichearme algo:

—¿Has visto cómo se ha apoyado en su hombro en cuanto te ha visto llegar? —Asiento con la cabeza porque mis dientes siguen apretados.

—Mala pécora —murmura Lara—. Tendrá poca vergüenza. Todo el mundo de negro, y ella con una camisa blanca semiabierta.

Elena me da un codazo en el lateral, advierte de que casi todos vienen hacia nosotras. Sin saber bien si se alegran de vernos allí, ella se endereza y, con sorna, exclama:

—¡Las tres Marías se preparan para la carga!

Sin moverme, respiro varias veces, angustiada. Estoy invadiendo su lado profesional del que poco conozco, así que dudo de cómo va a reaccionar. Sin embargo, aprecio cómo aligera el paso y, casi cuando

aspiro su aroma a cuero y canela, me abraza tan fuerte que caigo rendida a sus brazos. Derretida por su gesto, me aprieta de las mejillas y me da un casto beso en los labios.

—No sabes lo feliz que me hace verte aquí —susurra observándome con ojos brillantes.

—Sin duda te habría acompañado si me lo hubieses pedido.

—Lo sé. —Frunce el ceño, arrepentido—. Sabes lo que me cuesta compartir mis mierdas contigo. ¿Cómo sabías que…? —Nuestra celestina, acompañada por un peculiar señor, se acerca para rodearme con cariño.

—Se lo dije yo. —Me guiña un ojo. Con una sonrisa se despide y, junto al hombre, se van hacia la salida del cementerio.

De nuevo me abraza con su cálido cuerpo. Cierro los ojos para inspirar y retener todo el amor que siento por él y, de repente, noto cómo alguien nos separa.

—Deja un poco para los demás. —Javier me recoge entre sus brazos y me achucha con fuerza—. Son necesarios veinte segundos para hacer que la serotonina se desprenda y produzca una infinidad de beneficios en el cuerpo.

Marco cuenta rápido ese tiempo y resopla porque no deja de hacerlo. Verlos bromear de ese modo me divierte. Javi sigue sin soltarme, en mitad del achuchón, advierto a unos metros de nosotros cómo la bruja de su ex me mira con odio. Me protejo mentalmente, para que no me estropee este encantador momento junto a mis dos hombres favoritos. Marco, aparentemente mosqueado, consigue apartarlo, de guasa lo acusa de acaparador. Entonces vuelve a estrujarme, y esta vez el vello se me eriza al percibir con el sentimiento que lo hace.

Juntos, de la mano, caminamos hacia la salida, fascinada observo todo el valor artístico que tiene el lugar. Elena habla animada con Javier delante de nosotros. Cerca de ellos van sus dos compañeras, he llegado a sorprenderme con los dos besos que me ha dado Raquel cuando me ha visto. ¿Y Lara? ¿Dónde está ella? ¡Mierda! ¡Me mata! Está cerca de su galán italiano hablando con su madre. Su mirada asesina hacia mi persona me provoca un escalofrío. Le pido perdón con las manos, disimulando, cuando pasamos por su lado. La elegantísima mujer en cuanto nos ve saluda a Marco y me mira con curiosidad.

—¡*Caro mio*! Cuánto tiempo sin verte. —Gesticula, exagerada, y se

acerca a él para besarlo con efusividad.

—*Ciao, mamma.* —¿Así la llaman?—. Te presento a mi novia, Lucía. —¿Novia? Es la primera vez que me nombra así. Emocionada, me sonrojo.

—¡Oh, es *bellisima*! —Me da dos sonoros besos. Le agradezco el piropo y queda de espaldas a su hijo—. ¿Por qué no venís a casa a comer? —El ambiente se crispa cuando observamos a su hijo y a mi amiga negar encarecidamente con los brazos. Me parece tan surrealista que no puedo evitar toser para disimular mi risa.

—Lo… lo siento. Me… me sabe fatal, pero hemos quedado. —Sus pupilas van de un lado a otro. Incluso el italiano se pasa el dedo por el cuello amenazándolo.

—Oh… —se queja lastimosa—. Pensaba hacerte lentejas, *caro mio.* —Los ojos de él dejan de moverse y, como si fuese una encantadora de serpientes, la observa—. Como a ti te gustan.

—¿Lentejas? —Le doy un codazo para que reaccione. Mira por última vez las amenazas que hacen a sus espaldas y sin pensarlo responde—. Encantado de volver a probarlas.

—Os espero a todos en mi casa, ahora. ¡No se hable más! Tráete a tus amigos, haremos una gran comida familiar. No es el mejor día para celebraciones, pero sí que es un modo de honrar a un compañero fallecido.

Se aleja, orgullosa de haber conseguido su objetivo, contoneando las caderas con esa clase que la caracteriza, pienso en que debería tener una alfombra roja para pisarla cada vez que da un paso con esos Manolo clásicos que lleva puestos en los pies. Se agarra del brazo de su hijo con firmeza, y Lara, antes de ir tras ellos, mira intimidándome.

—Sabes que nos van a matar, ¿no? —añado entre dientes.

—Si lo hacen que sea con el estómago lleno. —Ríe feliz y me sube a horcajadas en su exuberante cuerpo.

Nuestros amigos van en coche hasta donde vive la madre de Alessandro. Nosotros preferimos ir andando con el paraguas que nos ha dejado Javier. Es muy romántico caminar abrazados bajo la lluvia. No lo hace de manera intensa, aunque lo suficiente para rodearme con su brazo y que no me moje.

Después de disfrutar del agradable paseo, pasados unos minutos, llegamos a un edificio de estilo neoclásico. Observo asombrada el gran valor arquitectónico que tiene, nos encontramos en uno de los barrios más caros de Milán. Tocamos al videoportero, y enseguida nos abren.

Seguro que hay un gran revuelo montado por la comida, aun así, sin saber con lo que nos vamos a encontrar, subimos con tranquilidad por las escaleras, sin prisas, concediéndonos un apasionado beso de vez en cuando.

La *mamma* abre la puerta, emocionada, y nos abraza a ambos a la vez, feliz de que hayamos llegado ya. Somos los últimos. Entramos con buenas vibraciones para aplacar los posibles humos, me hace especial ilusión verlos a todos juntos, sin embargo, mi alegría se evapora cuando veo a su ex sentada en el respaldo de uno de los sillones limándose las uñas. Su mirada me atraviesa. También la han invitado, claro, no me hago a la idea de que está dentro del círculo. Del mío no. ¡Por supuesto!

—Sentaos, las *lentichie* ya están a punto —alza la voz la mujer. Hasta con el delantal puesto está elegantísima y, sin rechistar, todos le hacen caso.

La mesa es rectangular. Ella la preside, entonces pide a su «nuera» que se siente a su lado. La cara atónita que ha puesto mi amiga es digna de ver, la de su hijo ni te cuento. Así que en una de las alas se sienta ella, Alessandro, Javier y Elena. En la otra me siento en frente de Lara, Marco, cómo no, la bruja de su ex lo hace a su lado y Raquel. Orgullosísima de vernos allí sentados, en la mesa decorada con mucho gusto, se dirige a la cocina. El ambiente está tenso, y nadie se atreve a soltar la bomba para no estropearle la comida a la pobre señora. En cambio, Elena y Javi cuchichean de lo lindo. Se mofan discretos del panorama que estamos viviendo. Me uno a ellos y les hago una mueca. Son los que más están disfrutando, sin duda.

Huele de maravilla y recuerdo cómo Marco se ha entusiasmado cuando le ha nombrado la comida.

—¿Desde cuándo te gustan tanto las lentejas? —le pregunto animada.

—Desde siempre —contesta su ex, a la vez que lo aparta para mirarme—. Cuando estábamos juntos se chupaba los dedos con mis guisos. Parece mentira que no sepas que es su plato favorito —responde petulante.

Mi respiración se acelera. Él es el primer sorprendido con sus palabras, apoya su mano en mi muslo para que me tranquilice porque va a mil por hora. Sin embargo, no comenta nada y eso me molesta. Mis amigas no dan crédito a la prepotencia de ella y ambas arrugan el entrecejo muy, pero que muy enfadadas.

La *mamma,* con su gran salero, sin sospechar lo que se cuece, trae la olla y sirve los platos a una parte de la mesa. En cada uno pone un par de cucharones y le añade un trozo de fiambre de cerdo llamado *cotechino.*

—Empezad ya. Hay que comerlas calentitas, que no se enfríen, con el día que hace hoy apetecen —ordena.

Todos cogen el cubierto para empezar a degustar el delicioso guiso.

Con elegancia me sirve, y se lo agradezco. Cojo la cuchara y saboreo lo que huele tan bien. Marco, viendo que ya no he vuelto a dirigirle la palabra, para romper el hielo me comenta lo mucho que me van a gustar. Intuye que sigo mosqueada por mi semblante serio. Justo cuando le está sirviendo, es ella la que suelta la bomba:

—¡*Caro mio*! Me he enterado de que os vais a casar —dice sorprendiéndonos a todos.

Mi reacción no es otra que empezar a toser y alguna legumbre se escapa por la boca. Su ex vuelve al ataque, y yo, sin embargo, me mantengo con una gran paciencia y educación.

—Le han dado calabazas, señora. Qué pena. Después de esa bonita declaración cualquier chica le hubiese dicho que sí. —Marco me da palmadas en la espalda, y oigo cómo ella le susurra al oído a Raquel la poca educación que tengo tosiendo como una salvaje. Si yo lo he oído, él también y no es capaz de defenderme.

—¿Como tú, por ejemplo? —La reta con la mirada mi otra mitad.

Lara también la ha oído y, con los pelos erizados de oír semejante barbaridad, le pide con afecto a su «suegra» que le dé el honor de servir su plato. El italiano la mira horrorizado, nadie pierde detalle del cruce de miradas que se está llevando a cabo.

Le sirve el plato a la *mamma* y a continuación sigue con el de la malvada bruja.

—Ya te sirvo yo, querida —le dice con sarcasmo—. No vayas a romperte una uña. —Le acerca el plato y, cuando va a cogerlo, le pone el *cotechino* de mala gana y acaba salpicándole toda la cara camisa de seda blanca. Enfurecida, mientras se limpia, no entendemos lo que dice entre dientes, sin embargo, Lara sí que lo ha captado.

—¡Oh! Lo siento —se mofa—. Es lo que tiene ser una salvaje.

Las tres Marías nos desternillamos. Incluso me parece ver una mueca por parte de Raquel. Javier tampoco puede contenerse y se ríe, Alessandro y la *mamma* no acaban de entender qué es lo que está pasando, y Marco, pienso apenada, el que más esperaba que me

apoyase en estos momentos, está ceñudo con los brazos cruzados en su sitio.

—Podemos acabar de comer —alza la voz, cabreado. Sorprendidos por su actitud, se hace el silencio—. Deja ya de reírte y come.

¿Cómo se atreve a decirme lo que tengo que hacer? Me levanto de la silla, enfurecida, con las mejillas ardiendo, sin haber terminado el plato.

—¿En serio me estás pidiendo eso? ¿Quién te has creído que eres? —Lo reto con la mirada y le cojo el tabaco que le sobresale de su gabardina—. Ahora ya puedes decir lo que te dé la gana. Llámame maleducada, pero con razón —le digo a la golfa que acaba de estropearme la mañana. Su facción triunfante me indica que ha logrado su propósito.

Estoy muy furiosa, prefiero salir a la terraza, porque si me quedo ahí dentro puede que le arranque esa cabellera decolorada que lleva. Acabo de encenderme el cigarro cuando Javier abre la puerta y se acerca a mí con una tierna sonrisa a consolarme.

—No le hagas caso, cielo. Solo está celosa porque tú has logrado lo que ella no hubiese conseguido en su vida.

—Lo peor de todo no es ella. Es la actitud que ha mantenido él durante toda la comida. Es lo que más me ha entristecido. —La calada que hago tan intensa hace que me maree.

—Es humilde y no quiere ver sufrir a nadie. Su ex siempre ha sido muy atenta con él. Percibe que está dolida, por eso le sabe mal, de todas formas, no conoce su verdadera cara. —Se acerca más a mí y al oído me susurra—: Nunca le conté que cuando eran pareja intentó acostarse conmigo una noche en la que se encontraba trabajando, vino a mi piso buscando consejo, la relación ya estaba deteriorada. Aun así, no era excusa para meterse en mi cama. Avergonzada por lo sucedido, me pidió perdón, aunque el mal ya estaba hecho. —Mis ojos se abren como platos y mi odio por ella crece. Me siento mal por Marco. De todas formas, no pienso perdonarle su actitud.

—Creo que me voy a ir. No la aguanto más y, con lo que acabas de decirme, menos todavía —expreso frustrada.

—Si te vas, habrá ganado. Es lo que busca desde que apareciste en su vida, y a él le va a doler que lo dejes solo con el ambiente hostil que se respira. No te vayas, por favor.

—Está bien. Me quedo porque me lo pides tú. —Con cariño le muestro mi mejor sonrisa.

Con afecto nos abrazamos, para finalizar acaba dándome un sonoro beso en la mejilla. Entramos al salón. El aire que se respira es tenso. No soy capaz de mirar a ninguno de los dos a la cara. Algo más calmados, acabamos de comer. Elena, Javier e incluso Raquel son los que intentan amenizar la comida lo mejor posible. Lara y Alessandro tampoco están bien, me parece notar un atisbo de mosqueo por su parte. En lo que acabo de tomarme la infusión digestiva que nos ha preparado la encantadora mujer, percibo cómo el pecho de Marco sube y baja continuamente. Por un momento siento una pizca de compasión por la relevante noticia que me ha contado Javi de su ex. ¡Será zorra! La rabia vuelve a mí, sin embargo, en esta ocasión me retiro de la mesa con educación. Agradeciéndole con un abrazo la comida a esta bellísima mujer y me despido de todos.

Mis amigas se levantan al instante para acompañarme al apartamento. Se despiden también, entonces observo cómo Lara lo hace de la *mamma*, me gusta ver que el desparpajo de mi amiga parece haberla sorprendido. Ella no huye cuando se ponen las cosas feas, asimismo, tengo claro que si algún día le habla de hijos sabrá dejarle las cosas claras con mucho tacto. Con el italiano se muestra tibante, al igual que yo con el mío.

A él no le ha sentado bien mi decisión. Me dirijo al ropero para coger la chaqueta, y se acerca enseguida para tomarme por la cintura.

—No quiero que te vayas —murmura con voz ronca.

—Demasiado tarde. —Me aparto de sus tentadoras manos.

—Pensé que eras más lista y no ibas a rebajarte a su nivel —pronuncia muy serio—. Su comportamiento ha sido horrible, lo sé, está dolida. No acepta que lo nuestro se ha terminado.

—No puedes quedar bien con todo el mundo porque la que está dolida ahora soy yo. —Si no lo superó, anda que tardó en intentar acostarse con su mejor amigo, me muerdo la lengua—. Me llama salvaje cuando ella es la primera en ser así. —Me remango para que vea el brazo amoratado y las costras de sus uñas clavadas en mi piel. Abre la boca y, turbado, roza mis heridas con el dedo. Me bajo la manga del jersey enseguida y, aunque no sienta lo que voy a decir, lo hago—: No te preocupes por mí. Ve a consolar a tu fina y delicada ex.

Mientras me pongo la chaqueta, resopla por mi directa, me giro para irme y coge con delicadeza mi mano para que no lo haga. Necesito desaparecer, si me quedo puede que arda Troya. Salimos por la puerta Las tres Marías, con la cabeza bien alta, sin

arrepentimientos, solo nos falta la escoba para echar a volar.

Una vez llegamos al apartamento nos ponemos los mismos pijamas de unicornio que nos compramos en uno de los mercadillos de la ciudad. Desde el sofá advierto cómo las gotas de agua resbalan por el cristal de la terraza, entonces recuerdo que los días de lluvia no acaban de ser nuestro mejor tiempo. Lara va a la cocina, trae una botella de vino con tres copas, a continuación, hacemos un brindis por nosotras y le doy un buen trago.

—Bebe, lo digerirás mejor. —Lara me la empuja para que me la beba toda.

—Borracha voy a seguir siendo consciente de lo sucedido —le contesto hipando dándole el último sorbo.

—La muy arpía, cuando ha visto que os habéis abrazado Javi y tú en la terraza, le ha cuchicheado al oído al Machito algo así como que sois muy efusivos con vuestras muestras de cariño.

Gruño. Le pido que me rellene la copa de nuevo. No sé si es el vino o más bien la sangre que me hierve por dentro, que me noto exasperada.

—¿Qué ha dicho Marco? —pregunto reteniendo la respiración.

—«Confío plenamente en ellos. Y, si no quiere casarse conmigo, no me preocupa. Solo quiero estar con ella» —cita Lara cada una de las palabras dichas por él. Exhalo y alguna mariposa se atreve a volar por mi estómago.

—¡Será golfa! —grita mi otra mitad balbuceando por el efecto del alcohol—. Espero que con lo de hoy no se atreva a molestarte más. ¡Esta no sabe lo que somos capaces de hacer! —Alza la copa para un nuevo brindis.

—De todas maneras, voy a sacar algo positivo de todo esto. —Ríe la sinvergüenza—. Tengo que agradecer que ante vuestro espectáculo he pasado desapercibida en la comida de la suegra. ¡Prueba superada! —Retorcidas en el sofá, nos morimos de risa. A mi modo de verlo, no es exactamente lo que ha conseguido.

Al comprobar que mi risa va en aumento, me retiran la copa de la mano y de un modo sospechoso me cogen una a cada lado para acompañarme a mi habitación. Me obligan a meterme en la cama, y yo, con mi más que evidente diversión, no acabo de comprender a qué vienen estas prisas por acostarnos. Dentro de mi cueva particular, sin poder dormir, escucho el móvil vibrar. Lo dejé en la habitación cuando me puse el pijama, tengo varias llamadas de él. No pienso

llamarlo, aunque sí que abro sus mensajes.

Marco:
Lo siento.
¿Estás ahí?
¿Cuándo piensas cogerme el teléfono?
¿Sigues enfadada?

Está en línea. Al último voy a contestarle, por supuesto.

Lucía:
Estoy muy muy, pero que muy enfadada.

Contesto mientras se me escapa una mueca de guasa.

Marco:
¡Eres una cabezona!

Lucía:
Y tú, un idiota.

Marco:
Duérmete ya.

Lucía:
Deja ya de decirme lo que tengo que hacer.

Marco:
Yo también te quiero.

Lucía:
Pues… ¡¡¡YO NO!!!☺

Son las seis de la mañana cuando suena la alarma. «Yo no la activé anoche», me quejo. Abren la puerta de golpe, como si de un secuestro se tratase, mis amigas me obligan a ducharme y recalcan: «Arréglate mucho». En una hora tengo que estar lista y no quieren decirme nada de la supuesta encerrona a la que estoy sometida. Estoy muerta de sueño, con resaca y, si no recuerdo mal, enfadada con Marco.

24
Marco

Apenas ha amanecido y ya estoy debajo de su apartamento, ilusionado como un niño, esperando a que baje. Confío plenamente en que sus amigas no me hayan dejado en la estacada por lo de ayer y se hayan chivado de la sorpresa que le tengo preparada. Me quito el casco y saco de las bolsas que llevo en los laterales una chaqueta para ella. Va a matarme cuando vea la moto, a estas horas y con el frío que hace, aunque mantengo la esperanza de que cuando lleguemos al destino se le pase el mosqueo.

Suena el móvil, es un mensaje de Elena. En breve baja y espeta:

—Te estaremos vigilando de cerca, Machito. Recuerda lo doloroso que puede ser. —Gruño.

Dichosa manía que tienen de llamarme de ese modo. Compruebo que mi máquina esté a punto para el trayecto y me fumo un cigarro. El viaje durará aproximadamente dos horas, pero antes pararemos en el Lago di Garda. Es el más grande de Italia, las temperaturas son suaves y aprovecharemos para comer allí. Una vez comprobado que todo está correcto, me apoyo en el sillín a darle las últimas caladas cuando sale por la puerta.

Enseguida me incorporo al ver cómo va vestida. No es el atuendo más apropiado para ir en moto, sin embargo, está tan sexi que no puedo evitar sentir calor en cierta parte de mi cuerpo.

En cuanto me ve su sonrisa se ensancha de oreja a oreja, aunque creo que acaba de darse cuenta de que estábamos enfadados y se torna seria.

—Voy a matarlas y después acabaré contigo. ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? —Pone los brazos en jarras.

—Quiero llevarte a un lugar especial.

—No pienso ir contigo a ninguna parte. Todavía no se me ha olvidado el cabreo de ayer. —Se cruza de brazos y me gira la cara. Si no se mueve del sitio es buena señal.

—Perdóname, joder. Llevo días preparando esta sorpresa, tus amigas han sido mis cómplices. No seas tan dura conmigo. ¡Ni tan cabezona! —¡Acabo de cagarla, ¡*cazzo*! Ruge como una leona y se da la vuelta para irse por donde ha venido. Voy detrás de ella, la cojo con suavidad de la cintura y la giro para que me mire a la cara—. Lo siento, ¿vale? Estás preciosa —susurro.

—Mis amigas son unas traidoras, pero tú eres un zalamero, como decía mi abuela. —Percibo un atisbo de esperanza, entonces, manteniendo las distancias, viene detrás de mí.

—¿Y pretendes que vaya así subida en la moto? —pregunta alarmada. Lleva una cazadora tejana con la que cubre un bonito vestido de vuelo marrón y unas botas altas hasta la rodilla del mismo color—. Voy a cambiarme —comenta decidida para ir de nuevo al apartamento.

Le agarro la mano, la acerco para sujetarla fuerte contra mi cuerpo encendido, algo tontorrona se resiste hasta acercarse a mí. Introduzco lentamente una de mis manos por debajo de su falda para apretarle con deseo el cachete del culo.

—No lo hagas —le suplico—. No te puedes ni imaginar lo que te haría así vestida y encima de la moto.

Noto su respiración acelerada y sus pezones endurecidos dan indicios de que está igual de excitada que yo. Acerco mis labios a los suyos, y la muy cabezona se aparta para dejarme con el mordisco en la boca. Me la tiene jurada.

—No acabo de verlo, pero está bien, iré así —comenta y se muerde el labio. ¡Será jodida! Quiere hacerme sufrir—. No quiero ni pensar qué me habrán metido las locas de mis amigas en esta mochila.

Intercambiamos maliciosas sonrisas mientras le ofrezco la chaqueta para que se la ponga encima de la que lleva y el casco. Agradezco al hombre del tiempo que no se haya equivocado en la predicción. El enorme sol que sale por el horizonte y las temperaturas que alcanzarán los quince grados nos acompañarán en este fabuloso fin de semana.

Se sube en el sillín, protestando, y salgo derrapando entusiasmado.

Doy gas a la moto con ganas, ya que vamos solos por la carretera. Estoy tan eufórico al llevar a mis dos pasiones conmigo en este viaje que cojo más velocidad. Se agarra con fuerza a mí, al fin he conseguido que lo haga, puesto que apenas me rozaba con sus pequeños pechos y, para celebrarlo, la deleito con un caballito. Me

aprieta varias veces con las rodillas y vuelvo a hacerlo porque es la única manera de soltar toda la adrenalina que corre por mis venas. Conozco otra, aunque no sé si está dispuesta a compartirla conmigo.

Enseguida llegamos al Lago di Garda. A través del retrovisor veo cómo mira asombrada de un lado a otro. Queda poco para llegar a nuestro destino, así que aprovecharemos para pasar el día por aquí, pero antes quiero probar algo. Aparco la moto con el caballete central en un lugar resguardado cerca del lago. Las vistas son maravillosas, sin embargo, prefiero darme la vuelta subido en ella y observar a la pecosa. Frente a ella le saco el casco, me hace mucha gracia ver cómo se le han quedado las marcas en la cara. Entonces, enfurruñada por meterme con ella, me aporrea en el pecho con las manos. Se las cojo para que reposen en mi nuca. Levanto sus piernas y hago que las ponga encima de mis muslos.

De golpe la arrastro hasta dejarla encajada en mi pelvis, el contacto hace que me ponga duro y nuestras pupilas se dilaten de placer. Sin rencores enlaza sus dedos en mi cabello, estira de los mechones para que acerque mis labios a los suyos, nuestras bocas se devoran y sin palabras acabamos perdonando todo lo sucedido. Le desabrocho la cremallera de la chaqueta y abro cada uno de los botones del vestido para después lamer sus pezones erguidos por el ardiente contacto. Arquea la espalda del gozo tan intenso que está sintiendo y apoya las manos en el sillín para poder abrir más sus piernas.

—¿Esto es seguro? —pregunta con la respiración entrecortada.

—Nunca lo he probado subido en la moto —pronuncio con voz ronca al mismo tiempo que mordisqueo su cuello—. El caballete en principio está diseñado para mantener un buen agarre en el suelo.

Algo más convencida por mi respuesta, me desabrocha el pantalón. Se aparta para meter la mano dentro de mis calzoncillos y con suavidad acaricia mis testículos, volviendo a sentir el chispazo en mis venas. Me estiro hacia atrás para que pueda tocarme mejor, apoyo la espalda en el depósito de la gasolina, elevo ligeramente las caderas para dejar al aire lo que me quema, deseoso por poseerla. Ella se eleva del sillín para bajar las medias y sus braguitas, que descienden con lentitud, y de golpe con una seductora mirada introduce mi miembro en su sexo ya lubricado. Ambos emitimos un gemido de inmenso placer por el roce de nuestra fina y ardiente piel.

Cabalga sobre mí, despacio, como una experta amazona, hechizado observo cómo se le revuelven los mechones de su larga melena con el

aire. Le abro los muslos para notarla más adentro y lo que concibo hace que vuelva a rugir. Apresura con cuidado sus movimientos porque no acaba de fiarse, sin embargo, es tan morboso verla encima de mí, ¡sobre mi moto, joder! Estoy a punto de correrme, entonces advierto cómo ella también se contrae una y otra vez acercándose al clímax.

Se arquea agarrando fuerte con sus dedos el sillín, jadea, noto cómo el calor la invade y la acompaño con mis embestidas para ascender juntos a lo más alto. Grita extasiada contemplando el cielo, y yo, embelesado, lo hago mirándola a ella. Acabamos de respirar este atrevido momento y, cuando se recompone, se inclina para apoyar su frente en mi hombro. Agotada, me sonríe traviesa.

—¿Has oído cómo nos han silbado? —Se tapa la cara.

—No. ¡Eres una desvergonzada! —Jugueteo con sus manos para que se descubra.

—Por un momento pensé que nos íbamos al suelo. —Ríe a carcajadas.

—Con lo delgada que te estás quedando, lo dudo. Me encanta cómo eres, pero cada vez tengo menos donde coger. —Le aprieto los cachetes del culo y la atraigo aún más a mí para regañarla—. Vamos a ir a un restaurante y no te vas a levantar de la mesa hasta que te lo comas todo.

—Eso son todos los tormentos que me das o puede que esté enamorada. —Se muerde el labio provocándome.

—¿Puede? —Le doy un mordisco por su provocación—. En serio, me preocupan tus mareos. Tienes que cuidarte. Yo cambiaré para no darte más disgustos, ¿aceptas? —le propongo con absoluta sinceridad.

—¡No se hable más! Vamos a comer, pero pago yo. —Añade resuelta. Refunfuño.

Este fin de semana le demostraré que lo nuestro es sincero y para siempre. Voy a encadenarla junto a mí, hago una mueca. Me mira extrañada por mis pensamientos. Le doy un casto beso y nos bajamos de la moto para acabar de recolocarnos la ropa. Se queja de que se le han roto las medias. Levanto las manos porque me declaro inocente de lo sucedido. Le comento que en el primer sitio que veamos para comer pararemos para poder ir al baño a cambiárselas. Una vez recompuestos de nuestro tórrido encuentro, doy gas a la moto y, para celebrarlo, vuelvo a sorprenderla con un caballito. Recuerdo que no debo darle más disgustos y, para tranquilizarla, le acaricio el muslo

desnudo hasta llegar al restaurante que queda a pie de carretera.

Aparco justo enfrente de la puerta. Entramos y veo que la gran parte de comensales son camioneros. Mi testosterona se altera en cuanto entramos y observo cómo se la comen con la mirada. Nos sentamos en una de las mesas que quedan al lado de un ventanal para poder controlar la moto. Me anuncia que va al baño y con la mochila a cuestas se dirige hacia allí pasando justo delante de todos los babosos que no la pierden de vista. Pasados unos minutos regresa sin medias y varios silbidos se oyen alardeando de sus bonitas piernas. Empiezo a ponerme algo nervioso, ella lo percibe y me tranquiliza cogiéndome de las manos. La imagen de Lucca sobándola indiscriminadamente aparece por mi mente.

—Mírame —me ordena, y lo hago—. No van a hacerme nada, ¿vale? —Asiento—. Las muy pécoras no me han puesto medias de recambio. Espero que no quede mucho para llegar. —Me hace un puchero.

Más sereno le hago una mueca y le comento que apenas quedan veinte minutos. Pedimos el menú al camarero y enseguida estamos comiendo. El servicio es rápido. Disfruto del momento viéndola devorar con gusto. Cómo coge las patatas fritas con la mano y se las mete de un modo gracioso en la boca. En cuanto acabamos, ella se levanta para ir a pagar a la barra, entretanto yo recojo la mochila. No me hace gracia que se levante con todos esos salidos saliéndosele los ojos, sin embargo, tengo que reconocer que cómo no van a admirarla con lo preciosa que es.

Me guardo la cartera en la chaqueta, cojo los cascos y, cuando levanto la vista, veo cómo uno de los camioneros se le acerca al oído para seguramente decirle cualquier obscenidad. Ella se aparta y lo insulta. Suelto todo en el sillón y, con los puños apretados y la furia de Kratos, me acerco para darle lo que se merece.

A su lado, con la mandíbula apretada listo para atacar, ve mis pupilas llenas de ira. Sin decirle nada, solo con mi presencia, el hombre, asustado, se aparta e incluso tropieza hasta llegar a la mesa que comparte con sus colegas. Mi chica, con la luz que irradian sus ojos, hace que la mire y en ellos encuentro toda la serenidad que me hace falta para bajar la ira que llevo en el cuerpo.

Le he prometido que voy a cambiar, debo empezar a dejar resentimientos del pasado, ya que mi actuación estropearía el momento, nuestro especial fin de semana, y ella volvería a sentir

miedo de mí. Le aprieto de la mano, recogemos lo del sillón y salimos en silencio hasta llegar a la moto. Noto cómo me da un sonoro cachete en el culo. Me abraza por la cintura para ponerse delante de mí.

—Estoy muy orgullosa de ti —señala con un brillo en los ojos—. Sé el esfuerzo que estás haciendo por contener esa rabia que te consume.

—Te juro que si llega a tocarte… —gruño.

—Yo misma me hubiese encargado de él. —Levanta el brazo para hacer fuerza.

Me retuerzo de la risa por su gesto. Es maravilloso cómo le quita hierro al asunto y le oprimo de las mejillas para darle un tierno beso. Sorprendido por la sensación de bienestar en la que me encuentro, ahora soy yo el que le cachea su trasero y hago que se monte en mi máquina. En breve esa sensación aumentará en cuanto vea dónde la llevo.

En cuanto pasamos el cartel de Verona, salta sobre la moto, me apretuja con sus muslos y, loca de contenta, me abraza hasta encontrar la acogedora pensión donde vamos a pasar el fin de semana.

Nos encontramos justo en el centro histórico, en uno de los barrios más animados del lugar. Cerca de aquí está la catedral. Apenas hay cinco minutos de recorrido a pie para poder visitar todos los espectaculares rincones, aunque donde más me entusiasma llevarla es a la Casa di Giulietta.

Estaciono la moto en el aparcamiento que queda al lado de la gran casa. Se baja, apresurada, y me quita el casco, eufórica. Pequeños besos recorren toda mi cara e, ilusionada como una niña, no da crédito de dónde se encuentra.

—No me puedo creer que me hayas traído aquí. —Coloca sus manos en el corazón—. «¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Júrame tu amor y ya nunca seré una Capuleto». —Me abraza agradecida.

—Te lo juro —le susurro al oído rodeándola con mis brazos.

Entramos por una pequeña puerta con los cascos y las mochilas colgadas. Un hombre regordete, con el pelo negro y un espeso bigote del mismo color, nos recibe, cordial, detrás del mostrador. Nos da las llaves para que subamos a la habitación, aunque antes nos da un mapa donde nos indica los lugares más importantes que visitar. En cuanto nombra la casa de los Capuleto, advierto en ella una sonrisa aparecer por la comisura de sus labios. Agradecemos al amable señor su recibimiento. Subimos cada peldaño, ilusionados, cuando llegamos a

la habitación vemos una acogedora y limpia estancia. Dejo las cosas encima de la cama, a la vez que ella abre las ventanas para encontrarse con unas espectaculares vistas e incluso me señala con el dedo el río que cruza tan emblemático lugar.

Ya ha anochecido y me encantaría llevarla a cenar al lugar más romántico de la ciudad. Ha llegado el momento de hablarle de mí y confesarle todo. Le comento los planes; encantada, pide unos minutos para ducharse y cambiarse de ropa. La oigo gritar desde el cuarto de baño mientras busco por Google dónde llevarla para poder impresionarla.

—¡¡¡La madre que las parió!!! —Sale envuelta en una toalla—. No me han puesto ropa interior —expresa enfurruñada.

—¿Cuál es el problema? Me encanta la idea —digo con sorna.

—No me pidas que vuelva a ponerme el vestido porque no pienso hacerlo. —Me saca la lengua y regresa al baño para acabar de arreglarse.

Estirado en la cama, satisfecho por el sitio que he reservado para cenar, sale al fin. Me levanto enseguida en cuanto la veo con un esponjoso jersey blanco de cachemira. Lleva puesto unos pantalones de piel de color negro y se ha hecho unas suaves ondas en su larga melena. Me mira esperando a que apruebe su atuendo, sin embargo, yo me quedo sin palabras. Trago saliva al ver lo hermosa que está y, al saber que va sin ropa interior, resoplo.

Salimos de la pensión para ir caminando, a cenar, a la marisquería en la que tenemos mesa. Se inclina en mi hombro, ya que hace frío, y la rodeo con mi brazo hasta llegar allí. He escogido un encantador restaurante cerca de la zona que está al lado del río Adigio. Por su sonrisa sé que le ha gustado en cuanto entramos por la puerta. Con mucha educación nos atiende el recepcionista, y le indico que tengo una reserva hecha. Rápidamente nos coge las chaquetas para dejarlas en el ropero que está detrás de la recepción. El gerente se acerca hasta nosotros y, con una excesiva amabilidad, nos acompaña hasta la mesa. Pienso que quizás me he sobrepasado escogiendo el lugar, sin embargo, en cuanto le veo la cara fascinada cuando observa el río se me quitan todos esos pensamientos.

Hay grandes ventanales por todo el comedor y justo al lado del cristal podemos apreciar toda la iluminación que recorre este mágico lugar. Apenas hablamos, solo se nos escapa una sonrisilla nerviosa de vez en cuando. Parece nuestra primera cita con la vergüenza del

primer día. Como buen caballero, le retiro la silla para que se siente. Me lo agradece y, cuando ya estoy frente a ella, le cojo de las manos para preguntarle si le gusta. Asiente encantada.

Se acerca el *somelier,* y él mismo nos recomienda un *soave,* un vino blanco para acompañar la cena. Poco después viene el mesero y nos dejamos aconsejar. De primero probaremos *cacciucco,* que es una sopa de pescado tradicional italiana. De segundo nos aconseja *renga*, arenques, es la comida más típica de Verona. Degustamos cada uno de los platos que nos van sirviendo, a la vez que hablamos animadamente de todo lo que vamos a visitar durante la estancia, aunque, creo que ha llegado el momento de confesarle quién soy.

—Te ha cambiado la mirada. No me gusta verte así, tan tenso. ¿Qué ocurre? —pregunta preocupada—. No irás a sacarme un anillo para que nos casemos porque ya te he dicho lo que pienso. —Para nada me esperaba que nombrase lo de la boda, y mi reacción no es otra que troncharme de risa. Ahora es ella la que se tensa—. ¿De qué te ríes? —protesta colorada. Una pequeña patada se le escapa por debajo de la mesa.

—No es eso. —Sigo riendo—. Tarde o temprano lo harás, pequeña. Ahora voy a hablarte de mí. Quiero empezar de nuevo contigo. Que confíes en mí y sincerarme para demostrarte todo el amor que siento por ti. —Me pongo serio.

—Marco, no tiene por qué ser ahora. Puedo esperar. —Me coge fuerte de las manos por encima de la mesa y queda erguida para escucharme con atención.

—Yo no. —Trago saliva—. Me llamo Marco García Castelli. Tengo veintiocho años y soy de Barcelona. —Levanta las cejas, sorprendida, aunque no me interrumpe—. Mi padre era de allí, y mi madre, italiana. Ambos fallecieron, como ya sabes. —Bajo los párpados y con cariño me aprieta los puños que en estos momentos he cerrado—. Pertenezco a la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra y soy el primero de mi promoción. Todo mi mundo estaba controlado, mi moto y mi trabajo eran mi pasión.

—¿Eran?

—Sí. Hasta que apareciste tú. —Le guiño un ojo—. Javier le puso nombre a lo que me estaba enloqueciendo por dentro: «Jodidamente loco por ti». —Se ruboriza—. El piso donde vivo es una de las centrales del operativo Romeo. Estamos en Milán para investigar a la mafia, detenerlos, y yo, personalmente, vengar la muerte de mi padre.

—Noto cómo se tensa—. La familia Bianco son una peligrosa banda de crimen organizado, traficantes y asesinos. En una redada en el puerto de Barcelona, Carlo, el hermano de Lucca, me disparó, en ese instante mi padre se interpuso para protegerme, y lo mató. Desde entonces cargo con la responsabilidad de su muerte. Odio a esa familia y a Lucca por lo que te hizo. —El pulso se me acelera, el modo de mirarme tan seria me preocupa.

—¿Dónde está Lucca? —pregunta fría y aturdida por toda la información que está recibiendo. Deja de cogerme de las manos y cruza los brazos en su pecho.

—Te juro que lo encontraré. No volverá a tocarte, te lo aseguro. Lo rastreamos cada día para averiguar su paradero, conseguiremos localizarlo —digo frustrado—. Siento decirte esto por tu amiga, pero Mario Bellini es igual de peligroso que ellos. Es partícipe en el importante cargamento de drogas y de armas que van a mercantilizar en breve. Estamos averiguando el sitio del intercambio, pero los cabrones utilizan códigos sin sentido para que no podamos ahondar en el lugar.

—Antonella —la nombra triste en un susurro— estos días comentó que su hermano estaba muy nervioso.

—Él y Carlo asesinaron a mi compañero. Sospechan que los estamos vigilando muy de cerca. Me da que ella no conoce lo que se está cociendo en su entorno.

—No sabe nada. Somos muy amigas y sé que algo se le hubiese escapado. Está muy preocupada por sus padres por el repentino comportamiento de Mario.

—En cuanto intuyamos el lugar de la entrega, iremos a por ellos, los detendremos y volveremos a Barcelona para empezar una vida juntos sin toda esta mierda que me persigue. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa ahora mismo por tu cabeza?

Me inclino en la mesa para que me vuelva a dar sus manos y poder reconfortarla. No lo hace, advierto que está dolida.

—Ese es el problema, que has estado tan obsesionado en protegerme que me has ocultado algo tan delicado como es tu situación profesional, el hecho de ser de Barcelona, ese odio que no acababa de entender… ¡Mierda, Marco! Si me lo hubieses explicado lo habría entendido, te pedí que confiaras en mí y así evitar todo lo que nos ha pasado. Cuidarnos mutuamente el uno del otro. Han estado a punto de matarte por mi culpa. —Se le quiebra la voz.

—No es cierto, ya iban a por mí. —Tenso la mandíbula.

—No me mientas de nuevo —alza la voz, irritada.

Durante unos minutos nos mantenemos en un silencio cortante. Esas mentiras fueron las que hicieron que lo que tenemos tan especial se resquebrajara.

—Lo siento, pequeña. Quería mantenerte al margen, cuidar de ti, insisto: protegerte. —Me rindo. No quiero discutir. Advierte mi ofuscación por cómo me muevo el pelo de un lado a otro.

—No te das cuenta de que no puedes controlarlo todo —comenta apenada.

—Lo sé. —Carraspeo.

—¿Cuanto antes se acabe el operativo antes regresarás a Barcelona?

—Regresaremos juntos. Esperaré a que acabes la carrera. Me quedan días de vacaciones y los reservaré para volver contigo —le cuento esperanzado.

—¿Dónde se espera que se haga la entrega?

—Según nuestros agentes infiltrados se dice que se hará en «La última cena». Hemos investigado en el lugar donde se halla el mural pintado por Leonardo Da Vinci con el mismo nombre. Es un convento y hemos descartado la idea de que pueda ser allí. Estamos bastante perdidos. No conocemos otra parte que relacione al cuadro —añado pensativo.

—Yo podría averiguar en la academia… —De un bote me levanto de la silla, alterado, y a su lado agachado a su altura la cojo de la cara para que me mire.

—Escúchame con mucha atención. Te he contado todo esto para que sepas cosas de mí, no para que te involucres en mi profesión. Es muy peligroso. Ya has visto qué le han hecho esos cabrones a un compañero, lo que te hizo Lucca. Son unos asesinos sin escrúpulos y, si te ocurriese algo por mi culpa, no respondo de mis actos. Lucía, ¡mírame! ¡Mantente al margen! —la amenazo con el corazón en un puño al pensar que pueda pasarle algo.

—¡Está bien! Tranquilo, no va a pasarme nada. —Posa sus manos en las mías para darme sosiego.

Después de la tensa conversación me siento algo más liberado, ella parece haber aflojado, le estampo un beso que no se espera, yo tampoco esperaba que me correspondiera, y lo hace. Me gustaría confesarle algo más, sin embargo, la soga que me aprieta el cuello me impide acabar de hablar de mis tormentos. Creo que por hoy ha sido

suficiente, ahora solo quiero hacerle el amor y agradecerle que haya aparecido en mi vida. Salimos del restaurante más tranquilos, le cojo de la mano y vamos paseando por las calles adoquinadas volteando el río hasta llegar a la pensión.

Debajo de la casa, en un pequeño patio, hay un par de sillas y una mesa. Me siento para fumarme un cigarro, y ella sube a la habitación. Sentado, reflexiono, me inquieta su interés por ayudarme. Al cabo de unos minutos, subo por las escaleras y, cuando abro la puerta, se me caen las llaves al suelo. Hechizado, abro la boca al verla estirada sobre las sábanas con un fino camisón de encaje blanco sin nada debajo y el pelo revuelto. Está todo a oscuras, aunque hay velas encendidas por todas partes.

Se muerde el labio y con los ojos llenos de lujuria me provoca para que la cachee. Me carcajeo por la inocencia con la que me lo pide y no puedo evitar resistirme a su descaro. Me quedo desnudo y, como una fiera, me subo en la cama para sacarle el camisón. Mi lengua pasea por cada una de sus deliciosas partes y aprecio cómo se le pone el vello de punta.

Le pido que se coloque de espaldas y que se agarre al cabezal para poder cachearla. Entrelazo mis dedos en su cabello y, hambriento de ella, tiro de él con suavidad para morder su cuello. Aprovecho para aspirar su dulce olor e inhalo cómo sus feromonas hacen que mi nivel de excitación aumente por segundos. A continuación, mis manos aprietan sus senos para pellizcar después con suavidad sus pezones. La oigo gemir, mis ganas por poseerla empiezan a ser incontrolables. La recorro por el costado, alcanzo su fina cintura, bajo por el vientre hasta llegar a la cara interna de sus muslos, aunque antes hago pequeños círculos en su pubis, y noto cómo se contrae de placer. Suspira por el contacto. Encendido, clavo mis dientes en uno de sus cachetes. Su respiración se agita, se yergue y se agarra con fuerza en la forja. Luego deslizo el dedo por su tatuaje de alas y me acerco a su oído para susurrarle que es un hermoso ángel.

Le retiro las manos para que suelte el cabecero, le indico que se ponga a cuatro patas y, arrodillado, adelanto mi pelvis para frotarme entre sus nalgas. Me vuelve loco ver cómo me busca para que la penetre. Abro con cuidado sus pliegues y compruebo con un dedo lo mojada que está. ¡La deseo tanto, joder! La agarro por las caderas con frenesí y de una acometida invado su ardiente sexo con ganas. La postura me permite ahondar y con cada empellón intento llegar a lo

más profundo de su ser para poder alcanzar su alma.

Con vehemencia me coge de la mano para que estimule su clítoris a la vez que me muevo con rapidez. Lo hacemos juntos, advierto cómo su musculatura se contrae. Poco después su respiración se acelera, perdiendo el control de su cuerpo para alcanzar el clímax. Disfruto embriagado de este maravilloso instante y a continuación, con un rugido gutural, eyaculo en su cálido interior.

Agotada, se deja caer en la cama. Recorro toda su columna vertebral dándole pequeños besos hasta llegar a su oído.

—Te amo, pequeña. Es increíble todo lo que me haces sentir.

Le doy un suave beso en la sien. Me apremia con ojos brillantes y un conmovedor: «Te amo». Me pongo a su lado para observarla y le retiro, con delicadeza, los mechones de su rostro.

En pocos minutos se ha quedado dormida. No me canso de observarla, a la vez que escucho cómo respira sosegada. Con el simple hecho de pensar en perderla me falta el aire. ¿Cómo puedo expresarle todo lo que siento si no soy capaz de ponerle nombre? ¿Amor? Esa palabra se queda corta con todo lo que vibra dentro de mí solo con mirarla. Solo me apetece que mis pupilas retengan este mágico momento a su lado. Se merece saber la verdad de mi obsesiva ofuscación por protegerla.

La tapo con el nórdico, sin hacer ruido, para no despertarla. Me visto y bajo a la calle para fumarme un cigarro. Antes de volver a la habitación le pido al dueño de la pensión si me puede dar un folio y un bolígrafo. Se lo agradezco. Abro la puerta y la miro para comprobar que ni siquiera se ha movido del sitio. Me siento en el pequeño escritorio y con algo de angustia le escribo una carta.

> Querida Julieta:
>
> Envía esta carta a la preciosa chica que ha conseguido alumbrar mi alma moribunda.
>
> Lucía, te escribo porque soy incapaz de confesarte con palabras lo que me desgarró en un momento de mi vida. La culpa me persigue y la oscuridad me ha acompañado hasta que vi la luz en tus ojos.
>
> Una vez…

El temblor de mis manos me impide continuar, aun así, acepto que estoy cambiando y alzo mentalmente la voz para decirle a mi ego que soy merecedor de tenerla en mi vida. Un nudo me oprime el estómago

al pensar, solo por un segundo, no tenerla entre mis brazos.

«Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo».

William Shakespeare

Finalizo con un bonito poema. Consigo redactar la carta, conmovido, con el corazón en un puño, aunque me siento muy orgulloso de acabarla con éxito. Pongo la dirección de Barcelona en un papel aparte para que las que se encargan de responder se la envíen a su casa. La meto en un sobre que he encontrado en el escritorio y mañana, cuando visitemos la Casa de Julieta, la echaré en el buzón rojo sin que se dé cuenta.

Retiro las sábanas con delicadeza, desnudo, me acurruco a su lado para sentir el contacto de su piel sedosa con la mía. Se remueve al notar mi cuerpo para abrazarme con una sonrisa y aspirar el olor de mi perfume. Esta vez es ella la que toma las riendas y muestra más que su desnudez sentada a horcajadas encima de mí. Con la luz tenue de las velas, la observo hechizado por la ternura con la que su dedo recorre mi torso mientras nuestro contacto visual es permanente. El vínculo que se crea entre nosotros es tan especial que el modo en el que se mueve dentro de mí, despacio, con delicadeza, hace que me emocione. Nuestras miradas hablan sin necesidad de decir nada. Todo es muy lento, para, ingenuos de nosotros, creer que este maravilloso instante nunca se acabe. Cogidos de la mano conseguimos tocar el cielo y cuando la abrazo me convenzo de que me la merezco. Siempre ha sido ella.

25
Lucía

Estirada en la cama junto al hombre de mi vida veo amanecer. Aprecio los primeros rayos de sol que asoman por la ventana. Con el reflejo observo enamorada cómo duerme, a la vez que le acaricio y resigo con la uña el simbólico tatuaje de su espalda. De vez en cuando se estremece, aunque por su respiración sé que está profundamente dormido. El modo en el que hicimos el amor fue mágico. Ha sido una noche muy especial y así me hizo sentir mirándome con un brillo en los ojos cada parte de mi cuerpo. No puedo evitar cerrarlos y rememorar cómo acarició con sus manos la fina capa de mi piel. La delicadeza con la que me ha tratado, su sinceridad, el saber lo que somos, la liberación de sus tormentos ha hecho que algo se afiance en nosotros.

Hoy vamos a visitar todos los rincones emblemáticos de la ciudad. Estoy tan emocionada que ya no consigo volver a dormirme. Justo cuando voy a despertarlo llaman a la puerta. Me pongo el albornoz que hay en el cuarto de baño y la abro.

—¡*Buongiorno*! Por cortesía de la casa traemos el desayuno para los recién casados —expresa con mucha amabilidad una señora con un delantal puesto al mismo tiempo que empuja un carrito con varios platos.

—Lo siento. Se ha equivocado —respondo aturdida.

—Habitación veintitrés —confirma el número de la puerta.

—Gracias por el detalle, pero nosotros no…

La estoy cerrando cuando Marco aparece por detrás y con su mano la frena para agradecerle a la señora que nos lo hayan preparado. Lo mira de arriba abajo, boquiabierta, con los ojos como platos y, ruborizada, se da la vuelta y se va. ¡No es para menos! Cierro la puerta, me giro y solo lleva los calzoncillos puestos. Admiro su fuerte musculatura, lo guapo que está con el pelo revuelto, y todo es para mí. Está tan sexi que hasta lo de recién casados me gusta. Solo ha

aparecido por un segundo en mi cabeza, solo ha sido uno. Suspiro. Aunque esto no se lo digo.

—¿Te gusta lo que ves, mujer? —pregunta con tono grave y sugerente.

—¡Prepotente! Y no soy tu mujer —le advierto con el dedo en su torso.

De un arrebato me coge como un saco de patatas y me tira en la cama. Se coloca a horcajadas encima de mí, me agarra de las muñecas con los brazos por encima de la cabeza y me hace cosquillas. ¡No las soporto!

—¡Cásate conmigo! —repite una y otra vez.

—¡No quiero! —Río de forma exagerada.

—Tarde o temprano lo harás —me amenaza.

Se acerca a mi boca para darme un beso salvaje, y le correspondo igual. El albornoz se me ha abierto dejando entrever mis pechos y las risas pasan a ser suspiros de excitación. La llama vuelve a encenderse. Su mirada cargada de placer se ensombrece y, extasiada de ver al mismísimo diablo en persona, abro mis piernas con desfachatez para que me posea del mismo modo en el que me ha besado.

Más tarde, desnudos sobre la cama comemos lo que nos ha traído la amable señora. Hay variedad de frutas, tostadas, yogur, zumo de naranja… Me obliga a probarlo todo, él está tan hambriento que devora todo lo que hay en las bandejas.

—Sé que te da igual si nos casamos —suelto de repente. Él deja de comer para mirarme con atención—. Me contaron mis amigas lo que dijiste cuando estuvimos en casa de la *mamma* cuando tu ex pensaba que Javi y yo podríamos tener un lío. —Aparto la vista, mosqueada, al recordar su acusación.

—¿He dudado alguna vez de ti? —Niego sin mirarle—. Mírame, pequeña. Sois las personas más importantes de mi vida. Confío plenamente en vosotros. —Me acaricia la mejilla—. Julia está resentida, a ella nunca se lo pedí. Siempre ha sido buena conmigo, y me sabe mal. Le hice mucho daño cuando la dejé. Sin embargo, lo que te hizo en el brazo me ha molestado mucho, nunca imaginé que podría actuar de ese modo. Y sí, me da igual. Solo quiero estar a tu lado, de todas formas, la imagen de mis padres mostrando una felicidad inmensa el día que se casaron la guardo en un rinconcito de mi mente —explica consternado.

—Por una boda no voy a quererte más de lo que lo hago. No hay

nada material en la tierra que demuestre todo el amor que siento por ti, todo está en el aire. Nuestra vibración es inaudita y eso no se toca ni se ve, solo fluye. No nos hace falta ser un matrimonio para demostrar lo que ya sentimos. —Me arrodillo y frente a su cara rozo con suavidad sus labios.

—Eres maravillosa. —Me mira magnetizado—. Aun así, no pienso desistir. —Se desternilla cuando me ve caer a un lado de la cama, frustrada.

La mitad de la mañana se nos va charlando sin tapujos. Es la primera vez que concibo que al fin debatimos como una pareja, incluso pedimos turno para hablar cuando casi siempre era yo la que lo hacía. Me hace muy feliz saber que es de Barcelona y oírlo planear actividades para cuando estemos allí. Ilusionado, me detalla todas las bonitas calas de la costa brava a las que me va a llevar con la moto. El hombre más guapo del planeta es mi novio y vive cerca de mí. Es un regalo. Al fin el universo ha oído mis plegarias y nuestra relación avanza.

Tenemos medio día para recorrer la ciudad. Saber que en unas horas volveremos a la cruda realidad me entristece. Esta noche hace guardia y tiene que seguir con el operativo que hace que me estremezca su seguridad. Él parece más animado, lo veo más liviano, me reitera continuamente que pronto acabará todo esto. Separarnos, como siempre, va a doler.

Después de remolonear en la habitación, bajamos para que nos guarden las mochilas en recepción y así salir a recorrer uno de los lugares más románticos de Italia. Alberga un gran patrimonio arquitectónico muy bien conservado, es inevitable no pensar en la trágica historia de amor de *Romeo y Julieta,* ya que hay muchos monumentos de la edad media que te transportan a esa época.

Llegamos a la casa que se asocia a la familia de los Capuleto. Hay una gran cantidad de turistas embelesados observando el lugar. Pasamos por un portal de piedra que conduce al patio donde se encuentra el balcón de Julieta. Hay mensajes de amor por todas partes enganchados en las paredes. Doy saltos de alegría, aunque sepa que es solo ficción, me emociona lo que se respira en este romántico lugar. Marco me mira orgulloso y, con una sonrisilla en los labios, me coge de la mano con fuerza para decirme que va a encadenarme para siempre. Le hago una mueca, me parece muy tierno que haya venido con el ritual preparado. Cuanto más lo conozco más me reafirmo en

que debajo de esa fachada de tipo duro hay un corazón que no le cabe en el pecho.

Una vez dentro, y antes de que me encadene, freno en seco para ver cómo la estatua de bronce de Julieta tiene uno de sus pechos desgastados. Según la costumbre de la zona, si tocas su seno derecho tendrás suerte en el amor. ¡Extraña tradición! En ese instante, atenta a la chica que se está haciendo una foto justo cuando se lo toca, noto cómo alguien estruja el mío. ¡No me lo puedo creer!

—La suerte la tengo yo tocando uno de los tuyos. —Como un golfo insiste al darse cuenta de que no llevo ropa interior.

—¡Sinvergüenza! —grito abochornada y colorada como un tomate por lo que acaba de hacer delante de una multitud de gente. Lo persigo para darle una buena hostia y las personas que hacen cola se tronchan por nuestra acalorada discusión—. Me las vas a pagar —le regaño entre dientes al resultarme imposible alcanzarlo.

El muy canalla se retuerce de la risa delante de mí. Se acerca para cogerme en volandas y darme un beso que me deja sin respiración. Después de lo que acaba de transmitirme le perdono el bochorno. Me baja con un sincero: «Te amo», aunque el sofoco vuelve cuando escuchamos cómo todos los asistentes aplauden emocionados. Avergonzada, me escondo entre sus acogedores brazos, y me rodea hasta llevarme detrás de la estatua donde se encuentran todas las esperanzas puestas de las parejas.

De su bolsillo interior saca un candado de color rojo en forma de corazón. Lleva nuestras iniciales puestas y me hace mucha gracia ver que ha puesto la fecha en la que nos vimos por primera vez. Juntos, con nuestras manos entrelazadas, encadenamos nuestro amor para siempre. La felicidad está en el aire. No hay objeto palpable que pueda materializar lo que sentimos en nuestro interior en este preciso instante.

Deseando estar en el balcón de Julieta, lo arrastro hasta las escaleras, como si se acordara de algo reacciona y me indica que vaya yo primero. Subo rápido al primer piso, me asomo para curiosear dónde ha ido y veo cómo tira una carta en un buzón rojo que pone: «*Posta di Giulietta*». Estoy totalmente descolocada. Ha venido preparado para sellar lo nuestro a toda costa. No se da cuenta de que lo que tenemos ya ha quedado sellado en el tiempo. Dos cuerpos, una sola alma.

Apoyada en el muro, me percato de cómo la gente va de un lado a

otro para hacerse fotos. A mí solo me apetece sentir y grabar las imágenes del maravilloso fin de semana en un rinconcito de mi esencia. De repente, su aroma me embriaga y me abraza por la espalda.

—¿Hasta cuándo tendré que esperar para leer esa carta, Romeo?

—Eres una cotilla —susurra a mi oído y roza sus labios en mi cuello, al segundo me doy la vuelta y le agradezco todo lo que está haciendo.

Aquí, subidos en el balcón, mis manos reposan en su nuca y le reitero lo mucho que lo amo. Al oído me sorprende con una cita de la obra:

—«Te tomo la palabra. Llámame amor y volveré a bautizarme: desde hoy nunca más seré Romeo» —me transmite de un modo sugerente. Se me cae la baba. Como un *flash* recuerdo la escena perfectamente, ¿o el momento?

—«¿Quién eres tú, que te ocultas en la noche e irrumpes en mis pensamientos?».

—Eres hermosa, Julieta. —Me parece volver a oír aplausos, solo que esta vez no me importan, únicamente estoy sintiendo este mágico beso.

Marco mira el reloj en varias ocasiones. Apuramos para acabar de ver el resto de lugares que aún nos quedan por visitar. No ha habido minuto en que me haya soltado de la mano. Cuando vuelve a comprobar la hora me mira desconsolado, ha llegado el momento de regresar. Agradecemos al dueño de la pensión su atención cuando vamos a recoger las mochilas. El bigote se le levanta cuando nos felicita por nuestra boda. Yo gruño, en cambio, Marco ríe a carcajadas.

Preparados para viajar en la moto, no podemos evitar que la agonía se adueñe de nuestros estados de ánimo. Ni siquiera derrapa, como hace siempre. La pone en marcha y en silencio me coge de las manos para que me agarre fuerte en su vientre. «A mí también me duele», pienso. Lo que hemos vivido ha sido tan especial que en cuanto regresemos a Milán volverán las preocupaciones, la incertidumbre, el peligro, la mafia…

Durante el tiempo que dura el trayecto no dejo de abrazarlo. El atardecer con sus bonitos colores ocres y anaranjados nos acompaña durante el camino. El sol se esconde por el horizonte y deja paso a la oscuridad que nos envuelve con frío. No deja de observarme por el retrovisor, le apremio con una gran sonrisa, quiero que deje de

arrugar el entrecejo, ya que su preocupación lo invade de nuevo e intento, con mi gesto, recordarle que todo va a ir bien. Cruzamos Milán hasta llegar a mi apartamento. Nos bajamos de la moto y se pone enfrente, a un paso de mí.

—No quiero que te vayas. —Mi voz suena quebrada.

—Ni yo —murmura abatido.

—No sé cuándo volveré a verte, ¿me equivoco?

—Así es. —Entrecierra los ojos—. Todo esto acabará muy pronto, pequeña. Llámame cuando lo necesites. Sabes que cuando tenga un momento voy a venir para cargarme de ti. —Me abraza con fuerza.

—Pase lo que pase…, te amo —pronunciamos al mismo tiempo.

Cierro la puerta de la entrada, oigo cómo derrapa la moto con agresividad. Apoyada respiro varias veces, antes de subir y volver a ver a mis amigas. Ha sido un magnifico fin de semana. No quiero que piensen lo contrario, aunque la cruda realidad me azota sin piedad.

26
Lucía

Suena el despertador que hay en la mesita de mi habitación algo más temprano de lo habitual, ya que tengo que repasar para un examen. Anoche, cuando llegué, no me quedaban fuerzas para hacerlo. Las brujas de mis amigas, cuando me vieron entrar, no dejaron de reír al verme, sabían de sobra a qué venía mi cara de mosqueo. Las regañé por la mochila que me habían preparado: «Lo de la ropa interior fue idea de Lara», insistía mi otra mitad tapándose la boca.

Aun así, me abalancé sobre ellas para un abrazo colectivo. Me observaban extrañadas por el modo que tenía de hacerlo, con tanta necesidad. Apenas pude hablar con ellas. Un nudo se me formó en la garganta y no quería que viesen mi preocupación por todo lo que me había contado Marco. Mi inquietud es ahora también la de mi amiga. Alessandro está tan metido en esto como él.

Sentada en la cama, estiro los brazos seguido de un bostezo y, algo adormilada, me dirijo al baño.

—Sé qué te pasa algo —dice Elena sentada en la taza del váter, con los pelos alborotados, mientras me cepillo los dientes.

—Es complicado —pronuncio asquerosamente con la pasta mentolada.

—Soy todo oídos.

Me enjuago la boca rápido antes de que venga Lara. Ella no se está tomando tan bien la profesión de su galán. Lo salerosa que es para unas cosas y lo miedosa que es para otras.

—Su trabajo es más serio de lo que pensaba. Están investigando a la mafia italiana —murmuro apoyando las manos en sus rodillas.

—¡Qué fuerte! Pensaba que eso solo pasaba en las películas de *El Padrino*. —La mando callar porque en ese instante entra Lara por la puerta bostezando.

Está todavía algo traumatizada por la muerte del compañero. Cuando estás cerca de algo así no puedes evitar pensar que a ellos les

puede pasar lo mismo. No volvemos a tocar el tema. Más relajada les hablo de los maravillosos días que he pasado junto a él. Las culpo, avergonzada, de la sobreexcitación de Marco cuando me tocó el pecho en mitad de tanta gente y sin ropa interior. No dan crédito y ya tienen tema de conversación hasta llegar a la academia.

Nos enfrentamos a los últimos exámenes, después podremos disfrutar de la Semana Santa italiana. Estos días son muy conmemorativos aquí, en la zona. Celebran procesiones, ritos religiosos, actos sagrados, tradiciones que rememoran La Pasión de Cristo. Son días cargados de fe y espiritualidad. Casualmente se representa en varios rincones de la ciudad *La Última Cena*. Tengo que averiguar el lugar de la entrega. Quiero ayudarlo, así que me acercaré a la biblioteca, allí podré encontrar información de los lugares en donde puede estar representada la obra, también puedo ir a algún punto de información e indagar todos los rincones de la ciudad que contengan el nombre de la maravillosa cena de Leonardo Da Vinci.

Cada mañana, cuando llego a la academia, echo de menos los achuchones de la entrañable mujer. Eran mi mejor medicina cuando presentía a Lucca cerca. Pienso en llamarla para explicarle lo bien que estoy con Marco. Sé que se va alegrar mucho por nosotros. También tengo que llamar a mi sufridora madre, esta vez no viajaremos a Barcelona y se va a apenar por ello. De todas formas, ya quedan pocos meses y volveré a ver a mis añorados padres. Quiero que me encuentren saludable, ya que los nervios de estas semanas han hecho que mi físico se vea algo desmejorado.

A la hora del almuerzo quedo con Antonella en el patio central de la academia para repasar uno de los trabajos que hacemos juntas para la clase de Ilustración.

—Acuérdate de nuestra fiesta de pijama —me recuerda ilusionada.

Sus padres ya se han ido a Palermo. Parece ser que la situación familiar está más calmada, aunque su hermano sigue estando algo intranquilo, acentúa.

Las palabras de Marco resuenan en mi cabeza al oír nombrarlo. Soy consciente de lo peligroso que es Mario Bellini. De todos modos, tengo una idea, puede que dentro de la mansión averigüe algo y así informarlo de cualquier detalle. Seré muy precavida. No puedo compartirlo con ella y eso me apena. Ponerla en peligro sería una temeridad por mi parte. Tarde o temprano acabarán entre rejas, y su familia podrá llevar una vida más apaciguada sin los negocios turbios

de su hijo.

—Sí, sí, estoy deseando devorar un montón de chucherías, chocolate, emborracharnos, ver películas de amor, llorar, reír… Soy toda tuya este fin de semana, así celebraremos que las clases han acabado. —Chocamos las manos, animadas, y seguimos con nuestro trabajo.

Por la tarde, en mi habitación, preparo lo que me voy a llevar mañana a su casa. Cojo el pijama y un neceser con mis enseres. Lara pasará el fin de semana con su chico, eso es un privilegio. Yo apenas he visto a Marco, ha venido cada día a robarme un beso subido a la moto cuando salía de la academia y enseguida se marchaba.

En uno de esos días, cuando me vio salir con Luigi, se bajó de la moto, se acercó tenso hacia mí y, con el ceño fruncido, me dio un beso en la sien retándolo con la mirada. Aún se mosqueó más cuando nos vio muertos de risa en mitad de la calle al percatarnos de su actitud primitiva. «Deberías hablar con el Machito, no seas mala», añadió entre dientes.

En cuanto los presenté, mi amigo le plantó dos besos y se detuvo para aspirar su perfume, noté cómo Marco se desinfló de golpe. Entonces el ceño fruncido fue directo a mis ojos para advertirme: «Te vas a enterar».

Hemos hablado todos los días por teléfono cuando hace guardia en la mansión de los Bianco. Siempre patrulla con Javi, para mi tranquilidad. Las conversaciones con ambos resultan de lo más divertidas. Está molesto con Julia por cómo me trató y así se lo hizo saber. Desde entonces, ella está muy tibante con él. Me siento triunfante, pese a tener sus garras cicatrizadas en la piel. A cada instante me recuerda lo mucho que me ama y lo que me echa de menos. Cada día le pregunto: «¿Cuánto queda para estar juntos, amor?».

Con mucha ternura me contesta: «*Presto, molto presto*».

Acabo de meter en uno de los bolsillos de la mochila una gran bolsa de chuches que he compadro en la tienda de golosinas de la esquina y a continuación me suena el móvil. Salto por encima de la cama y me estiro para hablar tranquilamente con él.

—Hola, pequeña. ¡Joder! Qué ganas tengo de tocarte, de comerte a besos, de ver tu cara extasiada cuando llegas al orgasmo y no sigo porque Javi se está poniendo cachondo. —Oigo las risas de ambos.

—Yo también te echo de menos. —Hago un puchero—. ¿Dónde

estás?

—Estamos en comisaría repasando unos informes antes de ir a hacer la troncha. Este fin de semana puedo escaparme unas horas para que podamos vernos. —¡Mierda! Pensé que trabajaría y no tendría que decirle que voy a casa de los Bellini.

—Esto… —dudo—. Mañana voy a pasar la noche con Antonella.

—¡¿Como?! ¡¿Dónde?! —grita enfurecido.

—Hacemos una fiesta de pijama en su casa. Tranquilízate, solo vamos a hacer cosas de chicas —comento lo más serena que puedo, sin embargo, él está como loco.

—No quiero que estés cerca de ese criminal. ¡Te prohíbo que vayas!

—¡¿Qué?! —Gruño—. Es mi amiga y me necesita. ¡Y no me digas lo que tengo que hacer!

—¡Me desespera cuando te pones así de cabezona!

—¡Voy a hacer lo que me venga en gana!

Estoy protestando como una posesa por teléfono cuando me doy cuenta de que el muy gilipollas me ha colgado. ¡Será idiota! Me pongo la almohada en la cara para que mis amigas no oigan los insultos rabiosos que salen por mi boca. Pataleo furiosa hasta quedar en la cama estirada. No soporto estar así con él. Entiendo su postura y preocupación, pero no va a pasarme nada. Prácticamente no vamos a salir de su habitación. Permanezco tumbada intentando moderar mis nervios hasta que oigo sonar el timbre de la puerta.

—Pasa, está en su habitación. Lleva cinco minutos gritando como la niña de *El Exorcista* —declara Elena. ¡Será traidora!

Abre la puerta, yo, indiferente, ni lo miro. Ni tan siquiera me muevo del sitio. La cierra sigiloso. Lentamente se aproxima hasta mi cuerpo semidesnudo, solo llevo su camiseta y mis braguitas, el muy puñetero lleva vibrando desde que lo ha sentido entrar por la puerta. Se pone a horcajadas encima de mí y con una necesidad indescriptible me sube la camiseta para torturar mis pezones endurecidos por su presencia. El calor de su cuerpo me perturba y noto cómo me humedezco. Cierro los ojos por el placer que estoy sintiendo, aun así, no pienso mirarlo a la cara. Estoy mosqueada, ¿no? Dejo que me quite la ropa interior, su aroma me invade cuando se despoja de la camiseta y escucho cómo se desabrocha el cinturón para bajarse los pantalones. Abro mis piernas, seducida por su arrebato, y adelanta su pelvis para hacerme, con su primer empujón, gemir con pasión.

—Mírame, pequeña —susurra con voz ronca. Hipnotizada lo hago

—. Córrete para mí. Quiero ver tu cara cuando llegues al orgasmo.

Lo contemplo enamorada hasta las trancas; de su voz, del modo en el que me mira, de cómo entrelaza sus manos con las mías con fuerza en cada embestida. Noto cómo se me contraen los músculos, el cosquilleo crece, mi sangre bombea acelerada y por un instante vuelvo a cerrar los ojos para regocijarme del placer que estoy sintiendo. Gruñe en su último empujón y, cuando los abro, observo cómo sus pupilas brillan con intensidad.

—¿Por qué siempre me haces enfadar de este modo, cabezona?

—Para que me hagas cosas como estas —confieso mordiéndome el labio.

Se retira para limpiarse y después recogerme con su ardiente cuerpo.

—Tengo media hora para estar contigo. Tendrías que haber visto la cara de Javi cuando he salido derrapando con la moto echando humo. No quiero que vayas —suelta de repente. El dulce y apasionado Marco acaba de disiparse.

—Voy a ir. Tú me lo dijiste, Antonella no es consciente de lo que ocurre a su alrededor. Solo vamos a comer guarradas y a ver películas. Probablemente ni siquiera esté en su casa —le comento lo de sus padres, la intranquilidad que tiene su hermano, y me escucha con atención.

—Mantente al margen, por favor. Atiéndeme. —Me estruja de las mejillas para que lo mire—. Si ocurre o percibes algo extraño, llámame, ¿vale? Lo digo muy en serio.

—Está bien. No te preocupes y deja de mirarme con el ceño fruncido. —Le doy pequeños golpecitos para que se relaje y acaba riendo por mis tonterías.

Ya son veinte los minutos que nos quedan para estar juntos. Abrazados, y en silencio, dejamos que sean nuestras almas las que se comuniquen. Mi respiración se ralentiza y el sueño me vence.

27
Lucía

Por la mañana me despierto vestida y tapada con el nórdico hasta arriba. Aspiro el olor que él ha dejado en las sábanas y suspiro deseando volver a verlo.

El Range Rover de Antonella viene a recogerme. Un morenazo de unos treinta años, muy atractivo, corpulento, vestido de negro y con unas gafas oscuras me abre la puerta. Me subo y me acomodo en el asiento de atrás y me comenta que ella me espera en la mansión. Miro por los cristales tintados y por una de las calles me parece ver la moto de Marco. Confirmo su presencia cuando el corazón me da un vuelco. El muy terco va a cambiar la ubicación de la vigilancia solo por estar a mi lado, no acaba de fiarse. Hace que me sienta culpable, ahora que ya sé el alcance de lo que le puede pasar como se enteren de que es policía.

Las verjas de la casa se abren, y recorremos el camino empedrado hasta llegar a la puerta de entrada de la lujosa mansión. Recuerdo la fiesta de disfraces y hago una mueca en cuanto bajo del Range Rover. Mi amiga, con una alegría desmesurada, me abraza y agradece al chófer, ruborizada, que haya venido a buscarme. Alucino por la tensión que estoy percibiendo entre ellos. La agarro del brazo para ir dentro y que me explique ahora mismo quién es ese bombón. Subimos hasta su habitación y, muerta de vergüenza, se tapa la cara con la almohada para que no vuelva a ver sus mofletes colorados. Nos sentamos en su cama para empezar con el interrogatorio.

—¿Quién es ese? ¿Y qué ocurre entre vosotros? —pregunto como una cotilla.

—¡Qué dices! No hay nada. Hace un par de semanas que se incorporó en la plantilla. Está buenísimo —suspira—. Sin embargo, no deja de ser uno de los matones de mi hermano. Solo hay que ver la planta que tiene —añade apesadumbrada.

Creo que le gusta, aunque ese tipo de hombres no suelen llevarte

por un camino fácil. Aun así, le insisto en que he visto algo recíproco entre ellos.

—Mírame. Marco es un saco de problemas. —Me carcajeo—. Y no lo cambio por nada del mundo.

—Quiero que me cuentes con pelos y señales cómo está vuestra relación y el fin de semana en Verona.

Pasamos la tarde hablando de nosotras y comiendo chucherías. Le explico mi maravillosa sorpresa y cómo me engañaron mis amigas junto a Marco. Pasadas unas horas, llama por teléfono para encargar unas *pizzas* y, mientras vienen a traerlas, escogemos qué película vamos a mirar. Le recomiendo *El Diario de Noah.* Ella nunca la ha visto; yo, en cambio, preparo un gran surtido de pañuelos para verla por enésima vez.

De repente, dan golpecitos en la puerta, se levanta extrañada de la cama y me fijo en cómo tensa la espalda cuando abre, ya que tiene al bombón delante de ella.

—Tenéis las *pizzas* en la cocina. Tu hermano me ha dicho que vayáis a cenar con él —murmura con la voz ronca.

—Está bien —tartamudea—. Ahora vamos. Gracias. —Cierra la puerta y se gira algo sofocada. Me río descarada por todo lo que le provoca este hombre. Coge el cojín y lo acaba estampando en mi cara —. No te importa, ¿no?

—No, tranquila. —Me inquieta tener a Mario al lado con toda la información que sé, aun así, podré escudriñarlo de cerca y quedarme con algún detalle que pueda ayudar a Marco.

Bajamos las escaleras con los pijamas ya puestos. Mi nariz se mueve en busca del agradable olor que envuelve la casa. La cocina es casi tan grande como mi apartamento. Nos sentamos una al lado de la otra, en unos taburetes de diseño, y encima de una mesa de mármol que ocupa gran parte del espacio están las *pizzas*. Esperamos a que su hermano se siente y observamos al guapísimo guardaespaldas junto a él. Atisbo un cruce de miradas entre los dos tortolitos. Me encanta observar cómo se miran. En cambio, me horroriza tener enfrente a Mario. Intento mantener la calma y que no se me note la sensación escalofriante que me provoca este hombre. Enzo, que así es como lo ha llamado en varias ocasiones, se mantiene en una de las esquinas, de pie, con los brazos cruzados. Cenamos sin cruzar apenas unas pocas palabras. El ambiente es tenso y observo como su hermano a la vez que le da un bocado a una de las porciones mira constantemente el móvil.

—¿Solo vamos a comer nosotros? —pregunta mi amiga mirando de reojo a Enzo.

Mario levanta la vista y con frialdad le responde:

—¿Desde cuándo te preocupas por mis trabajadores?

No puede evitar sonrojarse y, furiosa, contesta:

—No me gusta que me miren cuando estoy comiendo.

Me quedo algo aturdida por su respuesta, de todos modos, puedo suponer que lo ha hecho para que no sospeche que le atrae. Si su hermano se enterara de que pueden llegar a intimar, ese bombón sería hombre muerto.

—Te aguantas. Sigue comiendo —le ordena desagradable.

Irritada, va a contestar cuando le aprieto el muslo para que se calle y podamos acabar la noche en paz. El ambiente es cortante y de vez en cuando ojeo en la esquina para ver el gesto algo tenso de Enzo. Durante unos largos e intensos minutos, inquieta por el silencio, voy a coger otro trozo cuando el sonido del móvil me hace retemblar. Ilumino la pantalla con disimulo.

> Marco:
> Sé que estás cenando enfrente de él.
> Solo tienes que levantar la mano si intenta hacerte algo.
> Ten cuidado, preciosa.

Muevo la cabeza de un lado a otro, asombrada. ¿Cómo narices sabe dónde me encuentro en este instante?

—¿Estás bien? Te has quedado pálida de repente.

Asiento a mi amiga y me fijo en cómo el guardaespaldas se guarda el móvil y hace una mueca. Debajo de la mesa intento parar el temblor de mi mano para volver a actuar con serenidad sin que Mario se dé cuenta de lo que ha pasado.

Acabamos de cenar, para suerte de nosotras, su hermano se despide para irse a su dormitorio. Comenta que está agotado y necesita dormir con urgencia. Su escolta, más relajado, se sienta en uno de los taburetes en cuanto nosotras nos vamos a espachurrarnos en el inmenso sofá lleno de cojines que hay enfrente de la pedazo *smart tv* de setenta y cinco pulgadas. Le da al *play* y *El Diario de Noah* aparece en la pantalla. Durante dos horas lloramos angustiadas y reímos por la cantidad de pañuelos que hemos utilizado. Preocupado por la sonora congoja, Enzo se acerca hasta nosotras.

—¿Estáis bien? —susurra cerca de ella.

No se lo esperaba. Me retuerzo de la risa cuando veo el bote que pega en el sofá, avergonzada.

—Sí, gracias —balbucea—.

Se acerca a un palmo de su cara y con el dedo limpia una de sus mejillas. No sé si seguir llorando emocionada por la película o por el acercamiento que acabo de presenciar. En cuanto desaparece se pone un cojín en la cara para poder gritar, extasiada por el contacto. Le recuerdo que me había dicho que solo le gustaba un pelín.

Una vez finalizada la increíble historia de amor regresamos a la habitación. Se acurruca en la cama, adormilada; yo, en cambio, le indico que voy antes a la cocina a beber un vaso de agua. Me sabe mal engañarla, pero es el momento de encontrar algo que determine el lugar de la entrega. Recorro la estancia en busca de pruebas. En la oscuridad abro sigilosamente una de las habitaciones de la primera planta. Parece uno de los despachos de su hermano por la sensación escalofriante y el olor añejo de los muebles.

Asombrada, observo con la linterna del móvil una gran variedad de cuadros de grandes pintores colgados en las paredes. Me acerco a un escritorio lleno de cajones, en busca de algo que desconozco. Me sorprendo cuando veo en uno de ellos una carpeta amarilla con el nombre completo de Marco. Intento mantener la calma al ver fotos antiguas de él con su padre. Deben de haber sido tomadas en Barcelona, en el último operativo en donde su progenitor perdió la vida.

Intento leer lo que pone, aunque me es imposible hacerlo porque estoy muy nerviosa y me tiemblan las manos. Hay mucho papeleo en su interior y apenas entiendo lo que hay escrito. Oigo pasos en el pasillo. ¡Mierda! El corazón se me va a salir del pecho cuando me percato de cómo se mueve el pomo de la puerta. Me guardo el informe detrás de la espalda, dentro de la goma del pantalón. Apago la luz del móvil, cierro el cajón y me escondo debajo del escritorio. Con las manos me tapo la boca intentando contener la respiración y le pido al universo que se apiade de mí. Si me descubre estoy acabada. Abre la puerta y siento una sacudida en el cuerpo. Es él. Durante unos segundos creo estar muerta en vida, sin embargo, poco después vuelve a cerrarla e inhalo con fuerza, desesperada por volver a sentir el oxígeno en mis pulmones.

Como se entere Marco de esto va a matarme, aun así, me arriesgo a

llevarme la carpeta amarilla. Me autoconvenzo de que solo es papeleo, documentación antigua, aunque sienta una presión fuerte en el pecho. Él, aquí y ahora hace de modelo en Milán y se hace llamar Romeo, así es. Pasados unos minutos salgo de la horripilante habitación, con cuidado observo por todos lados y voy hacia el cuarto de Antonella. Una vez dentro lo guardo en la mochila. Me meto en la cama para abrazar a mi amiga y buscar el consuelo de unos brazos que en estos momentos añoro.

Por la mañana me levanto algo ojerosa, apenas he dormido. Levantamos las persianas y apreciamos un día soleado e incluso la temperatura es agradable. Me sugiere ir a desayunar al porche, al lado de la piscina olímpica que tiene la gran mansión. Yo, encantada, lo agradezco, así aprovecharé para dormir más en la tumbona. Nos ponemos algo cómodo y bajamos a la cocina para prepararnos unos sándwiches. Salimos al exterior y encima de las hamacas, donde da el sol, nos sentamos con las piernas cruzadas para comer.

La sensación es muy agradable, después de las semanas de frío que hemos pasado, sin embargo, dura poco. Al cabo de unos segundos llega su hermano y el atractivo guardaespaldas. Nos dan un escueto «*buongiorno*» y se sientan a pocos metros de nosotras en la mesa que hay debajo del porche. Sonrío cuando veo a Antonella atragantarse con el trozo de pan que acababa de meterse en la boca. Después de almorzar nos estiramos para aprovechar la calidez del sol. A punto estoy de empezar con el primer sueño cuando vibra el móvil.

> Marco:
> Haz el favor de ponerte crema.
> Estás muy blanca y no quiero que te pongas roja como
> una gamba.
> ¡Ja, ja, ja!

Me enderezo sobresaltada. ¿De dónde saca la información? Disimulo mirando de un lado a otro y, como anoche, observo a Enzo chatear con el móvil y hacer una mueca. Qué extraño.

> Lucía:
> Buenos días a ti también, amor.
> ¿Cuándo vas a dejar de acosarme? ☺

> Marco:

Buenos días, pequeña. Nunca. Te amo demasiado.
Te dejo, tengo una llamada. Ten cuidado.

Justo en ese instante, me percato de que Mario se levanta de la silla. «Parece ser que viene visita», me indica mi amiga. Observo cómo ambos bajan por el camino empedrado, y Enzo, algo retirado, atiende una llamada.

Vuelvo a estirarme en la tumbona y suena el móvil. Es Marco.

—No te muevas de ahí. Voy a buscarte ahora mismo —grita exaltado.

Oigo cómo se enfada porque Javier le quita el móvil, él en cambio me habla más centrado.

—Lucía, actúa como si fuese tu madre.

—Hola, mamá. ¿Qué tal? —Disimulo delante de Antonella.

—¡Está como loco! —Resopla—. Escúchame con atención. Carlo Bianco está entrando por la mansión, desaparece ahora mismo de ahí. Intenta por todos los medios ocultarte bajo unas gafas de sol, ponte una gorra e intenta que no te vea.

—Déjame hablar con ella. ¡Joder! —se queja Marco y vuelve a ponerse al teléfono.

—Antonella, voy a coger algo para protegerme del sol y así hablo un rato con mi madre, ¿vale? —le comento confusa.

Ella asiente satisfecha por la agradable temperatura.

Apartada del porche, entro en la casa por los grandes ventanales y cruzo el salón para subir por las escaleras hacía el dormitorio, antes de seguir hablando miro que no haya nadie a mi alrededor y le contesto:

—Tranquilízate. No me van a hacer nada. Estoy haciendo lo que me ha pedido Javi. Estaré bien, ¿vale? —susurro con calma para que no vuelva a alterarse.

—¡¡¡*Cazzo*!!! Si te ocurre algo… Tal y como están las cosas, no tendrías que haber ido —responde enfurecido.

—¡Quieres relajarte, cabezón! —protesta su amigo.

—Estoy en el cuarto de Antonella. Ya me he puesto la gorra. Ahora bajaré y la convenceré para quedarnos aquí hasta que se marchen, ¿sí? —Hago que reflexione y que disminuya la ansiedad que le atormenta en estos momentos.

—Está bien —añade frustrado—. Preciosa, una llamada y voy a buscarte ———expone contundente.

—Todo va a ir bien, Marco. ———Intento sonar lo más dulce

posible para que se tranquilice.

Le cuelgo algo inquieta. No me gusta saber que se queda con esa angustia. El asesino de su padre está aquí, aun así, con valor, voy a enfrentarme a la situación y hacerle ver que puede confiar en mí.

Salgo con las gafas de sol en la mano, preparada por si me las tengo que poner. Escucho voces de varios hombres cerca de donde me encuentro. Con sigilo, voy hacía el despacho en el que encontré esa maldita carpeta amarilla. Aproximo la oreja a la puerta por si puedo oír alguna cosa importante y capto cómo nombran el Viernes Santo. ¿Esto me suena a Semana Santa? Necesito saber más, sin embargo, escucho unos pasos hacia la puerta. Me aparto enseguida para disimular, con el pulso a cien por hora y…, espera, este hombre fortachón con la cara demacrada me suena de algo. De repente me empuja sorprendido, cierra la puerta con rapidez y me acorrala en la pared.

—Lucía, ¿se puede saber qué haces aquí? —habla muy bajito.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunto aturdida.

—Nos conocimos en el cumpleaños. Soy Fabrizio. —Mira nervioso de un lado a otro—. En breve nos iremos, escondeos en algún sitio. —Asiento firme—. Suplícale a *Dio* que no se entere Marco de tus dotes de investigación porque le va a dar un ataque.

Se dirige al cuarto de baño, y yo bajo las escaleras de dos en dos pensando en cómo voy a convencer a mi amiga de que tomar tanto el sol no es bueno. Llego a la piscina. Le hablo de una serie que está en Netflix que podríamos ver. Accede con naturalidad, a la vez que mi corazón todavía me va a mil. Creo recordar que tiene seis temporadas. Las suficientes para pasar todo el día encerradas en su habitación.

Después de comer todo el azúcar que quedaba, y acabar con la primera temporada, es momento de regresar a casa. Antonella no ha sido consciente de nada. Yo, en cambio, sigo agitada, pero, a la que he oído voces por el pasillo y en cuanto he deducido que todos se han marchado, el pulso ha descendido. Cojo la mochila como si fuese mi tesoro y en la entrada ya me espera Enzo para llevarme a mi apartamento. Después de mirarla con intensidad, y ella ruborizarse, me despido con un abrazo y quedamos en vernos esta semana.

De camino, en el asiento trasero del Range Rover, intento gestionar todo lo que he visto y oído para contárselo a Marco. Dudosa pienso: «¿Cómo se lo explico para que no se lo lleven los demonios?». El guapísimo guardaespaldas aparca delante del bloque de pisos. Me

despido agradeciéndole que me haya traído y no puedo evitar soltarle con total naturalidad:

—¿A qué esperas para decirle lo que piensas? —Se toca el pelo en varias ocasiones y con ese gesto tan de Marco acaba de darme la respuesta.

Entro en el bloque y subo las escaleras con lentitud, abro la puerta y todo está en silencio. Voy a mi habitación para dejarme caer en la cama, agotada. Antes de dormir le escribo un mensaje a Marco para decirle que he llegado sana y salva. Me responde con infinidad de corazones. Más tranquila, me duermo con la esperanza de que Fabrizio no le haya dicho nada.

Al día siguiente de buena mañana noto que me zarandean. Abro los ojos como puedo y veo a mi otra mitad sonriendo traviesa.

—Me debes una por hacerte el favor de acompañarte al cementerio el otro día. —Me guiña un ojo.

—Dispara. —Bostezo.

—El amigo de Macarena va a realizar un *tour* a pie este jueves en conmemoración a la Semana Santa por el Cementerio Monumental de Milán. Hay infinidad de obras de arte para disfrutar. En el funeral me quedé con las ganas de ver más —expresa entusiasmada.

—Sabías que te iba a decir que sí. —Estiro los brazos—. ¿Para eso me despiertas?

Sale dando pequeños saltos de alegría por la habitación, en cambio, yo me quedo estirada en la cama reflexionando sobre la maldita carpeta amarilla. Voy a llevársela a Marco a su piso. Sé que se va a enfadar por exponerme de ese modo, pero creo que tiene que saberlo, puede ser algo importante.

Con rapidez me visto, recojo mi pelo con una coleta alta y, aunque no muestro mi mejor cara, se va a alegrar de verme. Salgo por la puerta con la mochila a cuestas y en ese instante entra Lara con la cara hinchada, besa mi mejilla y me da las buenas noches. Me carcajeo. «Menuda noche», pienso. Comenta que su galán la ha dejado en casa antes de ir a comisaría.

Estoy en el portal del edificio de Marco. Respiro hondo varias veces antes de subir. La puerta está abierta, subo las escaleras y toco el timbre. ¡Mierda! Otra vez Julia abre la puerta.

—¡Anda! Tú por aquí —dice con retintín—. Pasa. —Lo hago desconfiada. Mi cuerpo no se altera y eso es porque él no está aquí.

—¿Dónde está Marco? —pregunto seca.

—No creo que tarde en llegar —responde con una falsa dulzura—. Puedes esperarlo en el sofá.

—Gracias. —Lo hago, y ella se acomoda a mi lado.

—¿Quieres tomar algo? —dice a la vez que me mira de arriba abajo, por las pintas que debo de llevar, seguramente. Niego con la cabeza.

—Deja de ser tan cortés conmigo, que no te pega. ¿Deduzco que a Marco lo has decepcionado con tu manera de actuar tan ruin al ver tu verdadera máscara? —Ríe exagerada como la lagarta que es.

—No me preocupa. Él nunca ha dejado de quererme. Tendrías que haber visto cómo me sobaba el culo subida a horcajadas encima de él, ahí mismo. —Señala donde estoy sentada, y doy un respingo—. Eso es lo que pasa cuando lo rechazabas continuamente, como la niña consentida que eres. Marco necesita a una mujer, no a una salvaje como tú. —La respiración se me acelera y me quedo helada con su confesión.

—No te creo —murmuro aturdida.

—Puedes preguntárselo a Javier. Él nos vio. —Se tapa la boca con la mano para reírse satisfecha por su venganza. Me levanto rabiosa y camino hacia la puerta—. ¿Quieres que le diga algo? —pregunta orgullosa por verme tan indignada.

—¡Vete a la mierda! —exclamo antes de salir dando un portazo.

Mis pasos son firmes, camino por la calle sin saber bien a dónde ir, sé que todo tiene una explicación y por eso voy a llamar a Javi. Seguro que él me dirá que es mentira. Me reprocho mi actitud en lo que escucho el tono de llamada.

En esa época no estábamos juntos. Era libre de salir con quien quisiera, aunque él me aseguró que no había estado con nadie. Mis celos me torturan. No soporto saber que se ha acostado con otra mujer y menos con su ex. Enseguida contesta y, con la alegría que le caracteriza, me pregunta:

—¿Qué ocurre, cielo? ¿Estás bien?

Yo, en cambio, me muestro seria:

—Vas a ser sincero conmigo, ¿verdad?

—¿Se puede saber qué te pasa? Me estás preocupando.

—¿Viste cómo Marco y… Julia estaban algo más que juntos en el sofá de vuestro piso? —Cierro los ojos con la esperanza de que me lo niegue. Su silencio me responde—. Vale, gracias por tu sinceridad.

—Sí, los vi juntos, pero seguro que tiene una explicación. Está loco

por ti. ¿Lucía?

Aparto el móvil de la oreja y de fondo oigo gritar mi nombre desesperado. Le cuelgo. Vuelvo a reprocharme mi actitud. No puedo evitar sentirme así. La odio. ¿Por qué tenía que ser con ella? ¡Mierda!

Reflexiono sobre lo que es importante ahora mismo, lo más acertado es entregar el informe que encontré a Alessandro. Llego a comisaría, con cuidado observo que él no esté aquí ni Javi tampoco. Seguro que ya se lo ha dicho porque el móvil lleva vibrando todo el camino. No estoy de humor para cogérselo, me fustigo pensando en la cara de satisfacción de su ex por haber conseguido su propósito.

Entro y pregunto al primer agente que veo si puedo hablar con el jefe. Recalco que es urgente, en menos de un minuto indica que me está esperando en su despacho. Sorprendido al verme, me besa en la mejilla y, algo inquieto por el hecho de que esté aquí, me pregunta:

—Siéntate. Cuéntame qué te trae por aquí. Lara está bien, ¿no? —Se acerca a la mesa mirándome con reticencia.

—Sí, sí, perfectamente. Te traigo esto. —Saco de la mochila la carpeta amarilla con toda la documentación de Marco y su padre. Le cuento cómo y de dónde la he sacado. Se la entrego y, sorprendido, la lee con mucho interés.

Durante varios minutos su cara pasa de la sorpresa al horror, del padecimiento a la frustración. Me siento turbada por sus muecas. Incluso le pregunto si va todo bien y con amargura me sonríe. Ese es el peor de los gestos, ya que he apreciado una pizca de pena.

—¿Sabe algo del informe? —Niego con la cabeza—. Déjame hablar antes con él. Has sido muy valiente, aunque has puesto tu vida en peligro arriesgándote a coger esto. No tienes ni idea de lo que te hubiesen hecho si te llegan a pillar —comenta escandalizado.

—Estoy aquí y estoy bien —añado convencida—. Por encima de todo está la seguridad de Marco. Me prometí cuidarlo y hacer todo lo posible para ayudarlo, pese a que él no lo aprueba. No voy a juzgar lo que hacéis en vuestro trabajo, porque yo solo entiendo de arte, pero quiero que me des tu palabra de que no le va a pasar nada malo.

—Sabes que es indomable. Eres la única persona en la faz de la tierra que ha conseguido hacerlo. *Giuro su Dio* que voy hacer todo lo posible para que no le ocurra nada, aun así, no puedo mantenerlo al margen del operativo. Él, más que nadie, quiere vengarse de la muerte de su padre.

—Lo sé —murmuro apenada. Sé que no descansará hasta hacerlo.

Me levanto y, abatida, me despido sin decir más, en cambio, él se queda postrado en su silla con la mirada perdida.

Algo no va bien, la opresión en mi estómago me da la señal. Lo que sea que pone en ese informe no me gusta.

28
Marco

Entro por la puerta de comisaría exasperado. He rastreado su móvil después de lo que me ha dicho el rubiales. Ya le he aclarado que aquella noche no pasó nada. Julia se me subió encima y, para que la situación no fuese violenta, intenté con calma hacerle entender de nuevo que la única mujer que me interesa es esa pecosa que tengo enfrente saliendo del despacho de Alessandro.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le pregunto algo hosco.

—No te importa. —Se dirige fuera malhumorada.

—¡¿Qué?! ¡Me desesperas! —Voy detrás de ella—. Dame una buena excusa de por qué no me has cogido las más de veinte llamadas que debes de tener mías.

—No pienso hablar contigo de este modo. —Se cruza de brazos en mitad de la calle.

—Está bien. —Suavizo la voz, pero enseguida vuelvo a encenderme —. ¡Joder! No sé si estoy más cabreado de la poca confianza que tienes en mí o de saber que estuviste espiando detrás de la puerta del despacho de Mario Bellini. —Fabrizio me dijo que tuviese tacto cuando hablara con ella, de todas formas era un tema que ya habíamos dejado zanjado.

—Siento no ser tan discreta y delicada como tu ex. Me lo has dejado claro siempre: «Sois muy diferentes» —se burla—. No te has cansado de repetírmelo. ¿También se lo decías a ella mientras le sobabas el culo?

Su mirada se vuelve oscura. Me niego a que su interior se ensombrezca. Sus ojos son la claridad que necesito para que siga guiándome por el mejor camino, aunque con lo cabezona que es me va a costar hacerla entrar en razones.

—Escúchame —le hablo más pausado. Lo hace, pero me gira la cara—. Mírame, pequeña.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer. —Gruñe. Sigue de

brazos cruzados esperando a que hable, sin mirarme.

—Aquel día se me subió a horcajadas en el sofá para besarme e intenté hacerle entender que, aunque no quisieras estar conmigo, no podía besar a otros que no fueran tus labios. Te amo con toda mi alma. Siempre has sido tú. Mi ex sigue sin aceptarlo, y te lo avisé. Me decepciona que no confíes en mí, creo haberme abierto lo suficiente para que lo hagas. Intento ser mejor persona. Demostrártelo cada día porque lo único que deseo en esta vida y en todas las demás es estar a tu lado —confieso emocionado para que me crea de una vez por todas.

Sigue en la misma posición, paralizada, y lo único que veo moverse es una lágrima por su mejilla.

—Me recuerdas constantemente que soy todo lo contrario a ella. Nunca acabaste de especificarme si eso era bueno o malo —duda sollozando.

—¿Ves lo que te digo? ¿Crees que si fuese malo estaría contigo? Eres lo más bonito que me ha pasado. Eres diferente porque me encanta tu espontaneidad, el modo que tienes de ser y de gesticular con naturalidad, cómo te comes la *pizza* con las manos y te chupas los dedos, verte alborotar la melena de un modo salvaje cuando me ves. Me fascina cómo me pones a cien cuando descaradamente vas sin ropa interior, el que no te importe dormir con una simple camiseta vieja mía, de sonrojarte con inocencia cada vez que te miro más de la cuenta. —Observo cómo se relaja y hasta atisbo una curvatura en sus labios—. Te dejo que me llames idiota, que me aporrees el pecho, que me arañes, me muerdas y me tires del pelo. Te amo, pese a ser una cabezona y no hacerme ni puñetero caso. —Se gira de golpe para quejarse de todas esas acusaciones y ve cómo sonrío.

—Idiota —me insulta y se tapa la cara para que no la vea reír o ¿llorar emocionada? Me acerco a ella con sutileza.

La rodeo entre mis brazos y al oído le susurro lo que más me hechiza de ella:

—Eres la única que me ha hecho tocar el cielo —le confieso con voz ronca.

Le limpio las mejillas humedecidas y hago una mueca cuando advierto cómo se le suben los colores. Se las estrujo y la beso con tanta pasión que llego a notar cómo en su pecho su corazón late sincronizado con el mío. Nos miramos con ternura y me habla con timidez.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—Muchísimo. —Le hago un guiño, pero enseguida me pongo serio —. Imagina por un momento que no es Fabrizio el que te abre la puerta. ¿No te puedes hacer una idea de lo mal que lo pasé cuando me dijeron que Carlo iba hacia la casa?

—Lo siento. —Baja la mirada—. Quiero ayudarte.

—Pequeña, lo tenemos controlado. Tú estudia, disfruta de Italia y pronto podremos regresar juntos a Barcelona. Pero no te expongas de ese modo, te lo pido por favor. No puedo cuidar de mí sabiendo que te tengo cerca.

—Es verdad, soy tu punto débil. —Me hace una sonrisa traviesa y se muerde el labio.

—¿No te habrás chivado? —le susurro con guasa y le doy un mordisco en el cuello.

Nuestros cuerpos piden un acercamiento con urgencia. La deseo tanto que no me importa cómo nos mira la gente en mitad de la calle. Si no fuese porque el móvil me suena la hubiese empotrado en uno de los portales y allí mismo me la hubiese comido a besos. Atiendo la llamada al mismo tiempo que ella me abraza de un modo extraño. Siento cierta nostalgia en ese contacto, la verdad es que desde el asesinato de Salvatore nos hemos visto poco. Seguro que me echa de menos tanto como yo a ella.

—Alessandro quiere reunirnos a todos mañana a primera hora. Parece tener novedades muy importantes. ¿Te das cuenta de que pronto estaremos juntos sin tener que escondernos de la mafia? Cuando toda esa gente esté en prisión, tú y yo podremos actuar como una pareja de lo más normal. —Hago que me mire, aunque sigue tristona—. ¿Qué te ocurre, preciosa? Tienes mala cara.

—Estoy cansada, nada más. —Vuelve a abrazarme mimosa.

—Venga, te llevo a casa. —Caminamos hacia donde está aparcado el coche.

Cuando se sienta en el interior del vehículo, la observo, la veo apagada. Recuerdo que aún no me ha contestado a la primera pregunta que le hice cuando la vi en comisaría. Durante el camino apoya su cabeza en mi hombro y se queda dormida. Cuando llegamos a su apartamento, voy al asiento del copiloto y la cojo en brazos. Sonríe al ver el espectáculo que estamos dando en la calle, aunque nos da igual. Me da las llaves para que abra y cuando entramos en su vivienda sus amigas asombradas me preguntan si nos acabamos de casar. «Ya me gustaría», pienso. La llevo a su habitación y allí la estiro

en la cama.

—Quédate conmigo —me suplica.

—Estoy de guardia, pequeña —contesto acongojado—. Javi me está esperando en comisaría, lo he dejado colgado cuando no me has cogido el teléfono y he ido a buscarte. Por cierto, ¿qué hacías en comisaría? —Advierto cómo se tensa, me aparta la mirada y palidece.

—Esto… —duda—. Alessandro quiere prepararle una sorpresa a Lara. Solo quería que lo aconsejara.

Sé que me está engañando. Ni ella misma se cree la mentira que acaba de decirme. Esta vez no voy a enfadarme. La veo tan vulnerable que dejaré que sea ella la que acabe de confesarse en otro momento. Sin decir más, se tumba en la cama y bosteza continuamente. La arropo con el nórdico y me espero a que se duerma. No tarda en hacerlo. Está muy rara. Le susurro lo mucho que la amo y con un suave beso en la frente me despido hasta mañana, apenas habré dormido después de la reunión y, aun así, pienso pasar todo el día con ella. Bajo por las escaleras, desesperado. Javier lleva rato escribiéndome mensajes para que vaya de una jodida vez. Me ha sido inevitable dejar de prestar atención a su pecho, cómo subía y bajaba con serenidad mientras dormía.

Después de varias horas de estar vigilando con mi compañero los movimientos de Mario, lo único que me apetece es llegar a casa, ducharme y dormir un poco. Fabrizio tiene a Carlo y a sus secuaces controlados. Enzo nos ha informado que los Falcone están en Milán. Llevábamos semanas sin saber de ellos. Si están aquí ya, es porque deben de tener el gran cargamento escondido en el lugar de la entrega.

Agotados entramos en el piso. No estoy de humor y no me apetece hablar con nadie, sin embargo, en cuanto veo a Julia sentada con la pelirroja en el sofá creo que es el mejor momento de zanjar temas.

—Ahora que estáis todos me gustaría dejar las cosas claras. —Los tres me miran confusos por la postura erguida y la voz seria que pongo al hablar—. Sois grandes compañeros para mí. Estoy muy orgulloso de cómo hemos conseguido llegar hasta donde estamos: a punto de ver a esos criminales en prisión. Me habéis mostrado lealtad y habéis estado conmigo hasta el final para ayudarme a vengar la muerte de mi padre. Os lo agradezco, pero, por favor, os pido que dejéis de meteros en mi vida personal. —Miro a mi ex, ceñudo, y me dirijo a ella. Esta vez no siento ni una pizca de pena—. Esa noche no

pasó absolutamente nada entre nosotros. He intentado ser cortés contigo para no hacerte sentir mal, pero no pienso consentir tus mentiras. Amo a Lucía, te guste o no. Te dije una vez que siempre iba a ser ella y sigo ratificándolo hasta el día en que me muera. Buenas noches.

Los miro a todos esperando a que me contesten. Hay un ambiente cortante en el salón, y ninguno se atreve a dirigirme la palabra. Con la voz dura y las pintas de espartano que tengo con la barba más crecida puede que los haya intimidado, no era mi intención, he intentado ser lo más amable posible. Me voy a la habitación después de varios segundos en silencio. Me estiro en la cama, agotado, y enseguida me quedo dormido. Esa noche sueño con ella:

El olor a goma quemada y el humo que se desprende del asfalto es insoportable. Le grito frenético que deje de dar vueltas con la moto, pero no me hace caso. Enardecido, sigue haciéndolo hasta que consigue hacer un gran círculo que se vuelve oscuro. Aparece un enorme agujero negro. Me asomo y veo un gran precipicio en donde no consigo ver el fondo. A unos metros frente a mí están ellos observándome con una gran sonrisa. Ella, con sus preciosos ojos azul cielo, me pide que salte, que me estará esperando al otro lado. Lo hago sin dudarlo, entonces caigo y creo que esta vez he tocado fondo.

Ya ha amanecido y me levanto sudado y conmocionado por la pesadilla. Voy a la ducha para paliar esa estremecedora sensación. Llaman a la puerta y mi fiel amigo pide permiso para entrar. Es extraño, nunca suele hacerlo. Salgo y me envuelvo en la toalla. Se adelanta hacia mí y me abraza de repente.

—Eres muy grande, amigo. Las gracias te las doy yo a ti por la increíble experiencia que hemos vivido estos meses a tu lado. Nunca he dudado de ti y sé que Lucía es la mujer de tu vida. La serenidad con la que hablaste anoche me conmovió. Estoy muy orgulloso del cambio tan importante que estás haciendo.

—¡Joder, tío! Me estoy emocionando y todo. —Me remuevo el pelo, algo nervioso y, con guasa, le doy un mamporro en el abdomen—. Formas parte de ese cambio, así que soy yo el que tengo que agradecerte que hayas aguantado mi jodido humor todo este tiempo. —Le devuelvo el arrumaco—. ¡Va, deja de ponerte sentimental y dúchate, que el jefe nos espera en media hora!

Dentro del coche, camino de comisaría, vamos en el más absoluto silencio. Cuando Alessandro dijo de reunirnos a todos se refería a todo

el operativo completo. Una vez dentro, el de la puerta nos indica que están en la sala de arriba esperándonos para el *briefing*.

Nos sentamos en las sillas que hay preparadas y me alegra ver a mi camarada, que me guiña un ojo. Cándida me regaña con la mano porque para variar llegamos tarde y luego me sonríe con cariño. Me percato de que también está Enzo, luego me acercaré para agradecerle que cuidara de mi chica. Al que veo algo demacrado es a Alessandro. Lleva el pelo revuelto y la barba sin rasurar. Ni siquiera se ha puesto corbata, eso es muy raro en él. Intento que me mire para burlarme por sus pintas, aunque me aparta la vista. Empieza a hablar muy serio y espero a que acabe la reunión para averiguar si he hecho algo mal. Estos días se mostraba orgulloso conmigo por cómo lo estaba ayudando con el operativo.

—Compañeros, ha llegado el momento. Tenemos el día y el lugar donde se hará el intercambio de la mercancía entre las familias Bianco y Bellini con los Falcone —apunta sosteniendo una carpeta amarilla con tensión en sus dedos—. Nuestro compañero, que se introdujo con éxito hace unas semanas en la mansión de los Bellini, nos ha confirmado que se hará este Viernes Santo en el lugar que nos comentó Fabrizio hace unos días. —Me muestro feliz. Carlo pagará por lo que hizo, y mi padre podrá descansar en paz—. Os quiero con todos los sentidos preparados para actuar esa noche. Hoy tomaos el día libre, menos los infiltrados. Volved a vuestros puestos antes de que sospechen. Nos veremos de nuevo el jueves por la tarde para distribuiros en los puntos estratégicos del lugar. Podéis marcharos.

Todos murmuran en la sala y se levantan para salir por la puerta. Quiero acercarme a Enzo para hablar con él y también ir hasta el macho alfa de la comisaría para darle un apretón, entonces advierto cómo alguien me atraviesa con la mirada.

—Marco —pronuncia el jefe con la voz quebrada—, tengo que hablar contigo. —Los pocos compañeros que quedan me miran estupefactos. Javier, desorientado por su comportamiento y sin saber bien qué he podido hacer, me mira ceñudo—. *Tuttifuori,* ¡*cazzo*! —grita irritado.

Todos se marchan asombrados por su actitud. Cándida se queda a su lado a la vez que le frota del brazo para tranquilizarlo al mismo tiempo que sostiene con temblor esa carpeta amarilla que tanto me intriga. La encantadora mujer tampoco muestra la cariñosa sonrisa con la que me recibe siempre. Alessandro no sabe por dónde empezar

a hablar, así que me da los papeles para que los vea con mis propios ojos.

Un rato después, no doy crédito a sus palabras, esto no puede estar pasándome a mí, a nosotros… Salgo de comisaría como alma que lleva el diablo. Camino sin rumbo con la cabeza entre mis manos. Acaban de empujarme al precipicio y no sé cómo salir del agujero negro al que estoy descendiendo como un kamikaze.

29
Lucía

En la terraza del apartamento aprovechamos la buena temperatura que nos acompaña en estos días de fiesta. Son gratificantes los rayos de sol que acarician mi piel a la vez que me muevo en el balancín junto a Elena, en cambio, Lara se ha estirado en el suelo con una toalla para broncear aún más su piel. Oigo el móvil sonar y salgo corriendo con la esperanza de que sea Marco. Es Alessandro, qué raro. Me atrevo a bromear con la morena, antes de que me lo quite, diciéndole que se ha equivocado de número. Resulta no ser así, quiere hablar conmigo, y el estómago se me contrae. Mi amiga se levanta de golpe de la toalla, y mi otra mitad me mira algo inquieta al ver la palidez de mi cara.

—¿Está Marco contigo? —pregunta inquieto—. No podemos localizarlo desde esta mañana temprano, ni siquiera por vía GPS. Ha desconectado el teléfono. Salió de la comisaría como un demonio después de hablar con él. Cogió la moto y se fue sin más.

—¿Qué le has dicho? —le recrimino—. ¿Le has comentado cómo conseguí la maldita carpeta? ¡Mierda! Debe de estar muy enfadado conmigo. —Mis uñas van a pillar de los nervios que tengo.

—Si así fuese ahora mismo estaría en tu casa reprendiendo tu comportamiento. Él no desaparece con facilidad, siempre ha ido por delante sin temer a nada ni a nadie.

—Entonces… —Mi mente intenta buscar una razón para ese arrebato—. ¿Qué narices pone en ese informe? ¡Dime! —inquiero con una mezcla de enfado y ansiedad.

—Lo siento. —Se hace un silencio tenso—. No puedo. El contenido de ese informe está protegido con acceso restringido.

—¡A la mierda el secreto de sumario! ¡Quiero saber dónde está! —grito furiosa.

—Si lo supiese serías a la última persona a la que hubiese llamado. Sabía que te pondrías así. ¡¡¡*Cazzo*!!!

—¡¡¡Voy a buscarlo!!! —Sin decir más le cuelgo.

Mis amigas, que han estado escuchando atentas toda la conversación, se levantan de golpe para acompañarme sin dudarlo. Al mismo tiempo que me pongo una sudadera y unos tejanos les doy todos los detalles de lo sucedido. Al exponerme de ese modo tan temerario, me abroncan, aunque conocen bien mi perfil de salvadora y saben que soy muy cabezona. Me pongo las deportivas porque mi único objetivo es salir de casa corriendo en su busca.

Recorremos los diferentes barrios de la ciudad a los que me ha llevado desde que nos conocimos. Bonitos recuerdos aparecen en mi mente. «¿Dónde estás, amor?», también los bares y restaurantes a los que solemos ir. El Parque Sempione, su lugar favorito para correr, lo caminamos sin dejar un rincón por buscar. Nos acercamos a la gran Estación Central para ver si se ha podido ir a algún sitio, pero no veo su moto. Desesperada, insisto en llamarlo constantemente. Lo tiene apagado o fuera de cobertura. Telefoneo a Javier para ver si tiene alguna novedad, me contesta frustrado; nada. Ni siquiera él sabe decirme lo que ha podido pasar. Raquel me llama preocupada y me consuela diciéndome que lo vamos a encontrar. Agradezco sus palabras y lo que se está involucrando. No sé qué es lo que la ha hecho cambiar, aun así, me alegro. El resto tampoco sabe nada. Mi última esperanza es Cándida, ya que lleva todo el día junto a Antonio buscándolo también.

—¿Se sabe algo? —pregunto afligida.

Niega. Es casi medianoche. Apenas hay movimiento y en el silencio de las calles solo deseo escuchar el rugido de su moto.

—Cariño —titubea. Percibo que quiere decirme algo, pero le cuesta arrancar—, Marco tiene que hacer un gran cambio en su vida. Hasta que no lo acepte y deje de resistirse va a sufrir por ello.

—No te entiendo. ¿Qué tiene que ver su desaparición con lo que me estás diciendo? Seguro que está muy enfadado conmigo por haberle mentido. —Cierro los ojos abrumada.

—No, cielo. Está perdido. En estos instantes se está enfrentando a sus demonios. Deja que reflexione. Pronto aparecerá. —Un nudo en la garganta me impide seguir hablando—. Estamos en contacto, *bella.* —Le cuelgo.

Mis amigas están agotadas, en cambio, yo quiero seguir buscándolo a toda costa.

—Es muy tarde, ya poco podemos hacer. Mañana prometemos

seguir ayudándote a buscarlo. Debemos descansar, y tú tienes que bajar toda esa tensión antes de que te caigas al suelo —me dicen. Accedo a regañadientes.

De camino a casa por el barrio bohemio de Brera, en la oscuridad de la noche, me parece ver a la vidente, Zaphira, vestida de negro, con el pañuelo lila cubriendo sus cabellos largos y canosos. El estremecimiento aparece como cada vez que veo a esta singular señora. No estoy de humor e intento esquivarla por todos los medios, aun así, en cuanto percibe mi presencia se acerca para decirme algo. Le temo. Mis amigas, espantadas por su tenebrosa presencia, me cogen de la mano para que siga caminando.

—Sigue iluminando, *ragazza*. No desistas, pese a que la oscuridad se adueñará de tu vida.

Estoy harta de su misterio y de la obsesión que tiene conmigo. Miro cómo tiemblan mis manos y en mi mente el color rojo intenso de la sangre aparece en ellas. Las cierro de golpe.

—¡Déjame en paz y no me digas más esas cosas tan horribles! ¡No creo en nada de lo que me has contado! —le grito sollozando, enfurecida y cansada de sus mensajes subliminales.

—Ha llegado el momento. Que *Dio* se apiade de ti.

De repente freno, la observo y rígida, con un escozor en los ojos, intento entender sus palabras, aunque mis amigas me empujan y aceleran el paso sin mirar atrás. Me animan para que no la crea y, con certeza, esta pitonisa solo busca nuestro dinero. La vidente nunca me ha pedido nada a cambio, pienso. Siempre fue ella la que se acercó a mí, como si viese algo más que mi físico.

Llegamos al apartamento, ellas van por el ascensor, en cambio, yo subo pesarosa por las escaleras. De repente me sobresalto al oír cómo gritan mi nombre desesperadas, por lo que aligero el paso. Lo que me encuentro me deja desolada.

Marco está sentado en el suelo, al lado de la puerta, con la cabeza entre las piernas. Me mira con ojos vidriosos, aunque puedo llegar a ver un atisbo de alegría al verme. Su rostro está demacrado; el pelo revuelto, deduzco que de tocárselo con nerviosismo. Mi espartano se ha rendido. ¿Por qué? El chico rebelde que conozco está más sumiso que nunca. ¿Qué le ha sucedido? Les pido a mis amigas que esperen dentro, acceden, se quedan perplejas de verlo de ese modo tan vulnerable. Me arrodillo ante él, lo abrazo con fuerza y le levanto la cabeza para averiguar qué es eso que lo atormenta por dentro.

—Perdóname, amor. Sé que has hablado con Alessandro. Yo no quería engañarte, pero nunca imaginé que te ibas a poner de este modo. Yo quería ayudar. Lo siento mucho. —No deja de observarme con intensidad.

—No es eso, pequeña —murmura apenado.

—¿Qué ocurre, entonces? ¿Qué te preocupa? Sabes que puedes confiar en mí. Habla conmigo. —Me muestro valerosa para afrontar juntos lo que sea que esté ocurriendo.

Con una tierna sonrisa me acaricia la mejilla, juguetea con el aro de mi nariz y se mantiene en silencio sin apartar su oscura mirada de mis ojos. Le doy un suave beso en los labios, le pido que entremos en casa para que me conteste a las preguntas que intenta evadir. Vamos a mi habitación. Le indico que se tumbe en la cama, seguidamente voy a avisar a mis amigas de que se queda a dormir en casa. No pienso dejarlo marchar hasta que no vuelva a ver al hombre imperioso que me hace enfadar con su soberbia.

Al cabo de unos minutos, entro de nuevo en el cuarto y lo veo sentado. Dejo en la mesita la botella de agua que he cogido de la cocina y me siento a horcajadas sobre él.

—Dime qué te pasa de una vez —digo con un tono de voz suave.

—Nada.

—¡¡¡Una mierda!!! Tú no te rindes tan fácilmente ni en tus respuestas eres tan escueto. —Me retiro de sus piernas, molesta por su falta de confianza, enseguida reacciona. Me coge de la mano y me pide que, por favor, vuelva a sentarme. Lo hago.

—El viernes es el gran día. —Hace una mueca—. El hecho de volver a vivir la misma situación ha provocado que me acuerde de mi padre. Al fin voy a vengar su muerte. Siento una mezcla de nostalgia y alegría al mismo tiempo —dice con la voz áspera, apuesto a que por todos los cigarros que se ha fumado.

—Entre todos te hubiésemos apoyado. Estábamos muy preocupados por ti. Me tienes para lo que sea. Sabes que te amo incondicionalmente. —Me besa con ternura—. Esta vez soy yo la que te reprocha lo mal que me lo has hecho pasar.

Sonríe e intento que comprenda que no tiene por qué vivir este angustioso presente él solo. Ahora, algo más calmada, comprendo su arrebato, de todas formas sigo creyendo que me oculta algo, por el modo que tiene de mirarme y acariciarme como si me fuese a perder en cualquier instante.

—Quería estar solo, reflexionar, necesitaba volver a conectar con mi padre. El veneno que ha corrido por mis venas durante todo este tiempo ha hecho que me acuerde de cada uno de los jodidos días que he pasado por culpa de Carlo Bianco. El final de mi venganza se acerca. Él podrá descansar en paz. Y yo seré alguien nuevo para ti —comenta emocionado—. Volveré a renacer sin odio, sin tanta agresividad, sin miedo a perderte. Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo. Solo tu alma y la mía, puras, limpias, sin resentimientos.

—Ya lo soy. —Mi voz se quiebra. En la nariz empiezo a sentir ese cosquilleo que en breve se convertirá en lágrimas—. Me gustas tal y como eres. Juntos conseguiremos apartar a esos fantasmas de tu cabeza. Pase lo que pase…

No me deja acabar porque su lengua se entrelaza con la mía con voracidad. Le correspondo del mismo modo y hundo mis dedos en su cabello para atraerlo más hacia mí. Me quita la sudadera y se acerca a mis pezones para lamerlos, a la vez que aprieta con su temblorosa mano mis senos con fervor. Sube al cuello y, atraído por mi olor, aspira, para después susurrarme al oído lo bien que huelo a vainilla. Se quita la camiseta y con su torso me abraza para sentir la calidez de nuestra piel, lo oigo suspirar.

Durante varios minutos nos besamos y mordisqueamos nuestros labios hinchados por el contacto. Me acompaña para estirarme en la cama y con vehemencia me observa mientras acaricia con un dedo la línea central de mi pecho. Sonríe cuando aprecia cómo se han sonrojado mis mejillas. En el silencio puedo intuir cómo me transmite todo el amor que siente por mí. Yo, en cambio, se lo digo:

—Te amo. —Hace una mueca.

La fiereza con la que ha empezado ha pasado a ser más pausada. Me quita los pantalones, con delicadeza, baja las braguitas y, una vez desnuda, acaricia con sus dedos todas las partes de mi cuerpo. Mi pecho sube y baja descontrolado. Enardecido, ve cómo contraigo los muslos por el cosquilleo que siento en mi sexo. Se levanta de la cama para quitarse el resto de la ropa y, excitada, observo lo hermoso que es.

De las caricias pasa a saborear cada rincón de mi piel. Dejo que me mime, ya que gozo viéndolo con esa pureza y dedicación. Mi clítoris empieza a palpitar con intensidad, así que abro mis piernas para hacerle saber lo mucho que lo deseo dentro de mí. Encantado, trepa sobre mi cuerpo y con su ardiente musculatura me irradia de

placenteras sensaciones. La penetración es suave, lenta… Suspiramos. Me observa con adoración a la vez que empuja su pelvis una y otra vez. El contacto visual se mantiene fijo en este mágico momento. Nuestras manos se entrelazan con firmeza, y las embestidas empiezan a ser más duras. Con la respiración entrecortada me habla.

—Prométeme que me esperarás, pequeña —susurra a mi oído.

—Lo prometo. Siempre te estaré esperando.

—Te amo, preciosa.

No puedo responder porque el cosquilleo que siento en mi interior se ha convertido en un inmenso orgasmo. Él exhala, apurando sus últimos empellones, y con un gruñido derrumba su cuerpo sobre el mío. Luego se deja caer a mi lado y me recoge entre sus brazos por la espalda. Bajo las sábanas, colmados de felicidad y en la calidez de nuestro encuentro, nos decimos bonitas palabras de amor. Pasados unos minutos, recuerdo que no hemos avisado a nadie.

—Deberías llamar a tus compañeros. Estaban muy preocupados —le digo con suavidad. Me giro para mirarlo y lo veo bostezar.

—No quiero ver a nadie. Solo quiero estar contigo. —Gruñe.

—¡Vaya! Veo que mi chico borde y rebelde ha vuelto. Me alegro. —Hago una mueca de satisfacción.

Empieza a hacerme cosquillas por todas partes y amenaza con que si no lo dejo dormir va a hacérmelas incansablemente. Me rindo y dejo que se duerma. En unos minutos lo oigo respirar con sosiego, así que aprovecho para levantarme de la cama, ponerme su camiseta y llamar por teléfono uno por uno diciéndoles que está aquí conmigo y que está bien. Es de madrugada, a ver si con un poco de suerte están durmiendo y no me contestan. Error. Durante una hora hablo y contesto mensajes a todos. Un Alessandro consternado junto a Marco siguen siendo los que más me inquietan de lo sucedido.

Vuelvo a la cama y admiro cómo duerme con tanta tranquilidad. De repente, me vienen unas ganas repentinas de vomitar. Voy al baño con urgencia y echo lo poco que he comido en el día. Elena viene deprisa al escuchar mis arcadas. Coge una toalla y la humedece para ponerla en mi frente.

—¿Estás bien? —afirmo—. Tienes que cuidarte más. Solo estás pendiente del bienestar de Marco —me regaña—. ¿Cómo está él?

—Mejor. Me necesita. Son momentos tensos. Todo esto se acabará pronto. —Le sonrío y le aprieto la mano para tranquilizarla.

—¿Cómo es que has vomitado? —Se cruza de brazos.

—Llevo días con náuseas. Los nervios, el estrés…, ya sabes —respondo confusa por su pregunta.

Me ayuda a levantarme del suelo y me acompaña hasta la habitación. Le agradezco que se preocupe por mí y con un manotazo en el culo la envío a la suya. Entro, y Marco se remueve. Con sus manos me busca por el colchón. Antes de que se desvele, me acuesto enseguida y, con urgencia, vuelve a rodearme con sus brazos.

Dormimos con gusto, tanto que es mediodía y lo único que nos despierta es el rugido de nuestras tripas. Mientras él comprueba la infinidad de llamadas y mensajes que tiene en su teléfono, yo preparo unos tallarines a la carbonara. Lara se ha ido con su galán, y mi otra mitad ha quedado con Macarena para sacar los *tickets* del *tour* que haremos para visitar el Cementerio Monumental de Milán.

Pasamos el resto del día en mi habitación, entre besos y caricias. Dentro de la cama me cuenta anécdotas de su padre y me parece muy tierno. También me habla de su madre, a la que adoraba con pasión. La tarde pasa volando, y yo no veo la hora de que se vaya. Marco mira el reloj nervioso porque no sabe cómo volver a la realidad ni tampoco cómo separarse de mí. Sus compañeros necesitan una explicación, y el jefe lleva horas esperándolo en su piso para hablar seriamente con él. Frustrado, se levanta para vestirse con los hombros caídos.

—Pequeña, me tengo que ir. No sé cuándo volveré a verte —añade muy serio.

—Todo va a ir bien, amor. —Salgo de la cama para abrazarlo por la espalda—. Ellos acabarán en prisión, y tú serás libre para siempre. El domingo te quiero conmigo, ¿vale? —Asiente.

Intento mostrar seguridad. Ser lo más positiva que puedo, aunque por dentro esté muerta de miedo.

Se da la vuelta, sus ojos vidriosos me observan con adoración y con sus manos me coge por la cintura. Percibe cómo me tiembla todo el cuerpo. Intenta decirme algo, no obstante, veo que traga saliva continuamente.

—Espérame. —Traga de nuevo—. Eres lo mejor que me ha pasado, preciosa —murmura serio. Me acaricia la mejilla y después coge un mechón de mi pelo para olerlo.

—Solo serán unos días. Claro que voy a hacerlo. Dile a tu jefe que la semana que viene te la coges de fiesta y la pasamos juntos, ¿eh? —le advierto con guasa.

No me contesta. Se acerca a mí con los párpados cerrados y me da

un intenso beso en la frente. Se separa de mí y… duele. Duele mucho. Antes de cerrar la puerta de la habitación para irse, se gira y me observa ceñudo. La misma mirada pesarosa que me dedicó la vez que le dije que lo nuestro se había terminado. Inmóvil, me quedo allí, de pie, helada, sintiendo cómo se retuercen mis entrañas. Me pongo las manos en el vientre, vuelven las náuseas, y le pido al universo que estos malditos días pasen lo antes posible.

30
Lucía

Esa noche no pude dormir. Me levanté de mi cama y fui a la habitación de mi otra mitad. Lara se quedó en casa de Alessandro. Me hice un ovillo dentro del nórdico, entonces, como buena amiga que es, me abrazó para mitigar el dolor por su ausencia y, sobre todo, por la incertidumbre que lo rodea de nuevo. El jefe me prometió que iba a cuidar de él. Me consuelo.

Hoy hemos quedado a las diez para hacer el *tour*. Lara y Macarena irán directamente allí. Elena y yo desayunamos en la cocina antes de ir al cementerio. Hablamos de todo lo acontecido estos días. Alarmada al ver cómo me muerdo las uñas, abstraída, me pide que razone y que no me deje llevar por las emociones. Ahora, más que nunca, debo mostrar sangre fría. Es su trabajo. Marco está más que acostumbrado a estos operativos. Ha presenciado asesinatos, consolado a mujeres maltratadas y obligadas a prostituirse, ha rescatado a menores retenidos y secuestrados por las mafias, ha visto la muerte de cerca… Recapacito y me enorgullezco de él: es un héroe. Sin embargo, para mí es un mundo y para él es un día más de trabajo.

El día ha amanecido gris. Me abrigo algo más de la cuenta y una vez en la calle presiento lluvia. Mal fario, pienso. Vamos a la parada de metro más cercana que nos dejará justo a la entrada del cementerio. Cuando llegamos vemos a un grupo de personas y entre ellas se encuentran nuestras amigas. Abrazo a la salerosa malagueña que con su desparpajo alegra el día triste que hace hoy y, encima, en un cementerio. En qué momento le dije que sí a Elena, suspiro. Lara me pregunta por Marco. Le respondo que no he vuelto a saber nada de él. La veo apagada, imagino que ella también debe de estar preocupada por su italiano.

Somos dos chicas que solo veníamos a estudiar arte, poco sabemos del trabajo de policía ni de bandas criminales. Ellos solo nos cuentan que deben ir a un operativo peligroso, el cual solo podemos comparar

con las películas de acción porque no sabemos mucho más. Mi consuelo es pensar que en los finales casi siempre mueren los malos.

Macarena nos presenta a su amigo, que será el que nos guiará por este impresionante museo al aire libre. El recorrido dura alrededor de una hora y media. Una vez dentro, admiramos fascinadas todos los monumentos funerarios de las familias milanesas más importantes. Caminamos con lentitud, a la vez que lo escuchamos atentamente explicar toda la historia de este sobrecogedor lugar.

Empieza a chispear, sacamos nuestros paraguas y continuamos con el itinerario. El guía bajo el paraguas, con una gran sonrisa y conocedor de lo que habla, contesta a varias preguntas que hacen los turistas.

—El Cementerio Monumental de Milán fue construido entre 1863 y 1866 por Carlo Maciachini, un gran arquitecto y restaurador italiano. —Oír ese nombre me provoca náuseas—. Después de las pirámides es uno de los mayores monumentos funerarios del mundo por su gran belleza arquitectónica. Síganme, *per favore*. —Lo hacemos y, orgulloso, nos muestra el magnífico panteón de la familia Campari—. *La Última Cena,* de Leonardo Da Vinci, es representada por Giannino Castiglioni, un gran escultor y pintor milanés que lo creó para la casa en 1935.

No sé si es la escultura que me ha hecho pensar en Marco o el nombre del asesino de su padre, que no puedo impedir retirarme y vomitar en uno de los rincones apartados del cementerio. Enseguida aparece Elena con un pañuelo. Hace rato que observaba mis arcadas.

—Empiezas a preocuparme. —Arruga la frente.

—¡No exageres! —protesto al mismo tiempo que me limpio la boca —. Ya sabes que cuando tomo lácteos a veces me sientan mal. —Le saco la lengua. Ya me encuentro algo mejor.

—Ya —murmura mosqueada.

Regresamos a la tumba y seguimos escuchando con atención al guía.

—La Familia Campari es propietaria de una importantísima compañía italiana de bebidas con y sin alcohol. Gaspare Campari ofrecía a su clientela un aperitivo creado por él mismo en su establecimiento. El vermut está compuesto de sesenta ingredientes que se desconocen en la actualidad. ¿*Andiamo*?

Continuamos con el circuito. No obstante, me quedo varios segundos antes de seguir observando la magnífica escultura en este lugar de culto y respeto.

La visita se ha alargado hasta dos horas. El amigo de Macarena ha sido un encanto y nos pide que valoremos el *tour* para ayudarlo a crecer profesionalmente. Por nuestra parte tiene un diez al ser un magnifico guía. Ha sabido transmitir ese misterio y explicar su historia arquitectónica con mucho conocimiento en este sitio lleno de arte y de paz.

Esta vez regresamos a casa en autobús. La malagueña baja antes en una de las paradas. Nos despedimos con un abrazo, y nosotras continuamos hasta el barrio de Brera. Llegamos al apartamento y, mientras subo por la escalera, ellas lo hacen por el ascensor, le escribo un mensaje. El doble tic no aparece en la pantalla. Frustrada, confío en que lo reciba.

Una vez dentro repartimos las tareas. Yo cocino, Lara baila con la escoba y la rubia dobla la ropa. Después de tenerlo todo listo pensamos pasar todo el día en pijama, comiendo palomitas y estiradas en el sofá viendo la tele. Les propongo ver de nuevo *El Diario de Noah* y la única respuesta que obtengo es un montón de cojines estampados en mi cara.

En algún momento de la tarde nos quedamos dormidas en el sofá. Me despierto sobresaltada y cojo el móvil de la mesa para ver si tengo algún mensaje de él. Nada. Vuelven las náuseas de nuevo en cuanto me incorporo. Me tapo la boca con la mano y salgo corriendo al baño. Antes me quejo porque me acabo de hincar la esquina del mueble en el muslo, y mis amigas se desvelan alteradas al verme en ese estado. Vienen detrás. Elena ha sido testigo de mis vómitos, en cambio, Lara, sin dudarlo, en cuanto me ve por primera vez hacerlo, ya me acusa de estar embarazada.

—¡Dejad de decir tonterías! —les recrimino—. Llevo el DIU puesto, ya lo sabéis. Es imposible —contesto enfadada.

Me quedo sentada en el suelo, abrumada.

—Has bajado mucho de peso, se puede haber movido —comenta mi otra mitad con serenidad al ver mi estado de humor.

Se sientan a mi lado, y las tres formamos un círculo. Nos cogemos de las manos, como siempre hemos hecho cuando necesitamos unir nuestras fuerzas.

—Siento hablaros de este modo. Llevo días angustiada. —Cierro los ojos. Ambas me aprietan la mano para darme apoyo.

—Aun así, deberías hacerte una prueba. Elena, tiene razón. Puede haber alguna posibilidad. Sabes que estaremos a tu lado en todo

momento. —Asiento agradecida.

Sigo pensando que el bol de palomitas que me he comido me ha sentado fatal. Solo hay un uno por ciento de probabilidad. No voy a ser yo.

—Os quiero, chicas. Esta tortuosa espera es más fácil a vuestro lado.

—¿Sabes algo de él? —Niego con la cabeza con un nudo en la garganta.

—Todo va a ir bien. Pronto tendremos a nuestros chicos en casa —dice Lara animada.

Nos levantamos del suelo y ya me siento mucho mejor. Se lo hago saber para que dejen de pensar en tonterías. Esa noche juntamos colchones, cogemos nórdico y, con ilusión, decidimos dormir juntas en mitad del comedor.

A la mañana siguiente noto cómo me zarandean por los hombros. Lara ha recibido un mensaje de Alessandro diciéndole que están aislados concentrados en el operativo y que están bien. Le ha preguntado por Marco.

—Lucía. Él está distante. No habla con nadie. Está de mal humor y dice que se pasa el día metido en la habitación dándole al saco de boxeo. —Me levanto alterada.

—¿Por qué no me llama el muy idiota? ¡Joder!

—No los dejan. Ningún tipo de contacto que pueda distraerlos. Órdenes del comisario —murmura apenada, en cambio, yo estoy enfurecida.

Cojo la almohada y, hundiendo la cara en ella, grito desesperada porque es lo único que puedo hacer en este instante. Sacar por la boca toda la rabia que siento al no poder verlo y no poder mitigar su mal estado.

Después de desahogarme con el cojín, miro hacia la puerta de la terraza. Hoy, igual que ayer, sigue nublado. Las gotas de agua han cubierto los cristales. Me acurruco en el sofá con la manta y no encuentro consuelo después de lo que me ha dicho mi amiga. Elena me trae una manzanilla y se sienta a mi lado para recordarme que no me deje atrapar por las emociones. La tarde pasa lenta con esta congoja. Con el día que hace no nos apetece salir de casa, así que llamamos a Adriano para que nos traiga unas *pizzas*. Es viernes, hoy toca. Acompañamos la cena con un lambrusco y por un momento nos olvidamos de lo que se debe de estar viviendo, ve a saber dónde, en

este preciso instante.

Comentamos lo poco que nos queda para acabar nuestra aventura en Italia. Me muestro feliz al pensar en todo lo que he aprendido estos meses y en empezar a trabajar en lo que verdaderamente me apasiona. Mi padre, muy orgulloso de mi nivel, ya me ha recomendado en varias galerías de arte en Barcelona. Incluso estarían encantados de que la hija del gran pintor barcelonés exponga sus obras ahí también.

De todas maneras, antes pienso irme con Marco de vacaciones a la playa. Lo estoy deseando. Aún no me creo que sea de allí. Sonrío emocionada a la vez que mis amigas me observan extrañadas por el gesto. Les cuento nuestros planes. Lara con una amarga sonrisa se alegra por mí, aunque nos confiesa que se ha enamorado de su galán y no quiere ni pensar en el momento de la separación. Mi otra mitad y yo nos tronchamos a la vez. Le echamos en cara todos sus consejos, ella también ha caído y se ha pillado hasta las trancas. Avergonzada, lo admite rotundamente. El hecho de que le haya presentado a la *mamma* es muy significativo para él. Si al final decide quedarse en Milán, hay infinidad de museos que se rifarían a esta gran escultora.

Pasados unos minutos suena mi móvil. Doy un respingo, me levanto enseguida del sofá, puede ser él. Nerviosa, voy a la mesita donde está cargando. No sé cómo me lo monto que, antes de ver quién es, se cae el bonito jarrón de cristal que tiene Cándida para adornar el salón. ¡Mierda! Se hace añicos y no consigo llegar a tiempo para contestar. Miro quién es y aparece un número oculto. El pulso se me acelera cuando vuelven a llamar. Seguro que es él, siempre me llamaba de ese modo. Contesto esperanzadora.

—*Ciao, bambola.* —Esa voz…, cierro los ojos angustiada—. No he dejado de pensar en ti. Sigo queriendo follarte y esta vez voy a conseguir mi propósito.

—Lucca… —susurro con amargura.

—En pocos minutos el cabronazo de tu novio estará muerto, y tú serás mía. Estoy deseando volver a manosear tu cuerpo, y él no va a poder impedírmelo. —Ríe a carcajadas de un modo malvado.

—¡¡¡Hijo de puta!!! —le grito con toda la furia que siento en mi cuerpo—. ¡¡¡Dime dónde está ahora mismo!!! —le chillo desesperada.

Mis amigas se levantan del sofá, sobresaltadas, y escuchan a mi lado.

—Cuánto lo siento, princesa. No pienso decírtelo. —Ríe exagerado —. No voy a quitarle ese gusto a mi hermano. Ver al *figlio di puttana*

muerto junto a su padre. Si su intención era pasar inadvertido, voy a agradecerte que nos hayas puesto en bandeja su paradero. Nos vemos pronto, *bella.* —Sigue riendo.

—¡¡¡Eres un cabrón!!! —Me cuelga.

Bajo los párpados clamando al cielo. A lo lejos escucho a mis amigas cómo me hablan alteradas, pero yo no me entero bien de lo que dicen porque estoy conmocionada. En mitad del caos intento mantener la calma para averiguar dónde se está llevando a cabo ese operativo. Como una señal divina, con el móvil en la mano, voy hacia mi cuarto. Me pongo algo deportivo y salgo corriendo por la puerta. Sé dónde se está realizando la entrega. Dejo a mis amigas atrás gritando enloquecidas. No hay tiempo, tengo que salvar a Marco.

Bajo por las escaleras con audacia hasta coger el último metro de la noche, que pasa a las doce y media. Lo llamo por teléfono varias veces. No me contesta. Decido dejarle un mensaje en el buzón de voz. Dentro, en el vagón, voy sola. Aporreo las puertas, nerviosa, para descargar la ansiedad que siento dentro de mí, al cabo de unos minutos se abren y subo deprisa exhalando hasta llegar el exterior. Me encuentro delante del Cementerio Monumental de Milán. Respiro con profundidad delante de la verja y me percato de que está forzada. Llena de valor, me adentro sin dudarlo.

La poca luz que hay es de las farolas que alumbran de un modo tenue. De noche este magnífico lugar es siniestro y el silencio resulta de lo más perturbador. Me abrazo, tengo frío. Todo está húmedo, no ha dejado de llover en todo el día y, pese a las cuatro gotas que siguen cayendo, me dirijo al panteón de la familia Campari.

Se escuchan voces, luego oigo disparos y freno en seco para taparme los oídos. Temo lo peor. No es momento de lamentaciones. Voy a salvar a Marco, aunque sea lo último que haga en esta vida. Con una valentía descomunal, no me amedranto y acelero el paso entre la oscuridad dejándome el alma gritando su nombre.

Llego hasta la tumba, desorientada, alguien que desconozco me agarra por detrás con violencia, me tapa la boca e intento zafarme de sus brazos por todos los medios. Impactada por lo que veo, dejo de luchar. Estoy rodeada de hombres vestidos de negro con gabardinas y algunos llevan ametralladoras en las manos.

—Mira a quién tenemos aquí, Mario —dice satisfecho a la vez que me sostiene con fuerza.

Deja de cubrirme la boca para tirarme del pelo y enseñarle mi cara.

Lo veo junto a Enzo. Su guardaespaldas me observa ceñudo. Pienso en Antonella y en lo que me gustaba ese chico para ella. Las apariencias engañan.

—Primo —contesta con esa frialdad que le caracteriza—. Va a ser el cebo perfecto para finalizar la entrega con los Falcone. Mi hermana va a sentir su pérdida, pero los negocios son lo primero. —Se atreve a reír, y yo vuelvo a agitarme para insultarlo hasta que me tapa la boca de nuevo.

Encima de la escultura de *La Última Cena* veo un gran cargamento de armas y una multitud de bolsas negras llenas de algo que ignoro. Detrás del panteón empiezan a salir policías de paisano con las pistolas apuntando hacia nosotros. Esta vez no se esconden. Cara a cara, a unos cuantos metros, se enfrentan a ellos todos apuntándose entre sí. Entre ellos puedo distinguir a un Alessandro impactado. Javier está con la cara desencajada encañonándome junto al captor. Raquel, asombrada por mi presencia, agarra el arma con más fuerza, y Marco…, él está horrorizado clavando sus ojos oscuros en los míos muerto de miedo. Es el único que no empuña su arma. En cuanto me ha visto se ha quedado paralizado. Soy su punto débil, recuerdo. Quiero que siga luchando, sin embargo, no lo hace. Habla con firmeza:

—Me tienes a mí, Carlo. Deja que se vaya —pronuncia cuando levanta los brazos para pedir clemencia—. Si le haces algo esto va a ser una carnicería, vendrán más policías, y todos tus hombres van a acabar muertos.

—¡¡¡Nooo!!! —grito.

Me remuevo colérica y afligida por sus palabras. Si lo cogen van a matarlo, me lo ha dicho Lucca.

—¿El valeroso Marco García se está rindiendo? No me lo puedo creer. —Ríe con soberbia—. Lo que no hiciste por tu padre lo vas a hacer por esta *puttana*. Me decepcionas. Mi hermano me ha dicho que huele de maravilla e incluso podemos compartirla.

Lascivo pasea su nariz por mi cuello, y mis ojos se abren aterrados al ver su reacción. El mismísimo diablo cierra los puños y está poseído como el poderoso Kratos.

—¡Esto es entre tú y yo! ¡Joder! ¡Déjala en paz! —Camina lentamente hacia nosotros. Oigo cómo ambos bandos cargan las armas a la vez.

—¡No sigas! —Noto el cañón frío en la sien—. Si te acercas más la mato. —Marco frena de golpe—. Me das pena. Eres igual de débil que

tu padre. Anteponiéndote para salvar a alguien. ¡Qué ridículo!

El aire que se respira en el ambiente es cortante, un pequeño desliz y todos muertos. Pasamos varios segundos en el más absoluto silencio. Imagino que cada uno barajando la posibilidad de actuar sin que no resulte nadie herido de su bando. Marco no me quita los ojos de encima, llego a percibir su preocupación e impotencia.

Alguien se acerca con sigilo por detrás de nosotros. Una voz grave le habla al oído. Puedo reconocerla, inhalo y cierro los ojos pidiéndole al universo que sea él el que nos saque de esta espantosa situación.

—Jefe —murmura con un tono decisivo.

—Dime. Tendríamos que solucionar esto de una puta vez —dice nervioso. Deja de apuntarme y me aparta a un lado para mirarlo—. Tú, mi hombre de confianza, ¿qué sugieres?

—Matarte. Esto va por Sebastián García. Descansa en paz, camarada. —Fabrizio le dispara y todo se vuelve muy confuso.

La sangre del tiro que le ha pegado a bocajarro por la espalda me salpica en la cara. Carlo deja de sostenerme, cae al suelo, muerto en el acto, y yo, que apenas puedo ver, me limpio los ojos ensangrentados. A partir de ahí todo pasa muy rápido. Solo oigo disparos, gritos, pasos de un lado a otro… Y la voz de Fabrizio gritar desesperado:

—¡¡¡Enzo!!! ¡¡¡Detén a ese cabrón!!! —grita al ver dónde está apuntando el hermano de Antonella. Oigo el cañonazo, aunque no me percato de a quién va dirigido.

Mi corazón late con fuerza al sentirlo cerca. Mi cuerpo vibra emocionado al notar el contacto de su mano, el aroma de su perfume. ¡Ya está conmigo! Abro los ojos para recibirlo con una felicidad infinita, sin embargo, no he sido consciente de que ese tiro acaba de ir directo al abdomen de Marco y, herido, cae al suelo. Grito su nombre, conmocionada, pidiendo ayuda. Me arrodillo en el suelo y lo rodeo entre mis brazos. Apoyo su cabeza en mi pecho y desde atrás, aterrada, puedo ver cómo su jersey se empieza a llenar de sangre. Le tapono la herida con mis manos temblorosas y, como predijo Zaphira, se vuelven rojas. Grito horrorizada, alzo la vista llorando desconsolada, clamando al cielo que no se lo lleve. Lo envuelvo muy fuerte para que sienta el calor en su cuerpo frío y frágil. Se remueve dolorido y mi esperanza crece.

—Amor. —Hago que me mire y entreabre los ojos—. Mírame, no te vayas. Quédate conmigo, por favor —digo sollozando.

—Mi pequeña —susurra—. Qué bien hueles. —Sonríe con ternura

—. Te he echado tanto de menos. —Intenta acariciarme, pero se queja del costado.

—No te muevas, Marco. Te vas a poner bien, ¿vale?

—Tengo que irme, preciosa. Pronto volveremos a vernos. Te lo prometo. —Su voz cada vez suena más apagada.

—¡¡¡Aguanta, amor!!! —Desbordada en lágrimas le acaricio la cara, mientras, él, me observa con una gran serenidad—. Prometo casarme contigo. ¡¡¡Lo juro!!! Pero no te vayas. —Me hace una mueca siendo consciente de lo que acabo de decirle.

—Te amo, pecosa —dice con un hilo de voz.

Sus ojos se cierran y en ese preciso instante me siento completamente rota. Dos personas, una única alma. La misma que empieza a resquebrajarse poco a poco.

—Si tú te apagas, yo también —le susurro.

Duele tanto que la luz que alumbraba ese rinconcito de mi ser deja de brillar para dejar paso a una oscuridad fúnebre.

Con mi barbilla apoyada en su cabeza, sin dejar de tapar su herida, llorando sin obtener consuelo, aparece Alessandro alterado. Hace rato que se han dejado de oír disparos. Los refuerzos han llegado, y los clanes mafiosos han sido detenidos con éxito. Me quedo con la mirada preocupada y llena de rencor de Enzo mientras lleva a Mario, esposado a la espalda.

—¡¿Dónde *merda* está la ambulancia?! ¡Marco García está muerto! ¡Está muerto! —vocifera para que se entere todo el que está allí.

Levanto la mirada y me molesto con él. No soporto que pronuncie continuamente el estado en el que está.

—¡No digas eso! Aún noto cómo late su corazón —le recrimino enfurecida.

Me observa sin saber bien qué decir. Ordena a Javier que se acerque a nosotros.

—Cielo… —susurra agachándose a nuestra altura mirándome con tristeza y acariciándome la cabeza. Observa a su fiel amigo, conmovido.

—Llévatela ahora mismo de aquí —le ordena el jefe.

Él duda. Se está debatiendo con su mente, pero accede, me aparta del cuerpo inerte de Marco y me coge en volandas.

—¡¡¡Una mierda!!! ¡Suéltame, Javi! —Pataleo con todas mis fuerzas —. ¡Te odio! ¡Os odio a todos! ¿Qué clase de amigos sois, que actuáis con esta frialdad y no me dejáis estar a su lado? Es tu mejor amigo, es

la mitad de mi alma… No me hagas esto. Déjame estar con él. ¡Te odio!

Me carga sobre sus hombros, y yo no puedo más que golpear, furiosa, su espalda para que me deje regresar a su lado. Quiero irme con él allá donde vaya. No soporto este dolor tan horrible que me retuerce las entrañas. No sé en qué momento dejé de ver las tumbas, no volví a oír gritos ni sirenas, me quedé sin fuerzas para seguir aporreándolo y todo se volvió oscuro. Lo único que se me queda grabado en la mente antes de dejar de ser consciente es un: «Lo siento».

31
Lucía

Desnuda frente al espejo del cuarto de baño apenas me reconozco. La palidez es más que visible, mi cuerpo está huesudo de lo poco que he ingerido estos días. Apenas he dormido y unas bolsas oscuras se aprecian debajo de mis ojos enrojecidos de tanto llorar. El azul cielo del iris ha desaparecido para dejar paso a unas pupilas negras llenas de rabia por lo que le han hecho a Marco. Estoy muerta en vida. La oscuridad se ha apoderado de mí.

Hace días que las clases en la academia han empezado, yo aún no me encuentro con fuerzas para volver. He estado encerrada en mi cuarto. Llorando enloquecida sin querer hablar ni ver a nadie. He enviado algún mensaje a mis padres porque no quiero que se enteren de lo que ha ocurrido. Les he escrito diciendo que estoy con anginas y no puedo hablar. He tenido que hacerlo con mucho tacto. Mi madre me conoce bien y mi pena me hubiese delatado. Aún me siento peor por mentirles.

Pienso en bucle lo sucedido aquella noche y aún no me lo creo. He esperado cada día que apareciese por la puerta de mi habitación, que me llamase por teléfono y me confesase que era una jodida broma para huir de la mafia. He llamado a Javier, a Raquel, incluso lo he llamado a él, nada. Hasta le he dicho a Lara que le pidiese a Alessandro el teléfono de su ex, porque yo aún estoy resentida con su chico. No obstante, Julia también ha desaparecido. Se han esfumado y todo parece haber sido una terrible pesadilla.

Sumergida en mi locura he llegado a pensar que Marco nunca ha existido, pero Cándida me confirma que algo hubo y mi corazón también. Sus respuestas a mis preguntas son siempre un doloroso: «Lo siento, cariño. Acepta las fases del duelo tal y como vengan. Pronto ese daño desaparecerá». Recelosa, la miro sin entender bien lo del dolor. A Marco no lo voy a olvidar en mi vida, nunca dejará de doler. Ella esa noche estaba con Julia en comisaría dirigiendo el operativo

Romeo desde allí.

La fase de incredulidad ha pasado y lo único que siento ahora, mientras me miro al espejo del baño, es resentimiento y rabia. La sangre hierve de furor por todas las venas de mi cuerpo. Lo odio porque me prometió amor eterno y no lo ha cumplido. Lo odio porque lo amo de tal manera que me es imposible dejar de pensar en él. Me prometió que volveríamos a vernos. Mentira. ¡Que lo esperara! ¿Cómo voy a hacerlo cuando se ha ido para siempre? Que íbamos a estar eternamente juntos. Falso.

—¡Mentiroso! —grito.

Me arrodillo en el suelo y las lágrimas vuelven a brotar. Odio lo que le han hecho. A sus compañeros también y me odio a mí misma porque esa noche no pude salvarlo.

—¡Lucía!

Aparece Elena preocupada por mi lamento para recogerme. A continuación viene Lara, y ambas me reconfortan con sus cálidos abrazos. Después de varios minutos de consuelo me animan a ducharme. Me sentará bien y así lo hago.

Todas mis amigas han sido un gran apoyo incondicional para mí, también están consternadas por lo sucedido. Sin ellas y sin el cariño de Cándida hubiese sido un infierno. Ya no ven forma de consolarme. Saben lo mal que lo estoy pasando. Me abrí en canal para confesarles el gran amor que siento por Marco. Mi llama gemela se ha ido y no voy a volver a verla nunca más. Pese a todo, insisten en que acabe la carrera y una vez en Barcelona me tome el tiempo necesario para vivir el duelo. Con qué facilidad lo dicen, no se dan cuenta de que ya no tengo ganas de luchar. Nada tiene sentido si él no está en mi vida. Lo echo tanto de menos que la opresión que siento en el pecho me ahoga cada vez más. Mi alma comenzó a resquebrajarse aquella fatídica noche. Empecé a romperme por dentro, sin embargo, un halo de luz me dice que sigue conmigo, no sé de qué modo, pero lo siento dentro de mí.

Hoy me he armado de valor. Además, mis compañeras de piso me obligan a salir de casa y a continuar con la carrera. Me siento muy débil y, aunque los vómitos han remitido, sigo con náuseas. Tengo que acabarla por mi padre y sé que Marco estaría orgulloso de mí. Rememoro cómo me sonreía con satisfacción y decía que era su chica valiente y cabezona. Mis compañeras de piso ya me esperan en la puerta, piso algo nerviosa la calle después de tantos días sin salir. Ellas

ya se han encargado de informar en la academia de las supuestas tremendas anginas que me han tenido postrada en la cama.

En cuanto llegamos todos los compañeros han sido muy atentos conmigo, incluso los profesores han venido a verme a clase, preocupados por mi salud. Mi más que evidente estado confirma la supuesta enfermedad. Solo por el cariño recibido debo continuar, aunque por dentro no vea modo de recomponerme.

Luigi, conocedor de lo ocurrido, ha recogido mis lágrimas en cuanto me ha visto. Antonella no me ha soltado de la mano en toda la clase dándome su apoyo incondicional. Ella también necesita el mío, ya que su familia y sobre todo sus padres están muy decepcionados con su hijo. Sabían que tarde o temprano acabaría en la cárcel por sus negocios sucios, aunque nunca se imaginaron que también por asesinato. El vello se me eriza al recordarlo.

En alguna ocasión ha venido a dormir conmigo pese al panorama familiar que tienen. Es la que se encarga ahora de la casa. Se siente mal por el hecho de verme llorar sin consuelo y saber que su hermano es el culpable de mis lamentos. Le hablé de Enzo. El atractivo guardaespaldas resultó ser un héroe infiltrado que no llegó a tiempo. Cuando le contaba quién era en realidad, un brillo especial en los ojos la delataba. Vi que su amor por él iba *in crescendo,* aunque tampoco hemos sabido nada de él. Ni siquiera he podido agradecerle a Fabrizio, el gran protagonista de esta historia, que me salvara de ese criminal y hubiese honrado al fin la muerte de su padre: Sebastián García.

Una vez superado el primer día de clase, salimos de la academia y les digo a mis amigas que necesito estar sola, ir a pasear y llenar mis pulmones de aire fresco. Me sabe mal no decirles la verdad, pero necesito ir a recriminarle a Alessandro la actitud de aquella noche y culparlo de que no me dejara escuchar su último aliento.

Entro directa a la comisaría, de muy mal humor, hacia donde se encuentra su despacho. El agente que hay en la puerta sale rápido de la oficina y me frena al ver mi decisión de entrar sin permiso. No me amedranto, intento escaparme de su agarre y, con el vocerío que tenemos, sale el jefe. Al verme le dice que me deje pasar. Me suelto de muy malas maneras, camino hacia él y, sin mirarlo, entro.

—Siéntate, por favor —murmura decaído.

Está muy demacrado. Lara ya me dijo que lo de aquella noche le ha dejado secuelas. Dudo que tantas como a mí.

—No quiero. —De pie y con los brazos cruzados le suelto todo lo

que me ha atormentado durante estos dolorosos y largos días—. Me dijiste que ibas a protegerlo. ¿Dónde está Marco? ¿No se ha celebrado un funeral? Qué raro, ¿no? Me secuestrasteis aquella noche para que no pudiese estar a su lado cuando más me necesitaba y, para colmo, a sangre fría gritabas a los cuatro vientos que se había muerto. ¡Eres una mala persona! —Me aparta la mirada, abochornado, con la cabeza entre sus brazos—. Han desaparecido todos menos Cándida y tú. Estarás contento, ¿verdad? Mientras tú te llevas los méritos del operativo y los grandes jefes te felicitan por la gran actuación… —Se me quiebra la voz—. Tu mejor amigo está muerto. —Se levanta enseguida para consolarme, pero yo se lo impido.

—Lo lamento. —Me mira apenado. Es tal la rabia que siento que soy incapaz de aceptar sus disculpas.

—¿Dónde está? —Silencio—. ¿Qué ponía en la maldita carpeta amarilla que te entregué? A raíz de eso, él ya no fue el mismo. —Me limpio las lágrimas con las mangas de la sudadera.

—Yo… lo siento, Lucía. —Son las únicas palabras que es capaz de pronunciar.

Cansada de ver que no voy a obtener respuestas, lo miro con odio y salgo para dar un sonoro portazo.

Lloro durante todo el camino hasta pasar por delante de la cafetería donde trabaja la bonita camarera de media melena negra, en ese momento está barriendo la acera. Sorprendida al verme en ese estado, me llama enseguida para que entre a beber algo caliente con ella y le cuente qué me pasa. Es su rato de descanso y, preocupada al ver mis sollozos, se sienta a mi lado con dos infusiones. Le detallo todo lo sucedido y, con el corazón en un puño, le digo que mi chico ha muerto.

—Lo siento muchísimo. —Me da un apretón en las manos—. Es extraño todo lo que me cuentas, si él es de Barcelona, puede que hayan llevado su cuerpo hasta allí. Quizás sus compañeros han vuelto a España una vez finalizada la misión para poder descansar y desconectar de la gran presión a la que han estado sometidos todo este tiempo.

—Parece que sabes de lo que hablas. —Le hago una mueca.

Algo más sosegada, entiendo la importancia del asunto. Era mi amor, pero también era un agente infiltrado del que poco sabía.

—Siempre quise ser policía. —Se sonroja—. Tú misma me has contado que era un operativo sumamente delicado. La mafia no se

anda con tonterías y tienen gran poder en Italia. Incluso sus turbios negocios los distribuyen por todo el mundo. A diario salen noticias de estas bandas criminales y tienen a mucha gente amenazada.

Estoy sentada frente a ella escuchándola con atención y algo llama mi atención. El jefe de Daniela sube el volumen de la televisión, y toda la clientela deja de hablar para escuchar con curiosidad al presentador de las noticias.

—En una amplia investigación y un extenso operativo antimafia llamado Romeo, la policía italiana arrestó la pasada madrugada a docenas de personas en el Cementerio Monumental de Milán. Después de varios minutos de enfrentamientos, resultaron heridos varios agentes y entre ellos lamentamos la muerte de uno de ellos: Marco García —comenta el presentador, entonces Daniela se sienta a mi lado y me abraza para tranquilizarme del ataque de ansiedad que estoy viviendo—. A los detenidos se les atribuye una extensa lista de crímenes: desde el tráfico de drogas, armas, sobornos, sicariato, prostitución e incluso robo de arte, entre otros.

Todo me da vueltas. Todavía tenía una mínima esperanza de que él estuviera con vida. Es triste que al final me haya convencido de lo evidente un simple presentador. Ella también me hace ver la realidad.

—Quizás haya llegado el momento de ser consciente de lo ocurrido. Cuesta mucho creer que ya no vas a volver a ver a la persona que amas con pasión. Con el tiempo esa herida irá cicatrizando, Lucía, y el dolor ya no será tan intenso —dice con ternura. Respiro varias veces a la vez que las lágrimas caen a borbotones—. Mira las estrellas cuando te fallen las fuerzas. Él, desde el cielo, te estará observando para seguir protegiéndote y ayudarte a seguir adelante.

—Daniela, ha acabado tu descanso —reclama su jefe desde la barra.

—Bonita, me tengo que ir, no sabes lo mal que me sabe dejarte así, pero tienes mi número. No dudes en llamarme si me necesitas. No estás sola. Eres muy especial, no apagues esa luz con la que siempre iluminas allá por donde vas. —La miro y me percato de cómo se humedecen sus ojos. Insiste en pagar ella, se lo agradezco y también su agradable compañía.

Camino con lentitud hacia casa reflexionando e intentando aceptar la situación. Abrazada a su chaqueta, siento frío y añoro sus brazos calientes. Como una señal divina miro al cielo y allí lo veo. Sé que la que más brilla es él. Le sonrío con lágrimas en los ojos y ahora soy yo

la que le pide que me espere.

Abro la puerta del apartamento, nada más entrar escucho la voz de Cándida. La recibo con cariño. Está junto a mis amigas sentada en el sofá, imagino que esperando a que llegara. Advierten preocupadas mi estado alicaído y los ojos hinchados confirman que he estado llorando. Quieren que me quede con ellas charlando, es pronto para acostarse, sin embargo, yo solo quiero dormir y dejar de pensar. Tengo dolor de cabeza y la angustia aparece continuamente.

Cándida me acompaña hasta la habitación y, como hacia Marco, dice que se queda conmigo hasta que me duerma. Dejo la mochila en el suelo. Me pongo su camiseta favorita, el pijama por encima y me meto dentro del nórdico. Ella se sienta a mi lado y me arropa con las sábanas. Le cuento lo que he oído por las noticias en la televisión de la cafetería, lo dura que he sido con Alessandro en comisaría y lo culpable que me siento al recordar a Marco rendido y despavorido al verme entre los brazos de la persona que más odiaba de su vida.

—Cariño, siempre estuvo dispuesto a dar su vida por ti. Es un salvador nato y te amaba con locura. Te aseguro que hubiese actuado de ese modo una y mil veces solo por verte a salvo —confiesa a la vez que me acaricia la cara—. En nuestro trabajo estamos cada día expuestos al peligro. No todas las personas entienden nuestra labor y nos ven como sus enemigos. Lo único que queremos es servir y proteger a la gente. No sabes si ese día va a ser el último en el que vas a ver a tus seres queridos y, aun así, a él le apasionaba ser policía. Era la persona más valiente y con el corazón más grande que he conocido en mi vida. No te sientas culpable porque junto a ti él volvió a renacer. La muerte que conocemos como tal da pánico, pero no somos conscientes de que morimos continuamente. Lo hacemos y volvemos a nacer incluso estando vivos. Sé que te va a costar aceptar la situación porque sois tal para cual de cabezones. —Me sonríe—. Sin embargo, un día volverás a ver la luz, te lo aseguro. No dejes de creer en la magia y sigue iluminando como siempre has hecho —habla con dulzura. No sé si es su voz sosegada, las suaves caricias con las que me toca la cabeza, sus alentadoras palabras tal vez o quizás que a su lado siento la paz de él más cerca, que me quedo profundamente dormida —. *Bella*, hay algo especial dentro de ti. Tienes que cuidarte. — Escucho su extraña reflexión a lo lejos.

Camino por un túnel oscuro sin saber bien a dónde me lleva. Me refriego los ojos en varias ocasiones, ya que el resplandor que hay al

fondo es muy intenso y me deslumbra. Cubro mis ojos con la mano en la frente para poder ver mejor y descubro un ángel de alas negras. Corro emocionada para alcanzar ese brillo. Es él. He ascendido al cielo. Marco me recibe conmovido con ojos brillantes. Colmada de felicidad, lo rodeo por la cintura, oprimo su pecho con mi mejilla. Al cabo de un rato me aparto para ver su hermoso rostro y, a continuación, grito horrorizada. Noto cómo mis manos están húmedas, las miro temblorosa y las veo manchadas de sangre. Con serenidad me las coge y me dice que solo está sanando.

—¡Marco! ¡Nooo!

Me enderezo sobresaltada. Exhalo a la vez que me limpio el sudor de la frente sin dejar de temblar.

—Tranquila —murmura Cándida con suavidad, hace que me tumbe y me arropa de nuevo—. Sigue durmiendo, cariño. Voy a estar a tu lado, no te preocupes. —Me coge de la mano. Ha estado presente en cada una de las horribles pesadillas que he tenido desde que él ya no está en mi vida.

Por la mañana, tumbada en la cama, abro los ojos. Giro la cabeza de un lado a otro y me encuentro a Elena y a Lara dormidas junto a mí a cada lado. Sonrío al verlas. Soy afortunada, pese a todo, y doy gracias. Agradezco la compañía de la maravillosa mujer que ha estado conmigo desde entonces. A cada una de mis amigas por cómo me han apoyado y también agradezco a la vida el haber conocido a la persona que me ha dejado su amor sellado en el alma para siempre. Nunca te olvidaré, Marco.

32
Lucía

Estamos en el aeropuerto de Milán esperando nuestro vuelo de regreso a Barcelona. La salerosa Macarena está con nosotras. Ella partirá más tarde con destino a su Málaga natal. Nuestra aventura ha finalizado y volvemos a casa. La graduación con la entrega de diplomas la haremos en nuestra universidad. Aquí sentada, con la mirada perdida, hago balance de estas últimas semanas, soy consciente de que he actuado como un robot sin sentimientos. He puesto el piloto automático exigiéndole a mi lado más racional para no dejarme llevar por las emociones. Aún duele muchísimo su pérdida.

Mi día a día ha consistido en levantarme, ir a clase, estudiar y poco más. El poco más es tomarme una infusión con la que es ahora una gran amiga para mí, Daniela. Ha prometido venir a visitarme. El dolor ha mitigado centrándome en la carrera. He conseguido acabar con las mejores notas de la clase. Los profesores y compañeros me han felicitado por ello. Nos han despedido con gran cariño. Las tres Marías dejan un grato recuerdo en la academia.

Sinceramente, estoy deseando volver a casa. En cada rincón de esta ciudad lo siento muy presente, su aroma aún perdura en mi habitación y el sonido de una moto hace que me estremezca. Quiero pensar que como allí no tengo ningún momento vivido con él me será más fácil sobrellevar mis días, hasta que siento una punzada en el vientre y recuerdo que se impregnó en cada célula de mi ser desde el primer día que me acogió en sus fuertes brazos para que no cayera.

Lo peor ha sido separarme de Cándida, de Antonella, incluso de la diversión de Luigi, que, pese a estar de mal humor, no perdía la esperanza de verme sonreír, aunque fuese un segundo. Han sido un pilar fundamental para poder seguir avanzando. La entrañable mujer me ha enseñado a valorar de nuevo la vida, sentirme afortunada por todo lo que he vivido con él, a no dejarme llevar por la pena y agradecer lo que me ha aportado desde que lo conocí. Amor, eso es

todo lo que he obtenido por su parte.

Mi amiga apenada ha insistido en lo mucho que me va a echar de menos. Su situación familiar está algo más tranquila desde que su hermano está en prisión. La familia Bellini intenta limpiar su nombre en Italia. Con un poco de suerte, Mario y todos los detenidos se van a pasar gran parte de su vida en la cárcel por cargos de homicidio, perteneciente a banda criminal, contrabando de armas y drogas y un sinfín de delitos más. He acordado con ella que cuando todo esto se tranquilice vendrá a pasar unos días a la casa de la playa que tienen mis padres en la Costa Brava. Las noches que se quedaba a dormir conmigo fantaseábamos bajo el nórdico un encuentro entre Enzo y ella. Él fue, sin duda, el que informaba a Marco de todos mis movimientos en la mansión de mi amiga. Lo recuerdo y no puedo evitar que se me escape una sonrisa, era un canalla.

Cuando cerramos la puerta del apartamento nos dio pena. Quería dejar allí su chaqueta, sus recuerdos, las camisetas con las que dormí cada noche, pero me fue imposible. En la calle, el Maserati azul eléctrico de Alessandro nos esperaba en la puerta para acercarnos al aeropuerto. He sido muy fría cuando lo he visto. Mi amiga sabe que estoy resentida con él, me ha suplicado que no le guarde rencor, no le gusta verme con esa actitud, él también está sufriendo por mí. Le he pedido tiempo. El problema no es él, soy yo. No debo culparlo de lo sucedido, sin embargo, aún no puedo hablar con él porque cuando lo intento la soga aprieta en mi garganta. Le he agradecido el viaje y poco más. Su respuesta es siempre la misma, un sentido: «Lo lamento».

Anuncian por los altavoces que nos preparemos para embarcar. Nos levantamos de nuestros asientos con las maletas en mano y nos despedimos con un gran abrazo de Macarena. Apenadas, nos miramos. Cuando vinimos dijimos que tenía que ser la mejor experiencia de nuestras vidas y así ha sido. Nunca imaginé que iba a ser la protagonista de una película de amor sin final feliz. Para Lara ha ido mejor. Ella regresará a Italia con Alessandro. Han quedado para hacer un viaje juntos por las Islas Griegas. Me alegro un montón por ellos.

Elena, en cambio, está algo preocupada por Pablo. Recibió la llamada unos días antes de nuestro regreso, contándole que había sufrido un accidente de tráfico. Alterada, sin conocer bien su pronóstico, la convencimos para que se esperase y volviese con nosotras. No es nada grave, pero necesita estar en reposo un tiempo. Sus padres, que son algo mayores, se encargan de él hasta que llegue

ella. Cuando estemos allí cada una se irá a su hogar y, después de la graduación, volveremos a reunirnos en el apartamento que compartimos. Prometimos no separarnos hasta que no hubiese de por medio una fuerza mayor.

Antes de subir al avión por la escalera del embarque echo la vista atrás. Respiro hondo y con lágrimas en los ojos me despido de Italia hasta que deje de doler. Suspiro. Probablemente nunca.

Aterrizamos en poco menos de dos horas. Lara se ha tomado una pastilla para poder llevar el vuelo lo mejor posible y se ha quedado frita enseguida. Mi otra mitad no ha conseguido dormirse, sigue muy intranquila hasta que vea el estado de su novio. Yo, en cambio, he dormido todo el viaje. Seguiría haciéndolo si no llega a ser por el zarandeo de Elena comentándome que vamos a desembarcar en breve. Últimamente tengo mucho sueño, pensé que mi estado nervioso no me iba a dejar descansar, tengo que reconocer que parezco un oso hibernando.

En el aeropuerto nos esperan mis añorados padres. La morena no hace más que recordarme que cuando mi madre me vea va a poner el grito en el cielo en cuanto sea consciente de mi delgadez, mi rostro pálido y ojeroso. Lo más curioso de todo es que cuando se abren las puertas lo único que obtengo de mis padres es un inmenso abrazo; mi madre llora emocionada, y mi padre me mira ceñudo. No me regañan por mis largas ausencias telefónicas ni me dan un sermón por mi físico, se limitan a observarme y decirme lo mucho que se alegran de verme. Nos montamos en el coche y de camino dejan a mis amigas en sus respectivas casas. Mi padre no deja de mirarme por el retrovisor, y mi madre, que habla siempre por los codos, se mantiene en silencio. Para romper el hielo mis amigas explican la espectacular academia en la que hemos cursado nuestro último año. Aun así, el ambiente es tenso. Ellas no les han contado nada de lo sucedido allí, yo tampoco. ¿Cómo han podido enterarse?

Me despido de cada una de ellas hasta la semana siguiente, donde nos encontraremos en la universidad para la entrega de diplomas. Con disimulo, me insisten en que las llame si las necesito, así que nos despedimos con un significativo abrazo. Con una sincera sonrisa hago que dejen de preocuparse por mí. Estoy en casa, rodeada del cariño de mis seres queridos, he cambiado de ambiente, aquí estaré a salvo de sus recuerdos, ¿no? Mi mente me atormenta y me recuerda que el hecho de cambiar de ubicación no modifica lo que siento por dentro,

maldigo.

Una vez en casa siguen con la extraña actitud. Dejan que me acomode sin presión. Subo a mi habitación para deshacer la maleta. De otra saco todos los bocetos, dibujos y el primer cuadro que pinté de Marco. Me siento en la cama para observarlo y no puedo evitar romper a llorar. Poco después entran mis padres, me han oído y se sientan a mi lado.

—Mi niña —dice mi madre apenada—, sabemos todo lo que te ha pasado.

—¿Cómo es posible? —Los miro asombrada—. No quería preocuparos. Lo siento.

—Nos llamó una señora muy amable —responde mi padre con tacto—. Cándida, creo recordar. Dijo que era la casera del apartamento en el que estabais viviendo. Nos contó la gran amistad que tenéis ambas y lo preocupada que está por ti. Nos ha dicho que, por favor, no te enfades con ella, pero que necesitas que te sigan cuidando y quería cerciorarse de que íbamos a hacerlo para ella poder quedarse tranquila. Por eso precisábamos saber qué es lo que te había pasado. Te conocemos bien y damos fe de que era alguien muy especial para ti. Lo siento, mi vida.

Lloro tanto que se mantienen a mi lado, en silencio, animándome a que saque todo lo que me ahoga por dentro. Sigue doliendo como el primer día. Allí, aquí…

Ya han pasado varios días y frente al espejo de mi habitación observo que me queda un poco holgado el precioso vestido largo, de color verde botella, que me compré en una de las *boutiques* de Milán para la graduación. Quería que fuese una sorpresa para Marco. Hoy iba a presentárselo a mis padres. Hubiese sido un día muy especial para mí, para nosotros…

Mi madre llama a la puerta en este instante y me pide que aligere, que con el tráfico que hay llegaremos un pelín tarde. Me pongo los temidos tacones, me dejo la melena suelta con unas ondas desechas y me maquillo ligeramente. Una vez en la calle, ya están montados en el coche esperando a que salga, en cuanto me ven destacan orgullosos lo preciosa que estoy.

Mientras llegamos a la universidad, en mitad de un atasco de tráfico, miro por la ventanilla, perdida en mis pensamientos, recreo en mi mente la rutina de esta semana pasada: disfrutar de la compañía de mis padres, han estado a mi lado en todo momento apoyándome en

mis instantes de bajón. También he sentido un gran confort al pintar en el cuarto de pinturas que comparto con mi padre. Algo más animada, he dado largos paseos por la playa. Cómo había echado de menos el olor a salitre, sentir la calma que me aporta el sonido de las olas, la calidez del sol sobre mi piel y oír el graznido de las gaviotas. Mis padres insistían en acompañarme, pero yo necesitaba estar sola.

Salgo de mi estado de tranquilidad cuando me doy cuenta de que alguien, con un casco negro, hace rugir delante de nuestro coche su moto negra de gran cilindrada. Mi cuerpo se endereza y la respiración se me acelera. Mis padres se dan cuenta de mi agitación. Inhalo para poder serenarme y exhalo la quemazón que siento en este instante. Lo sigo con la mirada y desaparece entre la multitud de coches. Sacudo la cabeza para quitarme esa idea. Imposible.

En las afueras de la universidad apenas hay gente. Le digo a mis padres que me adelanto en lo que ellos estacionan el coche en el aparcamiento. Entro sofocada en la gran sala donde se va a hacer la entrega de diplomas. Aligero con los tacones, soy un peligro corriendo con ellos, aun así, llego a salvo hasta el asiento que me han asignado. Saludo alegre a todos los compañeros de los cursos anteriores y cuando me siento mis amigas emocionadas me susurran lo *bella* que estoy.

Delante del alumnado está todo el equipo docente con las bandas preparadas y los diplomas para ser entregados. Giro la cabeza para ver si mis padres han llegado. Los veo al fondo, entre los familiares, y me saludan efusivos. Les correspondo con la misma sonrisa. La nostalgia se apodera de mí y el pasado me lo trae de vuelta para recordarme cómo extraño que no se encuentre este gran día junto a mis padres.

Algo aturdida, no me percato de cómo me nombran en varias ocasiones. Elena me da un suave codazo para que reaccione y me levante. Lo hago avergonzada con el afectuoso aplauso de toda la inmensa sala. Camino consciente hasta llegar a la pequeña escalinata que sube a la tarima. El profesorado me recibe con cariño, uno de ellos pasa la banda por mi cabeza y me entrega el tan deseado pergamino. Desciendo la vista y con mis manos coloco bien la cinta. Satisfecha, les muestro una gran sonrisa a la vez que la sala retumba con los silbidos y aplausos de los asistentes. Busco con la mirada a mis amigas para celebrarlo. Están enloquecidas llorando emocionadas. Entusiasmada, veo cómo mis padres aplauden orgullosos y, cuando levanto el brazo para enseñar mi ansiado diploma, la sangre que fluye

por mis venas se me congela.

¡No puede ser! Está ahí, observándome con intensidad, como lo hacía cuando me decía lo mucho que me deseaba. Mi mente se paraliza, sin embargo, mi cuerpo, que es muy sabio, hace que reaccione cuando noto que mi corazón late con fuerza y concibo la vibrante tensión que percibía cuando se encontraba cerca. Está aquí, lo sé, las mariposas vuelan alocadas en mi estómago. Con rapidez voy en su busca, me quito los tacones para bajar las escaleras, recojo la falda entre mis dedos, y todos miran asombrados mi comportamiento.

Lo busco entre la gente, no lo encuentro, mis padres me miran extrañados, entonces salgo corriendo a la calle y no veo a nadie. Apoyo la espalda en la pared y, afligida, me dejo caer hasta quedarme sentada en el suelo. Miro al cielo para pedirle al universo que deje de fustigarme. Mi mente ha vuelto a torturarme y esta vez mi cuerpo también.

33
Marco

La rueda trasera de la moto derrapa por la gravilla del asfalto y con el temblor que siento en el cuerpo me es difícil controlarla. Consigo maniobrar con éxito y paro en una de las cunetas que suben al Parque Natural del Montseny para poder respirar con normalidad. Mi refugio durante estos jodidos meses. Bajo de la moto y, observando el maravilloso y mágico paisaje que envuelven estas montañas, pienso lo cabronazo que he sido.

No he podido evitar ir a verla y casi me pilla. Ha sentido lo mismo que yo, lo sé. La tensión esa que hace vibrar nuestros cuerpos cuando se encuentran cerca. Este día iba a ser muy especial para ambos: presentarme a sus padres me hacía sentir partícipe de una familia. No aguanto más tiempo sin ella, joder. Voy a volverme loco.

Estaba preciosa, aunque la palidez que he visto en su rostro, su delgadez, sus ojos azules ya no brillan del mismo modo y la oscuridad que se ha apoderado de ellos me ha sobrecogido. Estoy hecho una mierda, ¡soy un egoísta, ¡*cazzo*! Nunca tendría que haber aceptado lo que me pedían Alessandro y Cándida, pero su vida corría peligro.

Retomo la marcha más tranquilo y continúo hasta lo que ha sido mi hogar estas terribles semanas. Aparco la moto y me adentro por el bosque para dar un paseo por el lago. Me siento en el muro donde está la presa y saco el móvil. He perdido la cuenta de las veces que he oído el mensaje que me dejó en el contestador de voz con la respiración entrecortada: «Marco, Lucca me ha llamado, quieren matarte. Voy a impedirlo, mantente a salvo, por favor. Te amo». Escondo la cabeza entre las manos y el nudo que lleva tiempo apretando en la garganta se intensifica.

Después de la última reunión que hicimos en comisaría antes de la entrega, Alessandro me pidió que me quedara. Aquella mañana se me cayó el alma a los pies. Él estaba de muy mal humor y no dejaba de apretar esa carpeta amarilla. Me extrañó que Cándida también se

quedase. Escuché todo lo que tenía que decirme y mi estado pasó de la ira al decaimiento en pocos minutos. Cuando me dijo que Lucía se había expuesto de ese modo para conseguir el informe, me llevaron los demonios, pero cuando empecé a leer lo que había en su interior toda esa ebullición se congeló de golpe.

«Carlo ha puesto precio a tu cabeza. Saben quién eres. Los sicarios de su clan van a por ti. Tienes que fingir tu muerte y desaparecer, si no, serás hombre muerto», dijo el jefe abatido, a la vez que la mujer me miraba con desconsuelo. «Lucía…», les susurré.

«Tenemos que hacer difusión, y el mundo entero tiene que pensar que has muerto hasta que esos criminales estén todos en prisión. Tu chica está en peligro, si te cruzas con uno de los sicarios, la matarán a ella también».

La única idea que ocupaba mi mente era llevármela conmigo al fin del mundo. Miré a Cándida buscando apoyo, consuelo, una solución, y negó con la cabeza. No puedo apartarla de su vida. ¿Qué pasa con la carrera, sus padres, sus amigas…? Después de meditarlo varios minutos le pedí por favor que cuidara de ella, y a mi amigo, que simulara mi muerte después del operativo. Salí enloquecido de allí, cogí la moto y aparecí en Verona. Fui hasta donde encadenamos nuestro amor para siempre y de rodillas le pedí a *Giulietta* que no volviera a separarme de ella. Lloré como nunca antes lo había hecho.

Pese a que llegué a rechazar su cabezonería de ayudarme en la misión, me siento muy orgulloso de ella. Es increíble cómo supo dónde se iba a realizar la entrega, cómo no la paralizó el miedo en ningún momento y se mostró valiente incluso viéndome supuestamente muerto.

La noche de la entrega actuaba seguro de mí mismo. Estaba centrado, bien protegido y al fin iba a vengar el asesinato de mi padre. Llevaba uno de los mejores chalecos antibalas salvaguardando todos mis órganos vitales porque sabía que irían a por mí. Lo que no me esperaba era verla en manos de Carlo, ahí todo se derrumbó, la angustia se apoderó de mí y lo tuve claro. Mi vida por la suya. Fabrizio se convirtió esa noche en mi héroe. Salvó a mi chica y tuvo unas palabras para mi padre.

La bala de la pistola de Mario me dio fuera del chaleco. El proyectil me perforó el costado y me dejó una herida provocando una gran hemorragia. Quedé muy debilitado y casi inconsciente, el momento perfecto para falsear mi muerte.

El nudo de la garganta vuelve a apretar cuando recuerdo que me cogió entre sus temblorosos brazos, llorando desconsolada y prometió casarse conmigo si no me moría. ¡¡¡Joder, cómo duele!!!

Cuando Javi la arrancó de mi lado, me quedé entumecido, destrozado, roto… Quise explicarle que todo era mentira, pero sabía que si se lo decía nos iba a ser imposible separarnos, y ella conmigo estaba en peligro. Las horas que pasé en cama se hicieron eternas. La opresión en el estómago me impedía comer. Tuvieron que ponerme suero para poder alimentarme. Esos horribles días mis demonios volvieron para recordarme que siempre le jodía la vida a todas las personas que más quería.

A la salida del hospital mis compañeros fueron un apoyo incondicional. Agradecí infinitamente a Fabrizio su gesto. Javier aún no ha superado las duras palabras de odio con las que le fulminó mi pecosa. Antes de partir a Barcelona con todo el equipo y contactar con el comisario de la sede central, donde se encuentran las unidades más especializadas del cuerpo para refugiarme en un sitio seguro, Cándida vino a hablar conmigo:

—Cariño, la vida te ha brindado la oportunidad de volver a reconstruirte, volver a nacer. Es algo cruel y doloroso para ambos, un parto es así de maravilloso, duele para luego darte la felicidad eterna. Ella te va a esperar, lo he visto. Hazme caso, Marco. Todo va a salir bien. La voy a cuidar como a una hija.

—No sé, Cándida… —Dudé—. Después de lo que le estoy haciendo no sé si va a querer volver a estar conmigo. —Aun así, esas palabras de ánimo fueron las que me hicieron regresar a casa, oculto durante un tiempo.

Me revuelvo y salgo de mis pensamientos. No me he dado cuenta de que el sol ya se ha puesto. Es tarde y con las manos frías en los bolsillos vuelvo al refugio. Parto unos leños por la mitad, en cuanto entro enciendo la chimenea. Aquí por las noches bajan mucho las temperaturas. Después de cenar, con la compañía del fuego, cojo la guitarra y paso las horas tocando para ella. De repente, suena el móvil.

—*Amico*, cuánto te echo de menos. Tengo una noticia que va a alegrarte el día. Si conseguimos detenerlo y extraditarlo podrás ser libre. Cambiar tu identidad y se acabó lo de esconderte. Podrás volver con tu *amore,* y ella dejará de odiarme como lleva haciendo hasta ahora —dice Alessandro lleno de júbilo.

—¡¡¡Para, para!!! Empieza de nuevo, tío. Me estás poniendo nervioso. —Me levanto y camino agitado de un lado a otro del salón.

—Tenemos los resultados del rastreo del teléfono de Carlo Bianco. La última llamada que le hizo Lucca a su hermano lo ubica en Barcelona.

—Lucía, ¡¡¡joder!!! —Ese cabronazo es el motivo por el que no puedo dejar que me vean todavía. Si me ve podría chivarse a su padre, y estaría acabado—. ¡¡¡Ella está en peligro, hostia!!!

—Lo tenemos localizado, tranquilo. Está en un dúplex en Diagonal Mar. Es un piso franco donde se esconden los mafiosos fugados de su país. Estamos a la espera de que cometa cualquier error para detenerlo y encerrarlo junto a su clan.

—¡Quiero estar ahí cuando lo detengan!

—Me niego rotundamente. ¿Qué quieres? ¿Mandarlo todo a la *merda*? —pregunta alterado—. *Amico*, un poco más y todo esto se habrá acabado.

—Como le haga algo a Lucía, ¡juro que lo mato con mis propias manos! —gruño.

—Eso no va a suceder. Fabrizio y Enzo están vigilándolo junto con tus compañeros de investigación. Lo tenemos custodiado día y noche. Aguanta un poco más, *compare*.

Le cuelgo y no estampo el móvil contra la pared porque es lo único que me mantiene informado aquí arriba. Tumbado en la cama, me es imposible pegar ojo esa noche.

Por la mañana no tengo novedades de nadie. Cuando no tengo llamada de Cándida, la tengo de Javi, Raquel me envía mensajes de ánimo, Alessandro me reta a diario con las dominadas y los kilómetros que hace corriendo, Julia hace tiempo que dejó de hablarme, me importa una mierda. Con su actitud me lo ha demostrado todo. Están muy pendientes de mí, en cambio, hoy están muy callados y eso me mosquea.

Al día siguiente decido coger la moto y camuflarme con el traje de piel negro como he estado haciendo desde que llegó Lucía de Milán. Cuántas veces imaginé pasear de su mano cerca de la playa. Verla en la orilla estos días, mojando sus pies en soledad, me ha afectado aún más.

Este silencio me tortura, tengo que averiguar qué está pasando. Cuando me encuentro en los alrededores de Diagonal Mar, llamo inquieto a mi fiel amigo para ver dónde están realizando la vigilancia.

—¡Te voy a matar! ¡¿Qué cojones haces aquí?! —Resopla—. No le quitamos ojo a Lucca, cálmate —contesta muy irritado—. Estamos en el Catalonia. Habitación trescientos treinta y tres. ¡Intenta pasar desapercibido, tocapelotas!

Antes de entrar en recepción me quito el casco, accedo con disimulo y subo por las escaleras de emergencia deprisa. Doy unos pequeños toques en la puerta y enseguida me abren. Mi sonrisa se ensancha cuando los veo a todos. Fabrizio y Enzo se abalanzan sobre mí con entusiasmo, casi me tiran al suelo, para apretujarme con sus fornidos brazos; Raquel se acerca y me recibe con un afectuoso abrazo. No ha dejado de repetirme cada día lo mucho que siente su comportamiento, también se ha dado cuenta de la soberbia de mi ex. Tienen un buen dispositivo montado en la habitación. Javier se mantiene observando con los prismáticos por la ventana. Saluda sin mirarme.

—Eres un rebelde sin causa. Como se enteren el comisario y Alessandro date por muerto —refunfuña.

—Yo también te quiero, colega —me burlo—. ¡No exageres, rubiales! He pasado inadvertido. ¡Déjame ver! —Se los quito de las manos y observo con odio a ese desgraciado.

Le paso los prismáticos de mala gana y voy en busca de mi camarada. Feliz de volver a verme, me explica su estancia en Barcelona junto a Enzo. Poco después, Javi comenta desde la ventana que Lucca ha salido, entonces se une a nosotros para hablar algo más relajado. Consigo que lo haga sin la arruga que tiene en el entrecejo desde que me ha visto llegar, sin embargo, esa tranquilidad acaba pronto.

—A todas las unidades —dice una patrulla de paisano desde la emisora que estamos escuchando—. Tenemos a Lucca Bianco merodeando por el piso de la chica que comparte con sus amigas. —Mi fiel amigo, con rapidez, le baja el volumen para que no me entere, demasiado tarde, mi rostro lo dice todo.

La descarga eléctrica que recorre mis venas hierve, a punto estoy de abrir la puerta para salir corriendo cuando unos brazos de un gran tamaño me frenan e impiden que salga. Javier y Enzo me sostienen con fuerza a cada lado.

—¡¡¡Cabrones!!! ¡¡¡Dejadme ir!!! —Me revuelvo con toda la furia.

—Nosotros vamos a cuidar de tu chica y de ti. —¿Cómo una persona tan robusta, de gran tamaño, puede hablar con ese tono de

voz tan suave?—. No permitiremos que lo mandes todo a la mierda, camarada.

—¡¡¡Soltadme!!! —grito enfurecido, al mismo tiempo observo cómo Raquel hace una mueca y se tapa la boca con la mano.

—Espero que no me guardes rencor, *amico* —comenta arrugando el entrecejo.

Fabrizio echa su musculoso brazo hacia atrás. No será capaz. ¡¡¡Sí, joder!!! Cierra el puño, lo estampa en mi cara y a partir de ahí creo ver estrellas para después dar paso a una abismal oscuridad.

34
Lucía

Llevo más de dos horas sentada, en una de las sillas del comedor del piso que comparto con mis amigas, en silencio, con el único sonido de fondo del tic tac del reloj. Dudo en si abrir o no el sobre rojo que me han enviado desde Verona. La fecha del matasellos coincide con nuestros días juntos allí. Es de él y me da miedo volver a sentirlo tan cerca. No sé si voy a poder soportarlo.

Después de mi desquiciada visión en la graduación, les dije a mis padres que necesitaba estar sola para reflexionar. Creo que me estoy volviendo loca y lo distingo por todas partes. Mi otra mitad está cuidando de Pablo aún convaleciente. Lara insistió en venir conmigo al piso, no la dejé, sus padres y en especial sus adoradas sobrinas deseaban que se quedara unos días más con ellos antes de volver a Italia con Alessandro. Les he dicho a todos que voy a estar bien, solo quiero analizar qué pasa en mi interior. Sigo con náuseas, duermo mucho, tengo dos faltas y mi barriguita empieza a coger una forma sospechosa. Las manos reposan en mi vientre y el sosiego que me produce se me hace extraño. Pasados unos segundos las retiro, enseguida me quito esa idea de la cabeza.

Centro la visión de nuevo en lo que hay encima de la mesa. Esa carta que me reconcome. Me enderezo en la silla con los ojos humedecidos y, con un temblor en las manos, al fin la cojo. Mientras la abro grito mirando al cielo:

—Sí, quiero leer tus palabras; sí, quiero sentirme más cerca de ti, aunque duela; sí, quiero estar aún más jodida por dentro porque no puedo dejar de pensar en ti, y sí, quiero leerte… —Rompo a llorar—. Porque no quiero olvidarte —me dirijo a él como si me escuchara. ¡Seré idiota!

Querida Julieta:

Envía esta carta a la preciosa chica que ha conseguido alumbrar mi alma moribunda.

Lucía, te escribo porque soy incapaz de confesarte con palabras lo que me desgarró en un momento de mi vida por dentro. La culpa me persigue y la oscuridad me ha acompañado hasta que vi la luz en tus ojos.

Tuve un hermano. Se llamaba Rafael y éramos gemelos. Desde que nacimos estuvimos muy unidos, sin embargo, en la adolescencia empezamos a cambiar. Él se volvió más introvertido, y yo, un rebelde sin causa. A mis padres los llevaba por el camino de la amargura. Preocupados, me pedían que cuidara de mi hermano, ya que admiraba en exceso ese ímpetu que él no tenía y a mí me sobraba.

Como ya sabes, las motos son mi pasión, después de ti, por supuesto. En aquella época de rebeldía se hacían carreras ilegales, era un buen contrincante, todos buscaban mi presencia y siempre resultaba ser el vencedor. Cogí fama en esas fiestas que cada vez eran más concurridas. El alcohol, las drogas y las apuestas corrían como la espuma antes de que llegara la policía. Introduje a mi hermano en un mundo vicioso del que no me siento orgulloso.

Esa terrible noche un motero me retó. Yo había bebido mucho y me negaba a conducir borracho. Delante de sus colegas se burló de mí. No me importó, en cambio, a mi hermano le dolió. Quiso demostrarme que, por una vez, él también podía ser valiente. Cogió el casco, las llaves de la moto estaban puestas, y yo no me di cuenta de su obcecación porque estaba poniéndome ciego con la bebida. Se hizo pasar por mí. Rafael sabía conducir, pero no era tan experimentado ni agresivo como requerían ese tipo de carreras.

En una de las curvas se le fue la moto, salió despedido y acto seguido murió. Vinieron a buscarme desesperados después del estruendo y el olor tan fuerte a goma quemada que había dejado en el asfalto. Enloquecido, fui en busca de su contrincante. Me suplicaba diciéndome que no sabía nada, que pensaba que era yo. Con un ataque de ira me convertí en un monstruo, le di una brutal paliza que casi lo mato con mis propias manos.

Me hice policía porque quería cambiar y enorgullecer a mis padres, aun así, me he culpado cada maldito día de la muerte de mis seres queridos.

Al principio me desquició tu presencia. Tenía miedo de todas esas sensaciones que me hacías sentir. Le había cerrado las puertas a todo lo relacionado con el amor. Enseguida entendí que mi hermano no iba a enviarme a alguien que me perjudicara. Cuando me dejaste luché para volver a recuperarte. Supe que eras tú la portadora de luz que iba a sacarme de esa oscuridad.

Te amo con locura, Marco.

«Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo».

William Shakespeare

Leo como puedo el bonito poema de amor que me escribió de William Shakespeare porque ni las lágrimas ni la falta de oxígeno me dejan hacerlo con normalidad. Acerco la hoja de papel al pecho y, como había predicho, me siento aún más rota por dentro. De todos modos asumo las consecuencias y siento orgullo de su valerosa confesión. Seguro que fue muy cruel vivir esa experiencia, también escribir esas duras palabras.

Ahora entiendo su sobreprotección, el rechazo a experimentar esos sentimientos, las arrugas de sus ojos cuando me vio por primera vez y la brutalidad con la que defiende a lo que más quiere. Como un destello aparece el pequeño Rafael en mi mente. Ese niño tímido que me sostenía con su manita sin soltarme ni un instante. Su hermano veló por nosotros todo este tiempo hasta que la cuerda se tensó demasiado.

Estoy hundida por no poder hacer nada. Estirada en el sofá, presionando la carta contra mi pecho, noto cómo todos los músculos están entumecidos y mentalmente estoy agotada de tanta tensión. Pasado un rato escucho cómo llaman insistentes a la puerta. Sobresaltada, me despierto y, adormilada, voy a abrirla. Puede que sea Lara, que al final ha venido a pasar el día conmigo. Es raro que no utilice las llaves. Tan raro que al abrir la puerta un empujón me empotra contra la pared del fondo y la opresión que siento en el cuello apenas me deja respirar.

—¡*Ciao, bella*! —Intensifica su rabia en mi cuerpo—. Al fin podremos estar juntos. Pienso torturarte y hacer lo que me dé la gana contigo porque tu difunto salvador no va a venir a rescatarte esta vez. Ojo por ojo. Esto va por mi hermano. —Se carcajea desmedido.

—Lucca… —consigo pronunciar petrificada.

Me suelta, y toso para intentar recuperar el aliento. De un modo agresivo, me agarra del brazo hasta llevarme a una de las camas para atarme en el cabezal con cuerdas gruesas, de manos y pies. Estoy muy débil para luchar con todo el veneno que le corroe. Aun así, me revuelvo, pero me es imposible soltarme de sus garras.

—¿Pensabas que te ibas a librar de mí tan fácilmente? Llevo días vigilándote y sé que nadie va a venir a buscarte. Mira que eres ilusa para venir tú sola al apartamento. —Vuelve a reír con malicia—. ¡Me lo has puesto de *meraviglia*! Tu querido novio te verá bramar desde el infierno y se retorcerá entre las llamas al ser testigo de todo lo que voy a hacerte —expresa sátiro.

Mis ojos se oscurecen. Pese a la debilidad pienso luchar con todas mis fuerzas hasta el último aliento.

—¡¡¡Vete a la mierda!!! Prepárate para arder con él en el infierno. Acabará resurgiendo de sus cenizas, en cambio, tú te pudrirás en él —le grito encolerizada.

Entonces se burla de mi defensa, me aprieta aún más los nudos y comprueba que no pueda escaparme. Protesta cuando se acuerda de que se ha dejado la puerta abierta y se dirige por el pasillo en silencio. De repente, se oye un gran bullicio.

—¡¡¡Policía, policía!!!

Todo son gritos y golpes. Miro al techo, exhalo y le agradezco que haya venido a salvarme.

—Gracias, amor —susurro.

Sé que Marco, desde el cielo, sigue protegiéndome.

Escucho a Javier gritar mi nombre, alarmado. El corazón me da un vuelco. Emocionada, lo llamo gritando. Cuando me encuentra en una de las habitaciones, se abalanza sobre mí para abrazarme acongojado.

—¿Te ha hecho algo? —niego.

Estruja mis mejillas preocupado a la vez que me mira con un brillo en los ojos. Con sus labios roza mi frente con dulzura y me desata con cuidado. Cuando finaliza, una vez liberada, soy yo la que lo rodeo con mis brazos y suelto todas las lágrimas contenidas. No sé si lloro por lo sucedido o por lo feliz que estoy de volver a verlo.

—Lo siento —murmura al mismo tiempo que me coge por los hombros para mirarme—. Lo que sucedió aquella noche, yo… no puedo olvidar tu mirada cargada de odio. Yo solo cumplía órdenes, cielo. ¿Podrás perdonarme? —pregunta afligido.

—La que lo siente soy yo. Solo quería estar con Marco. —Sollozo—. La situación en ese momento era muy tensa y confusa. Es tu trabajo. No sabía dónde estaba metida hasta que vi la gravedad del asunto en el cementerio. Lucca me avisó de que iban a matarlo, y yo… —añado cerrando los ojos— no pude hacer nada.

—Tú no tienes la culpa. —Me acaricia la mejilla para consolarme

—. Te puedo asegurar que Marco se sentiría muy orgulloso de tener a una novia tan valiente como tú —sonríe con ternura.

—Lo echo tanto de menos…

—Lo sé, cielo.

Conmovida, entra Raquel por la puerta de la habitación. Me estrecha con cariño en su pecho y repite entre suspiros:

—Menos mal que hemos llegado a tiempo.

Fabrizio, con su naturalidad y su planta, al ver que me encuentro bien me sostiene por las axilas y vocifera lo que se alegra de verme. Mientras me da vueltas espero, soñadora, a que entre alguien más por la puerta, sin embargo, ese instante no llega. Preocupados, insisten en llevarme al hospital al ver lo pálida que estoy y la fragilidad que presento. Salimos del apartamento, ni rastro de Lucca, suspiro, al fin se acabó.

En el hospital me ubican en un box. Ellos se han quedado en la sala de espera. Se han empeñado, como un buen equipo, en venir los tres. Me muestro feliz e ilusionada de volverlos a tener en mi vida. Es como tener a Marco un poquito más cerca.

Me realizan varias pruebas, comprueban mi tensión, preguntan por mi estado demacrado y solicitan unas analíticas. Pasadas unas horas los hacen pasar. El doctor ha pedido que entren los familiares, supuestamente se han hecho pasar por mis hermanos y mi cuñada. Quiere decirnos algo importante. Está hablando y lo miro desconcertada. Estoy feliz, triste, río, lloro…, son tantas las emociones que concibo aquí y ahora que aumentan cuando veo las caras de cada uno de mis amigos.

Raquel está con una risilla nerviosa, tiene una mano en la cabeza y la otra la mueve de arriba abajo. Fabrizio es el más expresivo y se mueve de un lado a otro diciendo:

—¡¡¡*Mamma mia, mamma mia*!!!

El que más me conmueve es Javi, una lágrima resbala por su mejilla. Lo miro emocionada y encojo los hombros sin saber bien qué decir. Ambos sabemos lo importante y especial que esto hubiese sido para él.

35
Marco

A través de la ventana del hotel veo cómo se alza la luna. Esos cabrones todavía no me han sacado de la habitación en la que llevo varias horas metido. Enzo me ha puesto hielo en el ojo cuando he vuelto a ser consciente del puñetazo que me ha dado mi camarada, aún me duele mucho. Me las van a pagar en cuanto entren por la puerta.

He oído por la emisora que a Lucca lo han atrapado con éxito. ¡Bien, joder! Mi cuerpo ha vuelto a vibrar como lo hacía antes y ya respiro casi con normalidad. Completaré mis pulmones de oxígeno cuando pueda estar con mi pecosa. Estoy más tranquilo y satisfecho, pese al puñetazo que me he llevado. Fabrizio me ha llamado para decirme que mi chica está sana y salva, como me había prometido. Al *figlio di puttana* lo van a extraditar a su país y a encerrar en prisión el resto de su puta vida. En cuanto ese malnacido esté en Italia podré ir a verla y pedirle que me perdone por todo el dolor que le he causado.

Enzo se ha quedado dormido en la cama, en cambio, yo no hago otra cosa que no sea pensar en mi ansiado encuentro con ella. A medianoche se abre la puerta, todos aparecen descompuestos y de un modo muy extraño. Los insulto, les doy puñetazos por lo que me han hecho, me abalanzo por detrás de Fabrizio para cogerlo del cuello y, aun así, ninguno se revuelve, ni siquiera se defienden de las acusaciones. El sorprendido soy yo cuando mi fiel amigo me abraza emocionado por algo que no intuyo.

—¿Le ha pasado algo a Lucía? —les pregunto impaciente al verlos a todos tan raros.

—No, hermano. Ella está muy bien. —Me da palmaditas en el moflete con un brillo en los ojos y sonríe ilusionado. Me quedo sorprendido por su actitud a la vez que vuelven a tocarme la cara.

Han pasado varios días, de nuevo en mi piso del centro, me apresuro nervioso a rasurarme la barba y a peinarme con mimo para

que me vea guapo. Por culpa de mi camarada aún tengo el ojo morado. Alessandro me ha llamado para decirme que ya está en Barcelona con Cándida y Antonio. La pareja peculiar se ha consolidado. Estoy muy feliz por ellos.

Hoy Lucía expone sus obras junto a su padre en una prestigiosa galería de arte de la ciudad, y entre todos me han animado a que este sea el gran día para volver a renacer. Estoy muy nervioso. No, peor que eso. Miro al cielo y le pido a mi hermano que me eche un cable. Durante todos estos meses me ha enviado señales continuamente, ahora más que nunca lo necesito.

Hace unos días recibí de mis superiores el aviso de actuar con normalidad con mi nueva identidad. ¡Al fin libre! Me tomaré unos días de vacaciones e intentaré recuperar el tiempo perdido con mi pequeña. Nadie da crédito a mi reaparición, están felices por mi vuelta, pero preocupados por la reacción de ella. Cándida se ha encargado de avisar a sus padres y hablar muy seria con ellos sobre la gravedad que comportaba el no haber supuesto mi muerte. Lo han entendido a medias.

Entiendo que miren por el bienestar de su hija, aun así, han aceptado que me presente. Han recalcado la inmensa felicidad que le dará el verme. Javier ha hablado con Elena, y Alessandro lo ha hecho con Lara. Ambas coinciden en cogerme por los huevos y retorcérmelos hasta que el dolor sea tan insoportable que llegue a percibir lo que ha sufrido su amiga. Entono el *mea culpa* y dudo que el daño sea tan intenso como el que he pasado sin su presencia. Sobre todo, me han pedido paciencia, mimo y ternura. Por ella lo que haga falta.

Frente al espejo del cuarto de baño me siento pletórico. Me pongo el perfume con el que tantas noches se ha dormido aspirando mi aroma y me remango la camisa blanca hasta los antebrazos. Cojo la americana, las llaves de mi moto y bajo entusiasmado por las escaleras. Lo que me tiene más mosqueado es lo que me han pedido mis amigos. Raquel me ha recalcado que vaya con mucho tacto y me ha dicho no sé qué de las mujeres, sobre las hormonas, que «cuando se alteran, estamos más sensibles». Vamos, que no me he enterado de nada. Fabrizio se pasa el día con el: «*Mamma mia, mamma mia*», y mi mejor amigo está feliz en exceso, con una gran sonrisa que no consigo descifrar. Debe de ser porque mi chica ya lo ha perdonado por lo de aquella noche y se siente más tranquilo.

Doy gas a la moto, callejeo por Las Ramblas y en un momento me

planto enfrente de la galería de arte. Estaciono en el aparcamiento y hasta que no los veo entrar a todos no me quito el casco. Javier me ha dicho que me avisará con un mensaje. Suena el móvil.

> Javi:
> Cabezón, ven ya. No seas bruto, que te conozco.
> Sé que tienes muchas ganas de abrazarla, pero ella está muy sensible.
> Entra con delicadeza. Intentaré estar a su lado para que cuando te vea no le dé un jamacuco.

Me bajo de la moto y espero a que el semáforo se ponga en rojo. Nervioso, me remuevo el cabello más crecido. Noto cómo me tiemblan las piernas. A medida que piso por cada línea del paso de peatones más concibo la tensión de su cuerpo. La misma sensación indescifrable que sentimos cuando estamos cerca. Vuelvo a recibir un mensaje de mi amigo.

> Javi:
> Lucía está muy inquieta.
> No sabe decirme lo que le pasa.
> Sube a la planta de arriba y espera a que se tranquilice.

Antes de entrar me sacudo y, con un valor sobrehumano, paso por la puerta. Voy a la planta de arriba como me ha indicado. Entretanto admiro los cuadros pintados por su padre y ella, son increíbles, cada uno con su estilo. Aquí hay poca gente, prácticamente están todos abajo saludando a los artistas. Sorprendido, observo con el vello de punta mi rostro: son todos los retratos míos que creó en Milán, incluso el cuadro que pintó la primera vez que hicimos el amor en su apartamento.

Estremecido, paro delante de un lienzo en el que estamos uno enfrente del otro dejando al aire nuestra desnudez. Sobre su espalda reposan unas grandes alas blancas y unas de color negro en la mía. Le acaricio una de sus mejillas, y ella tiene los ojos cerrados sintiendo con ese gesto todo el amor que profeso por ella. Es el mismo dibujo que me pintó para Navidades, pero más grande.

¡Ya no aguanto más! Necesito ir a verla con urgencia. Me acerco a la baranda y, apoyado, observo hechizado lo hermosa que está. Lleva un vestido vaporoso, largo, de color azul a juego con sus preciosos

ojos. Su larga melena está semirecogida con unos mechones sueltos acariciándole la cara. Por la actitud de casi todos los asistentes creo que todos me han visto menos ella. Está angustiada, con las manos en el vientre, hablando con Javi. La sangre le hierve de un modo chispeante y conozco esa sensación. Doy la vuelta para bajar por el otro extremo de la galería; mi amigo, que me ha visto llegar, se aleja para dejarnos intimidad y me coloco detrás de ella para hablarle al oído:

—Estás preciosa —le susurro con voz ronca—. Sé lo que sientes en este preciso instante. —Tensa sus hombros—. Yo también concibo esa supernova que explosiona cuando estamos cerca. Sé cómo se te acelera el corazón con mi aroma por cómo sube y baja tu pecho. Tu rostro se ruboriza y las mejillas deben de estar sonrojadas por mis palabras. —Se toca la cara con la mano temblorosa—. Aprecio cómo el vello se te eriza por mi aliento rozando tu cuello. Quiero ver tu rostro, Pequeña.

La sostengo con la mano porque se tambalea y me la agarra con fuerza. La sala llena de gente está contenida en el más absoluto silencio. Creo que el único que respira soy yo. ¡Sí! He vuelto a sentirme vivo a su lado. Tarda unos segundos en darse la vuelta y, cuando me tiene delante, me cuesta descifrar si es alegría o temor lo que veo. Sus ojos apagados brillan con intensidad y el color azul cielo de sus iris se abre paso en sus pupilas dilatadas para volver a atraparme como cada vez que mira.

—Marco —murmura atónita.

—Sí…, soy yo. Te he echado tanto de menos. Estoy aquí y necesito contarte algo. Carlo Bianco contrató a un sicario para matarme, tuve que simular mi muerte para protegerte. Siento todo el daño que he podido causarte durante estos jodidos meses. ¿Lucía?

Me mira con horror. No es lo que esperaba. ¡Joder! O sí. Se supone que estaba muerto. Los muertos no resucitan y se presentan de un día para otro en busca de su amada. Me suelta de la mano, la sube y me toca la cara comprobando que no es una visión, que lo que está palpando soy yo.

—Estás aquí —añade incrédula.

—¿Podrás perdonarme, Lucía? —Le rodeo la cintura con mis manos temblorosas.

Estamos así unos instantes. Sin apartar nuestras miradas calando en lo más profundo de nuestras almas resquebrajadas. Solos ella y yo, en nuestra burbuja protectora que creamos para evadirnos de los

problemas externos. Intento acercarme más, sin embargo, ella sacude la cabeza como volviendo a la realidad. Probablemente haya estado debatiendo con su mente racional, me aparta las manos con delicadeza. Las suyas las coloca en su vientre. Ahí tengo la respuesta a mi pregunta. Su silencio me tortura y cuando se da la vuelta sé que es porque no me ha perdonado.

Se marcha encorvada, limpiándose las lágrimas que hasta ahora ha estado conteniendo. Sus amigas se acercan para acompañarla hasta la puerta. La nombro enloquecido porque el desgarro que siento es peor que la muerte. Intento ir tras ella, pero Javi me lo impide agarrándome del brazo. Cándida se acerca urgente a mí.

—Cariño, dale tiempo. Está en *shock*. Es normal su reacción. Querías que fuese una sorpresa, pero está sensible y lo ha pasado muy mal. Entiende que para ella no ha sido lo mismo. Tú sabías que ibas a volver a verla, en cambio, Lucía pensaba que te había perdido para el resto de su vida.

—La he cagado. Como siempre —añado a la vez que me cojo la cabeza con las manos antes de que me estalle. Aun así, no pienso rendirme.

Me suelto del agarre de Javi para ir en su busca. No pienso volver a cometer los mismos errores del pasado. Para cuando llego a la calle se ha montado en un taxi y advierto cómo se aleja. Sus amigas me miran aturdidas.

—Quiere estar sola, está conmocionada, necesita tiempo.

Mi fiel amigo, que ha venido detrás de mí, se queda en la puerta junto a las chicas. Yo, en cambio, de rodillas en mitad de la calle grito su nombre para que vuelva. Estando supuestamente muerto no me sentía tan solo como me siento ahora mismo.

Paso unos días encerrado en mi piso del centro. No quiero ver a nadie, solo quiero estar con ella, pero ha desaparecido. Nadie sabe dónde está, ni sus amigas. La llamo por teléfono continuamente, le envío mil mensajes cada día, y nada. El cielo me está pagando con la misma moneda. La diferencia es que ella está viva y no pienso rendirme. Voy a encontrarla y sé quién puede ayudarme. Ha llegado el momento de presentarme.

Llamo varias veces a la puerta. No he avisado y no sé cómo van a recibirme, aun así, quiero intentarlo. Abre su padre y me observa ceñudo mientras se toca el bigote.

—Hola, soy Marco García. ¿Puedo hablar con ustedes? Es

importante. —Me muestro respetuoso.

La mirada acusadora que me ha echado no es para menos. Si yo fuese padre, en esta misma situación, le hubiese cerrado las puertas en las narices. Yo soy así de bruto.

—Pasa —suspira. Me acompaña hasta el gran salón adornado con preciosos cuadros pintados por ellos. De la cocina sale la madre de ella.

—¡Marco! —pronuncia asombrada a la vez que me mira de arriba abajo—. Siéntate, por favor —indica.

Lo hago en uno de los sillones, antes me quito la chaqueta de la moto. La mujer la coge para colgarla en el perchero y veo cómo la huele. El matrimonio se sienta en el sofá frente a mí escudriñándome. Froto mis manos sudadas, al segundo me remuevo el pelo muy nervioso, carraspeo y me decido a hablar.

—Asumo que me odien y no lleguen a entender que mi trabajo es así de cruel, pero debía cumplir órdenes de mis superiores. —No les revelo que su hija estaba en peligro porque, si no, me echan a patadas de su casa y con razón—. Era un operativo muy delicado. Sé que Cándida ha hablado con ustedes.

—Puedes tutearnos —afirma la madre encantada con una sonrisa. El padre sigue con el ceño fruncido.

—Necesito hablar con ella y explicarle todos los motivos que me han llevado a actuar de ese modo.

—Mi hija ha sufrido mucho por tu culpa. Ha llorado cada angustioso día. La hemos escuchado chillar en mitad de la noche con unas pesadillas horribles. Se ha debilitado hasta llegar a una fragilidad extrema. —Se le quiebra la voz. Duras palabras de un padre herido que ha visto en primera línea a la persona que más ama enfermar. Bajo los párpados, quebrantado por su acusación—. Dame un solo motivo para que no te eche de mi casa. —Lo miro fijamente para que aprecie en mis ojos la sinceridad y en mis palabras, la convicción que necesita para que vea que hablo en serio.

—La amo más que a nada en este mundo. —Trago saliva—. Lo daría todo por su hija. No puedo vivir sin tenerla cerca porque me falta el aire. Lo que siento no es un capricho, es para toda la vida. Me necesita tanto como yo a ella porque si no estamos juntos acabaremos enfermando los dos —añado dolido—. Le he pedido que se case conmigo y espero obtener antes su consentimiento —me dirijo a él.

Su madre gimotea emocionada juntando las manos en el pecho, en

cambio, su padre se desternilla en mi cara. Mosqueado por su actitud, permanezco en silencio esperando a que me cuente su reacción.

—¿Qué te ha dicho? —sigue con la guasa.

—Que no —resoplo.

La promesa que me hizo antes de morir no cuenta, debo pedírselo como un caballero. Como Romeo a Julieta.

—Mi hija no cree en el matrimonio como tal. ¿Lo sabías? —Afirmo.

—Tranquilo, Marco. Entre tú y yo vamos a convencerla. —La madre entusiasmada se sienta a mi lado, me coge de la mano y la aprieta con cariño—. Eres guapísimo. Ahora entiendo que mi hija esté tan enamorada de ti, lo bien que hablas y lo bien que hueles. —Acerca su nariz a mi cuello.

Su marido niega con la cabeza, abochornado por la actitud de su esposa.

—Quiero saber dónde se encuentra.

—Está en la casa de la playa —suelta de repente la mujer.

—¡¡¡Rosario!!! —la regaña, y ella le hace un puchero—. Nos advirtió que quería estar sola y recalcó: «Si Marco viene a veros, no le digáis dónde me encuentro».

—Cariño, estos chicos tienen que hablar. Por el bien de todos y por nuestros…

—¡¡¡Calla, mujer!!! —Me mira arqueando la ceja, y yo, atolondrado, no sé a qué se refieren—. Está bien. —Resopla. Coge un papel y anota la dirección en la que se encuentra la casita en donde van a veranear por la Costa Brava. Me lo da, me levanto palpitante del sillón y rebosado de felicidad voy en su busca—. Si vuelves a hacerle algo a mi hija…

Le corto:

—Eso no va a suceder. Se lo prometo, señor.

Le aprieto la mano agradecido. Beso con cariño a la encantadora mujer. Me pongo la chaqueta y salgo por el pasillo, apresurado para coger la moto.

—¡Mi hija es muy cabezona! No te rindas —grita la mujer.

Me carcajeo a la vez que pienso: «¡Y que lo digas!».

La incertidumbre me arremete de camino a Sant Antoni de Calonge. No quiere verme, me da igual. Si ella es cabezona, yo lo soy aún más. Todo mi entorno está muy sospechoso en lo que a Lucía se refiere. Algo me ocultan, sin embargo, quiero ver con mis propios ojos que ella está bien y no pienso moverme de allí hasta que acepte mis

disculpas.

36
Lucía

Lo primero que hago cuando llego a la casa de la playa es llamar a mis preocupados padres para decirles que he llegado bien. No les ha parecido correcto que me vaya de este modo tan repentino y en mi estado aún menos. Saben lo cabezona que puedo llegar a ser, así que aquí me encuentro. En cuanto he llegado he desconectado el móvil y no he vuelto a encenderlo. Estoy enfadada con el mundo y, sobre todo, con mi entorno. Todos sabían que estaba vivo menos yo, me siento imbécil. Dicen que quería darme una sorpresa. ¡Será idiota! Casi me da un infarto. Gruño. Y, aun así, con todo el odio que le tengo por lo que me ha hecho, no pueden dejar de revolotear las mariposas en mi estómago.

Yo ya no soy la misma. ¿Cómo le explico a Marco que algo hermoso que me produce pánico está creciendo dentro de mí? Por eso he huido. Estoy perdida y confundida. En el hospital le insistí al doctor con que era imposible. Me comentó que soy ese tanto por ciento de probabilidad, al bajar de peso con tanta rapidez, el DIU se movió y ayudó a gestar esa entrega de amor. Todos se muestran entusiasmados, yo, en cambio, tengo miedo. Pasan los días y se hacen duros maltratándome a mí misma.

Ha aparecido como un fantasma. Pensaba que no iba a volver a verlo en mi vida, pese a que algo latente en mi interior me decía que no había muerto. Ya no soy aquella chica inocente que conoció, ahora tengo una gran responsabilidad, debo madurar de golpe y no sé si él va a querer acompañarme. Desconozco sus planes de futuro. Yo he deseado ser madre joven toda la vida, pero ¿y él? ¿Y si no acepta su paternidad? Sabía que iba a volver a verme, aun así, no va a esperar encontrarse con su novia embarazada de pocos meses, con esta ya prominente barriga. Pienso irónicamente: «¿Y si ya no quiere estar conmigo?».

Mis amigas han entendido mi huida. Saben que cuando pido

desconexión es porque de verdad la necesito. Ellas han intuido desde el principio que estaba encinta, y yo también, solo que no he querido verlo. Marco ocupaba todos mis pensamientos. La noche que hicimos el amor en Verona fue probablemente cuando me quedé en estado. Ese fin de semana fue muy especial para los dos. El modo que tuvo de amarme me traspasó cada capa de la piel y mi cuerpo ni protestó al invadir mi espacio.

He hablado con Cándida, la confidente sobre lo acontecido. Me pide que reflexione y respeta cualquier decisión que tome, aunque no deja de repetirme que estábamos predestinados a encontrarnos. Nuestras almas se vieron turbadas en otra dimensión y necesitan volver a unirse.

—¿Y si no podemos estar juntos? —le pregunté cabreada entre sollozos.

—Se acabarán desmembrando y el vacío ocupará vuestra existencia.

Las muestras de apoyo de mi gente y una felicidad inmensa en mi interior por ser madre me han absorbido, aunque dura poco cuando el ego aparece para atormentarme y recordarme que acabo de terminar la carrera, mi futuro profesional está encaminado y lo peor de todo es que no puedo compartir este especial y maravilloso momento con él.

¡¿Qué esperaba?! ¿Qué lo recibiese con los brazos abiertos? ¡Idiota! ¿Esa es la confianza que me perjuró? Lo habría entendido si me lo hubiese explicado. Sabía la repercusión y la magnitud del caso.

—Por él hubiese esperado el tiempo que hiciese falta… —Una angustia se apodera de mí.

De forma contundente no pienso moverme de aquí. Nadie sabe dónde me encuentro, solo mis padres. Estoy de vacaciones y, aunque esté rota por dentro, aquí me pienso quedar a disfrutar del sol. Voy a pintar, leer y a hartarme a comer fresas con nata. Sí, yo sola. ¡¡¡Hasta que me dé la gana!!! Todo el mundo sabe que estoy embarazada menos él, pues pienso pagarle con la misma moneda. Tengo las hormonas tan revolucionadas que al minuto me arrepiento de no decirle que va a ser… padre. Resoplo. Mejor me voy a la playa. Me pongo el pareo, cojo el batido de fresa, el libro y bajo con el bikini puesto por la pasarela que conduce a la bonita cala.

Tumbada en la arena boca arriba disfrutando de la calidez del sol me acaricio la barriga. Una sensibilidad recorre mi cuerpo, noto el cosquilleo en la nariz por la emoción y fantaseo con lo feliz que

podríamos ser todos juntos. A la mente me vienen sus seres queridos y anhelo esa parte familiar que ya no se encuentra entre nosotros. Darle hijos y que se sienta afortunado de tener un linaje, como mujer, me hace sentir llena de satisfacción, pero, a ver… ¿yo no estaba enfadada con él? Hago callar a mi lado emocional y sigo disfrutando del graznido de las gaviotas.

¡Mierda, mierda, mierda! Poco después mi cuerpo se tensa, el cosquilleo en el vientre se acrecienta, la boca se me seca y una llamarada de fuego recorre mi ser. Mis mejillas se calientan y no es del sol exactamente. Los traicioneros de mis padres me han delatado. Con rapidez me incorporo y me siento. Me tapo la barriga con el pareo y me abrazo por las rodillas. Lo tengo a un paso…, dos…, tres… ¡Ya! La explosión acaba de producirse. De reojo veo cómo se sienta a mi lado.

—Has sentido lo mismo que yo —habla con un tono grave—. Deja de huir de mí porque nunca vas a poder evitarlo —dice con prepotencia.

—Sigues siendo un engreído, chulo y ¡gilipollas! —protesto.

—Y tú sigues siendo preciosa. —Noto cómo me abrasa con sus ojos la piel desnuda.

—Ya veo que mi madre ha sucumbido a tus encantos. Eres un adulador. Seguro que ha sido ella la que te ha dicho dónde estoy, ¿verdad? Traidora —murmuro.

Se frota la nuca y advierto cierto complot entre mis padres y él.

—Ella es encantadora, aunque ha sido tu padre el que me ha facilitado la dirección. Ellos quieren lo mejor para ti. Quieren que dejes de sufrir y verte feliz.

Ahora sí, lo miro con rabia y con los ojos ensangrentados le recrimino todo lo que me ha estado atormentando por dentro.

—¡Vaya! ¿Y lo mejor para mí eres tú? ¡Tú! —lo acuso con el dedo. Su cara es un poema, pero se mantiene erguido—. ¿Por qué has vuelto a mentirme? Tú más que nadie sabías el doloroso, horrible y desgarrador proceso que iba a pasar. He llorado tu muerte, quise morirme contigo… —Inspiro con intensidad—. Y todo era falso. ¡Mentiroso! —Exhalo y le grito sin importar la gente que pasea por la orilla del mar.

—Lo siento. ¡Joder! —dice frustrado— ¿Qué querías? ¿Que te apartara de tu carrera, de tus amigas, de tus padres, de tu vida…? ¡¡¡*Cazzo*!!! Iban a muerte conmigo, estabas en peligro a mi lado. No

hubiese soportado que te ocurriese algo. —Intenta acercarse, y se lo impido.

—En cambio, yo sí tuve que aguantar que te pasara algo. Todo ha sido una farsa y, mientras tú mantenías la esperanza de volver a verme, yo me resquebrajaba por dentro. —Rompo a llorar—. ¡No te acerques! —Me levanto enfurecida—. ¡Ah! Y, si has venido a que me case contigo, ¡lo llevas claro! Mi respuesta es no. —Mierda, me doy cuenta de que me he puesto de pie de golpe, sin el pareo. Marco abre los ojos desorbitados, igual la boca y aprecia, sin apartar la mirada, mi barriga ya crecida.

—Lucía —susurra—, ¿por qué tienes el abdomen tan hinchado? —pregunta estupefacto y con cierta inocencia.

—Estas semanas he comido mucho chocolate para combatir la depresión —añado con sarcasmo.

Cojo el pañuelo, vuelvo a taparme y camino a grandes zancadas hacia la casa.

—¡Espera! —Se levanta torpe. Me giro porque me he dejado el libro. ¡Mierda!—. Y ¿por qué en vez de un libro de autoayuda lees uno que pone ¡Voy a ser mamá! ¿Y ahora qué?? —Lo observa con detenimiento.

—¡Hombres! —protesto.

Sigo renegando hasta llegar al porche, me sacudo la arena y entro a la casa. Me dirijo a la cocina. Abro la nevera, me sirvo un vaso de agua bien fría para bajar la quemazón que me produce tenerlo tan cerca y a los pocos minutos accede totalmente descolocado, despeinado y con un brillo en los ojos.

—¿Voy a ser padre? —pregunta desorientado apoyando sus manos en la mesa para encontrar estabilidad.

El legendario espartano Kratos acaba de perder todas sus fuerzas.

—¡Yo voy a ser madre! —respondo seca, a la vez que me muevo por toda la casa muy alterada.

—Ahora lo entiendo todo. —Vuelve en sí—. Tus vómitos, los malestares de las últimas semanas… Todos estaban muy extraños estos días, y a Javi lo he visto muy sensible conmigo. Joder, ¡¿por qué no me ha dicho nada?! —reflexiona él solo. Viene detrás de mí—. ¿Te quieres estar quieta de una vez? —Me sacude con sus anhelantes manos por los hombros, pero enseguida me aparto. Ese gesto le ha dolido.

Su contacto me provoca frenesí. Cuando lo hace no puedo evitar

sentir la necesidad de encogerme entre sus brazos, de volver a percibir la calidez de su cuerpo, de desearlo con todas mis fuerzas y temo que si vuelve a hacerlo… desaparezca otra vez. No lo soportaría de nuevo.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres que te toque? —pregunta abatido a la vez que niego en silencio mirándome los pies—. Está bien. No voy a hacerlo, esperaré a que tú me lo pidas. De todas formas no pienso volver a irme de tu lado. He vuelto para quedarme. Voy a cuidar de ti, aunque no quieras, cabezona. Y de mi hijo.

Me derrito por dentro con la seguridad con la que ha pronunciado eso. Se me ablanda el corazón, tampoco, me siento preparada para contarle algo más, algo que va a hacer que su corazón dé un giro de ciento ochenta grados.

Empieza mi suplicio. Me obliga a estirarme en uno de los sofás y no me deja hacer absolutamente nada. Decide preparar algo de comer porque me recuerda que tengo que alimentarme por dos. La cocina está integrada en el salón y puedo ver lo torpe que es cocinando. Arruga el entrecejo cuando me pilla sonriendo en varias ocasiones. Recuerdo que me dijo que se alimentaban gracias a Javier. Está tan centrado en preparar la cena y recoger la cocina que no se da cuenta de que me incorporo. O eso pensaba yo. Viene enseguida hacia mí.

—Necesito ir a ducharme —le espeto.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta de un modo tentador, a un paso de mí, sin tocarme.

—Esto…, no, gracias. —Trago saliva. Si en la línea que nos separa hubiese una vela más que derretirse se encendería sola. Nos miramos con intensidad hasta que un olor remueve mi nariz—. Creo que se está quemando algo.

—¡Me cago en la…! —Me mira por última vez y sale corriendo sofocado. Salvada por la campana.

Voy al cuarto de baño. Entro en la ducha, abro el grifo del agua fría y ni con esas consigo bajar la excitación que tengo en mi bajo vientre. Me regaño por bocazas, con él es imposible cumplir cualquier pacto. Está guapísimo con el pelo más largo y la barba crecida de días. Lo veo más delgado y demacrado y, aun así, me atrae más por su vulnerabilidad de querer mimarlo y acunarlo entre mis brazos. Para los dos ha sido muy duro estar separados. De todos modos sigue siendo el tipo duro, primitivo que me pone a mil cuando me cruza la mirada.

Chillo frustrada y viene enseguida a ver qué me pasa. «Que ni se le

ocurra entrar por la puerta», pienso.

—Estoy bien, vete —le respondo reprimida, deseando tenerlo conmigo bajo el agua.

Su obsesión por protegerme y lo sensible que yo estoy no ayuda a mantenerme en mi línea de mosqueo.

Hace semanas que dejé de sentir y de repente, a su lado, han vuelto a florecer todas esas emociones que habían sido desterradas en lo más profundo de mi ser. Inspiro y exhalo en varias ocasiones antes de salir, y envuelta en la toalla, cruzo por el salón para ir a mi habitación. Su mirada ardiente me penetra de arriba abajo, de reojo veo que se toca el pelo y no deja de hacerlo hasta que estoy dentro. Cierro la puerta de un portazo y me apoyo en ella resollando. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Me sobresalto cuando da pequeños golpecitos con sus nudillos.

—Lucía… —Carraspea—. La cena ya está lista.

—Enseguida salgo —tartamudeo.

Con el calor que hace me coloco un vestido fresco de tirantes, me subo las braguitas, me peino rápido con las manos y me pongo unas gotitas de mi fragancia de vainilla. Como una quinceañera histérica por estar al lado de su cantante favorito, salgo, pero me siento en el otro extremo de la mesa. Lo más lejos posible de él. La ha adornado con mimo e incluso ha encendido una vela. Sirve los platos y hago una mueca cuando veo la pasta algo tostada. Intento enrollarla con el tenedor y se me escapa de lo tiesa que está. Por todos los medios evito no reírme, aunque él refunfuña cuando le pasa lo mismo.

—Si vas a cuidar de mí deberías valorar la idea de dejarme cocinar a mí. —Arqueo una ceja.

—¿Conoces algún sitio para cenar? Podemos ir si te apetece —pregunta abochornado.

—Algo duros, pero comestibles. Está bien para ser tu primera vez, ¿me equivoco? —comento con una sonrisa ladeada.

—No te equivocas. —Me saca la lengua—. Por cierto. —Carraspea —. Si no quieres que te toque deja de provocarme. No llevas sujetador, tus pechos están más crecidos y tu olor… —No deja de mirarme con esos ojos oscuros que tanto me ponen.

El muy cretino provoca que me sonroje. Hace un gesto victorioso por mi respuesta física. Le pido a mi cuerpo que deje de traicionarme y se ablanden mis pezones. Me centro en el plato que tengo delante. El muy bruto me ha puesto comida para tres.

Dejo de lado el tenedor porque tengo el estómago a punto de reventar y me amenaza que si no como va a seguir cocinando para mí. Accedo protestando y acabamos de cenar en silencio.

Si antes tenía calor, cuando observo cómo se quita la camiseta después de terminar su abundante plato de espaguetis creo que va a darme un soponcio. Es un embaucador y el muy idiota sabe hacerlo muy bien. Con la boca abierta, sosteniendo el cubierto con la pasta resbalando en mi barbilla, aprecio que su fornido y sensual torso sigue igual de irresistible. Se me seca la boca. Cojo el vaso de agua y me lo bebo de un trago para apaciguar mi exaltación al ver cómo se levanta para recoger su plato y llevarlo al fregadero. Sabe que lo estoy mirando embobada por cómo se endereza orgulloso. ¡Será posible! ¿Cómo controlo a las alocadas hormonas que me están aumentando la libido? Me es imposible ser más discreta, no obstante, algo paraliza esa tensión.

Bajo los párpados, consternada, al ver la gran cicatriz que tiene en el costado. El mismo que presionaba con mis manos para que dejase de sangrar. Se acerca a mi lado inmediatamente al ver mi palidez. Se arrodilla ante mí, sin tocarme.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal la comida? — No puedo evitar hacer una mueca con su última pregunta, pobre.

—Solo me he mareado un poco cuando he visto… —digo dudando — tu cicatriz. Estás vivo —suelto asombrada—. Y, aun así, no puedo olvidar ver mis manos manchadas de sangre pensando que estabas muerto. —Me tiembla la voz.

Cierra los puños, abatido, porque probablemente lo que más desea en este instante es rodearme con sus fuertes brazos. Se yergue y va en busca de su camiseta para ponérsela. Vuelve a sentarse frustrado delante de mí con la cabeza entre sus manos.

—Lo siento muchísimo. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? Solo te he jodido desde que aparecí en tu vida. —Niego con la cabeza —. La herida de bala no iba a matarme, pero tus palabras, sollozos, tu ausencia… sí que lo hicieron. Estar sin ti ha sido un infierno. Cuando salí del hospital, si no llega a ser por Javi, hubiese ido en tu busca. No soportaba la idea de que creyeses que estaba muerto y te olvidases de mí para siempre. —Me abrazo porque el frío empieza a apoderarse de mi organismo—. El mero hecho de pensar que podían hacerte algo por mi culpa volvía a hacerme sentir responsable de tu subsistencia y regresé a Barcelona. La esperanza de volver a verte fue lo que me

mantuvo con vida, tus pecas; tu sonrisa, recordar tus carnosos labios; tus preciosos ojos, que ahora por mi culpa están hundidos y apagados. Juré que iba a luchar con todas mis fuerzas para volver a recuperarte una y otra vez.

—Deja de culparte por todo —añado molesta—. También soy responsable de esta situación. Si no hubiese aparecido allí quizás no te hubiesen herido —declaro porque es una espinita que se me clavó en el corazón justo aquel día—. Yo también me siento culpable de todo lo que ha sucedido.

—No quiero que te sientas así. Fuiste muy valiente —añade con admiración.

—Además, soy responsable de haberme quedado embarazada pensando que estaba protegida, no sé si estás dispuesto a comprometerte como padre. —Bajo la vista. Desde el otro extremo de la mesa me pide que lo mire. Lo hago.

—No te puedes imaginar el trabajo que tengo para asimilar todas las fascinantes emociones que se están produciendo dentro de mí. —Le tiembla la voz—. Estoy inmensamente feliz y muy orgulloso de ti. De ver cómo tú sola has tomado la decisión de seguir adelante con el embarazo aun creyendo que había fallecido. Tuvo que ser muy duro enterarte de que estabas en estado sin poder compartirlo conmigo. Lo que se supone que es un momento único y especial, lo viviste de un modo cruel y doloroso. Pese a todo, has decidido seguir con nuestro bebé, y eso me hace sentir dichoso. Eres maravillosa —susurra enardecido—. Y es increíble la fortaleza que has demostrado —pronuncia sobrecogido mirándome fijamente a los ojos.

Me quedo paralizada, hechizada, embriagada al escuchar cada palabra que ha pronunciado con un tono de voz convincente y delicado. Al hablar de mí con esa pasión percibo cómo el pulso se me acelera. Espera una respuesta y observo cómo sube y baja su fibroso pecho nervioso. Y, en esos minutos tensos de silencio, lo que se me pasa por la cabeza es gatear sobre la mesa, arrollar todo lo que me encuentre a mi paso, colocarme a horcajadas entre sus piernas para morder sus deliciosos labios y hacerle el amor ahí mismo. En vez de eso me sacudo, miro al cielo y me levanto para ir hacia la cocina. ¡Por favor, échame un cable! Deseo que me abrace con fuerza, que no me suelte nunca más y no sé cómo decírselo.

—Tienes miedo, ¿verdad? —«Esa no era la señal que te había pedido, universo», resoplo.

—¿De qué? —respondo sobresaltada buscando en la nevera mi antojo.

—De que vuelva a desaparecer, de la responsabilidad que comporta un bebé y de que pueda abandonarte. Que me parta un rayo ahora mismo si por un instante se me pasa esa idea por la cabeza. Eso no va a suceder, te lo aseguro. Te amo, Lucía. Os amo.

—¡Mierda! —El cuerpo me convulsiona por su confesión, también porque siento su calidez detrás de mí. Las lágrimas ruedan por mis mejillas al conocer bien mis miedos.

—No llores, por favor. ¿Qué te pasa? —pregunta apesadumbrado.

—Pues… —Sollozo—. ¡Que no quedan fresas! —¡Madre mía! Ni siquiera soy capaz de contestarle a mis más que evidentes preocupaciones. A lo que de verdad deseo. Mi mente, mi cuerpo, mis hormonas. ¿Qué más? Lloro más fuerte.

—No te preocupes. Ahora mismo voy a buscártelas —habla como si se le fuese la vida en ello y va a coger la chaqueta y las llaves de su moto.

—Marco, es casi medianoche. ¿Dónde las vas a encontrar a estas horas? —pregunto desconcertada.

—Por vosotros al fin del mundo si hace falta —responde alterado saliendo por la puerta.

Escucho cómo se marcha por el rugido de la moto. Dentro de la habitación, me tumbo en la cama dejándome caer agotada por tanta tensión. Sigo llorando desconsolada porque se ha ido, hace frío, no tengo fresas y no soy capaz de decirle cuánto deseo sentirlo dentro de mí porque sin él me siento vacía. Necesito que vuelva a rozar mi alma para que se impregne de su fuego otra vez, de su luz, de su amor. Dejo de sollozar y más calmada rememoro cada palabra con la que me ha descrito con admiración. Idealizando ese momento el sueño me vence.

Estoy en un túnel, todo está oscuro, aprecio un resplandor al fondo y noto un estremecimiento. Un chico se acerca lentamente hacia mí. Coge mi mano y siento una descarga eléctrica por todos los poros de la piel. Me indica que lo acompañe. Aún no me ha dejado ver su rostro. Lo sigo, aunque sienta miedo pero, aun así, no puedo evitar la irresistible tentación de ir tras él. Estoy hechizada por ese acercamiento. No sé dónde me lleva; en cambio, me es imposible dejar de caminar cogida de su mano, pese a ser alguien tan oscuro desprende unos destellos de luz que dañan mis pupilas al mirarlo con temor y al mismo tiempo fascinación. Será por eso que me aferro a él

con más fuerza, pese al pavor que siento. Un temblor interno me recorre por dentro constantemente. Cuesta reconocer esa sensación, nunca la había sentido con tanta intensidad y no me gusta; sin embargo, sigo sin entender mi cabezonería de ir tras él. Mientras me lleva por esa negrura, se gira de repente y unos penetrantes ojos oscuros me observan. Asombrada por su belleza, veo la intensidad de su mirada y el misterio que transmite.

—¿Marco?

—No. Soy Rafael. Toda esta agonía ha llegado a su fin. Sin este sufrimiento mi hermano no hubiese sido consciente del cambio tan importante que debía hacer en su interior.

—Él está muerto. Lo mataron por mi culpa. Mira mis manos.

Las muevo de un lado a otro sin encontrar rastro de sangre.

—Tú lo has salvado, Lucía. Está más vivo que nunca. Míralo, está ahí, esperándote.

Me pongo la mano de visera para poder ver que en mitad de esa luz resplandeciente está él con su hermoso rostro sonriéndome. Colmada de felicidad, voy corriendo en su busca, y cuando llego me da un dulce beso en los labios. A la vez que me sostiene por la cintura exclamo a su hermano:

—Rafael, ¡no te vayas, por favor! Si te vas él volverá a sentirse triste y culpable.

—Él, con tu luz, ya ha sanado. Ha vuelto a abrir su corazón. Mis padres y yo necesitamos descansar en paz. Podemos irnos tranquilos sabiendo que él se queda con la persona que más amor va a poder ofrecerle.

—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—Porque tu sensibilidad es indescriptible, tu amor incondicional por todo lo que te rodea es extremo y porque sois llamas gemelas. El tiempo es el que nos enseña a caminar por la vida. Tenía que encontrarse y… encontrarte.

Se aleja lentamente. Con una tierna y agradecida sonrisa se despide de mí. A medida que asciende sus alas dejan de ser negras para volverse blancas y se desvanece en un intenso halo luminoso. Miro a Marco para consolarlo. No quiero que vuelva a apenarse por su marcha, sin embargo, él solo me observa a mí con un resplandor especial en los ojos.

—Rafael, Rafael… —Me remuevo agitada en la cama. Me yergo con los ojos desorbitados y susurro—: Diles que van a ser abuelos.

—Tranquila, pequeña. Estoy aquí. Estabas soñando —añade preocupado a mi lado. Sin tocarme.

—Me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

Me froto la cara con mis manos. Luego me siento y cruzo las piernas, me apoyo en el cabezal y hundo los dedos en mi cabello para masajearme la cabeza, aturdida por el sueño.

—Son las cuatro de la madrugada. Cuando vine te busqué desesperado por toda la casa. Entré a tu habitación y más sereno vi que estabas en la cama. Me he traído esta butaca, aquí sentado observaba cómo dormías plácidamente hasta que me he dado cuenta de que te sacudías en la cama. —Me mira con el ceño fruncido—. Leíste la carta, ¿verdad? Has pronunciado el nombre de mi hermano —añade serio.

—Sí. —Lo miro fijamente—. Lo siento. Gracias por tu confesión. Imagino lo complicado que fue escribir sobre ese momento tan duro de tu vida. Fue muy dolorosa y preciosa al mismo tiempo —digo enternecida—. Y tú, ¿has vuelto a tener pesadillas?

—Las he vivido en carne y hueso durante estas semanas. Caí de lleno en el agujero negro y toqué fondo. Tú me has salvado agarrándome fuerte de la mano. Sacándome del pozo en el que me encontraba. Ahora lo veo todo más claro. Quiero cambiar y vivir el presente contigo. —Carraspea—. Que me perdones y podamos formar una familia los tres juntos. Si así lo deseas. —Me conmueve la humedad de sus ojos.

Con esas palabras reflexiono y me doy cuenta de que su hermano tiene razón. Se ha liberado del pasado, ha evolucionado, quiere avanzar a mi lado, y yo estoy como una idiota poniéndoselo difícil cuando lo único que deseo es que me acaricie con sus manos.

—Marco —digo sobrecogida—. Tócame. —Sus ojos se abren como platos.

—¿Puedo… —balbucea— tocarte la barriga? —añade radiante, y yo asiento llena de júbilo—. Quiero saludar a mi bebé.

Coloca su mano temblorosa con suavidad sobre mi vientre y el calor que emana de ella me deja sin aliento. Si este instante le parece mágico por la expresión que veo en su cara, voy a hacer que se sorprenda aún más.

—¡Va! Te doy el privilegio de que le pongas tú el nombre a nuestro hijo.

—¿Yo? ¿En serio? Un niño. ¡Joder, qué ilusión! —No sabe dónde

meterse con la alegría que siente en su cuerpo—. Quiero que se llame Kratos —dice convincente—. Porque va a ser fuerte como su padre y valiente como su madre.

—¿Kratos? —Río a carcajadas—. No esperaba menos de ti. Me gusta. —Le guiño un ojo—. Ahora me toca a mí. —Me mira extrañado —. El otro bebé se va a llamar Rafael. ¡Vamos a tener gemelos! —Levanto los brazos eufórica.

—¡¡¡*Mamma mia, mamma mia*!!! —Se coge la cabeza entre las manos porque no da crédito a lo que le he dicho.

—Eso lo dice… —añado divertida.

—¡Fabrizio! —pronunciamos a la vez.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —Se le quiebra la voz. Afirmo contundente y el corazón se me encoge cuando veo derramar una lágrima en su rostro. Emocionado, me apretuja de los mofletes y me estampa un beso con todas sus fuerzas—. Preciosa, no te puedes ni imaginar lo feliz que me haces. Me encanta que le pongas el nombre de mi hermano, que sean gemelos, que estés embarazada, me encantas toda tú… —habla a la vez que me besuquea por toda la cara.

A continuación desciende con ternura hasta llegar a mi barriga, y yo me estiro encantada para que me mime. Primero me da pequeños y suaves besos por toda la zona, después les acaba susurrando bonitas palabras de amor. Pasados unos instantes, sus caricias se intensifican y escucho su respiración agitada. La ternura acaba de transformarse en lujuria y me mira desde el bajo vientre con enardecimiento. Sus pupilas se han dilatado y su mirada oscura me provoca un jadeo.

Sube aún más mi vestido, me quita las braguitas con delicadeza para después recorrer con su lengua mi clítoris.

—¡*Mamma mia*! —digo extasiada arqueando la espalda.

Si no para va a conseguir que llegue al clímax en menos de un segundo. Creo que no lo he dicho en voz alta, sin embargo, frena de golpe. Resoplo.

—Si hacemos el amor —duda— no les haré daño, ¿no? —pregunta preocupado. Me retuerzo de la risa.

—No fastidies, que llevo todo el día con un calentón de narices —lo amenazo para que no pare.

—¡Me lo vas a decir a mí, joder! —Emite un sonido gutural. Vuelve a besarme—. ¿Y las fresas?

—¡Ahora te quiero a ti! —añado exasperada.

Se quita la ropa como alma que lleva al diablo. Como una fiera por

poseer a su presa trepa sobre mi cuerpo más que preparado para recibirlo. Nuestra piel desnuda vuelve a rozarse al fin cuando me ayuda a sacarme el vestido por la cabeza. Exhalo con frenesí cuando noto lo duro que está, cómo contrae sus abdominales para dominar todo ese fuego que le quema por dentro. Acaricio con mis dedos su glande y está humedecido y anhelante por sentir el calor de mi sexo. Luego lo frota con énfasis mientras muerde mis labios con ferocidad a la vez que abro las piernas, aún más, ya que el modo que tiene de palpitar mi clítoris va a acabar por volverme loca. Lo quiero ya. Quiero sentirlo muy adentro.

De un empellón me penetra y emitimos, juntos, un rugido. Se mueve con vehemencia, una y otra vez, con las manos entrelazadas y mirándonos a los ojos, transmitiéndonos todo el amor que sentimos el uno por el otro. Sus acometidas duelen y dan placer al mismo tiempo. Duelen porque su alma se está volviendo a incrustar en la mía, también duele porque lo amo con tanto fervor que acabamos de traspasar el límite que nos separaba a los dos.

La línea que limitaba el cielo y el infierno acaba de derrumbarse ante nosotros al llegar juntos a lo más alto.

—Te amo, Julieta. Pase…

—… lo que pase —acabo la frase por él—. Yo también te amo, Romeo.

«Si no recuerdas la más ligera locura en la que el amor te hizo caer, no has amado».

William Shakespeare

Epílogo
Marco

Unos meses después…

Tengo a la chica más hermosa delante de mí. Está subida a horcajadas en mi cuerpo, en nuestra cama, abriendo un sobre y no sé cómo demostrarle ya lo mucho que la amo. Miro embelesado cómo sonríe, cómo se sonroja cuando lo hago con intensidad y cómo abre sus preciosos ojos azules cuando ve la invitación de boda.

—¡¡¡Se casan!!! —Da pequeños saltos llena de júbilo encima de mi estómago.

—¡¡¡No jodas!!! Han pasado la tarde con nosotros y los muy canallas no han dicho ni pío. —Intento encontrar algún momento que me lleve a sospechar y nada. Han disimulado muy bien.

—Hagámoslo también. —Me incorporo frente a su rostro—. Cásate conmigo —susurro enardecido, mordisqueándole el labio inferior al mismo tiempo que oprimo sus pecosas mejillas. Aspiro su cálido aliento, enredo mi lengua con la suya e intento llegar hasta su alma para que me dé una respuesta. La de ella ya la sé.

—No —musita—. Ya te lo he dicho, amor —añade con la respiración entrecortada—. Aunque nos casemos no voy a quererte más, porque más no puedo. —Me da un casto beso en los labios—. Te amo con toda mi alma y… —Se acaricia el vientre—. Creo que con esta barriga, con todos estos kilos y con dos bebés en camino, no es el momento. —Frustrado, me vuelvo a estirar.

—Prométeme que después de la boda lo pensarás.

La ceremonia de nuestros amigos se celebrará en pocos meses, será muy sencilla, los conozco, no son nada ostentosos y será algo muy íntimo. Lo ideal para que vea que yo también me conformo con poco. Ella estará recuperada del parto, los bebés podrán ser testigos de nuestra unión y podré cumplir el deseo de ser su marido eternamente. Mis padres me describieron ese día como un momento inolvidable de

sus vidas. Tengo asumido su negativa, aun así, voy a intentarlo porque, si ella es cabezona, yo lo soy aún más.

—Ya veremos. —Me mira como una tirana cuando se muerde el labio.

—Eres una provocadora. Cómo te gusta hacerme sufrir. —Le hago cosquillas con mis manos. Ríe alocada pidiéndome que pare—. ¡Cásate conmigo! —La torturo con mis dedos hasta que noto un líquido caliente sobre mi vientre. Se tapa la boca con las manos, avergonzada.

—Marco —pronuncia indispuesta.

—Te has hecho pis encima de mis preciados abdominales, marrana. —Me carcajeo desmesurado.

—No… —duda—. Acabo de romper aguas.

—¡¡¿Qué?!!

Dejo de reír de golpe y un sudor frío recorre mi espalda. Durante estos meses he creído prepararme para este día, sin embargo, mi pulso y la gota que me resbala por la frente me demuestran lo contrario.

Soy inmensamente feliz a su lado. Decidimos ir a vivir juntos a mi piso de Barcelona aquella increíble semana que pasamos en la playa. Necesitábamos tanto esos días. Sin peligro, sin mafia, sin gente, sin miedos… Solos ella y yo desmembrando cada instante y cada circunstancia que nos han llevado hasta donde nos encontramos ahora. Ha sido muy duro, todavía se me eriza la piel al recordar la intensidad de los últimos meses y, aun así, volvería a pasar por cada uno de los momentos vividos solo por una caricia suya.

Durante todo este tiempo hemos disfrutado unidos cada bendito día. Tuve que volver al trabajo después de mis vacaciones. Decidí establecerme dentro del Complejo Central de Egara en la División de la Policía Científica para poder llevar mi profesión más tranquila y así ayudar a Lucía con los pequeños. Quiero disfrutar más de ella, de mi familia. ¡Oh, mi familia! Estoy tan emocionado…

He ido observando cada semana cómo le iba creciendo la barriga. Sentir los latidos de sus corazones en mi oído cada noche ha sido mi somnífero antes de ir a dormir. Notar las pataditas en su vientre me confirma que ahí dentro hay vida. Es impresionante lo sabia que es la naturaleza, lo fascinante que es una mujer en su interior y aún admiro más a mi chica por crear algo hermoso que me resulta indescriptible. Por eso la he mimado a cada segundo.

Cuando he estado trabajando sus padres y amigas han estado junto a ella. También ha aprovechado todo el amor que rebosa para pintar

cuadros maravillosos en una de las habitaciones que hemos adaptado para ello. Su padre y ella han adquirido una galería de arte en el centro de la ciudad en la que expondrán sus cuadros y las de otros pintores reconocidos, escultores… Además darán cursos para adultos, charlas ilustrativas y actividades creativas para niños. En cuanto ella se encuentre disponible va a cumplir uno de sus sueños, y yo, el mío: ser padre y formar una familia.

No me reconozco. Con la soledad de esos días en el refugio del Montseny pude escuchar en mi interior y saber qué era lo que quería en la vida. Me centré tanto en el trabajo y en culparme por lo de mi familia que adopté un piloto automático en el que no entraba ningún tipo de emoción. Admito que descubrir todo lo que Lucía me hacía sentir me dio pánico, pero, como dice Cándida, una vez abres tu corazón y tu mente, empiezan a aparecer personas y vivencias increíbles en tu camino. Las personas que dejan de acompañarte lo hacen porque no deben estar a tu lado, y así ha sido con Julia. No la he vuelto a ver, creo que pidió traslado a otra comisaría. Pensar en que voy a ser padre le habrá sentado peor. Se lo dejé bien claro: «Siempre va a ser ella, Julia». Llevaba tiempo esperando esa luz.

La nueva versión de mí mismo me tiene desconcertado. Alguien como yo, con tanta oscuridad, nunca pensé que iba a acabar deslumbrándome. He aprendido a cocinar gracias a Javi, que me vino a dar clases. Raquel, Lucía y él han sido mis conejillos de indias. Menos mal que debajo de casa hay una *pizzería* y en más de una ocasión nos ha salvado la comida. Aparte de esto voy a cuidar, a proteger a mis bebés y a ella como si se me fuese la vida en ello.

—Marco, ¡¡¡reacciona!!! —Me zarandea—. Ya me he duchado, he cogido la mochila y ya estoy preparada para ir al hospital. ¿Vamos? —habla con tanta tranquilidad, y yo, sin embargo, me he quedado en *shock,* preso del pánico.

Doy un salto de la cama, me ducho en dos minutos y envío un mensaje al grupo de toda la familia mientras ella revisa que a la canastilla no le falte de nada.

Grupo: Con la familia no se nace, se crece:

Marco:
Lucía ha roto aguas. Salimos de casa para ir al hospital.
Ella está muy serena, pero yo estoy que me va a dar un tabardillo. ¡¡¡JODER!!!

Suegros:
¡Qué alegría, vamos a ser abuelos! Vamos volando.

Javi:
Tranquilízate, mamón. Ya voy.

Raquel:
Qué ganas de ver a esos angelitos. Espero que salgan a la madre. ☺ Voy para allá.

Fabrizio:
Mamma mia, mamma mia! Arrivo presto.

Alessandro:
Espero que hayas dormido mucho estos días, *amico.* ☺
Por cierto, ni se te ocurra decirle nada a mi *mamma.*
Estoy de vacaciones y no quiero que me dé el coñazo con lo de ser abuela.

Lara:
Mis niños. Pienso achucharlos muy muy fuerte en cuanto lleguemos. No te separes de ella. Si le ocurre algo serás el responsable. Tú mismo.

Elena:
Mis pequeñines, qué ganitas de mordisquear esos mofletes. Pablo y yo vamos enseguida. Cuida de mi amiga. Tú le pusiste la semillita, ¿no? Pues pobre de ti que le pase algo. Avisado estás.

Antonella:
Cómo me gustaría estar ahí con vosotros. Mantenedme informada.
Quiero fotos de mis *bambinos.*

Luigi:
¡Ainsss! Cuida de mi churri. Luego os llamo.

Marco: No es tu churri. ☹

Luigi:

No me seas neandertal, Machito. ☺

Cándida:
Cariño, qué ilusión saber que voy a ser abuela. Desde que me disteis ese honor estoy que no quepo de gozo. Antonio y yo llegamos inmediatamente.

Marco:
¡Qué calladito os lo teníais, pareja! Me alegro tanto por vosotros.

Todos:
¡¡¿El qué?!!

Cándida:
Nos casamos. ¡¡¡Estáis todos invitados, familia!!!

Llegamos a urgencias, la ayudo a salir del coche con esa prominente barriga. Con fuertes molestias vamos a recepción e informamos de su estado. Enseguida nos atienden. A continuación la acomodan en una habitación para ponerle las correas y avisar a su ginecólogo lo antes posible. Al ser un parto gemelar la tienen vigilada en todo momento por las enfermeras. Las contracciones empiezan a ser más seguidas e intensas. Intento mantener la calma, aunque verla sufrir ahí, en la cama, retorciéndose del dolor, me destroza por dentro. ¿Cómo es posible que después de lo que he vivido de policía no sea capaz de gestionar estos instantes? Le ofrezco mi mano para que en cada apretón pueda desfogarse con todas sus fuerzas. Al fin entra la comadrona. Le hace un tacto y comprueba que está más que preparada para el ansiado encuentro con nuestros bebés.

—Nos llevamos a tu mujer a quirófano —dice al mismo tiempo que entran los celadores para llevársela. Lucía hace una mueca guasona por lo de «tu mujer». Le gruño—. Ahora te acompañarán para que te preparen y puedas estar con ella. Al ser un parto natural podrás estar presente, pero si se complica deberás abandonar la sala.

¿Cómo que si se complica? El pulso se me acelera. La besuqueo por toda la cara antes de que se la lleven porque por primera vez veo miedo en sus ojos. Cojo al toro por los cuernos y en cuanto la separan de mi lado soy consciente de que me necesita valiente no con esta congoja.

Dentro del quirófano sus gritos me parten el alma. No sé si yo sería capaz de aguantar lo que está sufriendo ella por muy placentera que sea la experiencia. Me pongo cerca para acompañarla en la respiración, le digo lo mucho que la amo y lo bien que lo está haciendo. Le limpio el sudor de su frente y la miro cautivado por la entereza que muestra. Yo, en cambio, creo que voy a desmayarme cuando me avisa el ginecólogo de si quiero ver salir al primer bebé.

Allí parado, frente a ese primer nacimiento, me quedo sin palabras y pienso en lo maravillosa que es la vida. Creí que no podría volver a enamorarme, no obstante, en cuanto me ponen su cuerpecillo cálido en mi regazo, llorando con todas sus fuerzas, vuelvo a tener un flechazo.

—Mi hijo —susurro emocionado.

Se lo acerco a mi campeona, que no ha dejado de llorar en cuanto ha oído su llanto. Lo pongo con delicadeza sobre ella para que oiga el latido de su corazón y, como por arte de magia, deja de llorar. ¡Impresionante! La beso en la frente y abraza emocionada al pequeñín, entonces oigo cómo vocifera el ginecólogo pidiendo que me echen fuera. Algo no va bien, pero no acabo de entender qué está ocurriendo. Lucía me mira preocupada cuando le quitan al bebé de su pecho, y yo la tranquilizo pidiéndole calma.

—Todo va a ir bien, preciosa —le murmuro.

—Para el segundo bebé hay que practicarle una cesárea. Preparadlo todo para la intervención, y que el padre se marche de quirófano ahora mismo. El segundo feto está oxigenando mal a causa de un prolapso del cordón umbilical. El latido está descendiendo y su vida corre peligro. ¡Tenemos que intervenir ya! —habla muy serio, a la vez que todos los asistentes de la sala van de un lado a otro.

Le suelto de la mano y la oscuridad envuelve nuestras miradas aturdidas por lo que está pasando. La enfermera me coge por los hombros y me empuja para que espabile y me vaya lo antes posible de allí. Salgo, me quito la bata de muy malas maneras y la tiro al cubo, irritado. Camino por el pasillo, cabizbajo, y maldigo entre dientes.

Todos están aquí reunidos en la sala de espera, ansiosos por saber del parto. En cuanto me ven venir me miran preocupados cuando comprueban el estado en el que salgo por las puertas. Les explico angustiado lo que ha sucedido, y con delicadeza me animan diciéndome que mi segundo bebé va a salir de esta como un campeón.

—Lucía está bien, pero se ha quedado muy mal cuando el

ginecólogo ha comentado que el segundo bebé estaba en peligro. ¡¡¡Joder!!! —Me siento en una de las sillas, pateo el suelo, enfurecido y abrumado por no poder estar a su lado. La incertidumbre me acecha a pasos agigantados.

Se hace el silencio. Apenas se aprecia una respiración completa, ya que nuestras inhalaciones están contenidas a la espera de que alguien salga y nos diga que todo ha ido bien. Cándida y mi suegra me cogen cada una de las manos y me las aprietan con cariño. Como una piña, y la gran familia que somos, rezamos juntos para que todo salga bien.

He cerrado los ojos unos minutos y no sé si estoy soñando o efectivamente estoy escuchando el llanto de un bebé.

—¿Lo oís todos? Está llorando… ¡Está vivo! —Mis acompañantes de penurias me abrazan, y los demás aplauden alegres porque ellos han escuchado lo mismo que yo.

—¡Vaya pulmones! —añade mi fiel amigo con una gran sonrisa—. Machote, ya puedes decir que es hijo tuyo, tal como se ha hecho de rogar. Enhorabuena, papá. —Me levanto y, más destensado, le palmeo la espalda.

A continuación sale la comadrona y voy hacia ella, desesperado por saber de ellos. Nos informa de que todo ha ido bien, exhalo. A la madre la están acabando de atender y a los bebés, en cuanto los limpien, examinen y les realicen las diferentes pruebas para medir el nivel de receptividad en general, los subirán a la habitación.

—Felicidades, papá. Sentimos que se haya tenido que marchar de ese modo, pero son las normas —apunta educadamente.

La abrazo emocionado, y ella sonríe.

—Gracias. Todos están bien, eso es lo único que me importa. He podido disfrutar del nacimiento de uno. Me quedo con esa imagen prodigiosa. —Me aparto y le miro serio—. ¿Mi mujer le ha puesto los nombres?

—Cuando le hemos preguntado nos ha dicho que quería consultarlo antes contigo y cito: «Es muy evidente cuál es cuál, aun así, prefiero hablarlo con el papi». —Me retuerzo de la risa, y todos me miran asombrados por mi pronta reacción.

Subimos hasta la planta en silencio con los nervios a flor de piel. Cuchicheamos con una sonrisa nerviosa elucubrando a quién pueden parecerse. Mi suegra, como siempre tan encantadora, me dice que seguro que son igual de guapos que yo y que piensa ir a darles envidia a sus amigas de croché. Lucía sigue creyendo que soy como un

encantador de serpientes y la tengo embaucada. Mi suegro, por otro lado, defiende a muerte a su hija. Yo pienso hacer lo mismo con los míos, por eso lo admiro.

Ilusionados, esperamos en la habitación que le han asignado para pasar unos días hasta que se recupere. Me encuentro hablando de espaldas con mis amigos lo emocionante y la valentía que ha mostrado mi chica en el parto y oigo cómo llora uno de ellos. Me giro, y la enfermera entra con mis hijos en sus cunas, con los trajecillos que habíamos escogido cuando estuvimos preparando la canastilla. Enseguida me acerco a ellos y una inmensa alegría me invade. Todos miran expectantes, alrededor de mí, el modo de actuar.

¡Cabrones! Están esperando a que el duro, oscuro, rebelde, chulo… Marco García se derrumbe, y así lo hago en cuanto tomo sus pequeñas manos y las acaricio con la yema de mis dedos. Son tan suaves, tan tiernas y la piel igual de blanca que la de su madre. Les hablo con cariño y no sé si es que han reconocido mi voz que el que sollozaba deja de hacerlo. Cada noche he hablado con ellos, y entretanto Lucía dormía plácidamente les confesaba lo mucho que los amaba a los tres.

Estoy tan impresionado al verlos que me quedo paralizado. Me animan a que los coja y no me atrevo. Se acercan sus amigas y, con suma delicadeza, me los ponen en cada antebrazo. ¡Diosssss! Qué preciosidades, son igual que ella. Los achucho con ternura y el olor que desprenden me acaricia el alma. Los beso en la frente y levanto la vista por si alguno de ellos quiere envolverlos entre sus brazos. Hago una mueca cuando me encuentro con que han hecho una cola que llega al pasillo.

Las primeras, por supuesto, son las abuelas. Con ojos brillantes, a punto de caérseles la baba, los recogen, y conmovido pienso en la enorme felicidad que desprende Cándida. Le causó tanta impresión cuando le dijimos que queríamos que fuese la abuela que decidió venirse a vivir a Barcelona con Antonio. No quería perderse ningún instante de este maravilloso proceso.

Siempre he estado muy unido a Cándida porque sabía la soledad que sentía, como yo, aunque no lo acabáramos de admitir. La falta de calidez familiar durante un periodo de tiempo ahora se nos ve recompensada infinitamente. ¿Se puede ser más feliz teniendo a las personas que más quieres a tu lado en este instante? Imposible.

Me falta mi llama gemela. Los bebés están en buenas manos, y yo empiezo a ponerme un poco nervioso al ver que mi preciosa chica aún

no aparece. Salgo al pasillo y me apoyo en la pared, agotado por tanta tensión acumulada. Javi se da cuenta de mi ausencia y me acompaña fuera.

—Hermano. —Me frota el hombro—. Están siendo momentos inolvidables. Solo puedo agradecerte que nos hayáis hecho vibrar de este modo tan apasionante. Os merecéis esto y más. —Lo atraigo con mi brazo por el cuello y le doy un beso en la sien.

—Las gracias te las doy yo a ti por empujarme al abismo y volver a aprender a volar. Sabías que era ella y que no me iba a dejar caer. —Carraspeo—. Iba a esperar a que estuviésemos los dos, pero creo que es la ocasión de decirte que queremos que seas el padrino de uno de los niños.

—¿En serio? —Me mira sobrecogido—. Yo quería ser el padrino de tu boda, esto no me lo esperaba —habla sorprendido, y yo me carcajeo.

—Tarde o temprano caerá y se casará conmigo —murmuro—. No pienso rendirme. —Le guiño un ojo. Reímos a la vez.

Mi cuerpo se tensa, el latido de mi corazón se acelera y noto que se me va a salir del pecho, una supernova explosiona en mi interior y sé que la tengo cerca. Me incorporo antes de que lo haga mi fiel amigo y veo cómo la traen en camilla por la revuelta del pasillo. Corro hacia ella y su mirada se le ilumina en cuanto me ve. Me coge de la mano, estremecida, y llora sensibilizada por todas las vivencias que están acaeciendo.

—Te he echado mucho de menos, amor. —Le doy un beso casto en los labios.

—Y yo, preciosa. No te puedes ni imaginar cómo me lo habéis hecho pasar —confieso enronquecido.

Con mi mano agarrada en su pecho, acompaño a los camilleros hasta que llegamos a la habitación. Asombrada de encontrarlos a todos allí, y feliz de ver a nuestros bebés en brazos de sus mejores amigas, llora emocionada. Agradece infinitamente que estén todos allí. Pasea sus bonitos ojos por cada uno de ellos y los ilumina con su magia.

Lara ha decidido irse a vivir con Alessandro a Milán. La *mamma* está encantada con ella. Solo que aún no le ha dicho que lo de ser madre no lo tiene claro. Mejor así. Le han ofrecido un puesto de trabajo en el famoso Castillo Sforzesco, en el que alberga uno de los museos más importantes de la ciudad.

Elena y Pablo planean pasar una temporada en Japón. Ella quiere seguir formándose y especializarse en dibujos manga. Pablo, entusiasmado por la aventura, se formará como profesor de artes marciales.

Raquel, Javier y yo seguimos formando un gran equipo en el Complejo Central de la Policía de los *Mossos d'Esquadra*. Ahora los dirijo desde mi despacho, y ellos hacen trabajo de investigación en la calle. La pelirroja y mi chica se han unido mucho, tanto que cuando les propongo cocinar para ellas rebuscan por los cajones la propaganda del restaurante chino. Se le ha hecho difícil escoger quién iba a ser la madrina del otro bebé entre sus amigas, así que decidió que fuese ella. Raquel se ha convertido en alguien importante en nuestras vidas.

Fabrizio, mi camarada, me tiene mosqueado. Pasa más tiempo en Barcelona que en Milán. Me da que se ha enamorado porque siempre me lo encuentro corriendo por la playa con una rubia despampanante. Alucinamos cuando supimos que es la campeona de culturismo del año pasado. Lucía se moría de risa cuando me quejé de que tenía más abdominales que yo.

El operativo fue un éxito mundial. Llegó a oídos de todos los superiores que investigan el crimen organizado. Alessandro está entusiasmado por su ascenso, ya que nos felicitaron por la profesionalidad con la que actuamos y llevamos el caso. Los mafiosos de las familias Bianco, Bellini y sus secuaces puede que acaben jubilándose dentro de prisión.

—¿Marco? —Oigo cómo me nombra en varias ocasiones mientras los observa a todos.

—Dime, preciosa.

—Te preguntaba si sabes quién es quién —comenta divertida mirando a los pequeños.

—No tengo duda. —Arqueo la ceja—. ¿Cuál de ellos ha nacido por cesárea?

—El que tiene Elena en brazos —me indica.

—Él es Kratos, y el que tiene Lara es Rafael. ¿Estás de acuerdo? —le susurro cerca de sus labios al mismo tiempo que le acaricio su bonito rostro fatigado.

—Completamente. —Se muestra orgullosa. Luego me agarra por la pechera y estampa un apasionado beso en mis labios—. Vas a ser el mejor padre y marido del mundo —añade firme, en voz baja, cerca de

mi oreja.

—¿Marido? —Abro los ojos como platos, eufórico por lo que acaba de decirme.

—¿Quieres casarte conmigo, Romeo?

—¿No me vas a dejar que sea yo el caballero que se arrodille ante ti y te lo pida? —Tuerzo el labio.

—La Julieta que conociste ha cambiado mucho desde entonces —responde sugerente.

—Sí, quiero —pronuncio con voz ronca.

Pensábamos que no eran conscientes de nuestra conversación, pero un tumulto de aplausos se escucha por toda la habitación.

El dinero ayuda, por supuesto, el tener un hogar, poder comer y dormir cada día bajo un techo es de agradecer, pero durante todo este tiempo me he dado cuenta de que lo que verdaderamente me hace feliz no es lo que se ve o se toca, sino lo que percibo o proyecto dentro de mí. Ahora sí que me siento merecedor de tenerla en mi vida, de la gran familia que se ha ido acoplando poco a poco y, sobre todo, de tener entre los brazos a mis retoños. La tormenta que había en mi interior ha cesado y puedo escuchar con más calma lo que mi alma siempre me quiso decir: ama.

Fin

Agradecimientos

Primero de todo quiero dar gracias a Marco y a Lucía. Con una gran pena me despido de los protagonistas de Luz en la Oscuridad. Ellos fueron los que me susurraron palabras para dar forma a esta apasionante historia de amor. Hemos vivido juntos miedos, inseguridades, batallas interiores en las que la oscuridad arrasaba como un vendaval, sin embargo el amor ha vencido a todos ellos. Os echaré de menos.

Ver materializada mi obra ha sido un gran sueño para mí, así que agradecer a todo el equipo de Colección Milamores que me haya dado la oportunidad de publicar con su sello, además del maravilloso recibimiento de mi editora Gala Trigueros de la Blanca.

Gracias al amor de mi vida y a la luz de mis días porque desde el principio creyeron en mí. Por su apoyo incondicional y la paciencia infinita que han tenido en mis momentos de evasión. A mi familia porque sus enseñanzas y consejos han hecho que me convierta en la mujer que soy hoy en día. Os quiero.

A Raquel G. Estruch, mi mentora, una gran persona, profesional, escritora y compañera. Alguien especial que se coló dentro de mí para decirme que mi obra tenía posibilidades, que currara mucho y que tuviese paciencia porque esto era una carrera de fondo. Rock and Roll.

A mis lectoras cero: Esther, Jessi y Teresa. No tengo palabras para agradecer todo el respaldo, las horas que han invertido en leer mi obra, sus consejos y análisis exhaustivo hecho con tanto cariño y respeto. Somos un gran equipo y lo sabéis. Mi victoria es la vuestra.

A Raquel Antúnez por dejar tan pulido mi manuscrito. Por sus bonitas palabras y sobre todo su profesionalidad a la hora de hacer su trabajo.

A mis amigos porque han vivido en primera persona mis dudas, mis inseguridades, mis lágrimas y también mi alegría. Ellos han sido un pilar fundamental para que siguiese creyendo en mí. Me han acompañado hasta el final en esta carrera sin importarles donde se

encontraba la meta. ¿Se puede ser más feliz teniendo a personas tan maravillosas a tu lado? Imposible. Esa mención especial a la amistad queda reflejada en los amigos de los dos protagonistas de Luz en la Oscuridad.

A mis compis de Instagram que se han convertido en grandes amistades desde que subí por primera vez un *post* en la red social. He tenido la suerte de conocer a grandes personas con un amor y una sabiduría impresionante. De algunos he recibido consejos de los que me guardo con gran cariño. A la comunidad de lectores y escritores por el caluroso recibimiento. Agradecer siempre a los que han confiado en mí y a los que no también porque gracias a ellos estoy viviendo aquí y ahora este mágico instante. A todos los que habéis dedicado ese ratito de lectura a sentir mis palabras, mis mensajes…

A la autora Anne K. Austen por su generosidad. A la encantadora @labrujazaphira por su información sobre «Las llamas gemelas».

A ti, lector, agradecerte infinitamente que hayas leído un trocito de mi alma. Porque un día empecé leyendo y acabé escribiendo una historia que se cocía en mi interior. Decirte que no te rindas, que luches por lo que amas porque los sueños se hacen realidad. Eres una fuente de sabiduría y de amor, que nadie te diga lo contrario. Como diría el gran poeta:

«Luchar hasta el último aliento»

William Shakespeare

MJ Peralta

Índice

1. Marco 9
2. Lucía 21
3. Lucía 29
4. Marco 35
5. Marco 43
6. Lucía 53
7. Marco 63
8. Marco 71
9. Lucía 77
10. Marco 85
11. Lucía 97
12. Marco 107
13. Marco 117
14. Lucía 123
15. Lucía 133
16. Marco 141
17. Marco 147
18. Lucía 155
19. Lucía 161
20. Marco 173
21. Lucía 185
22. Marco 201
23. Lucía 209
24. Marco 221
25. Lucía 239
26. Lucía 247

27. Lucía 255
28. Marco 269
29. Lucía 279
30. Lucía 289
31. Lucía 301
32. Lucía 311
33. Marco 319
34. Lucía 327
35. Marco 335
36. Lucía 345
Epílogo. Marco 365
Agradecimientos 381